

Del autor de *El lector de cadáveres*

ANTONIO GARRIDO

EL JARDÍN  
DE LOS  
ENIGMAS

Todo crimen oculta un secreto



# Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[El jardín de los enigmas](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

En el Londres industrial de mediados del siglo XIX , Rick Hunter es un «cazarrecompensas» que sobrevive vendiéndose al mejor postor y al que acompaña un oscuro deseo de venganza.

Tras escapar de una mortal emboscada, una extraña pista le conduce hasta una exclusiva floristería, cuya propietaria es experta en el lenguaje de las flores, conocimientos que le han granjeado el favor de poderosos y aristócratas, deseosos de comunicar sus pasiones secretas a través de las plantas.

Rick consigue un trabajo como aprendiz, y descubre que lo que parecía un lujurioso entretenimiento se corresponde con un sofisticado sistema de mensajes entre personajes extremadamente peligrosos: el ambicioso Gustav Gruner, cónsul de Alemania; Lord Bradbury, un rico filántropo; Daphne Loveray, una bella y enigmática mujer casada con un indeseable y Karum, un sádico nativo de las colonias.

A partir de ese instante se desencadenará una endiablada trama de crímenes en una ciudad que solo vive para la inauguración de la primera Exposición Universal, el momento en el que el Imperio británico demostrará al mundo todo su poder... o en el que podrá derrumbarse si Rick no descubre la verdad.

ANTONIO GARRIDO  
EL JARDÍN  
DE LOS  
ENIGMAS

*Con amor eterno, para Maite.*

*A comienzos de la época victoriana, cuando la estricta moral impedía la manifestación de las pasiones, los arreglos florales se convirtieron en el medio ideal para el envío de mensajes. El mismísimo rey Jorge II de Inglaterra instauró un código propio inspirado en los harenes turcos, e instruyó en el oculto arte a la familia Hartford de Edimburgo, sus jardineros personales.*

*Durante años, los Hartford custodiaron con sigilo «el secreto de las flores», hasta que la viuda Hellen Hartford se trasladó a Londres para regentar Pasión de Oriente, el salón floral que la nobleza escogería para elaborar los mensajes más sugerentes. Así, bajo sus exóticos ramos, comenzaron a circular sórdidas historias de lujuria y sexo en las sofisticadas fiestas de Kensington Palace.*

*Pero no sólo ese tipo de mensajes.*

# Capítulo 1

*Londres. Invierno de 1850. En vísperas de la Gran Exposición Universal.*

El extranjero de la casaca roja comprobó la dirección de la taberna, se cercioró de que nadie le seguía y amartilló su arma antes de entrar.

\* \* \*

De entre las decenas de tugurios malolientes que servían pitanza en los alrededores de los Seven Dials, el Ganso Negro era el único en el que un forastero sólo entraría si le obligaran a punta de pistola. Su dueño, Bob Fatty, se enorgullecía de servir el mejor whisky de Londres, pero lo cierto era que, coincidiendo con sus ofertas de albóndigas a penique, las ratas de los alrededores habían desaparecido, y que el pozo negro del local apestaba casi tanto como su propio aliento. Pese a todo, Bob mantenía en pie su negocio. Quizá, de lunes a viernes, las ventas apenas sirvieran para cubrir los gastos, pero el sábado, los *navvies* que abarrotaban el local con sus salarios recién percibidos, gastaban lo suficiente como para que Bob siguiera engordando sus arcas y sus putas lo agradecieran a Dios y a todos los santos.

La mayoría de los londinenses consideraban a los *navvies* poco menos que animales: borrachos llegados en manadas desde Irlanda al olor del dinero del ferrocarril, dispuestos a acometer, como bestias de carga, trabajos tan duros que nadie más consideraría. Pero, para Bob, los *navvies* significaban dinero. Lo sabía bien porque había aprendido a desvalijarles como quien roba a un niño un caramelo.

Bob se tomó un respiro para contemplar el cielo a través de un ventanuco. Aquel sábado había amanecido lluvioso, razón por la que lo había dispuesto todo como de costumbre: el local moderadamente limpio y ventilado, los barriles de cerveza Porter convenientemente rebajada con agua y, por supuesto, a Sally y a sus amigas embadurnadas en colorete y listas para cabalgar sobre las grasientas barrigas de los *navvies* a cambio de un módico estipendio.

Se enfundó su mandilón renegrado y sonrió cuando abrió de par en par las puertas de la taberna.

A media mañana, la densa nube de humo de tabaco y el insoportable griterío predecían ganancias de las buenas: los *navvies* que abarrotaban el local brindaban con canciones sobre su vieja Irlanda y saboreaban los despojos cocinados por Bob mientras las chicas demostraban su oficio desplumando a los más viciosos al otro lado de las cortinas. Bob echó un trago y eructó feliz. De hecho, todos parecían felices. Todos, menos el extraño recién llegado de la chamarra roja que bebía ginebra a sorbos, en un rincón apartado.

El tabernero se detuvo para observarle. Le calculó treinta y pocos años. Aunque de aspecto fibroso, no tenía pinta de obrero: barba bien recortada, demasiado aseado y demasiado bien vestido. Desconfió. Odiaba a los policías, y más aún a los que trabajaban de incógnito. Les pagaba a menudo para que dejaran en paz a sus chicas, pero siempre regresaban para



importunarlo. Se preguntó qué diablos pretendería. Escondió disimuladamente un cuchillo bajo su delantal y se dispuso a averiguarlo.

Se hallaba a dos pasos del desconocido cuando un *navvy* del tamaño de una montaña enganchó a Bob por la pechera.

—¡Eh, maldito sacacuartos! ¿Cuándo diablos empieza la pelea? —Y esgrimió su boleto frente a la boca del tabernero.

Bob torció el gesto. Sabía que cuanto más pospusiera el combate, más subirían las apuestas, pero no era cuestión de perder los escasos dientes que le quedaban. Se zafó del obrero de un empujón y olvidó al desconocido de la chamarra roja. Luego, campana en mano, convocó a gritos al público para el comienzo de la contienda.

Al primer tañido, los *navvies* apuraron sus jarras de cerveza y se abalanzaron sobre el recinto de alambre y tablazones que los ayudantes de Bob habían instalado en el centro de la taberna. El humo se mezclaba con el olor a ginebra barata mientras las sillas se arrastraban y los empujones se sucedían para hacerse un sitio junto al cercado. Los más rápidos se aferraron a la alambrada y entre escupitajos e increpaciones, comenzaron a exigir la presencia del *ratboy*. Incluso las prostitutas dejaron a medias a sus clientes para reclamar el enfrentamiento. Mientras, al otro lado de la estancia, el desconocido de la chamarra roja observó la escena con la desgana de quien presenciara un truco decenas de veces contemplado.

Instantes después, un crío de aspecto desaliñado que arrastraba un pesado baúl de madera desencadenó un torrente de blasfemias entre quienes intentaban formalizar las últimas apuestas. Cuando el griterío se apaciguó, el muchacho empujó el baúl al interior del recinto y lo situó junto a una de las esquinas.

—¡Ábrelo ya, imbécil! —le ordenó Bob.

El muchacho se demoró lo suficiente como para recibir una lluvia de mendrugos y restos de empanadas. Se limpió como pudo y se encaramó encima del baúl. Luego tiró con fuerza de una trampilla lateral y, al instante, un hervidero de ratas surgió de la portezuela hasta invadir el cercado. El gentío enardeció cuando el enjambre de alimañas terminó de devorar los restos de empanadas y comenzaron a atacarse las unas a las otras.

—¡Soltad ya al perro! —gritó un pordiosero desdentado, manchado de barro hasta las orejas.

El tabernero apartó de un empujón al crío, que cayó de bruces sobre los roedores.

—¡Maldito inútil! Como aplastes a los bichos dejaré que te devoren los ojos —le amenazó—. En cuanto a vosotros, prestad atención. Ya conocéis las reglas, pero las repetiré para los borrachos..., es decir, para todos los presentes. —Las risas aplaudieron la ocurrencia—. Estáis ante cien magníficos ejemplares. Cien de las mejores ratas del Támesis, especialmente cazadas y contadas una a una por nuestro estúpido *ratboy*.

—¡Tú sí que eres una rata! —le interrumpió un parroquiano, y los trozos de pastel volaron de nuevo.

Bob agitó de nuevo la campana hasta que le dolió la mano.

—¡Callad de una vez! La apuesta irá como siempre: cien ratas muertas en dos minutos. Las que escapen, no cuentan. Si alguna colea, tampoco. Las cien han de quedar bien muertas y dentro del recinto. ¿De acuerdo? ¿Pues a qué esperáis? ¡Traed de una vez a vuestro maldito perro!

Los ladridos atronaron en el local cuando un hombre con aspecto de asesino condujo un enorme terrier hacia el centro de la sala. La fiera avanzaba a ciegas, con la cabeza enfundada en un saco, aullando y lanzando dentelladas entre los gritos de un público enfebrecido que avivaban aún más su ansia de muerte.

—¿Preparados? —bramó Bob.

—¡Diez guineas! —resonó de repente, al fondo del salón.

La taberna enmudeció. Lentamente, todos volvieron sus rostros hacia el lugar de procedencia del desafío. Para cualquier *navvy*, diez guineas suponían el sueldo de todo un año. Incluso alguno de los allí presentes habría matado por menos. Bob parpadeó incrédulo. Luego frunció los labios cuando una rata le mordisqueó un tobillo, pero en un movimiento repentino la aplastó sin misericordia y pateó al resto de los animalejos. Miró otra vez al desconocido de la casaca roja y porte distinguido. No le gustaba aquel hombre, pero ambicionaba su dinero.

—De acuerdo. El de la chamarra roja, diez guineas por las ratas. —Escupió al suelo.

—Por las ratas, no. Mi apuesta es por el perro. —Y sacó una bolsa repleta de monedas que depositó despreocupadamente sobre su mesa.

Bob clavó la vista en la bolsa con un brillo de codicia iluminando sus ojos. Le daba igual por qué bicho apostara aquel estúpido. Su dinero iba a cambiar de mano de todos modos.

—¡Fascinante! Siempre he admirado a los forasteros dispuestos a dilapidar sus ahorros —dijo Bob, mientras trataba de identificar el extraño acento del desconocido—. ¿Y tu nombre es...?

—Ya te lo he dicho. Mi nombre es diez guineas. ¿Las quieres o no? —le espetó desafiante, e hizo ademán de guardárselas.

Con una agilidad incompatible con su corpachón, Bob sorteó la alambrada de un brinco y en dos zancadas se plantó frente al extranjero. Se disponía a aferrar su bolsa cuando el desconocido extrajo una especie de pistola y la plantó violentamente sobre las monedas. Bob se detuvo en seco. Nunca había visto un arma similar, con un tambor giratorio situado entre el cañón y la culata.

—Antes veamos qué saben hacer tus ratas —dijo el desconocido, y se levantó para hacerse un hueco junto al cercado.

De mala gana, Bob regresó a la palestra, sujetó al terrier por el collar y le arrancó la caperuza. Sus aullidos ensordecieron a Bob y enloquecieron a los *navvies*, que volvieron a consumir cervezas como si las regalaran. El animal espumeó frenético al divisar la jauría de ratas y con los ojos inyectados en sangre intentó abalanzarse sobre ellas. Bob tuvo que esforzarse para que el perro no le arrancara el brazo. Antes de soltarlo, le ofreció un cubo de agua que el animal sorbió con avidez.

—De acuerdo. ¡Que comience el espectáculo! —gritó el tabernero.

A su señal, el *ratboy* volteó el reloj de arena y Bob liberó al animal que, al instante, saltó hacia las ratas como impulsado por un resorte. Las ratas se desperdigaron despavoridas, en busca de algún resquicio por el que escapar, pero el terrier, poseído por un ansia salvaje, comenzó a destrozarlas a dentelladas, con sus fauces abriéndose y cerrándose frenéticamente, machacando, sajando en canal y descabezando animales como si le fuera la vida en ello.

—Treinta y dos..., treinta y tres... —enumeró el *ratboy* según caían los animalejos.

De forma atroz, la sangría continuó sin interrupción. Algunas ratas treparon por las patas del terrier en busca de sus testículos, pero el perro se revolvió y las masacró como si fueran desperdicios.

—¡Sesenta y cuatro en un minuto! —anunció el *ratboy*.

—¡Vamos, hijo de perra! ¡Acaba con ellas! —le azuzó uno de los apostantes.

—No lo conseguirá. Cada vez está más cansado —apuntó otro.

Aunque restara la mitad del tiempo, en efecto, daba la sensación de que, poco a poco, comenzaba a evaporarse la rabia que había impulsado al terrier, y que sus dentelladas, antes mortales de necesidad, se tornaban cada vez más débiles e imprecisas. Un par de ratas se

encaramaron al lomo del terrier y atacaron sus ojos mientras el animal sacudía la cabeza intentando librarse de ellas. Sin embargo, conforme unas caían, otras ocupaban su lugar en una nueva carnicería.

—¡Quince segundos! —señaló el *ratboy*.

Los *navvies* que habían apostado por el perro comenzaron a impacientarse. Aún quedaba una quincena de ratas con vida, y el terrier, agotado por la contienda, apenas si se mantenía en pie. Sus temibles ladridos iniciales se habían tornado en bufidos lastimeros y su faz ensangrentada parecía implorar clemencia. En un postrer esfuerzo, el perro logró ajusticiar a dos o tres alimañas que se cruzaron en su camino, pero a la conclusión del tiempo, seis ratas permanecían vivas dentro del recinto. Tras agitar enérgicamente la campana, Bob soltó una carcajada triunfal y alzó el puño con fuerza.

—Lo siento, amigos. ¡Bob y las ratas ganan! —Y se giró con una sonrisa displicente buscando la decepción del desconocido.

—Yo no estaría tan seguro —escuchó que alguien le replicaba.

La sonrisa de Bob se heló al contemplar el arma que el forastero empuñaba a menos de un palmo de su rostro.

—¿Qué...? ¿Pero qué diablos crees que estás haciendo? Vamos... No hagas estupideces y baja la pistola, hijo. Acepta que has perdido. —Por toda respuesta, el forastero apoyó el cañón contra la frente de Bob. El tabernero enrojció—. Mira, imbécil... Aunque me descerrajes un tiro, estos hombres no permitirán que te largues con su dinero, de modo que date la vuelta y vete de aquí antes de que tus tripas sirvan de alimento al perro.

—¿Te refieres a estos hombres? —Señaló a los *navvies* que amenazaban con abalanzarse sobre él—. ¿A éstos a los que acabas de engañar?

—Pero ¿qué dices? Yo no he engañado a nadie.

—¿No? De acuerdo, Bob. Te gusta apostar, ¿verdad? ¿Qué te parece si apostamos?

—¿Y qué mierda quieres apostar? ¿Adivinar en cuántos pedazos vamos a desmembrar tu cuerpo?

—No, Bob. Algo más fácil. ¿Y si peleamos entre nosotros? Tú, con cuchillo, y yo, con las manos a la espalda. Apuesto cinco guineas a que te derroto.

Bob enarcó una ceja. El extranjero se mostraba joven y fornido, pero él manejaba con pericia el cuchillo. Con las manos a la espalda, sería como trinchar un filete.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, aparta el arma y peleemos. —Se frotó las manos.

—Claro, Bob... —Separó lentamente la pistola—. Pero antes, hagamos un brindis como caballeros. —Señaló el mostrador con fingida amabilidad.

Bob carraspeó como si se le hubiera atragantado una espina. Algo así sólo podría proponerlo un loco, y un loco podría disparar en cualquier momento. Decidió seguirle el juego.

—Dos pintas de cerveza —rugió—. ¡Y una ronda para toda la parroquia! ¡Hoy vamos a divertirnos!

El desconocido asintió, retrocedió despacio un par de pasos sin dejar de apuntarle y esperó a que les trajeran la bebida. Una de las camareras corrió con las dos jarras rebosantes de espuma.

—Una para Bob... y otra para el futuro difunto... —se carcajeó.

Bob aferró la suya y empezó a beberla con ansia. Por su parte, el desconocido mantuvo la jarra en vilo y apuntó de nuevo a Bob.

—Con cerveza, no. Tú, con agua. —Y señaló con su arma el cubo del que había bebido el perro. Bob empalideció.

—¿Qué quieres decir?

—El agua del perro. Que te la bebas. —Amartilló la pistola sin pestañear.

—¿Acaso crees que me asustas? Si me disparas, estos hombres te destrozarán antes de que la puedas recargar. —El sudor perló su frente.

—Ya... Veo que no estás al tanto de los últimos avances en armas. En concreto, ésta es un modelo de repetición con tambor de nueve balas, recién llegada de América. El problema es que es un prototipo y a veces funciona correctamente... —Sin dejar de apuntar a la cabeza de Bob, apretó pausadamente el gatillo hasta que, de repente, el martillo saltó y percutió en el tambor con un chasquido seco sin llegar a disparar—. Y otras veces no. —Sonrió.

Bob, que por un momento había contemplado la muerte alojada en su cráneo, suspiró con alivio.

—Pero puedo probar con los demás cartuchos —advirtió el extranjero mientras volvía a amartillar la pistola—. ¡Vamos! ¡Bébetela! —Su semblante se endureció.

Bob apretó los dientes. Durante su azarosa vida había visto suficientes rostros con la determinación que lucía el de su oponente como para comprender que éste no era un loco ni un iluso. Poco a poco derramó la cerveza al suelo y rellenó la jarra vacía con el agua del cubo en el que había bebido el perro.

—Bébetela. ¡Deprisa! —Bob titubeó antes de obedecer. De repente, un disparo retumbó en el techo del local, provocando el que los parroquianos se agacharan como conejos—. ¡No tientes tu suerte! —Volvió a apuntarle—. ¡Hasta la última gota!

Bob engulló el agua a borbotones. Cuando la acabó, dejó caer la jarra al suelo, tomó aire y miró al extranjero.

—¿Y bien?

—Ahora entra en el recinto. Y, tú —ordenó al mozo que había traído las ratas—. Después de tocar la campana, gira el reloj de arena y avísanos de los tiempos.

Bob obedeció entre juramentos. Por su parte, el desconocido aseguró la pistola en su cinturón, se despojó de la casaca y de la camisa y dejó a la vista un torso surcado de cicatrices.

—Las... las manos atrás —exigió Bob, desconcertado por las cicatrices, y esgrimió el puñal que llevaba escondido en el delantal.

En la taberna se hizo un silencio sepulcral. El extranjero enlazó sus manos tras la espalda y esperó a que Bob tomara la iniciativa, pero éste, pese a manejar el puñal, retrocedió un par de pasos. Tras titubear un momento, Bob comenzó a desplazarse trazando círculos mientras el desconocido le hacía lo propio en sentido contrario. Al tercer giro, Bob comenzó a sentirse confiado y descargó un mandoble relampagueante que se quedó a un palmo de la cara del extranjero. Sin embargo, el desconocido no se inmutó y continuó girando, con las manos en la espalda. Cuando el segundo envite rozó la barba del forastero, Bob sonrió. Aquel inconsciente iba a pagar caro su atrevimiento.

—¡Un minuto! —gritó el *ratboy*.

El tabernero fulminó al muchacho con la mirada. No necesitaba que lo espolearan. Clavó la vista en su enemigo, emitió un alarido y se abalanzó sobre él, pero el desconocido fintó a un lado y le propinó un rodillazo en el estómago que le dejó sin aliento. Bob se dobló sobre sí mismo, asfixiado por el dolor. Jamás había perdido una reyerta a cuchillo. Apretó el mango e intentó concentrarse. Sin embargo, algo no iba bien. Veía a su oponente borroso, como si su imagen se desvaneciera por momentos. Se frotó los ojos para recuperar la visión e intentó un nuevo golpe, pero sus piernas no le obedecieron. Comprendió que el narcótico comenzaba a hacerle efecto. En un último esfuerzo, se abalanzó sobre el extranjero para asestar el golpe definitivo, pero éste se

apartó como si estuviera jugando con un saco y el tabernero se derrumbó sobre las ratas que yacían esparcidas por el suelo. Lo último que vio Bob, antes de perder el conocimiento, fue a una de las alimañas supervivientes orinándose sobre su rostro.

Ante el estupor de los presentes, el desconocido se vistió parsimoniosamente, empuñó de nuevo la pistola y se dirigió a todos ellos.

—Ahí tenéis la respuesta. El agua narcotizada. Bob la usó para drogar al perro y esquilmaros vuestro dinero.

Un murmullo de indignación se apoderó de la clientela. Los que habían apostado por el terrier se enfrentaron a los empleados de Bob, pero los que habían pujado por las ratas cuestionaron al extranjero.

—¡Un momento! ¿Por qué habríamos de creerle? —interpeló un gigante del tamaño de un oso.

—¡Eso! ¿Por qué habríamos de hacerlo? —le apoyó otro que temía perder sus ganancias.

De repente, uno de los que había apostado por el perro, estrelló una jarra de cerveza contra la cara del que acababa de dudar del amaño y la pelea se desató. En un segundo, las sillas volaron y los puñetazos se unieron a la orgía de golpes a la que todos parecían haber sido invitados. Entre el enjambre de púgiles, el gigante agarró un hacha y se abrió paso a empellones hacia el extranjero, quien en ese mismo instante se encontraba de espaldas, agachado sobre el cuerpo exangüe de Bob. El gigante alzó el hacha, pero cuando se disponía a hundirla sobre el extranjero, recibió el impacto de una barra de hierro y cayó al suelo sin sentido.

—¡Joder, Rick! ¡Termina de una vez y salgamos de aquí antes de que nos muelan a palos!

El desconocido de la casaca roja reconoció al hombre calvo que acababa de salvarle la vida. Sin perder un instante, localizó la bolsa que Bob escondía bajo el delantal, buscó al *ratboy* y le entregó unas monedas.

—Olvida a esta gente y búscate un trabajo —le aconsejó.

—Vamos, Rick. ¡Larguémonos! —insistió el recién llegado.

—¿Lo harás? —se entretuvo Rick.

El crío asintió.

Rick despeinó al muchacho. Luego siguió al hombre que le había ayudado y ambos se escabulleron del local, dejando que los *navvies* se mataran entre ellos.

## Capítulo 2

Desde la cabina superior del ómnibus que debía transportarles hasta Covent Garden, Rick contempló la desaliñada figura de su socio Joe, mientras éste, ajeno a la llovizna que les empapaba, dormitaba despreocupadamente embutido entre dos pasajeros. No le extrañó que éstos miraran con desprecio a su socio. Joe Sanders era un enorme saco de grasa que se inflaba y desinflaba bajo un gabán tan mugriento que cualquiera supondría que se lo había robado a un muerto. Para colmo, apestaba a alcohol y sudor rancio. Imaginó que ya habría ingerido su ración matutina de ginebra. Miró hacia otro lado, simulando no conocerle.

Pese a su oportuna intervención en la taberna, Rick detestaba a Joe. Odiaba su ruindad, su carácter violento y su obsesivo interés por el dinero. Aun así, necesitaba a Joe igual que las personas necesitan vaciar sus intestinos. De hecho, sin él jamás habría aprendido el oficio de cazarrecompensas. El único oficio que le permitía subsistir camuflado, mientras perseveraba en su verdadero objetivo.

Hacían falta muchos contactos y pocos escrúpulos para desempeñar un trabajo así, y a Joe Sanders le sobraban de ambos. Rick había tenido ocasión de comprobarlo durante el tiempo que ambos compartieron encerrados en las mazmorras de Newgate, el lugar donde se conocieron.

Echó la vista atrás.

En la cárcel, Joe Sanders no le había parecido tan mal tipo. Pese a su aspecto repugnante, Joe hablaba por los codos, reía sin parar y compartía con él el tabaco que ganaba a otros convictos con sus dados trucados. Joe conocía a todos los guardias de la prisión y sabía cómo sobornarlos. Y, sobre todo, parecía no meterse en lo que no le importaba.

La noche en la que Rick evitó el que un par de presos descontentos le aligeraran a Joe la dentadura, éste, agradecido, se sinceró. Le confió que desde joven se había ganado la vida ejerciendo de soplón para los *peelers* de Scotland Yard, la policía metropolitana recién instaurada. Presumía de haber frecuentado durante años los muelles del Támesis, de haberse infiltrado entre la chusma del East End en busca de chivatazos con los que lucrarse y, de paso, de haber aprendido los ardidés con los que los granujas despellejaban a sus objetivos. Fue así como empezó a usarlos en su propio beneficio, y habría seguido haciéndolo de no haber sido detenido mientras se hacía pasar por policía para extorsionar a los propietarios de un mercante. Nada que ver con el motivo por el que le habían encerrado a él: vapulear a un señoritingo bien relacionado cuando éste apaleaba a un chiquillo que le había ensuciado los zapatos.

Después de que Rick evitara a Joe la tunda, éste le propuso tomar parte en el negocio que llevaba tiempo pergeñando. Aprovechando sus contactos con el hampa, había previsto establecerse como un cazarrecompensas capaz de resolver cualquier tipo de litigio. Tendrían cientos de clientes: comerciantes incapaces de cobrar sus deudas, consumidores estafados, herencias expoliadas, mujeres deshonradas..., cualquiera que, descontento con la ineficacia de la justicia, necesitase el concurso de un par de secuaces. Sería pan comido. Joe sería el seguidor y Rick se encargaría de las palizas.

Al principio, Rick no le tomó en serio, pero cuando Joe le mencionó que, si accedía, su abogado pagaría la multa que pondría fin a su condena, comprendió que debía aceptar la oferta. A fin de cuentas, tenía poco que perder. A cambio de machacar de tarde en tarde a algún sinvergüenza obtendría un dinero fácil y podría seguir llamándose Rick, el nombre que se había inventado para mantener su verdadera identidad oculta.

Al poco de pisar la calle, el negocio de Joe prosperó como la espuma. Su verborrea de encantador de serpientes encandilaba a los necesitados de justicia y los nudillos de Rick ponían orden entre los delincuentes. Pero, pasado un tiempo, Rick fue advirtiendo que la especialidad de Joe eran los ajustes de cuentas.

En numerosas ocasiones, ante la dificultad de presentar a los culpables ante la justicia, Joe ofrecía a sus clientes la posibilidad de un buen escarmiento. Su tarifa variaba en función del número de costillas rotas o de dientes derribados, pero esto no amedrentaba a sus clientes, quienes, hartos de humillaciones, pagaban gustosos por tomarse la justicia por su mano. Y aquél no era el tipo de trabajo que Rick estuviera dispuesto a desempeñar durante mucho más tiempo.

Con el transcurso de los meses, el porte distinguido y los modales de Rick despertaron no sólo la curiosidad de Joe Sanders, sino también su avaricia. Rápidamente, el cazarrecompensas encontró en las cualidades de Rick el cebo idóneo con el que granjearse la confianza de clientes más adinerados que solían recelar de su aspecto desaliñado. Así, Rick pasó de trabajar como simple matón a sueldo a cazarrecompensas asociado, un título que, a la postre, supondría un distanciamiento entre ambos. Sobre todo, cuando Joe comenzó a avistar en la sagacidad de Rick a un futuro competidor.

El chacoloteo de los caballos rescató a Rick de su viaje al pasado. El joven se mesó su barba esmeradamente recortada y se arrebujó en su chamarra roja para protegerse de la lluvia. Enfrente, su socio Joe continuaba adormilado en el pescante. Cuando alzó la vista, comprobó que el ómnibus había dejado atrás el laberinto de callejuelas de los Seven Dials para incorporarse a James Street, donde una interminable caravana de cabriolés, carromatos y coches de punto se disputaban un trozo de calzada como reses atrapadas en el corredor de un matadero. En un intento de avanzar, el cochero fustigó a uno de los caballos que tiró desigualmente del ómnibus, derribando un puesto de cacerolas. El estrépito despabiló a Joe, quien de inmediato empujó violentamente al pasajero de su izquierda para hacerse más hueco, antes de dedicar toda suerte de improperios a las deplorables calzadas de Londres.

—No te molestes en acomodarte. Mejor nos bajamos aquí —le avisó Rick.

Joe miró a su alrededor con aire despistado, se levantó y descendió por la escalera de caracol hasta alcanzar la acera de un salto. Rick le imitó. Covent Garden quedaba a un paso. Llegarían antes si completaban el trayecto caminando.

—¿Tienes hambre? Yo me comería una ballena —masculló Joe.

Rick le creyó. Incluso pensó que sería capaz de comerse dos.

Deambularon entre los puestos de comida callejera que atestaban los aledaños del mercado, dejándose embriagar por el succulento aroma de los condimentos y las nubes de humo que se desprendían de los asados, el penetrante olor de los rescoldos de carbón y la algarabía de los vendedores. Carros de todo tipo pintarrajeados de colores ofrecían en sus mostradores cortes de cordero chisporroteantes, mientras sus propietarios se desgañitaban por ofertar los precios más apetitosos. Junto a ellos, vendedores de ostras y de encurtidos compartían espacio con los que prometían sopas humeantes, patatas asadas y pucheros de puré de guisantes. Era como si todos los alimentos de la tierra hubieran viajado hasta Covent Garden para concentrarse en un bufé

interminable. Sus estómagos gruñeron.

Rick propuso a Joe adquirir unas anguilas calientes que, por medio penique, además de alimentarles les caldearían las manos, pero su socio tenía otros planes. Sin prestarle atención, Joe atravesó una hilera de puestos que amenazaban con derrumbarse por el peso del agua embalsada sobre sus toldillos y penetró en un restaurante donde servían marisco fresco recién traído de Cornwallles.

—Hoy es un día especial —dijo Joe mientras se frotaba las manos, y se sentó en una mesa cercana a la chimenea.

Rick soltó un gruñido. No le gustaban los lugares cerrados porque siempre resultaba más difícil escapar de ellos. De buena gana habría comprado cualquier bocado en alguno de los puestos de los vendedores ambulantes a quienes los londinenses denominaban *costermonger*, pero aquel día el frío resultaba insoportable, de modo que tomó asiento junto a Joe y agradeció el calor de las ascuas mientras esperaba a que les sirvieran.

Una vez atendidos, Rick miró la langosta cocida que rebosaba de la bandeja de su socio por todas partes. Siempre que Joe tenía dinero a la vista, pedía manjares para celebrarlo.

—Y bien. ¿De qué se trata esta vez? Tus encargos cada vez resultan más peligrosos.

—Así funciona este negocio, Rick. El dinero nunca viene solo...

—Llegaste tarde a la taberna. Podrían haberme liquidado.

—Podrían... podrían... ¡Siempre quejándote por menudencias...! —Joe se apoderó de una pinza y la crujió de un bocado—. Al menos, llegué a tiempo de ver tu numerito de la pistola sin la primera bala. ¿Por qué lo haces? Cualquier día lo pagarás caro —le reconvino—. En fin... ¿Cuánto conseguiste?

—Lo que le estafaron a tu cliente. —Rick sacó la bolsa de monedas y se la entregó a Sanders con desgana.

El socio contó el dinero con avidez.

—¡Menuda mierda! ¿Esto es todo? —Estampó la langosta contra la bandeja—. Ese tipo llevaba consigo el dinero de todas las apuestas. ¿Por qué no cogiste el resto?

—Porque yo no soy como ese tipo. —Ni como tú, pensó.

Joe miró a Rick como si valorara estrellarle un taburete en la cabeza. Finalmente, negó con la cabeza y volvió a atacar a la langosta.

—¡Joder, Rick! No sé si será por tu juventud o por tu maldita educación, pero si por una puñetera vez olvidaras tus remilgos, a estas horas ya estaríamos forrados. ¡Mírate! Te conformas con vestir limpio y dormir caliente cuando podríamos entrar a cualquier club de Londres y hacer que nos lamieran los zapatos. —Sanders engulló el bocado, derramando parte de la salsa sobre su pechera—. Tienes esos modales refinados sacados de no sé dónde y ese don inexplicable para fijarte en los detalles. ¿Cómo diablos lo haces? De acuerdo. Está bien. Si no me lo has dicho en el tiempo que llevamos trabajando, no vas a decírmelo ahora, pero ¡por la reina Victoria, Rick! ¡Somos la pareja perfecta! Yo poseo vista para los negocios, sé cómo apretar las tuercas a la gente y exprimirles hasta el último penique. ¿Y tú? Eres listo, hijo. No sé a qué te dedicarías antes, pero te aseguro que has nacido para esto.

—¿De qué se trata? —insistió Rick.

—Es un asunto en el Strand. Algo sencillo...

Rick apretó la mandíbula y se sirvió un poco más de cerveza. No le gustaba el Strand. Allí vivía la gente a la que despreciaba.

—Sabes que no me gustan los ricos.



—Sólo son negocios. Nadie te pide que te cases con ellos. —Se limpió las manos en los pantalones y sacó un recorte de periódico que le entregó a Rick.

—Muy guapa. ¿Quién es?

—Según cuentan, el retrato no le hace justicia —respondió—. O le hacía... Se trata de la hija de Paul Merrick, un conocido empresario textil. La muchacha estaba en vísperas de contraer matrimonio, pero, como ya habrás comprobado por la noticia, sufrió un terrible accidente. —Hizo una pausa para pasar la langosta con un trago—. Al parecer, cuando se estaba probando su vestido de boda, la crinolina se prendió con un candil y ardió como una tea. Aún no saben si sobrevivirá.

—Es una lástima. Esos ropajes son un auténtico peligro. —Rick volvió a mirar el periódico y sacudió la cabeza. De tratarse de un acto criminal, la policía ya habría tomado cartas en el asunto. Sin embargo, Joe nunca daba puntada sin hilo—. ¿Cómo sabes lo de la crinolina? Aquí no se menciona nada del vestido... —se interesó.

—Verás... Lo del accidente es la versión que ofreció su padre a los periódicos, pero su madre no opina lo mismo. Fue ella quien se puso en contacto conmigo. Parecía asustada y no quiso ofrecerme más detalles que los que te he comentado. Me suplicó que la visitáramos hoy y prometió una suma considerable.

Rick asintió con desgana. Parecía dinero fácil. Quizá lo suficiente como para abandonar por fin a Joe y dedicarse en cuerpo y alma a buscar al hombre que llevaba tanto tiempo persiguiendo. Introdujo la mano en el bolsillo para acariciar la bala que custodiaba en un estuche de nácar. La que nunca cargaba en su pistola porque ya tenía asignado dueño. Por un instante, sus ojos centellearon. Luego brindó con Joe por el nuevo caso, pagaron la cuenta y salieron en dirección al Strand, el barrio en el que vivían los amos del mundo.

## Capítulo 3

Deambular por el Strand provocaba en Rick la sensación de adentrarse en un desfile de jactanciosos edificios que se disputaran entre sí el trofeo al de mayor poderío. No era el único en percibirlo. El hervidero de viajeros que pululaba por sus aceras caía rendido ante la sucesión de escaparates, clubs, sastrerías y hoteles, que parecían competir por ofrecer el precio más desorbitado. Se diría que, si alguien dudara de que Dios había convertido Gran Bretaña en la nación más poderosa de la tierra, el Strand estaba allí para confirmarlo. Finalmente, de entre todas aquellas joyas arquitectónicas, la propiedad de Paul Merrick, situada en el 27 de Oxford Street, resultó ser una de las más fascinantes.

Desde la acera de enfrente, Rick admiró la formidable fachada georgiana cuya sobria mampostería de granito contrastaba con las recargadas construcciones de ladrillo rojo que intentaban emular a las antiguas edificaciones góticas. Tras asegurarse de que la dirección era la correcta, Joe simuló pellizcarse.

—¡Por todos los diablos, Rick! Hay tipos que saben dónde vivir. A éstos vamos a sacarles los ojos. —Se relamió, y sin más preámbulos, se alisó un poco las arrugas de la pechera, cruzó la calle y cuando alcanzó el portal tiró con fuerza de la campanilla.

Instantes después, una mujer de cofia impoluta y cara de desprecio aparecía bajo la puerta.

—No damos limosnas —espetó la mujer al apreciar el aspecto de Joe.

—¡Oiga! No ofenda y anúncienos a su señora, que nos está esperando. Dígale que están aquí Joe Sanders y su socio. —Y se apresuró a entregarle una tarjeta de visita arrugada que la mujer cogió como si le hubieran ofrecido un calcetín roñoso.

—Límpiese los zapatos y aguarden en el vestíbulo —dijo casi sin mirarlos—. ¡Ah! Y usted apague el cigarro. La señora Merrick no lo soporta.

Rick obedeció, pero Joe se adentró en el recibidor con la avidez de una zorra en un corral de gallinas. Al ver que Rick entregaba su sombrero, Joe le imitó, dejando que su calva mal disimulada por unos pelos grasientos brillara bajo la luz de las ventanas. Cuando la sirvienta se retiró, Joe se giró hacia Rick.

—Lo que te decía... Éstos sí que saben vivir. —Y le señaló las impresionantes cabezas de ciervo que flanqueaban la entrada a la biblioteca.

Rick, por su parte, reparó en la iluminación a gas y en el extraño cenicero de estilo rococó que descansaba a la entrada, junto a un paragüero. Hacía tiempo que no frecuentaba una casa decente, con gente decente y modales decentes. Receló. Luego continuó mirando a su alrededor. Los suntuosos cuadros que presidían el recibidor le recordaron a su antigua casa materna.

Minutos después aparecía por las escaleras una dama de pelo cano cuyas ojeras anunciaban un enorme padecimiento. La mujer, enfundada en un vestido negro, saludó con un hilo de voz y los condujo hasta la sala de visitas. Tras ofrecerles una taza de té, se acomodó sobre un sofá de terciopelo rojo y les invitó a que se sentaran.

—Caballeros, gracias por acudir. Les ruego disculpen lo intempestivo de mi llamada, pero

deseaba aprovechar la ausencia de mi marido, que a estas horas se encuentra atendiendo la fábrica. Ni que decir tiene que requiero de ustedes la más absoluta discreción. En fin... Como ya le conté al señor Sanders, la semana pasada mi hija..., mi pequeña Rosalyn... —Poco a poco, su voz se fue apagando hasta casi desaparecer—. Disculpen. —Sorbió un poco de té y aguardó hasta recuperar el aliento. Luego tomó una bocanada profunda de aire y continuó—: Les decía que mi querida hija sufrió un terrible percance. Agnes, nuestra ama de llaves, se encontraba vigilando el desayuno cuando escuchó unos escalofriantes gritos procedentes de las habitaciones de arriba. De inmediato corrió hacia los aposentos de Rosalyn, que en esas fechas era la única que dormía en la casa. Nosotros... —Su voz volvió a quebrarse—. Mi marido y yo nos habíamos desplazado hasta nuestra casa de campo en Hampshire para descansar un poco de los preparativos de la boda... ¡Por Dios! ¿Por qué nos iríamos? —Buscó una explicación mientras sus ojos se humedecían por las lágrimas—. Perdón. Como les estaba contando, Agnes subió a toda prisa para auxiliarla, pero cuando entró en la habitación, mi hija... mi hija... —Rompió a sollozar como si acabaran de arrebatárle el corazón.

Joe, que ya conocía la historia, tamborileó con los dedos y giró la cabeza para ocultar su rictus de hartazgo. Rick extrajo un pañuelo limpio y se lo ofreció a la mujer.

—Es usted muy amable. —Se enjugó las lágrimas y miró a Rick con agradecimiento—. Esa misma mañana nos avisaron y regresamos de inmediato. Cuando llegamos, toda la casa olía a quemado. Corrí a ver a mi pequeña y la encontré allí, abrasada. Su cara estaba... ¡Oh, Dios! Casi no le quedaba rostro. ¡Rosalyn era tan bella...!

—Mire, señora... Ya se lo expliqué ayer —la interrumpió Joe—. Nosotros haremos lo que podamos, pero si al final resulta que fue un accidente, nuestra tarifa sigue siendo...

—¡No fue un accidente! —La taza de té se tambaleó en sus manos hasta derramarse—. ¡No lo fue! —repitió tajante mientras su rostro se cubría de un odio estremecedor—. En cuanto a sus honorarios... —Se levantó y se dirigió hacia un secreter, lo abrió con la llavecita que colgaba de su pulsera y sacó una bolsa que le arrojó a Joe—. ¡Veinte guineas! Espero que esto compense sus esfuerzos.

—No me malinterprete. Es que los asuntos de dinero prefiero tratarlos por adelantado —intentó justificarse Joe mientras se guardaba la bolsa.

—Y todo por la boda... Por la maldita boda. —Se dejó caer de nuevo sobre el sofá, como si de repente la consumiera una insoportable languidez—. Todos estábamos deslumbrados con el enlace, pero sobre todo mi marido Paul. Él apenas si daba crédito. ¡Nuestra hija Rosalyn emparentada con el joven lord Clayton! ¡Con la nobleza! ¿Imaginan nuestro orgullo? Cuando su familia nos hizo llegar la petición de compromiso, enloquecimos de alegría. Como podrán suponer, aceptamos de inmediato. Fue su padre quien se empeñó en comprarle ese vestido tan caro. Y, sin embargo, ahora... Ahora, ya nada volverá a ser igual. —Rompió de nuevo a sollozar.

—Sentimos todo lo ocurrido, señora Merrick —intentó consolarla Rick.

—Deje. Estoy bien —mintió mientras se levantaba con dificultad—. Imagino que desearán ver a mi hija. Precisamente, ahora mismo la está atendiendo el médico. Por favor, si tienen la amabilidad de acompañarme.

Rick y Joe la siguieron. Conforme ascendían por las escaleras, un penetrante olor a humo empezó a aferrarse a sus gargantas. Rick carraspeó. Una vez alcanzado el rellano, la mujer se adentró por un pasillo sombrío hasta detenerse frente a una puerta que se veía ennegrecida por las llamas. Rick advirtió que la mujer flaqueaba y se apresuró a auxiliarla, pero la mujer se zafó bruscamente, como si creyera que intentaban robarle su dignidad. Luego se recompuso un poco el

vestido y continuó por el pasillo en dirección a una puerta entreabierta que dejaba escapar un tenue resplandor. Cuando alcanzó el umbral, aguardó en el exterior, como una estatua de piedra.

—Pasen ustedes. Yo no tengo fuerzas —les confesó con un hilo de voz.

Rick penetró despacio en la estancia y Joe le siguió. En el interior, una lámpara de gas iluminaba la silueta de un hombre que aplicaba un unguento sobre un cuerpo menudo e inerte. Rick avanzó un paso, con el corazón encogido. El galeno, al advertir su presencia, se limpió las manos y se apartó. Rick se acercó a Rosalyn. Por un instante creyó apreciar que la muchacha aún conservaba su belleza, pero al aproximarse más, comprobó con horror que su rostro era una máscara de llagas abrasadas. No pudo evitar exhalar un suspiro de horror.

—La he sedado con láudano. No creo que la pobre pueda contarles nada —les susurró el doctor mientras sacudía la cabeza, negando cualquier tipo de esperanza.

Rick contempló a la joven con una mezcla de impotencia y de rabia. Se le ocurrió coger una de las flores que adornaban un jarrón para depositarla tiernamente entre sus frágiles dedos. Pese a la desfiguración de su rostro, creyó ver en los labios de la muchacha un amago de sonrisa. Comprendió que agonizaba.

—Lo atraparemos —le aseguró a la pequeña Rosalyn. No pudo seguir mirándola. Se despidió de la joven y le rogó a Joe que abandonara la estancia. Antes de salir, se acercó al doctor que atendía a Rosalyn—. Las flores del jarrón son preciosas, pero cuidado con el agua. Si se derramara sobre algún alimento, podría envenenarla.

El doctor miró a Rick sorprendido.

—¿Entiende usted de flores?

—Bastante, por desgracia.

\* \* \*

De vuelta al pasillo, la señora Merrick se dirigió a Joe:

—¿Les ha revelado algo? —les preguntó.

—No. Lamentablemente, no —contestó Joe mientras se rascaba la papada—. Verá. Hay algo que me resulta extraño. Usted asegura que lo sucedido no fue un accidente, pero ayer me comentó que la policía inspeccionó la casa y coincidió con el señor Merrick en todo lo contrario.

—El señor Merrick... ¡Ja! ¡Él no la parió! —respondió con voz tajante.

—Mire, señora. No pretendo contradecirla, pero si ésas son sus únicas razones...

—Pues si no pretende contradecirme, no lo haga. Y sí: ésas son mis razones, lo mismo que las tuyas están dentro de la bolsa que le he entregado antes. —Y alzó la barbilla para dar por concluida la disputa.

Avanzaban por el pasillo cuando Rick se detuvo frente a la puerta quemada.

—¿Podríamos echar un vistazo al dormitorio de Rosalyn? —preguntó Rick.

Por toda respuesta, la señora Merrick accionó el picaporte para permitirles la entrada.

Nada más empujar la puerta, una brisa ligera procedente de una ventana entreabierta agitó los restos de ceniza que flotaron en el aire como diminutas luciérnagas grises. Rick avanzó unos pasos, tragó saliva y comenzó la inspección. Observó el tapizado de las paredes ennegrecido, salpicado por unos tétricos rodales carcomidos. Del colchón, apenas si quedaban unos mechones de lana sueltos, esparcidos sobre el somier. Se fijó en las mesitas de noche. Sobre una de ellas, aún descansaba un retrato chamuscado de la joven. Lo cogió con delicadeza y miró aquel rostro virginal. Le pareció como si sus ojos le atravesaran a través de la plancha de cristal.

—Por favor, señor Hunter, tenga cuidado. Es un daguerrotipo muy caro. Se lo regalé por su cumpleaños y me gustaría restaurarlo.

Rick había visto antes muchas de aquellas fotografías. Depositó el daguerrotipo delicadamente sobre la mesita. Los ricos gastaban el dinero en cualquier cosa, pero se morían igual que los demás. A veces, incluso peor.

Prestaba atención al techo, cuando los restos de un quinqué roto crujieron bajo sus pies. Se agachó y acarició la sustancia untuosa que permanecía adherida a los fragmentos de cristal. Luego se fijó en la jaula retorcida en la que se había convertido el armazón del miriñaque. Acercó su nariz. Aún olía a carne quemada, pero también a algo más que creyó identificar. A continuación, se desplazó hacia las ventanas que daban a la calle. Al abrirlas de par en par, el viento le azotó la cara. Observó que daban a un amplio jardín interior. Miró hacia abajo y comprobó la fachada.

—¿Podríamos hablar con el ama de llaves?

—Desde luego. Síganme —respondió la señora Merrick.

Se disponían a abandonar la estancia, cuando Rick reparó en una especie de mondadientes caído en el suelo. Lo recogió y, tras examinarlo con interés, se lo guardó en un bolsillo.

Mientras descendían hacia el piso inferior, distanciados varios escalones por detrás de la señora Merrick, Joe se acercó sigilosamente a Rick.

—Esta mujer está trastornada —le musitó—. Ya oíste el dictamen de la policía. Pero haces bien en simular interés. Que vea que nos esforzamos.

Rick ni se dignó en replicar a Joe. Tan sólo escoltó en silencio a la señora Merrick hasta el cuarto donde el ama de llaves se afanaba en remendar una cortina.

—Agnes, estos caballeros desean hacerte unas preguntas —le anunció la señora Merrick.

La vieja criada dejó de inmediato la aguja y se levantó para atenderles. Rick reparó entonces en sus mejillas, enrojecidas por lo que parecía ser el efecto de unas quemaduras. Iba a preguntarle al respecto, cuando Joe se le adelantó. Solía hacerlo, para demostrar a los clientes que era él quien llevaba los galones.

—Dígame, buena mujer. ¿Quiénes se hallaban en la casa cuando se desató el incendio? —El hombre sacó una libreta sucia y un lápiz que humedeció con la punta de la lengua.

—Pues estaba toda la servidumbre, a excepción de las criadas que acompañaron a los señores a Hampshire. A ver, déjeme recordar: sí... Betty y Judy, las encargadas de la limpieza; Susan y Carol, que se ocupan de la lavandería; la señora Sheridan, que es la cocinera, y su hija Abby, que también colabora. ¡Ah! Y, por supuesto, nuestro mayordomo, el señor Scott, y su auxiliar, Jimmy, el mozo de cuerdas.

—Entonces, ocho..., ¡no!, nueve empleados, incluida usted. ¿Y recuerda la hora a la que se declaró el fuego? —Joe demostró que sabía contar, por lo menos, hasta diez.

—Sí, claro. Serían las ocho de la mañana. —Miró hacia el techo como si buscara algún detalle olvidado—. Quizá un poco antes, porque a las siete encendemos las chimeneas para caldear las estancias. Me disponía a subir el desayuno a la señorita Rosalyn cuando escuché los gritos y de inmediato corrí como una posesa hacia la habitación. Llamé a la puerta, pero la señorita no contestó. Entonces usé mi llave y, al abrir, una inmensa bocanada de fuego se abalanzó sobre mí.

A Joe se le acabaron las preguntas. Puso cara de imbécil y miró a Rick, para que continuara.

—¿Las llamas le produjeron esas quemaduras? —Rick le señaló sus mejillas.

—No es nada grave. —La sirvienta se ruborizó, como si se culpaba por lo sucedido.

—Continúe, mujer. ¿Qué vio al entrar? —intervino de nuevo Joe.

—¡Dios! Fue algo horrible. Cuando las llamas retrocedieron, descubrí a la señorita Rosalyn

retorciéndose en el suelo, envuelta en una bola de fuego. Gritaba y pedía ayuda mientras las llamas la devoraban. Yo me quedé sin habla. Me asusté mucho, pero cogí una manta y se la eché por encima para sofocarlas. Como pude, la arrastré fuera de la habitación, al descansillo, y con la ayuda de Betty y Judy conseguimos apagarlas. Luego, entre las tres, trasladamos a la señorita Rosalyn a la alcoba de la señora y le aplicamos agua fría sobre las quemaduras. ¡Oh, Dios! Recuerdo cómo la señorita temblaba y se convulsionaba con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo el infierno. La piel se le desprendía como papel chamuscado. —Sus ojos se abrieron y su rostro empalideció—. De inmediato mandé aviso al doctor y a los señores para que regresaran y recé por ella. Recé mucho, señora... —Dirigió una mirada de súplica a la señora Merrick.

—¿Entró alguien más en la habitación? —preguntó Rick.

—No. Bueno, miento. Cuando salimos, subió el mozo de cuadras para apagar el incendio y estuvo allí hasta que consiguió sofocarlo. Luego cerramos la alcoba y ya no tocamos nada hasta el regreso de los señores.

—Bien. Eso es todo —determinó Joe, dando por concluido el interrogatorio.

—Gracias, Agnes. Puedes volver a tus quehaceres —le indicó la señora Merrick.

De camino a la biblioteca, Rick volvió a fijarse en las tuberías de cobre que le habían llamado la atención nada más entrar en la casa. Aunque la iluminación por gas llevaba varios años utilizándose para el alumbrado público y los teatros, su empleo en viviendas privadas aún resultaba inusual por su elevado precio.

—¿Desde cuándo la tienen? —preguntó Rick a la dueña.

—Hará un par de años. Fue cosa de mi marido. Ya sabe cómo son los hombres. Cuando acuden al club, siempre tienen que presumir de algo más que de sus conquistas. —Su rostro se amargó.

—¿Podríamos entrevistarnos con el mozo de cuadras? Se llamaba Jimmy, ¿no?

—Desde luego. Por favor, sírvanse más té si lo desean. Si me disculpan, voy a avisar para que le llamen.

Cuando la mujer desapareció, Joe abrió la bolsa con avidez y contó varias veces las monedas.

—¡Joder! Nunca gané veinte guineas tan fácilmente —fanfarroneó—. Ahora, a ver cómo se lo explicamos... ¿Qué tal así?: «Mire usted, estúpida señora Merrick, ya hemos resuelto el caso. Atolondrada por la proximidad del acontecimiento, a su hija Rosalyn se le cae el quinqué y arde como una tea. Fin del caso. Y ahora usted se resiste a admitir que, en lugar de emparentarse con la nobleza, van a tener que ingresar a su hija en el circo de los horrores». ¡Ja! ¿Cómo lo ves, Rick? ¿Te parece que se lo diga así? —Y comenzó a servirse una copa de whisky, sin pedir permiso a nadie.

Rick sintió la necesidad de golpear a Joe para borrarle la sonrisa de su cara, pero por respeto a la familia, se contuvo.

—Lamento contradecirte, pero en lo único que has acertado es en lo de ganar un dinero fácil. Por lo demás, tus suposiciones son tan absurdas como el peinado con el que intentas disimular tu calvicie —le espetó.

Joe torció el gesto mientras se repeinaba su mechón.

—¿Ah, sí? ¡Vamos, Rick! ¿Ya estás con tus asombrosas averiguaciones? ¿Acaso no oíste a la criada? ¡La chica estaba encerrada por dentro! ¡Con llave...! ¿Qué otra cosa podría haber ocurrido? Oye, escucha, olvidemos las especulaciones, digámosle cualquier cosa a esa loca y larguémonos. Esta familia me importa lo mismo que...

—Sí, lo sé: lo mismo que la mierda que pisan tus zapatos. Pero ahora ésa no es la cuestión. Ya

no se trata del dinero, Joe. Estoy convencido de que a esa muchacha la destrozó un monstruo que disfrutó contemplando cómo se quemaba viva.

—¿Un monstruo? ¿Cuál? ¿El dragón de San Jorge o un gigante de siete cabezas?

—Déjate de sarcasmos, ¡maldición! Te digo que alguien la atacó. ¿Acaso no lo oliste? Los restos de la crinolina todavía apestaban a ginebra. Dime, Joe, ¿por qué inconcebible razón, Rosalyn empaparía su impecable vestido de novia con una sustancia inflamable?

—¿Y eso es lo que te inquieta? Estaría celebrando la caza de un lord rico. ¡Vete tú a saber!

—Ya. Y como estaba borracha, se le ocurrió usar la raquílica luz de un antiguo quinqué para alumbrarse, teniendo a su disposición una fantástica lámpara de gas, ¿no?

—¡Diablos, Rick! Pues no sé por qué razón usaría un quinqué, ni maldita la falta que me hace. Los borrachos siempre cometen estupideces... Además, ¿y qué si hubiera sido así? ¿Qué cambiaría si fue un sádico quien la destrozó? Mira, hijo: la pobre Rosalyn no tardará en espicharla, y no me juzgues mal, pero por lo que he visto ahí arriba, sería lo mejor que le podría ocurrir. Si le haces creer a la señora Merrick que su hija fue asesinada, sólo conseguirás que sufra más. ¿Acaso recuperará a su hija? ¡No! Pues entonces, asegúremonos que fue un accidente y que descansen en paz las dos, ella en su casa y la otra en el cementerio.

Rick apretó los puños. Le atormentaba pensar que quien hubiera aniquilado a Rosalyn pudiera vagar por Londres, impune, pero eso era algo que su socio jamás entendería. De hecho, Joe sólo era capaz de entender dos cosas: el peso de una bolsa bien repleta en su cintura y el de una pistola apoyada en su cabeza. De buena gana le habría fabricado un par de huecos nuevos en su dentadura, pero a la espera de arreglar cuentas, decidió enfocar el asunto desde otra perspectiva.

—De acuerdo, Joe. Quizá tengas razón, pero míralo de otro modo: piensa cuánto podríamos ganar si le ofreciéramos a la señora Merrick la oportunidad de capturar al culpable... Es cierto que nunca recuperará a su hija, pero la venganza provoca una satisfacción lo suficientemente intensa como para que alguien dolido pague una suculenta suma.

—¿Venganza? ¿A qué te refieres? —«suculenta suma» reverberó en sus oídos.

—No te hagas el inocente. Si la policía le ha dado la espalda, ofrezcamos a la señora la posibilidad de capturar por nuestra cuenta al bastardo que quemó a su hija.

—¿Y liquidarlo? —Joe se relamió, pensando en nuevas ganancias.

—Eso lo dejo a tu elección. Al fin y al cabo, nuestro trabajo es como una buena meada: si no quieres que te salpique, mejor no dejarla a medias.

—¡Diantres, Rick! ¡Por fin hablas con algo de sensatez! ¡Desde luego que podríamos sacar una tajada, y de las buenas! —Se rascó el mentón mientras visualizaba las posibilidades. Luego se bebió el whisky de un trago y miró a Rick con determinación—. De acuerdo: forrémonos. Llamemos a la mujer y acabemos con esta historia.

—Aguarda un momento. Convencer a la señora Merrick, en su estado, va a requerir cierta delicadeza. ¿Por qué no te adelantas tú y vas a los *docks* a celebrarlo? Yo me quedaré aquí para terminar de embaucar a esa loca y te pondré al tanto de lo que suceda.

Joe frunció los labios, como si por un instante desconfiara de la propuesta, pero finalmente echó a reír sin recato, mostrando sus dientes podridos. Celebrar era su palabra favorita.

—¡Ajá! Éste es mi Rick. Está bien, sácale diez guineas más a la vieja, y yo te iré calentando a las chicas para cuando llegues. —Se agarró obscenamente la entrepierna—. ¿Nos vemos a las siete en el burdel de las francesas?

—Sí. A las siete.

—Perfecto. —Cogió la botella de whisky y bebió de ella hasta vaciarla—. Pues despídeme y

asegúrale a la trastornada que cogemos al culpable, e incluso dile que por un par de guineas más, yo, personalmente, me encargaré de machacarle la cabeza.



## Capítulo 4

Rick respiró aliviado, después de que su socio Joe saliera por la puerta.

Apuraba una segunda taza té, cuando la señora Merrick regresó a toda prisa en compañía de su mayordomo. Rick excusó la ausencia de Joe por una indisposición repentina y se interesó por el paradero del mozo de cuadras.

—Ojalá lo supiera —contestó la mujer, alarmada—. No encontramos a Jimmy por ningún sitio. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

La mujer no puso impedimentos cuando Rick solicitó echar un vistazo al lugar donde dormía el mozo. Instantes después, en presencia de la señora Merrick y del mayordomo, Rick accedía al dormitorio de Jimmy, habilitado en una caseta construida en el patio interior, junto a las caballerizas. Nada más entrar, le abofeteó un intenso olor a ginebra.

—Es extraño encontrarlo tan desordenado —se apresuró a justificar el mayordomo.

—¿Guardaba ahí sus pertenencias? —Rick señaló un baúl abierto, que dejaba a la vista un barullo de ropa revuelta.

—Y también aquí, en el armario. Pero lo ha vaciado. —El hombre abrió las puertas para mostrárselo.

Rick echó un vistazo. En efecto, apenas si quedaban un par de pantalones y unas botas destrozadas. Debajo de una bufanda vieja, encontró una cajita de madera que albergaba en su interior un anillo con una especie de inscripción familiar. Luego examinó el camastro. Bajo las tablazonas descubrió un cuaderno de los usados habitualmente para dibujar y una botella de ginebra medio vacía. Recogió los dos objetos, se acercó la botella a la nariz y examinó el cuaderno.

—¿Practicaba Jimmy el dibujo? —le preguntó a la señora Merrick.

—¿Jimmy? La verdad es que lo desconozco, pero no creo que figurara entre sus aficiones. Sin embargo, este cuaderno... Déjeme ver. —Se lo arrebató a Rick antes de que éste terminara de examinarlo—. ¡Por Dios! ¡Este cuaderno pertenece a mi hija Rosalyn!

La mujer acarició las iniciales «R. M.» impresas en el cuero de la sobrecubierta y lo abrió para cerciorarse. Poco a poco, sus manos temblorosas se deslizaron de una página a otra hasta que una lividez cadavérica se apoderó de su rostro. Segundos después, se desvanecía sobre el jergón de paja como si le hubieran arrancado la vida.

\* \* \*

Cuando la señora Merrick recuperó el conocimiento, apartó el delantal con el que Agnes le abanicaba y corrió hacia la ventana donde Rick revisaba los dibujos del cuaderno de Rosalyn.

—¡Señor Hunter! ¡Le prohíbo que vea eso! —gritó.

Por toda respuesta, Rick cerró suavemente el cuaderno y se lo entregó a la mujer. Ya había visto lo suficiente y ambos lo sabían.

—Creo, señora Merrick, que lo más conveniente sería continuar esta conversación en privado —dijo en referencia a la servidumbre.

La mujer permaneció en silencio, rígida como un palo, con la vista fija en las pupilas de Rick. Transcurrieron unos instantes hasta que la mujer parpadeó nerviosamente. Luego se volvió hacia Agnes y el mayordomo.

—Dejadnos solos.

—¿La señora no necesita ninguna otra cosa...?

—¡Os he dicho que os marchéis! —vociferó. Una vez los criados abandonaron la caseta, la señora Merrick inspiró profundamente y se dirigió a Rick con determinación—: Quiero que se vaya de aquí ahora mismo. Quiero que se marche y olvide cuanto acaba de ver.

—Señora Merrick, su hija era muy dueña de hacer con su cuerpo lo que...

—¡Le he pedido que se vaya!

—Bien. Si eso es lo que desea. Pero, en tal caso, el asesino que atacó a su hija jamás recibirá su castigo.

—¡Claro que lo hará! Le aseguro que me encargaré personalmente de que ese mozo de cuerdas suplique para que acabe con su agonía. —Las lágrimas reflejaron su ira—. Aunque sea lo último que haga, le juro que encontraré a ese bastardo y haré que se pudra en la cárcel hasta el día que lo ahorquen.

—No lo dudo, señora Merrick. El problema es que cometería un error del que se arrepentiría para siempre.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque el desgraciado de Jimmy nunca atacó a su hija. Fue otro hombre.

\* \* \*

Rick convenció a la señora Merrick de que comprendería mejor sus explicaciones en torno a una taza de té.

Sentados en la biblioteca, ambos se miraron expectantes. Rick se sirvió un vaso de la ginebra que había encontrado en la caseta de Jimmy y cuya botella ahora descansaba sobre una mesa junto al cuaderno de dibujos. Bebió un sorbo y miró con determinación a la mujer.

—¿Seguro que no prefiere esperar a que regrese su marido?

—Atienda bien, joven. Ni yo misma comprendo cómo me he dejado persuadir para escucharle, pero ya han transcurrido dos minutos, de los tres que le concedí.

—Con el minuto que me resta tendré suficiente. —Ingirió su copa de un trago. Luego volvió a mirar fijamente a la mujer antes de aspirar una bocanada de aire—. En fin... Usted vio los dibujos igual que yo: su hija en posturas indecorosas que...

—¡Le prohíbo que se refiera a ella en esos términos! ¡Esos dibujos no representan a mi hija! —se revolvió.

—Pues se parecían mucho a la joven que vi en el daguerrotipo...

—Y, aunque así fuera, ¿qué demuestra? —le desafió—. La imaginaría así el sátiro de Jimmy. Seguramente, él robó el cuaderno para plasmar en él sus asquerosas fantasías.

—Desde luego, sería una posibilidad. No obstante, al examinar el cuaderno, descubrí que la primera hoja había sido arrancada de forma burda, probablemente con la intención de impedir que alguien leyese la dedicatoria que Rosalyn había escrito en ella a lápiz. Si se toma la molestia de comprobarlo, advertirá que la presión del trazo dejó una huella en la segunda hoja, y aunque con

dificultad, aún puede leerse. Me he permitido frotar con un poco de ceniza el lugar de la impresión para facilitárselo.

La señora Merrick aferró el cuaderno y lo abrió con violencia. Sus ojos pasaron de largo sobre las imágenes mientras parpadeaba para no verlas.

—No entiendo lo que pone —fingió, y apartó la mirada.

—En ese caso, se lo leeré yo: «Para Jimmy, con todo mi deseo. Tu Rosalyn». Imagino que reconocerá la letra de su hija.

—¡Cállese! ¡Mi hija es una señorita decente! —gimió. Le arrebató el cuaderno y lo estampó contra el suelo.

—Mire, señora Merrick, si lo que prefiere es mirar hacia otro lado, me iré de aquí y no volverá a verme. Pero estoy convencido de que, en lo más profundo de su corazón, usted anhela encontrar al verdadero culpable y hacerle pagar por lo que hizo.

—Y, según usted, el monstruo que quemó a mi hija no fue Jimmy...

—Desde luego que no, aunque se tomó numerosas molestias para hacernos creer que fue el mozo de cuadras.

—Entonces, ¿quién?

—Aún me resta comprobar un par de detalles, pero si hubiera de apostar mi mano derecha, diría sin dudar que el agresor fue su futuro yerno. Sí. Aseguraría que fue lord Clayton quien, intencionadamente, abrasó a su querida hija.

La señora Merrick balbuceó.

—¿Lord Clayton? No... no puede hablar en serio. ¡Pero si ese joven está loco por Rosalyn!

—Desde luego. Y sin duda enloqueció aún más cuando descubrió las relaciones impúdicas que su prometida mantenía con el mozo de cuadras.

—Pero ¿cómo se atreve? —La mujer se levantó con la intención de llamar al servicio.

—Por favor, aguarde y escuche. Tal y como usted presentía, lo sucedido a su hija no fue fruto de un accidente. Comencé a sospechar porque Rosalyn jamás habría utilizado el resplandor de un quinqué para admirar su flamante vestido, teniendo a su disposición una magnífica luz de gas con la que iluminarse. No. El quinqué lo encendió otra persona. —Sacó la especie de mondadientes que había encontrado bajo el quicio de la puerta y se lo mostró.

—¿Qué es?

—Un fósforo. Fue una suerte que no se consumiera, porque no es un fósforo corriente. Fíjese. Aún puede leerse la marca, Lucifer. Se trata de una cerilla de seguridad, de las que utilizan los adinerados para encender sus cigarros sin riesgo de que se prenda la cajetilla. Ni que decir tiene que Rosalyn jamás habría empleado este tipo de fósforos para encender el quinqué, pues para tal menester he advertido que ustedes usan los largos pabilos suministrados por el servicio de cocinas. Además, he observado que ni en la biblioteca ni en el comedor hay ceniceros, lo que me lleva a suponer que su marido Paul no fuma. Sin embargo, cuando accedí a la vivienda observé que disponían de uno muy vistoso a la entrada, imagino que para atender a los invitados. Por favor, confirme mi suposición. ¿Es lord Clayton aficionado al tabaco?

—Sí. Y mucho. Rosalyn se quejaba constantemente. Ese vicio era lo único que le disgustaba de él. —Abrió los ojos con extrañeza.

—Entonces, imagino que durante alguna de las visitas que les hizo ese canalla, fumaría.

—Pues no. Al contrario. En ese sentido, siempre fue bastante considerado. Clayton sabía que yo no soportaba el humo. De hecho, las ocasiones en las que vino, siempre apagó su cigarro al entrar al recibidor y nunca volvió a encenderlo hasta el momento de despedirse.

—En tal caso, esperemos tener suerte. —Sin pedir permiso se levantó, se dirigió hacia el cenicero que había visto a la entrada y regresó con él. Luego, ante la atónita mirada de la señora Merrick, volcó su contenido en el suelo y revolvió entre los restos hasta encontrar unos palillos que extrajo con satisfacción—. ¡Ajá! Lo que sospechaba. Cerillas quemadas, Lucifer. Del mismo tipo que la que encontré arriba. Definitivamente, lord Clayton fue el hombre que quemó a su hija.

—¿Y cómo lo demostrará? Cuando se desató el incendio, Rosalyn estaba en su habitación, cerrada con llave por dentro.

—Eso es lo que declaró Agnes. Pero su ama de llaves también describió la forma en que las llamas se abalanzaron sobre ella al abrir la puerta, por lo que debieron hacerlo impulsadas por la corriente que se originó en la ventana abierta de la alcoba. Tal circunstancia ayudaría a explicar el lugar por donde entró y escapó el criminal, hecho que pude comprobar cuando, al asomarme, descubrí unas huellas de barro en la cornisa. —Se mesó su barba recortada antes de señalar la botella de cristal que permanecía en la mesa—. Le parecerá una terrible casualidad, pero cuando examiné la habitación de Rosalyn, advertí un fuerte olor a ginebra impregnado en los restos de la crinolina. De esta misma ginebra. —Señaló la botella que había encontrado en el dormitorio del mozo de cuadras—. Imagino que lord Clayton no quiso dejar nada al azar y, tras prender el vestido, lo roció con ginebra para asegurarse de que su hija ardiera sin remisión.

—Pero es que no alcanzo a comprenderlo. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo pudo entrar y salir sin que le vieran? ¿Y por qué apareció la botella bajo el camastro de Jimmy? —le inquirió la señora Merrick.

—Obviamente, con la ayuda de alguien de la casa.

—Eso es imposible. Nuestro servicio siempre se ha comportado honestamente.

—Creo que debería preguntarse si su mayordomo está conforme con lo que le pagan. A buen seguro, fue él quien abrió la puerta del patio a Clayton y le facilitó una escala para que accediera al piso superior. Cuando Clayton tocó en la ventana, Rosalyn le facilitó el acceso porque, a buen seguro, no era la primera vez que Clayton entraba en su habitación de aquella manera. Ésa fue su perdición. Clayton, loco de celos, la quemó. Luego, tras su vil ataque, salió por donde había entrado, descendió hasta el patio y le entregó al mayordomo la botella de ginebra para que la escondiera entre las pertenencias de Jimmy.

—No es posible. Mi mayordomo Scott lleva seis años con nosotros...

—Ya... Mire, señora Merrick. Estuve hablando con él mientras usted se recuperaba. Durante la charla, Scott me aseguró que hacía semanas que no entraba en la caseta de Jimmy y, sin embargo, cuando la inspeccionamos, aseguró sin ningún rubor que el mozo de cuadras había vaciado el armario... ¡antes de abrir sus puertas! —Hizo una pausa para que la mujer reflexionara—. Escuche, no pretendo involucrar a su mayordomo en el ataque. Probablemente, tan sólo facilitaba encuentros furtivos a cambio de algún tipo de estipendio y nunca supuso que algo así ocurriría. Imagino que ahora callará por temor y vergüenza.

—Maldito Clayton. ¿Pero qué clase de alimaña haría algo así? Ese malnacido estuvo aquí con la policía. Vino con ellos con el pretexto de ayudar y se lamentó por el terrible accidente. El muy hipócrita... —La mujer se cubrió el rostro, como si de ese modo pudiera borrar sus recuerdos.

—Pues alguien lo suficientemente despiadado como para quemar a su hija y pretender, en el caso de que la policía barajara un crimen, incriminar al mozo de cuadras.

—No sé... Me cuesta tanto creerlo. Quizá la bebida perteneciera realmente a Jimmy.

—¿Un mozo de cuadras consumiendo una ginebra de a dos guineas la botella? —Cogió el envase y se lo mostró a la señora Merrick—. Mírelo bien. No es la económica Old Tom con la

que se embrutece los *navvies* en los muelles. Es una *blended* Balmoral, auspiciada por el mismísimo príncipe Alberto, que sólo se distribuye a clubs elitistas... No. Créame, señora Merrick. Jimmy sólo es un pobre diablo que, imaginando lo que podía venirle encima, huyó sin ni siquiera reparar en llevarse el anillo de su familia.

—El mozo, ¿un pobre diablo? Si ese bastardo no hubiera seducido a mi hija, a estas horas todos estaríamos eligiendo los dulces para la boda...

—Como le dije, no seré yo quien juzgue a Rosalyn. Busque a su mayordomo y dígame lo que ha averiguado. En cuanto se sepa descubierto, declarará ante la justicia.

La mujer se levantó con los dientes apretados, antes de colocar su rostro a un palmo del de Rick. Las cosas que amedrentarían a Rick podrían contarse con los dedos de una mano, pero no pudo evitar que la mirada de la señora Merrick fuera una de ellas.

—¡Quiero a esos hombres muertos! A los tres: a Clayton, al mayordomo... y al insolente mozo de cuerdas.

Rick enarcó una ceja y retrocedió.

—Lo siento, señora Merrick. No sé qué le habrá contado mi socio, pero nosotros no matamos a nadie.

—¡Aguarde un momento! —La mujer se desplazó con decisión hasta el mismo neceser del que había sacado la primera cantidad y regresó con una nueva bolsa—. Son cuarenta guineas. Cójalas. ¡Cójalas! —le gritó.

Rick contempló la bolsa que pendía de la mano de la mujer. Cuarenta guineas era una cifra lo suficientemente importante como para no dudar. Comprendió que la señora Merrick estaba tan condenada como los hombres a los que pretendía asesinar.

—Debería quemar ese cuaderno y acudir a la policía. Ellos sabrán qué hacer. —Se encasquetó el sombrero y se alzó las solapas.

—¡Dígaselo a su socio! Seguro que los hará despellejar. Él no parece un cobarde como usted. —Y le soltó una inesperada bofetada.

Rick no se inmutó. De haber sido un hombre, quizá le hubiera respondido, pero aquella mujer estaba desbordada. Al final, Joe había acertado en su pronóstico. Hiciera lo que hiciera, ya nada devolvería la felicidad a aquella familia. Se dirigió hacia la puerta y la abrió lentamente.

—¡Le escuché en la habitación! Oí como le prometía a Rosalyn que le daría su merecido al culpable —sollozó la mujer.

—Señora..., siento de veras lo de su hija. Y ahora, si me disculpa, tengo asuntos que tratar lejos del Strand.

Rick no aguardó a que le abrieran la puerta. Se caló su sombrero y salió. Afuera diluía. Deseó que no se tratara de una premonición. Aun así, ya lo había decidido. Abandonaría a Joe, aunque ello resultara tan peligroso como pisar descalzo sobre un nido de víboras.

## Capítulo 5

Hasta el más temerario de los londinenses dudaría en atravesar la ciudad a pie durante una tarde como aquélla.

Guarecido bajo una cornisa, Rick observó el ajetreo del Strand. A aquella hora, miles de trabajadores se despojaban de sus uniformes y abandonaban sus respectivas ocupaciones para invadir las aceras y calzadas con la pretensión de regresar a sus hogares antes de que la noche se les echase encima. Sabía que tratar de tomar un ómnibus podía convertirse en toda una aventura, de modo que se arrebujó en su chaqueta y se encaminó hacia el puente de Waterloo con la intención de coger una de las chalupas que surcaban constantemente el Támesis. Con algo de suerte, en menos de una hora estaría brindando con Joe en el burdel de las francesas.

Mientras avanzaba entre la muchedumbre, Rick comenzó a rumiar cómo justificaría ante su socio su rechazo a las pretensiones de la señora Merrick. Sabía que no recibiría bien la noticia y que, pese a su apariencia gruesa y desaliñada, Joe podía tornarse en un adversario temible; de la clase de individuo frente al que te santiguarías tres veces antes de intentar engañarle. Las malas lenguas aseguraban que cuando su anterior socio, Ralph O'Connor, estafó a Joe, éste le rompió las piernas antes de arrojarlo vivo al crisol de una fundición.

Hasta aquel día, siempre se las había apañado para evitar cualquier enfrentamiento con su socio, pero dudaba que pudiera mantenerse al margen durante mucho más tiempo. En cualquier caso, estaba convencido de que, para cuando llegara al burdel, encontraría a Joe, borracho, empleando sus últimos retazos de cordura en restregar su barriga desfondada contra el vientre de alguna jovencuela. Pensó en las excusas que podría esgrimir, como, por ejemplo, su disconformidad con el reparto de las ganancias, pero al final concluyó que debería contarle la verdad, exigirle las cantidades que aún le adeudaba y romper definitivamente la relación laboral que les unía.

Pateó una lata vacía con desgana. Pese a la ginebra ingerida, la lluvia que se filtraba bajo su chaqueta le atería como si se hubiese zambullido en el río. Cuando llegó al puente de Waterloo, se apartó de las colas de peaje que aguardaban la salida de algún vapor de la Westminster Steamboat Company y descendió hasta alcanzar la primera de las nueve arcadas de granito donde fondeaban las barcazas. Antes de subir, compró una botella de licor a un vendedor ambulante y la descorchó con los dientes. La olió antes de probarla. No parecía demasiado adulterada. Bebió hasta que le abrasó el estómago. Cuando bebía de aquella forma se despreciaba a sí mismo, pero era la única forma de aplacar los terribles recuerdos que de vez en cuando le asaltaban.

Tras satisfacer el importe del pasaje, buscó un lugar donde acomodarse. Había tenido suerte. Muchas de las gabarras que surcaban el Támesis transportaban detritus y carne podrida, pero la que acababa de tomar acogía un cargamento de madera de olmo con destino a los astilleros de los *docks*. Quizá, por ese motivo, iba repleta de pasajeros que se encaramaban sobre las tablazones como una horda de ratas.

Encontró hueco junto a una mujer cubierta de harapos que cargaba con un saco más grande que

ella. En su regazo descansaba una criatura recién nacida, de una lividez cadavérica. La lluvia arreciaba. Rick le ofreció un trago, imaginando que le reconfortaría. Sin dar las gracias, la mujer aferró la botella y se bebió la mitad como si fuera agua. Luego tosió y abrió unos ojos de un azul intenso que contrastaron con la mugre que cubría su cara.

—¿Quieres tocarme? Por un penique puedes sobarme las tetas. Por tres, puedes hacerme lo que quieras. —Y se alzó el blusón para dejar a la vista unos pechos caídos y vacíos.

Rick hurgó en sus bolsillos hasta encontrar varias monedas, se las entregó y dejó junto a sus pies la botella de licor. Luego escaló una pila de maderos al otro lado de la cubierta y se instaló sobre lo más alto, en busca del aire que le despejara. Desde allí, avanzado ya el crepúsculo, contempló la estampa que ofrecía la ciudad, casi en penumbras.

Pese a haber cubierto el mismo trayecto centenares de veces, aquel Londres embadurnado por una niebla densa y grisácea continuaba fascinándole. Clavó sus ojos en la orilla, donde las farolas de gas emitían una luz macilenta, casi enferma, que se expandía entre la bruma formando auras fantasmagóricas. Era como si toda la ciudad exhalara un vapor denso y húmedo que descendiera sobre los edificios en forma de manto espectral hasta desfallecer en la ribera. Percibió el olor de las miasmas y los vertidos, entremezclado con el sudor de unos trabajadores extenuados. Rick ignoraba si la niebla olía así, pero en el Támesis siempre apestaba.

La gabarra continuó su avance, ajena al dolor de la carga humana que transportaba. De vez en cuando, el tañido urgente de una campanilla rompía el silencio para anunciar la proximidad de un bote cuya farola apenas si alcanzaba a alumbrar una braza por delante de su proa. A la altura de Whitefriars, el oleaje provocado por el paso de un carguero zarandeo la gabarra como una nuez en medio de una torrencera, pero los pasajeros apenas se inmutaron. Rick advirtió en sus rostros el semblante de quienes ven pasar sus vidas como algo triste e irremediable. Contempló a aquella pobre gente. Podría haberse hundido la barcaza y nadie se habría preocupado por ninguno de aquellos desharrapados. Maldijo Londres. De haber conservado la botella, la habría apurado hasta vaciarla.

Conforme se aproximaban al puente de Blackfriars, Rick distinguió entre las brumas el pináculo de la catedral de St. Paul, cual gigantesco cancerbero cuya silueta señalara la frontera con el terrible West End, el lugar al que muchos se referían como la antesala del infierno. Rick se santiguó. Atrás quedaba la ciudad de las maravillas y comenzaba la del vicio y el pecado. La ciudad en la que él habitaba.

Efectuaron su primera parada en el embarcadero de la Torre de Londres. Entre los que descendieron, Rick reconoció a la mujer a la que había ofrecido su caridad. Observó que se le acercaba un hombre con aspecto de cualquier cosa menos de marido. Por cómo la zarandeo, imaginó que se trataría de su chulo. Se apenó por ella. Cuando el último pasajero saltó a tierra firme, la gabarra se separó del espigón y volvió a desplazarse río abajo en dirección a Limehouse. Rick aspiró aire con fuerza. Pronto se aparearía.

Cualquiera que se preciara de conocer bien Londres afirmarían sin dudar que sus *docks* eran sinónimos de crímenes y de riqueza. Y si tuviera que elegir el más peligroso, el de las Indias Orientales ocuparía el primer lugar de la lista.

Excavado durante años en la Isla de los Perros, aquel *dock* se extendía a través de un inabarcable laberinto de diques, canales y dársenas, en cuyo interior atracaban los navíos de ultramar repletos de especias y sederías. Tal tráfico había propiciado el nacimiento de una jungla de almacenes, astilleros, lonjas, tabernas y hostales de mala muerte, para uso y disfrute de marineros, estibadores y cuantos trabajaban en las más diversas faenas.

Y si durante el día la actividad portuaria confería a aquel *dock* el aspecto de un hormiguero fabril, cuando caía la noche, eran los delincuentes los que patrullaban en la oscuridad, a la búsqueda de incautos a los que esquilmar sus pertenencias. No era terreno para pusilánimes. Quienquiera que tras la puesta de sol se aventurara por la Isla de los Perros sabía que su destino sólo dependía de lo caprichoso que Dios se hubiera despertado aquel día.

Por fortuna, ni Rick creía en el destino ni el miedo formaba parte de su carácter. Conocía aquellos muelles como la palma de su mano y sabía que, para sobrevivir, lo mejor consistía en protegerse la garganta con un alzacuellos de metal bien ajustado. Durante los últimos años, los criminales del West End se habían pertrechado con lazadas de alambre que usaban para ahorcar por la espalda a sus víctimas. Había sido tal el número de ataques que algunos herreros habían diseñado aquel artilugio para evitarlos. Uno como el que él siempre llevaba encima. Lo extrajo de su bolsillo y se lo ciñó como si fuera el collar de un perro.

Cuando puso pie a tierra, todos sus músculos se tensaron. Luego empuñó su revólver bajo su chamarra y apresuró el paso.

Mientras avanzaba a través de un bosque de mástiles, rumió su encuentro con Joe. Estaba harto de su bajeza y de su codicia. Llevaba tiempo esperando el momento de abandonarle, ahorrando lo suficiente, aprendiendo el oficio y estableciendo relaciones. No pretendía hacerse rico. Lo único que deseaba era valerse de cuanto disponía para encontrar al hombre que le había destrozado la vida.

Reconoció el burdel de las francesas por el llamativo mascarón rojo con la efigie de una sirena que colgaba sobre la puerta. Rick sorteó al par de maleantes que le entorpecían el paso y avanzó hacia la cortina sucia que daba acceso al local. Cuando la apartó, le saludó una estridente musiquilla de violín, confundida con el vocerío y las risas de tres busconas que se arremolinaron sobre él para disputarse la carne fresca. Como pudo, pasó de largo e intentó hacerse un hueco entre el sudor de los marineros que canturreaban sin prestar atención a otra cosa que no fuera una boca complaciente o unas faldas subidas. Atravesó un pasillo cuyo techo parecía a punto de derrumbarse y husmeó de estancia en estancia, en busca de su socio Joe. No lo encontró. Cuando se dio por vencido, se acercó al tablón colocado sobre dos toneles que hacía las veces de mostrador y pidió una ginebra. Mientras se la servían, divisó, tras un parapeto de jarras de cerveza, la cabeza de Joe Sanders recostada sobre una mesa. Le pareció una morsa apaleada. Por un instante dudó en despabilarle. Finalmente, esquivó a un grupo de borrachos y, cuando llegó hasta él, le sacudió un hombro con vehemencia. Joe ni se inmutó.

—Si este jaleo no le ha despertado, dudo que tú lo consigas —le espetó una mujer pintarrajeada que le sonrió, a la espera de una oferta.

Por toda respuesta, Rick agarró una de las jarras con restos de cerveza y la derramó sobre la cabeza de Joe.

—Pero ¡qué diablos...! —Joe se irguió como si acabaran de apuñalarle, dispuesto a destrozar al autor de la osadía. Sin embargo, cuando descubrió que se trataba de su socio, sonrió como un bobalicón y dejó caer su enorme culo sobre el taburete—. Diantres, Rick, ¡por fin apareces! —Se frotó los ojos para retirarse las legañas—. Siéntate y bebamos algo. Si llegas a tardar más, habrían tenido que ampliar el negocio. —Y guiñó un ojo a las prostitutas que le merodeaban.

Rick contempló el despojo humano en el que se había convertido Joe. No estaba convencido de que entendiera lo que iba a decirle, pero aun así no quiso postergarlo.

—Voy a dejarlo.

—¿A dejar el qué? ¿La bebida? —Rio—. ¡Vosotras, venid! —Agarró a un par de jóvenes que



pasaban por allí y comenzó a manosearlas—. ¿Y a éstas? ¿También vas a dejarlas?

—No, Joe. Me refiero al oficio de cazarrecompensas. Voy a dejarlo.

Joe apartó a las mujeres como si fueran un trazo y esbozó una mueca de incredulidad. Rick se alertó. Aquella mueca siempre precedía a su ira, y su ira siempre resultaba peligrosa.

—Mira, muchacho... No es momento para bromas. Si se trata del dinero que te debo...

—No bromeo. Y no es por el dinero. Lo siento, Joe. Te quedas solo.

—¡Aguarda! Es por esa vieja zorra del Strand, ¿no? ¡Quieres cazar tú solo al asesino y quedarte con su dinero! ¿Es eso, maldito cabrón? —Se levantó como pudo y agarró un taburete con la intención de estrellárselo a Rick en la cabeza, pero Rick le sujetó el brazo antes de que pudiera asestar el golpe.

—Tranquilízate. No sabes lo que dices.

Joe se zafó de Rick y retrocedió con los ojos desorbitados, como si estuviese contemplando un espectro. Al instante, un corro de marineros rodeó a los dos contendientes y los jaleó para que se enfrentaran.

—Pero ¿quién te has creído que eres? ¿Acaso piensas que puedes dejarme e irte sin más, después de cuanto he hecho por ti? —Se tambaleó—. O, espera un momento... Ya veo. ¿Se trata de eso? Sí. Eso es. Quieres montártelo por tu cuenta, ¿eh? Pues no, amigo, no. Ni lo sueñes. No vas a joderme el negocio. Si un día te largas, será cuando yo lo diga y en dirección al cementerio. —Hizo ademán de desenfundar el cuchillo que siempre guardaba bajo su sobaco.

—Ni lo intentes. —Rick echó mano al bolsillo en el que ocultaba su revólver.

Al advertirlo, el rictus iracundo de Joe se desvaneció como por ensalmo. Poco a poco, su respiración se fue acompasando, alzó las manos en señal de paz y con una sonrisa falsa intentó aplacar al joven que le encañonaba.

—De acuerdo, Rick. Discutamos esto como caballeros —sonrió.

Sin darle la espalda, Joe retrocedió lentamente hasta tropezar con una silla vacía en la que tomó asiento. Rick, con la misma precaución y sin sacar la mano de su bolsillo, le imitó.

—Atiéndeme, Joe. No quiero problemas. —Extrajo el recibo que atestiguaba la deuda que Joe mantenía con él y lo dejó sobre la mesa—. Olvidaré lo que me debes. Ten. Es tuyo. Considéralo un detalle por el tiempo que hemos trabajado juntos.

Sin dejar de vigilar a Rick, Joe aferró el recibo y lo rompió en mil pedazos. Rick pensó que era a él a quien imaginaba estar descuartizando.

—¿Eso es todo? ¿Así pretendes pagarme lo que has aprendido a mi lado? ¿Y qué hay de nuestros planes? —vociferó.

—Eran tus planes, Joe. Lo siento, pero en lo que a mí respecta, cuanto tenga que ver contigo pertenece ya al pasado.

Joe se rascó la calva mientras contemplaba a Rick con desprecio. Luego escupió al suelo y sacudió la cabeza.

—¿Es por tu maldita búsqueda? ¿Es por eso? Si ésa es la razón, podemos discutirlo. Incluso podríamos encontrar tiempo para buscar juntos al tipo que te obsesiona. Por todos los diablos, Rick. ¡Mírate! No deberías estar así, desperdiciando tu valía. No sé de dónde has salido, pero hablas y te comportas igual que la gente de postín. ¡Joder! Hasta eres bien parecido. Si te afeitaras esa barba y te compraras otra ropa, podrías pasar por uno de esos lores que frecuentan los clubs de Oxford Street. Escucha. —Se levantó—. Tengo ideas, Rick. Esta calva mía también funciona, ¿sabes? Y ahora me dice que deberíamos ampliar el negocio. Dedicarnos sólo a los ricos. Llamáramos a nuestra sociedad «Sanders & Rick, cazacriminales». Y nada del setenta y treinta.

Iríamos al cincuenta por ciento. Es más, si quieres, podría entrar en la sociedad tu amigo ese... ¿Cómo se llamaba? El contrahecho que hace fotos a los muertos... En fin, no lo recuerdo... Cierto que hasta ahora sólo hemos ido subsistiendo, pero si en lugar de trabajar para los desharrapados, nos dedicáramos a la nobleza, entre los tres haríamos un equipo que...

—Me marchó, Joe. —Se levantó.

—De acuerdo, de acuerdo. Como prefieras. —Se mesó la pelambreira—. ¿Pero sabes lo que creo? Que deberíamos hacer bien las cosas. Hablar tranquilamente... sin jaleo. Al fin y al cabo, si vamos a ser competencia, tendríamos que establecer dónde trabajará cada uno y cómo haremos para repartirnos el pescado. Mira, fijate. —Le mostró sus manos que temblaban bajo los efectos del alcohol—. Ahora no estoy en condiciones. ¡Joder! Esas putas me han exprimido como sanguijuelas. ¿Qué tal si esta noche dormimos aquí, lo pasamos bien y, mañana, ya más despejados, hablamos de negocios? Sin rencores. Como en los viejos tiempos. —Eructó y le tendió la mano.

La proposición de Joe despertó en Rick la misma confianza que la de un lobo ofreciéndose para vigilar al ganado. De todos modos, afuera llovía a cántaros y deambular a deshoras por el East End suponía regalarse todos los boletos para el sorteo de un asesinato. Decidió seguirle el juego. Quizá, con Joe sobrio, pudiera sellar una separación amistosa que resultara beneficiosa para ambos.

Estrechó de mala gana la mano que le ofrecía Joe, lo dejó con sus cervezas y se dirigió a la barra con la intención de alquilar una habitación. Por diez centavos, la mujer del cantinero le condujo hasta un cubículo que apestaba a pescado podrido. Rick apartó el trapo verde claveteado sobre el hueco de entrada y echó una ojeada al interior, donde un borracho abrazaba a una prostituta que roncaba sobre un jergón en el suelo. Había suficiente sitio para tumbarse estirado, de modo que aceptó. La mujer despertó a ambos ocupantes de un puntapié para ordenarles que salieran. Cuando obedecieron, Rick se tumbó sobre el jergón sin desvestirse. El burdel de las francesas no era precisamente un hotel de caballeros, así que dormiría con los zapatos y el alzacuellos metálico bien ajustado.

Pasado un rato, cerró los ojos. Luego, como cada noche, apretó contra su pecho el anillo que pendía de su cuello y rogó a Dios que le ayudara a encontrar al criminal que se lo había arrebatado todo.

## Capítulo 6

Los jadeos de las prostitutas apenas le molestaron, pero el dolor de estómago le impidió conciliar el sueño.

Antes de que despuntara el alba, Rick se desentumeció. Dominado por la ansiedad, salió al pasillo para asearse en un aguamanil medio vacío y bajó a la cantina con cuidado de no aplastar los cuerpos de los borrachos que dormitaban en las escaleras. Pese al penetrante hedor que rezumaban las paredes, sus tripas le reclamaron alimento.

Una vez en la cantina, observó a una cocinera afanada en trinchar una loncha de tocino que chisporroteaba sobre la plancha como si tuviera vida propia. No necesitó hablar. Antes de que lo pidiera, la mujer cortó un trozo con un machete de enormes dimensiones y se lo plantó junto a un vaso de ginebra. Rick lo bebió de un trago y dio cuenta del tocino. Aunque el bocado le calmó el estómago, no consiguió aplacar sus nervios. Miró a su alrededor mientras sus dedos tamborileaban sobre el mostrador. Sabía que Joe Sanders intentaría jugársela, pero, aun así, prefería enfrentarse a él conociendo el cuándo y el dónde que encontrárselo en un callejón oscuro el día menos pensado.

Comprobó su revólver. Una sola bala. Giró el tambor hasta embocar el proyectil y lo guardó en su sobaquera. Luego estiró de su leontina para comprobar la hora. Su socio se retrasaba. Imaginó que el alcohol habría hecho estragos en él, de modo que preguntó a la cocinera por su paradero. Para su sorpresa, la mujer le contestó que el tal Joe no había pernoctado en el burdel.

—Lo cierto es que se marchó al poco de irse usted. Tenga. Casi lo olvido: antes de irse me encargó que le entregara esto. —Se sacó un trozo de papel arrugado del escote y lo dejó descuidadamente junto a los restos del desayuno.

Rick desdobló el papel y lo leyó. Volvió a mirar su reloj. Las siete en punto. Según el mensaje, aún disponía de un par de horas para acudir al lugar donde Joe le había citado. Sin duda, una estratagema de última hora. No le extrañó. Por un instante pensó en postergar su encuentro, pero finalmente decidió acudir y solucionar la separación de una vez por todas. Dejó una moneda sobre el mostrador.

Se disponía a marcharse cuando, de repente, se detuvo, sacó otra moneda y la depositó junto a la anterior.

—Cóbrate también el cubierto —le dijo a la cocinera, y sin esperar respuesta alguna, se apropió del machete de cortar el tocino. Luego se arrebujó en su casaca roja y abandonó el burdel de las francesas, en busca de su destino.

\* \* \*

No le sorprendió que su socio le citara en la estación de tren que la National Railways estaba construyendo en Spitafields. Había frecuentado la zona por asuntos de trabajo y sabía que era el lugar idóneo para tender una emboscada.

Durante el año anterior, decenas de inmensas grúas accionadas por relucientes calderas de vapor se apoderaron del barrio para abrir zanjas, desbrozar calles, levantar aceras y demoler edificios con el propósito de abrir paso a la futura línea ferroviaria que debía conectar Spitafields con Brandon. La compañía había prometido prosperidad a los vecinos, pero las obras avanzaron mientras duró el dinero. Cuando los inversores trasladaron sus intereses hacia ferrocarriles más rentables, los obreros desaparecieron y el antiguo barrio quedó convertido en un erial de barro y escombros sobre el que quedó, como recuerdo, la enorme estructura de hierros que debía haber sostenido los pasos elevados.

Nada más llegar, Rick reconoció el terreno. No había cambiado mucho desde su última visita. Quizá los rateros hubieran hurtado algunas máquinas aparentemente huérfanas, pero ni siquiera quedaba mucho que robar. Incluso los vigilantes habían desaparecido. Llovía con fuerza. Miró a su alrededor. No se veía un alma. La futura estación se había convertido en un refugio ideal para maleantes y vagabundos, pero con la lluvia, hasta éstos la abandonaban. Por eso era el lugar que Joe elegía siempre para los escarmientos.

Releyó la nota pringosa que le había entregado la cocinera. El párrafo, torpemente garabateado, le emplazaba a encontrarse en la plataforma de las vías. Una auténtica ratonera.

Se encaramó a la plataforma y echó un vistazo su reloj. Aún faltaban veinte minutos para las nueve. Imaginó que Joe sabría que acudiría armado, de modo que sacó su machete y lo escondió en una arqueta. Luego extrajo el revólver de su sobaquera y lo aseguró en su bota, bajo la pernera del pantalón.

Observó el escenario. En caso de necesidad, podría servirle de vía de escape una grúa cuyo brazo pendía sobre su cabeza. Al caminar sobre el estrado, una de las tablas cedió y estuvo a punto de precipitarse al vacío. Todo se veía podrido. De repente escuchó pasos y se agazapó tras una columna. Entre la niebla distinguió el movimiento de dos figuras fantasmagóricas. Una exhibía los andares torpes y pesados de Joe. La otra era una silueta delgada, casi famélica. Cuando se acercaron, distinguió la barra de hierro que empuñaba el acompañante de Joe, pero no se intimidó.

—Sal de donde estés, Rick —gritó Joe—. No es necesario que te escondas.

Rick se incorporó y contempló a su antiguo socio. La lluvia que chorreaba sobre su cara grasienta había apagado el cigarro con el que jugueteaban sus labios. Se fijó en el tipo que le acompañaba. Era un hombre enjuto, de mandíbula firme y mirada huidiza, cuyo rostro parecía fundirse con las sombras que proyectaba su sombrero. Por un instante, algo en su aspecto le resultó inquietantemente familiar.

—Buenos días —respondió Rick—. Veo que has acudido con amigos. Toda una sorpresa, teniendo en cuenta que podrían contarse con los dedos de un manco. —Retrocedió un paso y apoyó su espalda contra la viga, sin dejar de vigilar de reojo al desconocido.

—Todos estamos llenos de sorpresas, Rick. —Se apartó las gotas de agua de la cara—. Tú mismo, ayer, no te quedaste atrás.

—De acuerdo, Joe. Dejémonos de rodeos. Mi propuesta sigue estando sobre la mesa. Puedes quedarte con tus clientes. No voy a disputártelos.

—Ya. Eso es lo que dices ahora. —Aspiró una bocanada de su cigarro apagado—. Y fíjate, si te soy sincero, en otras circunstancias te habría creído. Pero mi nuevo colega —señaló al desconocido que le acompañaba— me contó anoche ciertas cosas de ti. Cosas que ignoraba.

—Ajá. ¿Y quién es tu nuevo amigo, si puede saberse? —Observó cómo, en ese momento, el desconocido se desplazaba lateralmente un paso para rodearle por la izquierda.

—No lo vas a creer. Lo más gracioso es que no sé cómo se llama. ¿Pero qué importancia tiene

eso? Cualquiera puede inventarse un nombre, ¿no? ¿Rick Hunter? ¿O acaso debería llamarte... Gabriel Lecrerc?

Al escuchar su verdadero nombre, el corazón de Rick se aceleró. Ignoraba cómo le había descubierto, pero era obvio que su vida corría un grave peligro.

—¿Qué es lo que quieres, Joe?

—Lo cierto es que sólo he venido a despedirme, Rick. Por lo visto, estos hombres tienen cuentas pendientes contigo —respondió Joe mientras retrocedía despacio—. ¿Sabes? Creías que no sabía nada de ti, pero, a veces, cuando te emborrachabas, hablabas más de la cuenta. ¡Ah! Un último consejo: no lo intentes. —Se palpó un par de veces el sobaco—. Ellos lo saben y también están armados. —Y le señaló el lugar bajo la plataforma donde se apostaba un segundo sicario.

Los músculos de Rick se tensaron bajo la casaca. Si aquellos individuos eran quienes imaginaba, carecía de tiempo para reaccionar. Con la mirada buscó la ubicación del brazo de la grúa con la esperanza de alcanzarlo de un salto, pero al instante comprendió que se convertiría en un blanco perfecto para el segundo hombre. Se giró de nuevo para hablar con Joe, pero al alzar la vista, se dio de bruces con la tez oscura del desconocido. Estaban los dos solos. Joe se había evaporado.

—¿Quién os envía? —preguntó Rick, y retrocedió disimuladamente hacia el lugar donde había escondido el machete.

Por toda respuesta, el desconocido descargó con violencia la barra de hierro sobre el hombro de Rick, que cayó desplomado al suelo.

—Deberías agradecernos el haberte facilitado la tarea —le espetó su agresor—. Según parece, eras tú quien llevabas tiempo buscándonos.

Pese a retorcerse de dolor, Rick intentó incorporarse, pero el desconocido volvió a golpearle brutalmente en el brazo.

—No es necesario que llegemos a esto —continuó el hombre de la tez cetrina—. Verás. A las personas para las que trabajo no les gustan los que se pasan el tiempo husmeando por los *docks*. Ya sabes..., haciendo preguntas incómodas sobre los cargamentos. Tan sólo dime quién más está al tanto y todo resultará menos doloroso.

Rick comprendió que, si no reaccionaba pronto, jamás volvería a ver el sol. Desde el suelo, lanzó una patada a los pies de su oponente con la intención de derribarlo, pero su golpe no consiguió más que desestabilizarlo. Como respuesta, su adversario alzó su barra para descargarla de nuevo, pero Rick logró rodar sobre sí mismo con la suficiente agilidad como para evitar que el hierro le aplastara el cráneo.

Mientras luchaba por incorporarse, buscó el revólver de su bota, pero se le escapó de su brazo lastimado y el arma quedó sin dueño sobre el entablillado del andamio. El desconocido sonrió, dejando a la vista una dentadura blanca que contrastaba con su piel oscura. Luego, con un movimiento de la barra, alejó el revólver de Rick.

—Siempre hay imbéciles que prefieren el sufrimiento —sonrió, y descargó un tercer golpe sobre el muslo de Rick, que volvió a retorcerse entre gritos de dolor.

—Matándome no averiguarás nada —intentó ganar tiempo mientras se arrastraba hacia la arqueta donde había escondido el machete.

—¿Eso crees? Mi especialidad es hacer hablar a los mudos. ¡Incluso los cadáveres se muestran locuaces si sabes dónde hacerles daño! —Y asestó un nuevo golpe sobre el maltrecho brazo de Rick, quien exhaló un alarido.

Sobreponiéndose al dolor, Rick se abalanzó sobre el escondrijo y se apoderó del machete que

interpuso frente a su atacante. El hombre de la tez cetrina volvió a sonreír, como una bestia que se relamiera ante el bocado que estaba a punto de paladear. Mientras balanceaba la barra de hierro entre sus manos, concedió un respiro a su rival. Rick no lo desaprovechó. Se irguió como pudo y buscó apoyo contra un poste de madera. Su brazo derecho apenas si podía sujetar el machete y con el izquierdo, cualquier maniobra sería un simulacro. El hombre de tez cetrina lo adivinó.

—Juro que es tu última oportunidad. ¿Quién más está al tanto?

—Tu hermana —le espetó Rick.

El desconocido cambió su sonrisa por una mueca de ira. Seguidamente, aferró la barra con las dos manos para lanzar un mandoble definitivo, pero Rick se apartó en el último segundo y la palanca de hierro se estrelló contra el poste de fresno que sujetaba la estructura. De repente, el techado retembló y varios maderos se vinieron abajo, provocando el desconcierto de su atacante. Rick aprovechó para abalanzarse sobre él. En ese momento, la plataforma cedió y se inclinó bruscamente provocando que ambos perdieran el equilibrio y rodaran hasta el borde de la tarima. Pese al riesgo de precipitarse al vacío, Rick sujetó las muñecas de su oponente mientras éste empujaba el machete en dirección a su cuello. Rick apretó la mandíbula, con sus músculos temblando por la tensión. Lenta, pero inexorablemente, advirtió cómo el filo de acero se acercaba a su yugular sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Por un momento creyó estar perdido. Sin embargo, recordó que portaba el alzacuellos. Entonces, en un rápido movimiento, permitió que el puñal descendiera bruscamente e impactara contra la protección metálica que rodeaba su garganta.

El asombro de su atacante fue suficiente como para que Rick se revoliera y ambos rodaran de nuevo hasta caer al vacío.

Tras el brutal impacto, el silencio lo invadió todo. Luego, un inquietante zumbido resonó en los oídos de Rick.

Durante unos segundos aguantó inmóvil, boca arriba, rodeado por la nube de polvo y astillas que flotaba sobre él, mientras buscaba una bocanada de aire con la que regresar a la vida. Cuando por fin recuperó el resuello intentó incorporarse, pero de sus piernas sólo obtuvo un ligero hormigueo. De repente escuchó una especie de lamento. Giró la cabeza y a poca distancia divisó el cuerpo de su agresor, enterrado bajo un amasijo de tablas. Lentamente, se liberó de la viga que le aprisionaba y se arrastró hasta el lugar en el que yacía el desconocido. Tras retirar algunos maderos, descubrió su rostro cetrino cubierto de una mugre blanquecina. El hombre parpadeaba constantemente, con los ojos muy abiertos, como si estuviera contemplando un abismo. Rick apartó otro tablón. Cuando lo arrojó a un lado, el hombre se convulsionó y vomitó una bocanada de sangre. En ese momento advirtió el puñal por el que habían porfiado, incrustado en el pecho de su agresor, hasta la empuñadura.

Comprendió que el hombre era un cadáver en vida. Aun así, intentó sonsacarle.

—¿Quién te envía? —Le sacudió sin un atisbo de piedad—. ¡Responde! ¿Quién te envía?

El hombre de la tez cetrina se agitó como una marioneta desmadejada. Por un instante, su mirada perdida se detuvo en la de Rick. Súbitamente, sus ojos se abrieron como si quisieran escapar de sus órbitas y un estertor le sacudió. Luego tosió otro borbotón de sangre, inclinó la cabeza y exhaló.

Rick se maldijo. Acababa de perder el eslabón que podía haberle conducido hasta la gente que perseguía.

Aún intentaba recuperar el aliento, cuando resonó un estampido y el bufido de un proyectil pasó lamiéndole la sien. De inmediato se giró para advertir con horror que el segundo secuaz, a quien había olvidado, se afanaba por recargar su fusil. No disponía de un instante. Se afanó en recuperar

su revólver, pero mientras lo buscaba, el hombre del fusil corrió hacia él. Por suerte, Rick distinguió la culata bajo una pila de sirgas y se abalanzó sobre ella en el momento en el que el hombre del fusil, a unos pasos de él, terminaba de cebar el cañón y amartillaba su arma. Rick no apuntó. Disparó sobre el bulto que se aprestaba a ejecutarle. Dos truenos retumbaron al unísono, pero sólo una bala alcanzó su objetivo.

Desde el suelo, Rick advirtió cómo su agresor soltaba el fusil mientras una mancha de sangre se extendía inexorablemente sobre su pechera. Pese a carecer de más balas, Rick permaneció alerta, apuntando temblorosamente a su enemigo, hasta que éste se tambaleó como si estuviera borracho, murmuró una maldición y se derrumbó sin vida.

Dedicó un par de minutos a recobrase, mientras la lluvia se derramaba sobre su rostro. Los riñones le dolían como si se los hubieran reventado y su brazo derecho era una masa entumecida de la que ignoraba si recuperaría el movimiento. Pero al menos continuaba vivo. Miró hacia los cadáveres de sus agresores. Ellos ya nunca podrían decir lo mismo.

Cuando por fin se vio con fuerzas, decidió examinar los dos cuerpos.

A duras penas, se acercó hasta el hombre del fusil. A primera vista, le pareció un matón ocasional. Sus manos sembradas de callos hacían juego con su rostro embrutecido. Vestía una casaca de corte barato en cuyo interior aparecían las típicas estrellas de cinco puntas con las que los judíos de Holywell Street entintaban las prendas usadas antes de venderlas. Movié el cuerpo y rebuscó en sus bolsillos. Encontró un par de chelines, una bolsita con proyectiles y una lazada de las empleadas para ahorcar a incautos. Ningún otro objeto de valor ni documento que le identificara. Se apropió de los proyectiles, se colgó el rifle a la espalda y se dirigió hacia el atacante de la tez cetrina. Antes de agacharse para registrarle, lo contempló con desasosiego. No tendría más de treinta años. Aunque había visto decenas de cadáveres, jamás se enfrentó a ninguno que conservara en su faz una mueca de odio tan atroz.

Comprobó su sombrero tejido en fieltro de calidad. Lo apartó a un lado y observó su bigote perfectamente rasurado. Sin duda, era hindú. Pese a lo maltrecho por la pelea, su gabán presentaba una confección irreprochable. Incluso sus botines de tafilete se apreciaban flamantes. Vacío sus bolsillos. Tampoco nada de interés: una bolsa con cuatro guineas. Quizá, sus honorarios por asesinarle. Cogió el dinero y se lo guardó. Reparó en los guantes que protegían sus manos, de cuero fino, escrupulosamente cosidos. Le retiró el derecho. Ni anillos ni marcas en sus dedos. En ese momento creyó apreciar sobre el dorso de su muñeca lo que parecía ser el comienzo de un tatuaje. Le remangó la camisa hasta dejarlo al descubierto y lo contempló con detenimiento. El tatuaje representaba un corazón coronado por el número «4». En su interior, un aspa separaba cuatro letras:

«V.E.I.C.».

Apretó los dientes antes de remangarse su propia chamarra. Luego colocó su brazo desnudo junto al del cadáver y comparó ambos tatuajes. No había lugar a dudas: el mismo corazón, el mismo número «4», la misma sigla...

«V.E.I.C.».

De repente, un grito a sus espaldas le devolvió a la realidad.

—¡Eh! ¡Tú! ¡El del fusil! ¿Qué diablos haces ahí?

Rick se giró para advertir, a pocos pasos de él, la presencia de un trabajador ataviado con el uniforme de la National Railways. Tardó demasiado en ocultar su rostro. Lo suficiente como para que el vigilante le reconociera.

—Rick, ¿eres tú? ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Johnny? ¿Ugly Johnny?

Rick se maldijo. En efecto, ambos se conocían. Aquel vigilante había estado implicado en el robo de un material y él lo había desenmascarado. Comprendió que cualquier explicación sobraría. Se incorporó antes de que el vigilante se acercara y, como pudo, huyó del lugar tan rápido como se lo permitieron sus maltrechas fuerzas.



## Capítulo 7

Mientras ascendía por la desvencijada escalera, se alegró de no haber revelado a Joe Sanders el lugar donde vivía. Con dificultad, extrajo la llave de su bolsillo y abrió la puerta de la habitación que mantenía alquilada en un cochambroso edificio de Limehouse. Una vez dentro, cerró con pestillo y se dejó caer sobre el camastro que ocupaba las tres cuartas partes de la estancia. Buscó una bocanada de aire. Luego se despojó lentamente de su ropa hasta quedarse desnudo. Observó su brazo derecho, que había comenzado a adquirir un preocupante tono violáceo, y se palpó en el costado hasta dar un respingo de dolor. Imaginó que alguno de los golpes le habría alcanzado una costilla. Inspiró despacio y se recostó.

Maldijo a Joe. De su socio habría supuesto cualquier traición, pero jamás el que le vendiera a los mismos hombres que él llevaba años buscando... ¿Cómo diablos los habría localizado? No acertó a encontrar una respuesta. Para colmo de males, había de sumar su inesperado encuentro con el vigilante de la National Railways, quien, a buen seguro, ya le habría denunciado como autor de los dos asesinatos. Y es que de nada le habría servido explicarse. Ugly Johnny se la tenía jurada. Se irguió para lavarse las heridas con el agua de una jofaina. Mientras retiraba la sangre reseca, resolvió encontrar a Joe Sanders para que le condujera hasta el jefe de los hombres que le habían atacado. Tras concluir la cura, desgarró un trozo de sábana y lo lio alrededor de su brazo. Se disponía a vestirse, cuando alguien llamó a la puerta.

Rick aferró un cuchillo y se pegó a la pared para mirar a través de un orificio practicado entre el quicio y el marco. Afuera, apenas se veía una sombra. Contuvo la respiración y se mantuvo en silencio. Los golpes volvieron a resonar.

—Abre. Sé que estás ahí.

La voz femenina tranquilizó a Rick, que exhaló el aire contenido. Bajó el cuchillo y abrió. Al otro lado de la puerta aguardaba una mujer joven, ataviada con una bata.

—Dios mío, pero ¿qué te ha pasado? ¡Me juraste que ibas a dejar los escarmientos! Si mi padre se entera de que otra vez andas metido en líos, te echará.

Rick no respondió. Pensó en cerrar la puerta, pero la joven se le adelantó y en un abrir y cerrar de ojos se coló en la estancia y se sentó en la cama.

—Lo que hará ese viejo es matarme si vuelve a encontrarnos juntos. Vamos. Sal antes de que aparezca esgrimiendo una pala.

—Venga, Rick. Mi padre te adora. De hecho, creo que eres el único inquilino al que soporta. ¿Será porque le pagas cada semana o por lo bien que me tratas? —Rio con picardía, y le plantó un beso en la boca antes de que Rick pudiera apartar la cara—. ¿Qué te ha pasado en el brazo? ¿Te has vuelto a pelear? —se interesó.

—Ya dejé ese negocio —renegó. Cogió su camisa con la intención de cubrirse, pero ella se lo impidió.

—Mi padre está de viaje y no volverá hasta mañana. —Se descalzó y con un mohín se tumbó sobre el jergón, tirando de Rick hacia la cama—. Vamos, no te hagas de rogar.

Rick miró a la hija del casero. Pese a haber sobrepasado la treintena, su cabello alborotado dejaba entrever un rostro pecoso en el que anidaba una sonrisa perpetua. Rick le apartó un mechón para acariciar sus mejillas y la joven cerró los ojos como si ronroneara. Rick suspiró.

Había conocido a Rose al poco de instalarse como inquilino, cuando ella se ofreció para hacerle la colada. En cierta ocasión, él se interesó por el preocupante moratón que la joven presentaba en su cuello y ella, entre lágrimas, le confesó que se lo había causado su marido. Según le dijo, el suyo había sido un matrimonio de conveniencia: su esposo era un borracho violento y vago que subsistía gracias a los ingresos de su suegro, quien accedió a que se casara con Rose a cambio de que le diera sus apellidos al hijo natural que su hija había tenido en una noche de descuido. Desde entonces, ella soportaba sus infidelidades y sus palizas. Rick se mantuvo al margen hasta el día en que sorprendió a aquel indeseable pateando el vientre de Rose por haberse quedado nuevamente embarazada. Fue la última vez que su marido la tocó. Después de machacarlo, el marido de Rose huyó y Rick pasó a ocupar un lugar especial en el corazón de la joven. A partir de aquel día, ambos habían compartido lecho en contadas ocasiones. Los dos sabían que sus encuentros sólo eran un consuelo efímero, pero al menos, apaciguaban las heridas de sus almas.

Rick se atusó la barba. Corría peligro. No podía permanecer por más tiempo en aquella casa.

—Rose, tengo que marcharme. —La separó con delicadeza.

—¿Por qué? ¿Acaso ya no te gustan? —La joven se desabotonó lentamente la bata para dejar que fueran sus pechos los que sedujeran a Rick.

Rick la contempló. Claro que le gustaban. Los senos de Rose sabían a bizcocho y nunca se acababan.

Ella no esperó a que decidiera. Se incorporó y se apretó con fuerza contra él para retenerle, como si de algún modo intuyera que aquella era la última vez que le veía. Rick se dejó llevar. La abrazó, saboreó su cuello y disfrutó del rubor de sus mejillas. Luego sus labios encontraron hambrientos los de ella.

Fue sólo sexo.

Se quedaron agotados, jadeando el uno junto al otro, con las manos entrelazadas. Pasado un rato, ella se soltó.

—No volveré a verte, ¿verdad?

Rick no quiso mentirle. Se levantó con pesadumbre.

—Tienes a Franky. Y a tus pequeños...

Sí. Ella tenía a Frank, el tendero viudo que llevaba meses cortejándola. Pero era viejo y aburrido. No como Rick.

—Sí. Tengo a mis hijos. Y sin ti, ellos ahora no serían más que unos pobres huérfanos.

Rick se enfundó la camisa. Rose le abrazó por la espalda y buscó su cuello para paladearlo por última vez. Después, la mujer se separó, se cubrió con su bata en silencio y abandonó la habitación para que él no apreciara las lágrimas que rodaban sobre sus mejillas.

Cuando se cerró la puerta, Rick sintió una punzada en su corazón, pero sabía que, si permanecía entre aquellas paredes, los asesinos que le buscaban le encontrarían. Acabó de abotonarse una casaca limpia y empaquetó de mala manera sus pertenencias. Luego echó un vistazo a la estancia que le había cobijado durante los últimos años de su vida. No podía aguardar más. Desplazó el camastro a un lado, cogió la palanqueta que escondía bajo el jergón y la introdujo en el lugar en el que se apreciaban unas tablillas ligeramente desajustadas hasta violentarlas. Se arrodilló, extrajo un fajo de billetes y se los guardó. Luego envolvió el fusil en una manta y se echó el petate al

hombro. Antes de salir, se detuvo al verse reflejado en el pequeño espejo que colgaba de la puerta del armario. Apenas si se reconoció. Su antiguo rostro había perdido todo rastro de inocencia. Ahora su piel lucía curtida y su mirada, endurecida por los golpes del destino, era la de un lobo obsesionado con su presa.

Salió del edificio y echó a caminar sin una dirección previa.

Lo más urgente era cambiar de aspecto. Desprenderse de la barba y el bigote evitaría el efecto de cualquier descripción. Compró el *London Enquire* a un muchacho que lo voceaba y ojeó las páginas de anuncios clasificados. Hasta aquel momento se había alojado en tugurios de mala muerte con la esperanza de pasar desapercibido, pero ahora sospechaba que precisamente sería en esos barrios donde le buscarían.

Llovía a raudales, como si de repente el cielo se hubiera abierto sobre Limehouse con la intención de limpiar toda su podredumbre. Al cubrirse la cabeza, Rick sintió que el dolor volvía a atravesarle el costado. Reparó entonces en su brazo maltrecho. Apenas si lo sentía, pero no malgastó un segundo en lamentarse. Debía apresurarse. Tomó un coche de caballos en la parada de Yellow Lodge y pidió que le condujeran a Belgravia. En el nuevo barrio de los adinerados londinenses, jamás le buscarían.

Durante el trayecto pensó en la conveniencia de cambiar de aspecto y pidió al cochero que se detuviera en una barbería próxima a Belgravia. Pasadas un par de manzanas, el hombre detuvo las caballerías frente a un establecimiento de aspecto refinado.

—Bien. Aguarde aquí con mis pertenencias. —Rick satisfizo una parte de la carrera y comprobó que el fusil que había ocultado bajo el asiento quedaba a salvo de miradas indiscretas.

Nada más entrar en la barbería, un intenso aroma a lavanda le anunció que el local disponía de las típicas comodidades que exigían los acaudalados parroquianos de aquella parte de la ciudad. En efecto, el salón exhibía una agradable estufa que caldeaba la temperatura, sillas de roble tapizadas, una selección de periódicos del día y cigarrillos y té con los que hacer más agradable la espera. Rick saludó cortésmente a los clientes que aguardaban su turno, pero sólo le respondió un anciano con el rictus de saludar a una sabandija. No hizo aprecio a su desprecio. Tomó asiento y se apropió de un ejemplar del *London Herald* para examinar los anuncios clasificados. Los hoteles serían el primer lugar en el que le buscarían, así que dirigió su atención hacia la sección de habitaciones para huéspedes. En Londres las había a docenas, pero en aquel barrio, las pocas ofertas que encontró exigían como requisito indispensable una carta de recomendación. Lamentó no haberlo previsto. Como tarjeta de presentación sólo disponía del petate y el fusil que aguardaban en el carruaje. Dobló el periódico bajo el brazo y, mientras pergeñaba un plan, se dejó abrazar por la calidez que desprendía la estufa.

Al llegar su turno, solicitó un afeitado de seis peniques, el más caro, aunque también el único que garantizaba un cuello distinto al de un gorrino degollado. Pero cuando especificó que deseaba un rasurado completo, el barbero enarcó una ceja.

—¿Está seguro? Si lo prefiere, puedo hacerle el bigote a la moda. —Y le mostró un dibujo en el que un dandi lucía un mostacho primorosamente recortado.

—¡Mujeres! Lo cierto es que me encantaría conservar la barba y el bigote, pero a mi prometida le desagrada el vello, y no es cuestión de contrariar a una joven prometida, a pocos días para la boda. Y encima, todo son gastos. Menos mal que eso no es problema.

El barbero picó a la primera.

—¡Enhorabuena! ¿Y quién es la afortunada? —Enjabonó el cuello con abundancia.

—Bueno. Sería una indiscreción por mi parte... —bajó la voz cuando acercó sus labios a los

oídos del barbero—, pero le confiaré que es de buena familia. Ya sabe... una rica heredera. —Y le guiñó un ojo, como si le confiara un secreto entre colegas.

—Eso siempre es una buena noticia.

—Desde luego. —Hizo una pausa ostensible y se rascó varias veces la barbilla para que el barbero creyera que dudaba sobre la conveniencia de lo que iba a decir—. Verá. Se le ve a usted despabilado. Seguramente ya se habrá dado cuenta de que no tengo donde caerme muerto. Sin embargo, lo cierto es que mi futura esposa ignora que carezco de posibles. Al contrario, cree que soy un hombre acaudalado, descendiente de antiguos nobles. Hasta me encargó que sondeara el mercado inmobiliario con la intención de que adquiriera alguna propiedad en esta zona. —El barbero abrió tanto los ojos que Rick pensó que se le caerían al suelo.

—Perdone mi atrevimiento, pero quizá su prometida ignore los precios que se manejan. —Se las dio de entendido el barbero.

Sin esperar a que le replicara, informó a Rick de que, en Londres, cualquier edificio que se sostuviera en pie pertenecía a alguna de las tres familias cuya fortuna se había forjado a lo largo de generaciones gracias a la acumulación de inmuebles para su alquiler. Los Westminster, los Cadogan o los Russell jamás vendían. Y no sólo eso: además de solicitar precios abusivos, cualquier reforma que emprendiera el inquilino, aparte de ser sufragada por éste, pasaría a pertenecer al casero una vez finalizara el periodo de renta.

—Así es como funcionan las cosas aquí —añadió mientras apuraba la garganta de Rick.

—Sí. Algo había oído al respecto —volvió a susurrarle—. Mire. Voy a confiarle algo: apenas si he ahorrado lo suficiente como para alquilar el traje de boda. Precisamente estaba buscando un alojamiento económico hasta que encuentre un trabajo. No importa que sea algo humilde mientras no exijan carta de recomendación. Me gustaría que fuera en el barrio, porque le aseguré a mi prometida que pasé mi infancia aquí y así podría familiarizarme. No sé... ¿Por casualidad usted no conocerá de alguna casa decente que pudiera proporcionarme un alojamiento discreto? —Sacó su bolsa y la hizo sonar frente a los ojos del barbero.

Por toda respuesta, el hombre carraspeó, humedeció una toalla en agua caliente y enjuagó el rostro de Rick, ya totalmente rasurado.

—Parece que su prometida estaba en lo cierto: luce usted más atractivo sin barba, aunque ella, de luces, parece que tenga pocas. —Y le ofreció un espejo mientras miraba a su alrededor para comprobar si el resto de la clientela había prestado atención a la conversación.

Al observar el resultado, Rick casi no se reconoció. Sobre su mandíbula desnuda, esculpida a cincel, lucían unos labios gruesos y determinados. Por un instante, sus ojos verdosos adquirieron una expresión jovial que le evocó sus tiempos de universitario. Abrió la bolsa y le pidió la cuenta. El barbero asintió.

—Por favor, si tiene la gentileza, acompáñeme a la estancia contigua. He recibido un perfume de sándalo que a buen seguro le interesará. —Se dirigió a su ayudante y le conminó a que durante su ausencia se hiciera cargo del negocio.

Rick se dejó guiar. Cuando entraron, el hombre cerró la puerta a sus espaldas y regaló a Rick una sonrisa desproporcionada.

—Espero que lo que voy a proponerle no le ofenda... Verá, casualmente, mi hermano dispone de una barcaza atracada en el Támesis que utilizó durante un tiempo como vivienda. El pobre enfermó y ahora vive con nosotros, de modo que la barcaza está libre. No dispone de muchas comodidades, pero imagino que para alguien en su situación no le parecerá una proposición descabellada. Además...

—Sería idónea —le interrumpió.

Una barcaza era un refugio mucho mejor de lo que hubiera podido imaginar. Abrió la bolsa y preguntó precio. El barbero se rascó la mejilla.

—Mmm... Media. Sí, media libra al mes.

A Rick le pareció un abuso. Una habitación limpia, con derecho a cocina en un buen hostel, no costaba más de seis chelines a la semana. A pesar de ello, no protestó. Sacó la media libra y se la entregó al barbero.

—Y media más por las molestias —añadió el barbero—. Tenga en cuenta que hay otros interesados a los que deberé dar calabazas. —Y dejó tendida la mano, con un destello de codicia en su mirada.

Rick le dedicó una sonrisa falsa.

—De acuerdo. Media libra ahora... —cogió la mano del barbero y se la estrechó hasta hacerle crujir los nudillos—, y otra media al acabar el mes. Pero recuerde. Mi matrimonio está en juego, de modo que ni una palabra.

## Capítulo 8

Atardecía cuando Rick se apeó en el muelle de Westbourne. Según las indicaciones, encontraría la barcaza atracada junto a un pantalán abandonado, a media milla del embarcadero, río abajo. El paseo hasta su nuevo destino se le eternizó.

Cuando localizó la embarcación, comprobó que la preciosa pintura verde con la que la había descrito el barbero en realidad se correspondía con los quintales de musgo y algas que trepaban por su casco. Y a juzgar por lo descuidado de su aspecto, el interior sólo podía cobijar la misma clase de basura. Imaginó que, al menos, dentro estaría a salvo de miradas indiscretas.

No era pequeña. Le calculó unos treinta pies de eslora por diez de manga, el tamaño de unas tres habitaciones alargadas. Una vez en cubierta, quitó el candado que aseguraba la portezuela del camarote y a la tercera patada la abrió. Nada más entrar, el frío le atravesó los huesos. Apestaba a podrido y era todo oscuridad. Avanzó lentamente, sintiendo cómo crujían las cuadernas, mientras buscaba a tientas el fanal del que le había hablado el barbero. Tropezó con él y se agachó para recogerlo. Al prender la mecha, cientos de ojos brillantes se arremolinaron en la negrura. Eran ratas del Támesis. Sus chillidos le enervaron. No pagaban el alquiler, así que las expulsó con aspavientos.

Cuando terminó de apartar trastos, se tumbó sobre un jergón para llenar sus pulmones. Se sentía sin fuerzas, agotado. El ejercicio había ocultado el dolor de su costado, pero ahora volvía a acosarle en forma de punzadas violentas. Procuró no prestarle atención y se dedicó a ordenar sus pensamientos.

Le habían encontrado. Tanto tiempo buscando a los hombres que le arruinaron la vida, tantas veces imaginando la forma en la que les cazaría para hacerles pagar sus crímenes y de la noche a la mañana era él quien se convertía en la presa. Pero no iba a rendirse. Quienes le atacaron en la estación habían enmudecido para siempre, pero aún le quedaba la baza de Joe Sanders. Lo localizaría, y aunque tuviera que arrancarle la lengua, por todos los santos que iba a conducirle hasta quienquiera que fuera el responsable.

Intentó calmarse. La barcaza se mecía con suavidad, emitiendo unos chirridos lastimeros que parecían anunciar un hundimiento inminente. Probablemente llevaría flotando más de cien años y lo seguiría haciendo otros cien más, pero no podía vivir en aquel estercolero. Cuando las cosas se calmaran, buscaría un lugar decente donde hospedarse.

Se incorporó y alumbró a su alrededor para acomodar su equipaje sobre unas baldas. Luego desenvolvió el pastel de carne que había comprado al salir de la barbería y lo devoró con ansia. Se relamió como un animal de presa. Quería cazar a Joe Sanders, pero debía esperar hasta reponerse. Además, corría el riesgo de ser detenido, pues, a buen seguro, el vigilante del ferrocarril le habría tachado de asesino y la policía estaría acechando los lugares que frecuentaba antes.

Se giró sobre el jergón para acomodarse, pero sólo consiguió que una punzada le recordara el estado de sus costillas. Comenzó a tiritar. Afuera anochecía. Necesitaba descansar. Si seguía vivo

al día siguiente, acudiría en busca de ayuda.

\* \* \*

Le despertó un ligero mordisqueo en uno de sus meñiques. Abrió los ojos sin saber bien dónde se encontraba, pero las ratas que pululaban sobre sus brazos se encargaron de recordárselo. Se irguió y las sacudió a manotazos. Aún dolorido, encendió el fanal y procuró despejarse. Afuera amanecía. Tras estirarse, comprobó el estado de sus pertenencias, que se reducían a varias mudas de ropa, el fajo de billetes, su revólver y el fusil que le había arrebatado a los sicarios que intentaron matarle. No demasiado, pero lo suficiente como para guardarlo en algún escondite. Inspeccionó el interior de la barcaza hasta encontrar un rincón apartado que ensució aún más, acumulando esqueletos de ratas, aparejos destrozados y restos de mugre. Cuando se dio por satisfecho, ocultó su petate bajo la basura. Se disponía a hacer lo propio con el fusil, cuando en el último instante decidió llevarlo con él. Lo envolvió en un trapo y lo aseguró con un cordel raído. Luego dio un bocado al trozo de pastel que se había reservado y salió en dirección al correccional de Southwark, el lugar en el que residía Memento, su único amigo.

\* \* \*

Rick aguardó a que se apearan del ómnibus los últimos viajeros que, como él, habían acudido a Southwark para visitar a sus familiares. Aunque en los últimos años habían proliferado numerosos establecimientos caritativos dedicados a enderezar a los descarriados de Londres, el correccional de Southwark, por su férrea disciplina, más que una casa de acogida se asemejaba a una cárcel para presidiarios.

Cuando descendió, echó un vistazo a la imponente fortaleza de ladrillo rojo, cuyas murallas aparecían semiocultas por la bruma.

Por lo general, las *workhouses* dependían de cofradías vecinales que amparaban a todo tipo de indigentes: mujeres abandonadas, prostitutas cuyos cuerpos desfondados ya no generaban recursos, niños huérfanos o abandonados, ladrones de poca monta, ancianos sin familia, alcohólicos, enfermos desahuciados... Lo que Londres no quería se encerraba en las *workhouses* para que nadie lo viera.

Aunque aquél no era el caso de Memento.

A las diez en punto comenzaron las visitas. Mientras los familiares se apelotonaban a la entrada, Rick aguardó a que entrasen. Cuando accedió el último, un guardián ataviado con un uniforme negro saludó a Rick.

—Buenos días, señor. ¿Otra vez a visitar a Memento?

—Así es, James. Hay que cuidar a los amigos.

—¿Qué lleva ahí? —se interesó por la envoltura que ocultaba el fusil.

—¿El qué? ¿Esto? Un bastón de regalo. Por cierto, tenga. Aquí tiene lo suyo. —Y le entregó los cinco peniques con los que James solía mirar para otro lado y dejar de hacer preguntas.

Una vez franqueada la entrada, Rick se separó de la comitiva para adentrarse por un jardín lateral que desembocaba en un cobertizo de chapa. Como de costumbre, el portalón estaba atrancado, de modo que empujó con fuerza para abrirlo. Cuando lo consiguió, vio que en el interior reinaba la oscuridad. No era lo habitual. Llamó a Memento por su nombre, pero nadie le contestó. Se adentró despacio a través de un vertedero de máquinas desguazadas, restos de

rebabas metálicas y tornillería desperdigada por los suelos. En la oscuridad, cualquier pieza podía convertirse en un peligroso cuchillo, de modo que se detuvo para volver a llamar a su amigo. No obtuvo respuesta.

¿Dónde estaría?

A Memento le encantaban las máquinas. Se ganaba la vida reparándolas, manipulándolas, transformándolas y construyendo engendros mecánicos que vendía a talleres con escaso éxito. Su caso era distinto al de los demás internos del correccional de Southwark. Él vivía allí por decisión propia y, a diferencia del resto de sus inquilinos, había llegado a un acuerdo con los patronos para entrar y salir libremente del recinto, respetando el horario de cierre nocturno.

Se disponía a empuñar el manubrio de una estancia cerrada, cuando una voz surgida de la nada se lo impidió.

—¡Quieto ahí!

De repente, un fognazo de luz tiñó el almacén de blanco, para desvanecerse con la misma rapidez con la que había aparecido.

—¡Aguarda! ¡Una más! —volvió a escucharse, y resplandeció un segundo fognazo. Instantes después se abrían unos postigos y una silueta encorvada se recortaba delante de ellos.

—¿Todavía sigues experimentando con esa máquina de fotografías? —suspiró Rick, al reconocer a su amigo Memento.

La silueta encorvada que se aproximó a Rick pertenecía a un hombre maduro que parecía salido de una pesadilla. El extraño saludó con la mano a Rick y éste le correspondió.

—Estoy manejando más cantidad de magnesio. Creo que así obtendré instantáneas más nítidas y... ¡Pero diablos, Rick! ¿Qué le ha pasado a tu barba? Anda, ayúdame. Esta cadera me está matando.

Rick acompañó al hombre hasta una mesa de trabajo. Allí apartaron unos calderos oxidados y se acomodaron sobre un par de barriles instalados a modo de sillas. Como cada vez que le visitaba, Rick sacó el paquete de dulces que había adquirido a un vendedor ambulante y desplegó su contenido sobre la mesa. Memento se relamió. Mientras daban cuenta de ellos, Rick no pudo evitar apenarse por él. Lo contempló mientras comía. Sus horribles ojos sin párpados, como los de una serpiente, seguían impresionándole igual que el día en que le conoció. Tendría la edad de su padre si éste hubiera conservado la vida.

—¡Mmm! Esto son viandas, y no el rancho que nos despachan aquí —masculló Memento, sin reparar en la mirada compasiva de Rick.

Rick sonrió. En realidad, más allá de sus máquinas y sus inventos, Memento no se fijaba en casi nada.

—¿Nunca te cansas de comerlos? —le preguntó Rick.

—¿Y tú, no te cansas de buscar a ese hombre? Por cierto, ¿a qué se debe tu cambio de aspecto? —Le señaló la mandíbula—. ¿No será que envidiabas mi apostura? —bromeó.

—No. No es eso. —Guardó silencio. Engulló un pastelillo de un bocado y miró con gesto sombrío a su amigo. Tomó aire, antes de referirle el ataque sufrido y las posteriores consecuencias. Memento paró de comer, como si se le hubiera cerrado el estómago.

—¿Pero seguro que los mataste? Quizá sólo estén heridos.

—Te garantizo que esos dos llevan tiempo en el infierno.

—Ya. Pues entonces dejemos lo accesorio y pasemos a lo importante. —Devoró otro pastelillo y se chupó los dedos—. Echemos un vistazo a ese costado dañado.

El hombre se remangó los puños y palpó cuidadosamente el torso de Rick, como si supiera de



medicina. Después flexionó varias veces su brazo maltrecho y lo extendió.

—¡Cuidado! —se quejó Rick—. ¡Diablos! ¡Anoche apenas me molestaba!

—No parece que tengas nada roto. Quizá te estés volviendo blando —rio—. Tengo por aquí unas vendas. Espera a ver. —Comenzó a revolver en un cajón lleno de trastos.

—Casi lo olvidaba. Traje el fusil con el que me dispararon. —Lo desenrolló y se lo ofreció—. ¿Sabrías decirme algo sobre él?

Memento dejó las vendas y examinó el arma con el mismo mimo con el que acariciaría a una mujer si pudiera. Deslizó los dedos por su culata, repasó los sellos grabados en el cañón y analizó su balance. Luego lo levantó y encañonó a Rick. Después bajó el arma y emitió su veredicto.

—Es un Merry Watson, un arma corriente, utilizada regularmente por el ejército, pero extraordinariamente modificada. —Le señaló una zona raspada cerca del gatillo—. Parece como si aquí le hubieran borrado algo. Quizá una marca de propiedad. Ya averiguaré lo que es. Veamos el depósito. —Abrió la portezuela metálica insertada en un lateral de la culata y accedió a un hueco rectangular horadado en la madera—. Ajá... Curioso...

—¿Qué es lo curioso?

—Los cartuchos que almacena dentro. También parecen especiales. Tendrás que dejármelos para que los examine con detenimiento. Pero, aguarda. Hay algo más, pegado al fondo. —Con la punta de un cuchillo, extrajo un cartoncito doblado que entregó a Rick para que lo inspeccionara.

Rick lo leyó en voz alta: «Daphne Loveray. Pasión de Oriente. 57 Portobello Lane».

Quizá Joe Sanders no fuera su única pista.

—Pasión de Oriente... ¿Sabes qué puede ser? —preguntó a Memento.

—Ni idea. Una casa de citas, imagino. ¿Y ya has pensado qué harás? —continuó vendándolo—. Supongo que abandonarás Londres.

—¿Después de tanto tiempo esperando mi oportunidad? No. Desde luego que no. En cuanto me recupere, buscaré a Joe Sanders y le daré su merecido.

—Joe... Joe... Siempre te dije que recelaras de ese bicho. Deberías tener cuidado. Otros lo intentaron antes y ahora descansan en el cementerio.

—Ya... Memento... Escucha. Necesito dinero con urgencia —le soltó.

—¿Cuánto? —Memento terminó de asegurar el vendaje.

—Lo que te entregué.

—¿El lingote de oro? —resopló.

—Sí. Pero lo necesito en efectivo.

—¡Demonios! Vender un lingote es fácil, pero hacerlo a buen precio es distinto.

—Lo sé. Y yo no conozco a ningún cambista de confianza. Por eso preciso de tu ayuda. Lo que consigas sería lo de menos. Lo único que te pido es que lo hagas sin despertar sospechas.

—Pues ése es el segundo problema, Rick. Con mi rostro, hasta un enano pasaría más inadvertido... Además, ya sabes que no me agrada salir de Southwark.

Rick lo sabía. Tras la explosión que desfiguró su rostro, Memento había encontrado dentro de los muros del correccional la protección y el anonimato de los que había carecido. Allí nadie le apedreaba por su aspecto ni se burlaban de sus ojos sin párpados. En Southwark vivía apartado, aislado del mundo que le odiaba y rodeado de los artilugios que le proporcionaban sustento y colmaban sus ratos de ocio. De hecho, Memento sólo abandonaba la seguridad del correccional para practicar una extraña y provechosa afición: sacar fotos a los muertos.

—Quizá, cuando salieras a retratar a algún difunto, podrías encontrar el modo —intentó convencerle Rick—. Tú conoces a muchos usureros.

—Bien. Supongamos que lo logro. Supongamos que te consigo el dinero, que capturas a Joe Sanders y éste te revela quién le contrató para que te delatara —repuso Memento—. Imagina que resuelves todos tus problemas y por fin puedes comenzar de nuevo. Precisarás un nuevo ayudante, ¿no? Yo podría serte muy útil. Mira. Me he fabricado esto. —De una caja extrajo unas gafas con cristales ahumados y se las colocó para ocultar sus ojos—. Sabes que siempre he deseado trabajar contigo. Te ayudaría en tus investigaciones y...

Rick negó con la cabeza. Memento era un buen hombre, pero ya tenía una edad y su presencia sólo le perjudicaría. Intentó hacérselo comprender.

—Ya hemos hablado de esto antes. Sé que tu intención es encomiable, pero donde realmente me resultas valioso es aquí, con tus artilugios y tus inventos. Sin ti, jamás habría conseguido este magnífico revólver. No, Memento. —Apoyó su mano sobre su hombro—. Aquí estás seguro. En cambio, conmigo siempre correrías peligro.

—No intentes engañarme. Es por lo grotesco de mi aspecto, ¿no? —rechazó el contacto de Rick y se levantó indignado.

—Desde luego que no, pero el trabajo de cazarrecompensas no es ningún juego. Me has visto muchas veces malherido. Mira tu cojera: a veces necesitamos correr para conservar la vida...

—¡Pues deja que sea yo quien decida cómo conservar la mía! —Dio una patada con su pierna maltrecha a unas latas que salieron volando.

Rick lo contempló apenado. Memento era un buen hombre. Quizá demasiado bueno. No podía exponerle a riesgos por un capricho sin sentido.

—Está bien. Lo pensaré —mintió.

—¿De veras? —Su rostro deforme se iluminó—. ¡Entonces esto hay que celebrarlo! —Y sin dar opción a que Rick replicase, se dirigió a la ventana y pidió a un muchacho que trabajaba en el jardín que les acercara una tetera y el periódico del día.

Para cuando el chico regresó con el pedido, Memento ya había dispuesto dos vasos sucios que había encontrado entre la barahúnda de artefactos. Se apropió de la bandeja con el té y el periódico, y aguardó a que el muchacho regresase a sus quehaceres. Pero el mozalbete permaneció de pie, como si aguardara algo.

—¿A qué diablos esperas? Apunta el importe en mi cuenta. ¡Largo! —le increpó Memento. Sin embargo, Rick intervino.

—Cógelos —le dijo al crío, y acercó los pastelillos que no había dejado de mirar ni un momento.

—¡Eh! ¿Qué haces? ¡Esos dulces son míos! —Memento trató de impedirlo, como si se tratara de una disputa de colegio.

—Vamos, ¡trágalos, rápido! —Rick apremió al muchacho, que se los metió en la boca y salió corriendo como si le llevara el alma el diablo.

Memento sacudió la cabeza y comenzó a maldecir como un abuelo, mientras Rick sonreía para sus adentros. Para apaciguarlo, le sirvió té y le entregó el periódico, que el hombre rechazó entre aspavientos. Luego, ante la insistencia de Rick, fue dejando de mascullar y comenzó a dar sorbos de té, al tiempo que ojeaba distraídamente la portada de la *Gaceta de Sucesos*.

—¿No íbamos a brindar? —Rick intentó que su amigo olvidara la chiquillada.

—¿Eh? Sí, claro. ¡Por nosotros!

—¡Y por tus estupendas fotos! —propuso, a sabiendas de que el tema le ilusionaría.

—Y por las fotos, sí. Por cierto, voy a enseñarte las últimas que he sacado. —Y se levantó para regresar cargado con una decena de daguerrotipos—. Aquí las tienes. Observa y disfruta.

Rick contempló las placas de cristal para no desairarlo. En la primera aparecía el cadáver de un niño pulcramente vestido, sentado en un sillón y maquillado para simular un aspecto de vivo. Junto a él, ataviados como si esperaran una visita importante, los que debían de ser sus padres, agarrándole las manos. El segundo daguerrotipo mostraba el cadáver de un hombre de mediana edad, también vestido formalmente, con un monóculo sobre su ojo derecho y una pipa en la mano. Las restantes las miró de un vistazo. Eran las típicas fotos con las que Memento se ganaba la vida. Observó los inexpresivos ojos de los difuntos y sus cuerpos tiesos como palos.

—¿Cuándo crees que venderás el lingote? —Rick recuperó el tema que le preocupaba.

—Formidables, ¿verdad? —Recogió los daguerrotipos y los envolvió en un paño—. Bueno. En primer lugar, he de averiguar la cotización del oro para negociar el precio. Cuando apalabre el cambio, desenterraré el lingote y lo limpiaré hasta que reluzca, lo ocultaré dentro de un pan y acudiré al barrio de los prestamistas para efectuar el intercambio. No sé. Calcula una semana.

—Una semana... —Rick meneó la cabeza.

Memento continuó leyendo el periódico por donde lo había dejado, hasta que, de repente, lo apartó de su rostro.

—Es curioso... —Dejó el periódico abierto por la mitad.

—¿El qué?

—Comentaste que los hombres que te atacaron estaban bien muertos, ¿no?

—Sí. Más tiesos que unos arenques. ¿Por qué?

—Porque en el apartado de sucesos no mencionan nada al respecto. Resulta bastante extraño que los cronistas, siempre ávidos de carroña, lo hayan pasado por alto, y más habiendo testigos, tal y como me has confesado.

—Vete a saber el motivo... La verdad es que ésa es ahora la menor de mis preocupaciones. Lo único que me importa es localizar a Joe Sanders.

—Ya. Pues creo que no podrás hacerlo.

—¿No? ¿Y por qué dices eso?

—Ten. Compruébalo por ti mismo: da la impresión de que alguien te ha ahorrado el trabajo.

\* \* \*

Rick hubo de repasar dos veces el reportaje para salir de su asombro. Pese a ello, siguió sin dar crédito al periódico. Volvió a leerlo para creerlo.

#### SUCESOS VESPERTINOS

En el día de ayer fue localizado el cadáver de un varón, flotando en las aguas del Támesis, a la altura de Limehouse. Este luctuoso hallazgo, tan común en nuestros días, llama nuestra atención por lo espeluznante del mismo. El infortunado mostraba la cabeza casi separada del cuerpo, producto de un tajo limpio y certero, sin duda asestado a propósito. Para su identificación, y como viene siendo habitual en casos de indocumentados, la iglesia de St. Andrews procedió a exponer el cadáver amarrado al púlpito, con la esperanza de que algún feligrés reconociese al difunto, cosa que sucedió merced al testimonio de una mujer que aseguró se trataba de un célebre maleante conocido como Joe Sanders.

Que Dios lo acoja en su seno.

Rick enmudeció. Lamentó la muerte de Joe Sanders, no tanto porque sintiera aprecio por él como por el hecho de que el único eslabón que podía haberle conducido hasta sus atacantes yaciera en algún lugar de Limehouse, con el cuerpo separado de la cabeza.

Exhaló una bocanada de aire. Tras la pérdida de su comodín volvía a situarse en la casilla de salida. Entonces recordó la nota que Memento había encontrado en la culata. La extrajo de su cartera y la leyó: «Daphne Loveray. Pasión de Oriente».

Frunció el ceño con decisión. Aún tenía un nombre con el que jugar la partida.

Tras abandonar el correccional de Southwark, se detuvo en un colmado para aprovisionarse de alimentos, además de bicarbonato y tinte para oscurecer su cabello. Luego tomó el ómnibus de regreso a la barcaza. Cargado como iba, se alegró de haber dejado a Memento el fusil para que se lo custodiara.

Durante el trayecto se preguntó quién sería Daphne Loveray y qué tipo de negocio regentaría.

Pasión de Oriente... Quizá se tratara de un hotel de señoritas. En Londres existían tantos que hasta se editaban catálogos con centenares de páginas repletas de dibujos que representaban a las diferentes cortesanas en las poses más atrevidas.

Cuando descendió en las inmediaciones del pantalán, empleó un rato en explorar los alrededores con el propósito de establecer posibles rutas de escape. Mientras lo hacía, se topó con una panda de críos que perdían el tiempo hostigando a las gaviotas. Tenían pinta de ser unos diablillos, pero no creyó que le ocasionaran problemas. Por si acaso, decidió cerciorarse.

—Eh, muchachos, ¿vivís por aquí? —Se agachó y cogió un guijarro que lanzó contra una gaviota para congraciarse.

—Y a usted qué le importa —le respondió el más cercano.

—¿Quién es vuestro jefe?

Un pelirrojo embadurnado en mugre se adelantó.

—¿Qué se le ofrece?

Sin duda, debía serlo. Era el único que sacaba una cabeza a los demás y portaba un tirachinas colgado al cuello.

—¿Os apetece ganaros unas galletas? —les propuso—. No tendréis que esforzaros. —Abrió el paquete de alimentos y les mostró una lata que había comprado.

El muchacho pelirrojo retrocedió un paso y con sus brazos apartó a los demás. Parecía estar bien enseñado respecto al trato con desconocidos.

—Lárguese. Si se le ocurre tocarnos, gritaré y mi padre le reventará la cabeza.

—¡Eh, eh! Me encanta mi cabeza tal y como la tengo. Mirad. —Se acuclilló para ponerse a su altura—. He alquilado esa barcaza y no quiero que nadie husmee en ella. Si queréis las galletas, sólo tenéis que vigilarla cuando estéis por aquí.

—¿Ya está? —El pelirrojo miró de reojo la lata de galletas.

—Sólo una cosa más. ¿Veis el cabo anudado en la proa? Bien. Si advertís que algún extraño intenta forzar la puerta, deshaced el nudo cuando se haya ido. Sólo eso. Y tendréis galletas todas las semanas.

El chico pelirrojo se rascó la mandíbula, como si simulara valorar el riesgo.

—Está bien. ¡Acepto! —Y tendió la mano para recibir el pago por adelantado.

Rick sonrió. Abrió la lata, sacó cinco galletas, tantas como críos, y se las entregó.

—Y una más para el jefe. —Le guiñó un ojo y le dio otra bien gorda—. Cada semana renovaremos el trato.

—De acuerdo. Pero si intenta alguna treta, mi padre...

—Sí. Ya lo sé: me reventará la cabeza. Venga. Largaos y seguid jugando.

Todos se dieron la vuelta.

Ya se marchaban, cuando el mozalbete del tirachinas se giró de nuevo.

—¿Y qué es lo que guarda ahí?

—Serpientes. Serpientes venenosas. —Y les mostró su brazo vendado.

\* \* \*

Atardecía. La lluvia había cesado, pero allá por donde mirara no se veía más que cieno y charcos. Decidió descansar. Entró en el camarote y tomó asiento sobre un barril. De entre las provisiones, sacó un paquete de harina, otro de azúcar y un frasco de bicarbonato que mezcló con agua hasta conseguir un engrudo con el que formó pegotes que arrojó al suelo para que los roedores los devoraran. Con suerte, en un par de días morirían envenenados. Después se preparó una hogaza de pan con mantequilla y una porción de pastel de carne. Luego, hombre y roedores dieron cuenta de su festín.

Tras teñirse el cabello, se secó la cabeza y se tumbó un rato. Cerró los ojos para relajarse. El brazo herido había recuperado parte del movimiento y el dolor de las costillas remitía por momentos. Se acordó de Joe Sanders. Pobre diablo. Imaginó su cuerpo mutilado a merced de los embates del Támesis. Así pagaba sus deudas la gente que le buscaba.

Intentó dormir, pero no logró conciliar el sueño. A su mente acudió una frase reciente: «Daphne Loveray. Pasión de Oriente. 57 Portobello Lane».

Quizá sólo fuera una prostituta, pero no iba a tardar en averiguarlo.

## Capítulo 9

Cuando Rick descendió del tálburi de alquiler que le había conducido hasta el 57 de Portobello Lane, en el distrito de Bayswater, le sorprendió comprobar que el sugerente negocio, La Pasión de Oriente, en realidad se correspondía con una simple floristería.

Eran las siete de la mañana y la tienda aún permanecía cerrada, así que decidió hacer tiempo deambulando por los alrededores, y de paso desayunar un té con tostadas.

Mientras caminaba en busca de una cafetería, descubrió que, a diferencia de otros barrios de Londres, el oeste de Bayswater se asemejaba a un apacible pueblecito en el que sus vecinos hubieran logrado impedir que el avance de la civilización arruinase la tranquilidad de sus vidas. Por lo que pudo apreciar, en aquel lugar aún se podía cruzar la calle sin temor a que un ómnibus te atropellara mientras admirabas los pequeños bosques que surgían entre casa y casa.

El brazo aún le dolía, pero eso no le impidió engullir un bollo de beicon que finalmente adquirió a un *costermonger* a quien preguntó por el horario de apertura de la floristería. El vendedor ambulante puso cara de pensar algo, antes de responderle que no lo sabía.

—Pero quizá abran a las nueve, que es cuando lo hace el cementerio de Kensal Green, con el que hacen negocio —apostilló.

Rick comprobó de nuevo su reloj. Pronto serían las ocho. Le preguntó al *costermonger* si conocía alguna tienda de artículos de escritorio y éste le indicó una cercana. Echó cuentas de la distancia. Si se apresuraba, lo conseguiría.

A poco para las nueve, Rick observó a una mujer gruesa de andares resueltos que se detenía frente a la floristería, bufaba un par de veces mientras se componía el sombrero, hurgaba en su bolso hasta encontrar unas llaves y abría la puerta de la verja. Minutos después, otra mujer esmirriada de aspecto enfermizo entraba a toda prisa, como si llegara tarde a una cita.

Rick aguardó otra hora a la intemperie, hasta cerciorarse de que el lugar no revestía peligro. Durante la espera, comprobó que los clientes que accedían al local se distribuían a partes iguales entre familiares enlutados en busca de ramos para sus difuntos, damas emperifolladas que descendían de sus carruajes para adquirir frascos de perfume y sirvientes que sin duda cumplimentaban los encargos de sus amos. Lo único que atrajo su atención fue la aparición de un distribuidor de estiércol tan mugriento como su mercancía, quien, tras discutir airadamente con la mujer gruesa, volcó su apestosa carga frente a la puerta y se marchó maldiciendo a gritos.

Concluido el incidente, Rick decidió que había llegado el momento de adentrarse en el establecimiento. Aprovechó que un matrimonio de edad avanzada se disponía a acceder al mismo y se pegó a ellos como si los acompañara. Una vez en el interior, dejó que la mujer de aspecto demacrado atendiera a la pareja mientras él simulaba interés por unos plantones que se divisaban en el jardín trasero. Desde allí, comprobó que la floristería se dividía en dos zonas comunicadas por un enorme portalón: a un lado se encontraba el invernadero, un exuberante vergel cuajado de plantas y flores tropicales, y al otro, la sala donde se recibía a los clientes, esta última equipada con un expositor de caoba cuya superficie aparecía desbordada por suntuosos centros florales que

competían en belleza con una hilera de pensamientos y hortensias.

Mientras esperaba, ojeó el catálogo de precios que descansaba sobre el mostrador. En su portada figuraba la leyenda: «Viuda de Hartford, floristas de la casa real desde 1750».

De modo que una tal Hartford era la dueña...

Admiró el lugar, aunque con disgusto. Cualquiera que entrara en el local podría haberse creído en el edén, de no ser por el penetrante hedor a estiércol que procedía de la acera. Y ése parecía ser el origen de la discusión que comenzaba a entablar la empleada demacrada con la pareja de clientes.

—¿Pero qué clase de negocio es éste? De ningún modo vamos a pagar dos libras por unas flores hediondas. Díselo, George.

—¡De ningún modo! —repitió el marido como una cacatúa amaestrada.

—Pero, señora Miller, son tal cual usted las encargó —se excusó la dependienta.

—¿Y cree que me las voy a llevar con este horrible olor que lo impregna todo?

La dependienta bajó la mirada sin saber qué argüir. Finalmente, dirigió la vista hacia el atilío desde el que la mujer gruesa, tocada con su ridículo sombrero, parecía fiscalizar el desarrollo de la transacción. Rick dedujo que debía de ser la encargada. Advirtió en ella una mueca de ira.

—Son unas flores carísimas. Después de cortadas, no pueden rechazarlas —se le ocurrió responder a la empleada.

—¿Cómo que no podemos? ¡Díselo, George!

—¡Por supuesto que podemos! —repitió el marido, sin necesidad de que le apremiara.

Desconcertada, la dependienta se ofreció a rebajarles unos chelines, pero la clienta recibió la propuesta como una afrenta.

—Pero ¡qué poca vergüenza! Ni regaladas me llevaría unas flores que apestan. Más le valdría limpiar el estiércol de la puerta en lugar de...

—¿Van a desistir de la compra? ¡Estupendo! —Rick se interpuso entre la señora y la dependienta, fingiendo un repentino interés por el ramo que acababan de rechazar—. ¿Y en cuánto ha dicho que lo deja? —se dirigió a la vendedora.

—¿Eh? En dos libras menos cinco chelines —titubeó, sorprendida.

—Oiga, joven, ¿a usted quién le ha dado vela en este entierro? —gruñó la clienta como un perro al que de repente intentaran arrebatarle su hueso.

—Perdóneme, señora, pero hablaba con la vendedora —le respondió Rick sin mirarla, y rozó suavemente las flores con los dedos—. ¿Ha dicho dos libras menos cinco chelines? Desde luego, una ganga, teniendo en cuenta que este olorcillo desagradable desaparecerá con una simple pulverización de agua. Por favor, tome nota para enviarlas a...

—¡Pero, George! ¿Tú has visto descaro semejante? Dile a este entrometido que se meta en sus asuntos, y que si quiere un ramo como éste, que lo encargue y espere.

El marido carraspeó ante el cambio de parecer de su mujer, pero repitió como un feligrés cada una de sus palabras. Rick no se arredró.

—Disculpen, pero por la forma en que despreciaban el ramo, supuse que no lo querían. Comprenderán que sería de necios desaprovechar una oportunidad como ésta. Por favor —se dirigió de nuevo a la vendedora—. Antes de envolverlo, añádale unas gotas de esencia.

—¡Oiga! Le digo que estas flores son nuestras. Le exijo que... ¿Y usted, señorita? ¿Es que no va a hacer nada? Hablaré de esta afrenta con la propietaria. Haré que la despidan. ¡Díselo, George!

La vendedora miró a los clientes, cada vez más estupefacta.

—¿Despedir a la dependienta? ¡Oh! Aguarden. En modo alguno podría permitirlo —terció Rick con un tono más conciliador—. Mire, señora, lo último que desearía sería causarle un perjuicio injusto a esta mujer. Cierto es que las flores son maravillosas, pero si verdaderamente las desea, como caballero que soy, me retiro de la puja.

—¿Cómo? ¿De qué puja habla ahora? —Los ojos de la señora Miller parecieron saltar de sus cuencas.

—De la que obviamente hemos establecido. Por mi parte, estaría dispuesto a pagar el precio original del ramo. Dos libras, ¿no? —le preguntó a la dependienta, quien asintió sin comprender bien lo que sucedía—. Pero si ustedes lo superan...

—¡Ya está bien! ¡George! De nosotros no se burla nadie. Paga ahora mismo dos libras y un chelín, y haz que este insolente se trague sus palabras —bufó.

—¿Eh? Desde luego, cariño. —El hombre sacó una cartera de la que extrajo dos billetes y una moneda que depositó en el mostrador antes de abalanzarse sobre el ramo de flores como si fuera su presa.

Rick fingió una mueca de estupor cuando el matrimonio se dio la vuelta y abandonó el establecimiento con su preciada carga. Nada más desaparecer, sonrió satisfecho y se giró hacia la dependienta en búsqueda de su reconocimiento, pero en lugar de ésta, se dio de bruces contra el ceño fruncido de la encargada. Advirtió que sobre su pecho lucía bordado un membrete en el que podía leerse: Hellen Hartford. Propietaria.

Su aparición le desconcertó. La enorme mujer, encorsetada en un vestido negro cuyas costuras luchaban por no reventarse, le escrutaba como si hubiera cometido una tropelía. Rick enmudeció al advertir su extravagante sombrero, confeccionado con la cabeza de un gato disecada. Por un instante pensó que aquella enorme mujer sería capaz de adornarse con los miembros momificados de cualquiera que le contrariara.

Se disponía a abrir la boca, cuando la propietaria se le adelantó con un aplauso impostado.

—Un número impresionante —emparejó la ironía con unas sonoras palmadas.

Rick no supo cómo interpretarlo.

—Gracias. Esos engrédidos pretendían humillar a su dependienta, de modo que yo...

—De modo que debería haberse mantenido al margen —le atajó la propietaria.

—¿Cómo dice? Pero si acabo de ahorrarle dos libras que...

—No acaba de ahorrarme nada, porque esas flores las habría vendido de todos modos. Además, los clientes a los que se ha enfrentado lo eran desde hace años, y tras su pomposa intervención, dudo mucho que vuelvan.

—Ya... Pues permítame decirle que, si éste fuera mi negocio, estaría encantado de librarme de clientes tan ruines como éstos.

—Usted lo ha dicho. Si fuera éste su negocio, cosa que afortunadamente no sucede. Y bien. ¿En qué puedo servirle? ¿Desea que le prepare otro ramo? Por dos libras, podemos confeccionarle cientos.

Rick carraspeó. Con su intervención, sólo había buscado granjearse la confianza de la dependienta, pero ahora sus planes se estaban complicando.

—Verá, en realidad, yo...

—En realidad, usted no tenía intención de comprar nada, ¿me equivoco? Lo suponía. —Lo miró de arriba abajo prestando atención a su atuendo—. Y bien. ¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Mire, señora Hartford —dijo, dando por sentado que su nombre se correspondía con el que aparecía bordado sobre su enorme pechera—. Lo cierto es que he llegado hace unos días a la



ciudad y estaba buscando trabajo. Se me da bien la jardinería, vi el estiércol amontonado frente a su tienda y pensé que quizá necesitaran ayuda... —improvisó.

—Ah, sí. Esa montaña de mierda... En cuanto aparezca el jardinero la va a recoger a lametazos. —Se giró con indignación—. Penny, ¿tú sabes por qué no ha venido? —le preguntó a la dependienta, que negó con la cabeza—. No. No lo sabe... ¡Malditos empleados! Aquí nadie sabe nunca nada... —La propietaria volvió a diseccionar el aspecto de Rick como si valorara la adquisición de un mueble raro. Finalmente, frunció los labios y prosiguió—: Bien. Entonces, a ver si lo he entendido: resulta que acaba de llegar a Londres, entra aquí sin presentarse, interviene en una venta ajena y a continuación pretende que le contrate sin aportar informe alguno. Pues, la verdad, por más que mire en las paredes, no veo ningún cartel en el que se ofrezca trabajo.

—Perdone. Con todo este desconcierto olvidé entregárselo. Tenga mi informe. —Le entregó el documento que acababa de confeccionar en la tienda de material de oficina—. Además de experiencia en jardinería, comprobará que también entiendo de carpintería y farmacia. He visto que el invernadero necesita algunas reparaciones y la escalera que comunica con el altillo no parece que vaya a resistir su corpulencia...

—Pero ¿cómo se atreve? Dígalo de una miserable vez. Sí: mis libras de más. ¿Y qué si estoy rellena? Desde luego, lo está arreglando, joven. —La mujer apretó la mandíbula, cogió el informe y lo leyó con desgana antes de devolvérselo como si hubiera leído un panfleto de propaganda—. En fin... Rick Hunter, haré algo por usted: si se acerca a la Sociedad de Horticultura de mi parte, le proporcionarán un listado con los cientos de floristerías en las que podrá demostrar sus habilidades. Seguro que alguna de ellas busca un experto en espantar a clientes.

Al escuchar su nombre, Rick cayó en la cuenta de su error. Con las prisas, y debido a lo interiorizado del mismo, había olvidado cambiarlo por otro que no levantara sospechas. Ya no había remedio. Esperó que aquel fallo no le deparara funestas consecuencias.

—Mire, señora. Siento si la he molestado. Si no desea contratarme, al menos permítame que la compense. Ese montón de estiércol sigue ahí, ahuyentando a los clientes. Deje que se lo recoja, y si queda satisfecha, hablaremos sin compromiso.

—Ya. ¿Y por qué diablos habría de remunerarle por una tarea que desempeñará mi jardinero en cuanto aparezca?

—Verá, señora Hartford. No he visto ningún cartel en el que rece que cobre por recoger el estiércol.

La mujer miró con suficiencia a Rick. Luego se dirigió a la dependienta:

—Penny. Lleva esas petunias al invernadero y continúa con lo que demonios fuera que estuvieras haciendo. Y respecto a usted... —Al examinar por tercera vez al joven, reparó en las heridas de sus manos—. ¡Vaya! Respecto a usted, aseguraría que no tiene los puños así de trabajar como jardinero.

Rick observó las marcas de sus nudillos.

—¿Lo dice por estos rasguños? Sí... Bueno... No piense que soy un pendenciero. Sorprendí a unos borrachos cuando se propasaban con una chica —improvisó mientras las ocultaba en sus bolsillos—. No creo que vuelvan a intentarlo.

El rictus de la mujer se suavizó. Se disponía a responder, cuando de repente irrumpió en la floristería un hombrecillo ataviado con la gorra y el uniforme azul típicos de los empleados del servicio de correos.

—¿La señora Hartford?

—Soy yo. ¿Qué se le ofrece?

—Un trago de ginebra no vendría mal con este frío, y tampoco un felpudo a la entrada del negocio. ¿Ha visto la pila de estiércol que tiene ahí en la puerta? —Le enseñó los pegotes que llevaba adheridos a sus zapatos.

Seguidamente, el empleado hurgó en su bolso hasta localizar un sobre que entregó a la mujer, aguardó a que le pagara los dos peniques del servicio y, tras cumplimentar a los presentes, abandonó la floristería con el mismo sigilo con el que había entrado.

Cuando desapareció, la viuda se giró para romper el lacre y extraer la misiva. Luego se colocó los lentes que colgaban de su cuello y examinó detenidamente su contenido. Mientras lo leía, su rostro empalideció. Después se volvió hacia Rick, con el semblante absolutamente lívido.

—Dígame la verdad. ¿Sabe usted pelear?

Rick dudó antes de contestar.

—No se me da mal, señora.

La mujer miró de nuevo los puños machacados de Rick.

—Bien. Ahora he de salir a resolver unos asuntos. Retire el estiércol. Si para cuando regrese, lo encuentro todo recogido, quizá le emplee por un tiempo.

\* \* \*

Desde el instante en el que la viuda Hartford abandonó el establecimiento, Rick se dispuso a averiguar más sobre ella. Había previsto husmear a nada que se despistara la dependienta, pero, por suerte para él, Penny se reveló como una cotilla de libro, algo que descubrió cuando ésta se le acercó sigilosamente por la espalda mientras él se afanaba en recoger el estiércol.

—No nos han presentado —le soltó de sopetón—. Mi nombre es Penny Ryan y soy de Edimburgo. —La mujer le regaló una sonrisa que dejó al descubierto unas encías inflamadas y una horrorosa dentadura.

—Encantado, Penny. Yo soy Rick. —Y siguió dando paletadas.

—Tu acento no es de por aquí. —Se sentó en un murete cercano para contemplar como trabajaba—. ¿De dónde eres?

—De lejos —contestó. Le molestaba parecer grosero, pero debía preservar cualquier pista sobre su identidad.

—¡Caramba! Eres de los que no malgastan saliva, ¿eh? Pero da igual, yo la tengo a toneladas. —Rio otra vez, enseñando sus enormes dientes amarillos—. De modo que al final vas a trabajar aquí. Pues habrá que celebrar que por fin tengamos a alguien apuesto en la floristería. Deberías conocer a nuestro jardinero, Gus: ni planchándolo se le irían las arrugas. —Rio sin rastro de sonrojo—. ¿Te apetece un bollo de carne? —Descubrió la pequeña cesta que descansaba junto a sus pies y le mostró su contenido—. Los cocino yo misma con las sobras de la semana, pero te aseguro que saben tan jugosos como los que despachan en Covent Garden. ¡Vamos! ¡No seas remilgado! Coge uno, que te vas a chupar los dedos. —Le entregó un ejemplar algo chamuscado, que Rick aceptó después de dejar la pala y sacudirse las manos.

La dependienta calló un momento, a la espera del veredicto de Rick.

—Mmm. Deliciosos —fingió.

—Me encanta prepararlos. Si estuvieran rellenos de vaca, sabrían aún mejor, pero por un penique la docena, que es a lo que me salen, ¿qué más quieres? Pezuña de cordero y gracias.

Rick asintió. El ejercicio le había abierto el apetito y, después de todo, los pastelillos se dejaban comer si no prestabas atención a su sabor.

—¿Puedo otro?

—Sí, sí. Coge. ¿Sabes? Siempre soñé con convertirme en cocinera, pero al final cada uno se emplea de lo que puede. Ya ves... A mí me ha tocado abonar macetas. No me quejo, ¿eh? —Engulló otro ella—. Y dime, ¿es cierto que sabes de jardinería o te lo has inventado para que te den el trabajo? A mí me lo puedes contar. —Y le propinó un ligero codazo en el costado, que le hizo ver las estrellas.

—Algo entiendo. —Acabó su segundo pastelillo y volvió al tajo sin añadir nada. No era que la conversación de Penny le resultara incómoda, pero la dependienta escupía palabras como si le hubieran dado cuerda y él debía concluir la faena antes de que regresara la viuda.

Entre paletada y paletada, Rick aprovechó para observar de reojo a Penny. Le pareció una mujer del montón: ni guapa ni fea; seguramente, el tipo de mujer que pocos recordarían tras cruzarse con ella. Le calculó unos cuarenta años, aunque podría haberle echado diez más de haber contabilizado sus enormes dientes amarillos y sus profundas ojeras. Por un instante, su aspecto enfermizo le recordó el de los cientos de mujeres que se prostituían en las callejuelas del East End a cambio de un trago de ginebra, y aun así, imaginó que muchos de los borrachos que deambulaban por aquel suburbio la habrían considerado atractiva.

—Y dime. ¿Estás casado? —le preguntó ella de sopetón.

—Diablos —carraspeó—. ¿Pero qué clase de preguntas son éstas?

—¡Pues preguntas normales! No te ofendas, que tampoco es que te haya interrogado sobre tu hacienda. ¿Sabes? Yo estuve a punto de hacerlo —dijo Penny con añoranza—. De casarme, me refiero, pero el muy cerdo me dejó plantada por otra que decía que era más señorita que yo. ¡Más señorita! ¿Tú crees que alguien puede ser más señorita que ésta? —Y se levantó para desplegar una suerte de pavoneo que despertó en Rick una sonrisa.

—No. Probablemente, no —mintió Rick, mientras comenzaba a considerar que la ingesta de bollos no compensaba el seguir soportando semejante cháchara. Tragó el último y buscó cambiar de tema.

—Desde luego, es muy curioso lo que cuentas. Y oye, ¿a qué os dedicáis en este negocio? Necesito el trabajo y cuanto más sepa sobre él, más posibilidades tendré de conservarlo.

—¿Pues a qué nos vamos a dedicar? A cultivar flores y venderlas.

—Ahora eres tú la que escatima saliva...

—Pero en mi caso, con razón. Hablar de flores es más aburrido que mirar cómo se seca una mano de pintura. A ver, es que tampoco hay tanto que contar. —Bostezó—. Hacemos lo que se hace en cualquier floristería: mantenemos las plantas del invernadero, cuidamos el jardín para que se vea aparente, alimentamos los semilleros, trasplantamos macetas, abonamos, regamos, limpiamos, confeccionamos ramos como el que estoy terminando ahora... ¿Te gusta? —Se lo mostró—. ¡Son tantas ocupaciones que no acabaría de contártelas en toda la mañana!

—Continúa. Yo tengo entretenimiento. —Y señaló la montaña de estiércol que parecía no acabarse nunca.

Penny fingió pensárselo. Luego se mordió los labios y esbozó una sonrisa que por un momento disimuló su mala cara.

—Pues también preparamos jarrones y centros de mesa. En ocasiones, la viuda Hartford diseña macizos ornamentales para bautizos y bodas. ¡Ah! ¡Y funerales! Engalanamos muchos funerales. —Con los brazos dibujó unas volutas en el aire—. Digo yo que será porque los muertos también se merecen un bonito último día. —Sonrió.

—¿Y cuántos empleados sois?

—Pues menos de los que se precisarían. Aquí sólo trabajamos dos: yo y Gus, el jardinero arrugado que te mencioné antes, que a saber dónde se habrá metido. El otro día se le quebró una muñeca y quería ir al médico, pero como no aparezca pronto, se va a buscar un problema... Luego, en los terrenos que la viuda posee en Surrey sí que trabajan varios mozos, no sé el número, pero creo que sólo se dedican a cultivar y recolectar el género, así que no cuentan.

—Pues la floristería parece grande. ¿Y no trabaja aquí una tal Daphne?

—¿Daphne? ¿Te refieres a Daphne Loveray?

—Sí

—¡Ja! Desde luego que no. —Rio—. Ella es una distinguida clienta. ¿La conoces?

—¡No, no! Es que escuché su nombre y el de la viuda Hartford mientras desayunaba. Pues parece un negocio próspero —disimuló.

—Ahora ya no tanto. Por lo que cuenta la señora, en sus buenos tiempos la floristería llegó a emplear decenas de trabajadores, pero cuando el señor Hartford enfermó, la viuda se dedicó en cuerpo y alma a cuidarle. Después de su fallecimiento, la señora cerró la tienda por una temporada, pero cuando las deudas la acosaron, la reabrió, aunque ya nunca fue como antes. ¡Ah! Y no creas que siempre se dedicó a vender flores para los cementerios. Ahí donde la ves, cuando vivía su marido, sólo negociaban con la nobleza —presumió como si fuera mérito suyo.

—Ya... O sea, que, en definitiva, la floristería la sacáis adelante entre el jardinero y tú: poca gente, para tanta faena.

—Eso mismo le digo yo a la viuda, pero hasta el día de hoy, como quien oye llover —respondió, satisfecha de que Rick coincidiera con ella—. Y más ahora, con lo del Crystal Palace, que es un continuo no parar.

—¿Lo del Crystal Palace? —se interesó.

—Sí. Ya sabes... La exposición ésa de la que todo el mundo habla. La verdad es que ha resultado ser algo inaudito. No me preguntes cómo, pero si no me fallan las cuentas, diría que, en el último mes, la viuda ha recibido más encargos que en los tres años que llevo con ella.

Rick se rascó la barbilla. En efecto, como cualquiera que tuviera oídos, llevaba tiempo escuchando comadreos sobre la monumental exposición que por primera vez iba a reunir los más exóticos objetos provenientes de todo el planeta. Pero le intrigaba la relación que pudiera haber establecido la viuda Hartford para obtener tantos y tan repentinos pedidos.

—Y exactamente, ¿qué es lo que os ocupa? Tenía entendido que la exposición no se inauguraba hasta bien entrada la primavera.

—¿Que qué nos ocupa? ¿Pero no te has acercado a ver las obras? ¡Debes de ser el único en Inglaterra! Mira. —Se limpió las manos en el delantal—. Aquel recinto es tan inmenso que no se acaba nunca. Por fuera están remodelando todos los jardines, plantando setos nuevos y arreglando los viejos, que parece que hayan talado y desbrozado medio Hyde Park para construir ese enorme edificio de cristal que ahora quieren que luzca como el palacio de una reina. Y por dentro... —Se echó las manos a la cabeza—. ¡Por dentro es una locura! Si parece los salones del castillo de Buckingham —dijo, como si alguna vez hubiera visitado el interior del edificio real.

—¡Caramba! No imaginaba semejante dispendio. Pues no lo entiendo. Si entra efectivo en el negocio, debería contratar a más personal.

—¡Pero si te lo he explicado antes! La señora dice que prefiere estar sola a mal acompañada, que gasta mucho en los jornaleros de Surrey y que hay que ahorrar para cuando vengan tiempos peores.

—Por lo que he podido hablar con ella, parece una mujer arisca.

—¿Pues cómo te diría...? Tiene carácter. Hay proveedores que no la soportan, pero hablando por mí, debo admitir que es una buena gobernanta. Quizá sea algo seca. Últimamente anda nerviosa con lo del Crystal Palace, pero es que, además, la pasada noche, el sereno sorprendió a un desconocido cuando intentaba violentar la puerta del negocio, y eso, si cabe, la ha alterado más de la cuenta.

—Londres está infestado de rufianes —concedió, sin expresar su extrañeza—. Y cambiando de tema, ¿podrías contarme algo sobre sus gustos? Necesito este trabajo y se me había ocurrido agasajarla con algún detalle para congraciarme con ella. —Comenzó a sudar por el esfuerzo de las paletadas.

—¡Ja! Quieres camelártela, ¿eh? Pues te va a resultar difícil. A la viuda sólo le interesan las flores, y si te digo la verdad, no creo que puedas encontrar ninguna que ella ya no tenga.

—Qué contrariedad... ¿No se te ocurre otra cosa que pudiera...?

—¡Espera! —le interrumpió—. Si realmente es cierto que sabes de jardinería, quizá...

—¿Sí?

—Quizá podrías... —Sonrió pícaramente.

—¡Venga! Suéltalo ya.

—¡Quizá podrías reavivar su orquídea! —exclamó, y se levantó para escenificar la idea—. Verás, hará unas dos semanas llegó un valioso lote de flores exóticas procedente de ultramar, entre los que se incluía un ejemplar de orquídea que hizo que a la viuda se le salieran los ojos de las órbitas. La mayoría de las plantas sobrevivieron, pero la orquídea de la que te hablo se puso mustia enseguida. No imaginas el disgusto que agarró. Parecía que le hubieran matado a un hijo, aunque la pobre no haya parido nunca. Aun así, se negó a tirarla y la conserva en su despacho con la esperanza de salvarla, pero yo creo que está a punto de espicharla.

Rick se felicitó para sus adentros. La proposición de la dependienta representaba una oportunidad de oro para husmear entre las pertenencias de la viuda.

—¡Me dan ganas de abrazarte, Penny! ¡Vamos! ¡Veamos esa orquídea! —Y lanzó una última paletada de estiércol antes de dar por concluida la tarea.

Tras sacudirse las manos en el pantalón, siguió a la desgarbada figura por la escalera que comunicaba la tienda con el despacho ubicado en el altillo. Una vez arriba, dejó que la vendedora se adelantara y mientras ella parloteaba sobre las láminas que decoraban las paredes, aprovechó para escrutar hasta el último rincón de la sala.

Cubrió la estancia de un vistazo. El cubículo, angosto como el camarote de un barco, albergaba en sus estantes incontables volúmenes escrupulosamente alineados, flanqueados por un ejército de archivadores repletos de legajos. Luego catapultó su atención hacia el escritorio de nogal que presidía el despacho. Sobre su tapete de fieltro verde, reposaba un afilado abrecartas con el mango coronado por una llamativa rosa de plata. Rick lo contempló con extrañeza.

—Aquí está —le interrumpió Penny.

—¿El qué? —Se volvió hacia la mujer.

—¿Qué va a ser? ¡La orquídea que ibas a resucitar!

—¡Ah! ¡Sí! —Se desatendió del abrecartas, apartó una regadera y se acuclilló frente a la maceta que le señalaba la dependienta.

—¿Lo ves? Medio muerta. No se salva ni rezando —rezongó Penny.

Rick observó la flor, que yacía doblegada sobre su tiesto de porcelana. En efecto, se trataba de un rarísimo ejemplar de orquídea negra. Había visto otras iguales en la India, pero prefería olvidar aquella terrible etapa.

—Demasiada agua. Sin duda las raíces están encharcadas —determinó—. ¿Por qué la ha colocado junto a la estufa?

—¡Yo qué sé! Imagino que para calentarla. —Se encogió de hombros.

Rick acarició sus pétalos de ébano en busca de algún pulgón. En ocasiones, las parasitaban hasta enfermarlas, pero no parecía el caso. Seguramente, el maltrato del viaje era la causa.

—En el jardín me pareció distinguir un sauce —le dijo a Penny, mientras él se apropiaba de una macilla y un almirez que descansaban sobre una balda—. ¿Podrías extraerle unas tiras de corteza?

—¿Y tú te quedas aquí? —balbuceó Penny.

—Que la flor sobreviva puede ser cuestión de minutos —mintió—. Mientras bajas, sanearé los podridos del tallo.

Penny frunció los morros, como si de repente barajara el tener que traicionar a una amiga del alma, pero al momento se decidió.

—De acuerdo. ¡Pero no se te ocurra tocar nada!

—Pierde cuidado.

—Recuerda, ¡nada! —Y se marchó a toda prisa, reiterándole la advertencia desde las escaleras.

Rick no malgastó un segundo. Dejó la orquídea a un lado y se lanzó a manipular los cajones que había visto bajo el escritorio. Tiró del primero, pero no logró abrirlo. Comprobó que disponía de cerradura y se maldijo. Imaginó que la viuda Hartford portaría la llave consigo. Lo intentó con el segundo. También cerrado. Tras un par de sacudidas, el tercero cedió un trecho con un chirrido. Lentamente, abrió el cajón hasta dejar a la vista su interior, totalmente vacío. Le extrañó. Sin embargo, un examen más detenido le llevó a advertir una pequeña ranura en la unión del fondo con el frente del cajón. Con la ayuda del abrecartas, levantó la trampilla y bajo ésta, en un fondo oculto, apareció un cuaderno con tapas de cuero. En el anverso distinguió un membrete con la leyenda: «*SECRETUM LINGUA FLORUM*».

Se disponía a cogerlo cuando una voz seca le interrumpió:

—¿Se puede saber qué diablos hace aquí?

Al levantar la vista, la oronda figura de la viuda Hartford se recortó bajo el quicio de la puerta. Aunque a Rick se le heló la sangre, procuró que no se le notara.

—Disculpe mi atrevimiento. —Tosió mientras cerraba disimuladamente el cajón con la rodilla—. Le pregunté a Penny si había algo en lo que pudiera ayudar y me habló de su flor marchita. Pensé que podría recuperarla aireando las raíces con el abrecartas y...

—¿Pensó? Solicitó un puesto de jardinero, no de pensador. —Le atravesó con la mirada. Acto seguido, se acercó con determinación al escritorio, se apoderó del abrecartas enjoyado y lo introdujo en una funda de su escote, dejando que la flor de plata de su extremo luciera como un broche entre sus pechos—. ¡Y ahora, salga de mi despacho! —le espetó.

—¡Aquí está la corteza de sauce! —irrumpió Penny con el rostro inflamado por el ejercicio, que enrojeció aún más cuando se dio de bruces con la viuda Hartford—. ¡Por el amor de Dios, señora Hartford...! ¿Pero no había ido usted a...? —balbuceó.

—A buscar nuevos empleados, porque, por lo visto, los actuales sólo me proporcionan quebraderos de cabeza. Gus sin aparecer y tú, metiendo a un desconocido en mi despacho. ¿Para qué te daría Dios cabeza, aparte de para ajustarte la cofia?

—Disculpe mi atrevimiento, señora Hartford, pero fui yo quien insistió a Penny para que subiéramos... Permítame. —Y sin dejarle que replicara, se apoderó de la corteza de sauce y la machacó en el almirez con un poco del agua de la regadera—. Con suerte, esto recuperará su flor

—le dijo, y se agachó para verter el brebaje sobre el tiesto, que, a continuación, alejó de la estufa.

—¿De modo que es cierto que algo sabe de jardinería? —barruntó la señora Hartford.

—Bueno. Algo más que de recoger montañas de estiércol —respondió.

—Yo no lo aseguraría tanto. Porque el ensalmo de sauce ya lo probé yo —dijo con displicencia—. Y como habrá visto, no la ha revivido. —Pestañeó varias veces mientras elevaba la barbilla.

—Sin duda, el calor de la estufa empeoró el problema. Estas plantas necesitan el calor, pero cuando se combina con un exceso de agua, las raíces lo pagan.

La viuda Hartford frunció los labios. Por un momento tartamudeó sin saber bien qué decir. Luego se acercó al tiesto y lo colocó de nuevo junto a la estufa.

—¿Si fuera cierto que sabe de plantas, también sabría que esta orquídea está acabada!

En efecto, a Rick no le cabía duda, pero si insistía en demostrar sus conocimientos, podría despertar sospechas.

—Usted es la experta —simuló rendirse a la evidencia.

—Así es. Y ahora baje a la tienda, coja sus cosas y...

—No se preocupe... Conozco la salida. —Se sacudió las manos de la tierra y se dirigió hacia las escaleras.

—¡Un momento, joven! ¡Aún no he terminado!

—¿Sí? —Se giró ya en el umbral.

La viuda Hartford miró con determinación las heridas de sus puños.

—Aunque me sepa mal reconocerlo, la verdad es que hasta que aparezca el inútil de Gus, necesito a alguien que nos ayude, de modo que adécéntese y dispóngase a acompañarme. Si de verdad quiere trabajo, en el Crystal Palace lo va a encontrar a espuestas.

## Capítulo 10

Tras acomodar unos delicados buqués en el portabultos del carruaje que aguardaba a la entrada, Rick imitó a la viuda Hartford y tomó asiento frente a ella. Nada más cerrar la portezuela, inspiró con decisión. Afuera, una densa niebla se había apoderado de las calles hasta impedir el distinguir los propios zapatos, de modo que el cochero alquiló los servicios de un chiquillo para que guiara, a pie, el caballo. Una vez en marcha, la mujer mantuvo su rostro de estatua mientras Rick contemplaba con asombro el sombrero con la cabeza de gato disecada.

—¿Y de dónde eres? —dijo finalmente la viuda.

—Americano. Nací en Boston y allí estudié jardinería —mintió, como cada vez que alguien se interesaba por sus orígenes—. ¿Y usted? Su empleada me comentó que su familia llevaba en el negocio de las flores varias generaciones. —Pese a lo indiscreto de la cuestión, no dudó en preguntar. Cuanto más curiosara, menos tendría que responder y más averiguaría.

—Mi empleada es demasiado bocazas. —Negó con la cabeza—. En fin..., ya que lo preguntas, soy de Edimburgo, y en efecto, provengo de una estirpe de jardineros reales que se remonta a seis generaciones. Desde luego, no todos en Londres pueden presumir de lo mismo —dijo, elevando orgullosamente la barbilla que dormitaba sobre su papada. Seguidamente, la mujer descorrió la cortinilla del carruaje con la intención de echar un vistazo al exterior, para toparse con el impenetrable manto de niebla—. Siempre igual —se lamentó, y volvió a correr la cortinilla de malas maneras—. Espero que en Hyde Park esté más despejado... ¡Maldito Gus! ¿Dónde se habrá metido? —murmuró.

—Seguro que aparece pronto —contemporizó Rick—. Y a propósito del jardinero, ¿qué trabajo desempeñaré en el Crystal Palace? Penny me comentó que no dan abasto.

—¡Penny! ¡Penny! Si en lugar de a una descarriada hubiera contratado a un charlatán profesional, habría salido ganando —farfulló—. Pues sí; lo cierto es que los pedidos nos desbordan. Por cuestiones que no vienen al caso, tuve la fortuna de que me adjudicaran la decoración de los pabellones de nuestros territorios de ultramar. —Impulsivamente, volvió a descorrer la cortinilla y sacó la cabeza a través de la ventanilla. Frunció los labios y continuó—: La idea era emplear las plantas exóticas que importo y mantengo gracias a la protección de mis invernaderos, y aunque el Crystal Palace se comporte como tal, he de ir comprobando su aclimatación. Si no se adaptan, será un completo desastre... Además, he de ocuparme de suministrar los buqués con los que la organización obsequia a los distintos expositores, que son más de mil —dijo apenas sin mirarle. Tableteó con los dedos unos segundos y apremió al cochero para que se apresurase—. Respecto a tus quehaceres... —V volvió a mirar de reojo los puños del joven—. En fin... Te confesaré que últimamente hemos tenido un par de sustos en el negocio. Gamberros, imagino, pero han intentado robarnos. Penny no sirve ni para cambiar una cerradura y Gus está tan viejo que no haría frente a una mosca. La verdad es que alguien como tú me vendría que ni pintado: hábil con los puños y con conocimientos de jardinería.

A Rick no le encajó la aparente naturalidad con la que aquella mujer se expresaba y el continuo



desasosiego de sus maneras. Era lo que tenía haber trabajado cinco años como cazarrecompensas: podía oler a los mentirosos de una sola calada, y sin duda, la viuda Hartford apeataba.

—¿Pretende, entonces, que vigile la floristería?

—Desde luego, pero no sólo eso. También que me protejas. A menudo ando sola por la calle, a veces realizo cobros y no me gustaría acabar acogotada. Serías como una especie de protector. De guardaespaldas.

Rick apretó la mandíbula. Una florista con guardaespaldas era algo tan impropio como un crío con muletas. Pero también una excelente oportunidad para descubrir a quién temía. Decidió seguirle el juego.

—¿Y cuál sería mi tarea? ¿Acompañarla a todas partes?

—A las que yo te diga, por supuesto. Para no despertar las habladurías, a quien pregunte diré que eres un sobrino lejano que ha venido de donde sea que dices que hayas nacido.

—En Massachusetts, en los Estados Unidos.

—Pues eso. De las antiguas colonias.

—¿Y Penny?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Y si se va de la lengua? Ella sabe que no somos parientes.

—Tú olvídate de los problemas y deja a Penny de mi cuenta. ¿De acuerdo?

Tras aceptar la insólita oferta, Rick intentó sonsacarle más información, pero la mujer, en lugar de mostrarse interesada, fue entrando en un estado de ensimismamiento que desterró cualquier atisbo de conversación.

No insistió.

El traqueteo del carruaje, junto al largo silencio que le regaló la viuda Hartford, propició el que encauzara sus pensamientos hacia la noche en la que le comunicó a su socio Joe que le abandonaba. Poco a poco, como si de una espectral pintura se tratara, se materializó frente a él el burdel de las francesas, con la despreciable estampa de Joe Sanders en medio de la sala. Lo evocó rodeado de prostitutas, aferrado a su cerveza, lisonjeándole para que desistiera de su propósito y, después, tornando los halagos en amenazas. A continuación, el tugurio se evaporó para dar paso a la estación de ferrocarril donde le tendieron la emboscada. Contempló la escena como si la estuviera reviviendo: la lluvia en su rostro, los mercenarios, la terrible lucha a muerte... Era obvio que aquella encerrona no obedecía al escarmiento de un socio resentido. No. Quienes intentaron asesinarle no eran unos simples matones. Lo sabía porque, tras acabar con ellos, comprobó que ambos lucían el mismo tatuaje que él ocultaba bajo sus mangas.

Instintivamente, su mano izquierda buscó su antebrazo derecho, como si de algún modo quisiera borrar su pasado para siempre.

Se preguntó cómo le habrían encontrado. O, más bien, cómo Joe había dado con los desalmados que él había estado tanto tiempo buscando. Maldijo a su antiguo socio. Su cobardía sólo rivalizaba con su avaricia. Joe debía haber manejado razones de peso para traicionarle. El peso de una gran bolsa de monedas.

Por un instante imaginó el terrible final de Joe Sanders, con el tronco devorado por los peces y su cabeza ensartada en una pica, en la iglesia de St. Andrews, a la espera de que alguien le reconociera. Pese a despreciarlo, lamentó su terrible final. Un final que a él también podía alcanzarle, y que quizá dependiera de una mujer con un gato disecado sobre su cabeza.

Una ristra de exabruptos merecedores de excomunió devolvió a Rick al presente. Desconcertado, echó un vistazo al exterior para comprobar que el vocerío obedecía a que el

vehículo, una vez superada la confluencia de Sloane Street con Knightsbridge, procedía a incorporarse al interminable enjambre de carrmatos, coches de punto y cabriolés que se apiñaban en la cola que se dirigía al Crystal Palace.

Miró a su alrededor. Al desbarajuste provocado por las caballerías se unía una ingente muchedumbre de curiosos, mozos de carga y transportistas que, hombro con hombro, vociferaban por hacerse con un hueco en la fila.

—¡Siempre la misma chusma! —masculló con desdén la viuda Hartford—. ¡Vamos! Continuemos a pie o nos quedaremos aquí todo el día. —Y sin darle opción de réplica, abrió la portezuela y descendió del carruaje.

Tras apearse, Rick colocó los buqués de flores en una carretilla de mano y siguió a la oronda mujer que se escabullía a toda prisa, sin preocuparse por el barro que enfangaba sus botines ni por los improperios de quienes sufrían sus empujones. Conforme avanzaba, el ejército de curiosos se fue despejando hasta que, de repente, elevándose sobre la frondosidad de Hyde Park, emergió ante sus ojos una portentosa construcción fantasmagórica.

Por un instante, Rick permaneció boquiabierto frente al imponente palacio de vidrio que surgía entre la niebla. El edificio, cuajado de ventanales que se perdían en la lejanía, se le asemejó a un gigantesco invernadero erigido para el disfrute de reyes; un delirio de cristal, etéreo, flotante, transparente, capaz de desafiar la más portentosa imaginación. Observó sus dos naves alargadas, inmensas, casi infinitas, conectadas en su centro por un bellissimo transepto, cuya bóveda de medio cañón, coronada por banderas, escalaba por encima de los álamos vecinos hasta convertirlos en ridículas macetas.

—¿Vas a quedarte ensimismado todo el día? —le espetó la viuda Hartford.

Rick sacudió la cabeza y de un empujón apartó a un operario que amenazaba con aplastar los buqués de flores.

Mientras avanzaba, se asombró con la legión de trabajadores que constantemente se afanaban por rematar vallas, arreglar caminos, trasladar mercancías o reparar desperfectos. Parecía que no hubiese un solo lugar en el que no se requiriera construir o arreglar algo, y que todo Londres estuviera allí para resolverlo.

—¿Para cuándo está prevista la inauguración? —le preguntó a la viuda, que continuaba su avance entre los obreros como si fuera la jefa de todos ellos.

—Para mayo —respondió la mujer, sin detenerse—. ¡Vamos! ¡Apresúrate!

Rick adelantó a un convoy de operarios, cuando, de repente, resonaron unos rugidos a su espalda.

—¡Apartad, malditos zánganos!

Rick se movió lo justo para impedir que unas caballerías encabritadas le arrollaran. Al girarse, observó a un hombre ataviado con un turbante que manejaba, látigo en mano, una especie de carrmato de circo cubierto por una lona.

—¿Pero qué demonios llevan ahí adentro? —escuchó Rick que preguntaba alguien.

—Deben de ser fieras —respondió otra persona.

En aquel mismo instante, advirtió que la viuda discutía acaloradamente con uno de los vigilantes que controlaban el acceso al interior del recinto y corrió a su lado.

—No te rezagues —recriminó la viuda a Rick—. Ten. Un plano del recinto. Vamos. Entremos. ¡Y ten cuidado! ¡Esto es un desastre! Pabellones a medio montar, robos, deterioros... No sé cómo piensan terminarlo.

\* \* \*

Nada más entrar, Rick enmudeció.

Si la inaudita arquitectura del Crystal Palace le había asombrado, su interior le sobrecogió. Se giró de izquierda a derecha maravillado, para admirar el increíble techo de cristal que permitía divisar las nubes, y se deslumbró con la lujuria de los tapices que recubrían los expositores, con el esplendor de sus fuentes de cristal, con la suntuosidad de las estatuas que salpicaban las galerías o con la grandiosidad del propio recinto, capaz de acoger en su transepto cinco olmos descomunales.

Y si en el exterior del Crystal Palace había creído ver a todos los trabajadores de Londres, en su interior parecía afanarse el resto de sus habitantes. Hasta donde la vista le alcanzaba, ejércitos de operarios se esforzaban por ultimar hasta el más ínfimo detalle.

—Impresionante, ¿verdad? —le comentó a voz en grito la viuda Hartford—. Y eso que aún falta buena parte de las mercancías. Lo único que no soporto es este ruido infernal.

Rick asintió. En efecto, el sonido procedente de las máquinas en funcionamiento resultaba atronador. A simple vista reconoció una imprenta que escupía ejemplares de algún periódico, una grúa articulada cuajada de émbolos y pistones que bailaban espasmódicamente en el aire y un telar enloquecido envuelto en una actividad frenética. Pero la viuda Hartford le aseguró que la exposición contenía muchos más artilugios maravillosos.

—A ver si los paran pronto —le gritó la mujer al oído—. A esta hora suelen conectarlos para comprobar su funcionamiento.

Como si acabaran de escuchar sus deseos, en aquel justo instante las máquinas exhalaban unos bufidos lastimeros y poco a poco se fueron apaciguando hasta cesar definitivamente en sus movimientos. A Rick le sorprendió la sincronización, pero la viuda le explicó que los principales artefactos mecánicos de la exposición estaban interconectados mediante unos trenes de poleas y correas que transmitían el movimiento desde una descomunal máquina de vapor ubicada en el exterior del edificio.

—Por eso, cuando apagan la caldera general, se detienen todos —le aclaró.

Rick no pudo evitar imaginar cuánto disfrutaría su amigo Memento con las maravillas tecnológicas que se exhibían en el recinto. Por un instante se preguntó si su amigo habría conseguido cambiar el oro por efectivo. Aquella misma tarde le visitaría para comprobarlo.

De repente, la viuda Hartford alzó el brazo para saludar a alguien y arrancó a toda velocidad en dirección a lo que aparentaba ser un lujoso espacio de esparcimiento instalado bajo los olmos.

—¡Vamos! ¡Despabila! —Se giró para apremiarle.

Rick empujó la carretilla y traspasó la magnífica verja de hierro afiligranado que preservaba el vergel donde se ubicaba la sala de refrigerios de primera clase. Conforme seguía a la viuda, advirtió que el hombre a quien acababa de saludar debía de ser alguien relevante, porque impartía órdenes a varios ayudantes que se inclinaban ante él como si se tratara de un noble. Por su pelo entrecano, le calculó unos cincuenta años largos. Lucía un elegante abrigo Chesterfield entallado de doble abotonadura y un sombrero de copa que, junto a unas impecables botas de tacón, disimulaban su baja estatura. Pero, sobre todo, capturó su atención su mostacho artificialmente rizado y su monóculo de oro. Cuando el desconocido se inclinó para saludar a la viuda, Rick se mantuvo a una distancia prudencial mientras observaba cómo ambos charlaban animadamente.

—Pero, Rick, ¡no seas tímido! ¡Acércate! —dijo la viuda Hartford con grandes aspavientos—. Tendrá que disculparle, querido Gustav. Este sobrino mío acaba de llegar de las colonias y

desconoce nuestros modales. Por favor, permítame que les presente. Rick Hunter, éste es el honorable doctor Gustav Gruner, cónsul de Alemania, asesor personal del príncipe Alberto y responsable de la seguridad del Crystal Palace.

Rick, que justo terminaba de aparcar la carretilla, le tendió la mano con diligencia, pero el hombre declinó la cortesía para dirigir su atención hacia un camarero entrado en años para increparle por su tardanza. Cuando consideró que había descargado suficiente enojo, se desprendió del monóculo para observar a Rick como si estuviera contemplando a alguien de una especie diferente.

—¿De modo que de las colonias? —Tomó asiento junto a una mesa en la que reposaba una taza e invitó a los recién llegados a que le acompañaran—. ¿Y de qué parte, exactamente?

—De Boston, Massachusetts —respondió Rick—. Mi familia emigró antes de que yo...

Súbitamente, el hombre interrumpió la conversación para dirigirse otra vez al camarero.

—¡Escúchame, necio! ¡Te dije que quería el té perfectamente colado! ¡Llévate esta basura! —le gritó con un marcado acento germánico mientras apartaba la taza con violencia. A continuación, se volvió hacia Rick, recuperando unos aparentes buenos modales—. Sí, disculpa. La ineptitud me saca de mis casillas. Lo cierto es que esta franquicia de Schweppes proporciona un buen *catering*, pero no entiendo por qué emplean a viejos desahuciados. En fin... Decías que de Massachusetts... Yo siempre he sentido curiosidad por esos mundos llenos de salvajes... Y, por cierto, señora Hartford, ¿cómo van los suministros de flores? He recibido quejas de retrasos por parte de alguno de los expositores —dejó a Rick con la palabra en la boca.

—¡Oh! Querido Gustav, ya sabe lo delicadas que son estas plantas tropicales —tartamudeó la mujer—. Es cierto que en el pasado tuvimos algún problema, pero ya lo hemos resuelto y los pedidos se satisfarán conforme a las previsiones. De hecho, estos magníficos buqués completan el encargo efectuado por el pabellón de la India. Por otra parte...

—¡Me alegra escucharlo! No imagina la cantidad de inútiles con los que debo lidiar cada día. ¡Cada día! Y hablando de inútiles... —Miró la taza con té que aún aguardaba a que la retiraran—. Creo que ya he tenido suficiente paciencia con este camarero. Si me disculpan, ando ocupadísimo y encima voy a perder diez minutos haciendo que lo despidan. —El hombre se levantó, se cubrió la cabeza con su sombrero de copa y desapareció entre la multitud sin dar oportunidad a que le complimentaran.

—¡Valiente majadero! —rezongó la viuda Hartford cuando comprobó que ya no podía escucharla—. Si no fuera porque todos le temen, más de uno le habría incrustado su monóculo en la cara.

Por el tono en que lo dijo, Rick dedujo que la viuda Hartford sería una de esas personas. Pensó que resultaría interesante averiguar más sobre aquel impresentable.

—Lo conocí al poco de entrar como proveedora —se le adelantó ella, antes de que le preguntara—. Los que le han tratado le tachan de un arribista sin escrúpulos, cuyo único interés reside en lamerle las botas al príncipe Alberto. Se cree el amo del Crystal por el simple hecho de ser alemán, como nuestro príncipe... Además, está obsesionado con vigilar hasta el último detalle. Tiene que saberlo todo. Tiene que controlarlo todo.

—Pero si Gruner es el responsable de la seguridad del Palace, no entiendo por qué se preocupa por los adornos florales.

—Eso mismo le cuestioné yo, y mientras el tipo se inflaba como un pavo, me advirtió que existían personas a las que no convenía llevarles la contraria, y que él era una de ellas. En fin..., dejemos esta conversación. Gruner siempre consigue enervarme. —Se apropió de la taza de té aún

humeante que había dejado el alemán y le dio un trago largo hasta vaciarla.

A Rick le inquietó aquel hombre. Por lo general, recelaba de cualquiera que despreciase a sus congéneres, pero Gruner parecía un caso aparte. Se alegró de no haberle estrechado la mano. Era como si por lucir monóculo y un mostacho ensortijado, se considerara de una raza superior, entre cuyas obligaciones no estuviera la de respetar a sus semejantes.

Imitó a la viuda Hartford cuando ésta se levantó para acercarse a la barra de la cafetería. Mientras la mujer abría los ojos ante una apetitosa porción de tarta de chocolate, él advirtió la presencia de un mozo uniformado que se encaminaba hacia ella.

—Lord Bradbury solicita amablemente su presencia —escuchó Rick que le decía.

La viuda Hartford asintió con la cabeza y devoró con avidez la ración que acababan de servirle. Luego, con un trozo aún en la boca, se dirigió a Rick:

—Acompáñame. He de atender un compromiso.

Ambos siguieron al mozo uniformado hasta el pabellón de Birmingham, en cuyo interior aguardaba un anciano de aspecto afable, postrado en una silla de ruedas.

—Querida amiga. —Los ojos acuosos del anciano se iluminaron cuando distinguieron a la viuda.

La mujer le tendió la mano, que el anciano se apresuró a besar con una sonrisa. De inmediato, y al igual que había hecho anteriormente con Gustav Gruner, la viuda presentó a Rick como su sobrino recién llegado de América.

—Un placer conocerle —le saludó Rick.

—La familia de la señora Hartford es mi familia —le cumplimentó el anciano.

—Lord Bradbury es un viejo amigo de mi difunto marido. Cuando se enteró de que pasaba por dificultades, tuvo la gentileza de convertirse en, cómo lo definiría..., ¿mi mecenas?

—Por favor, querida... Me hará sonrojar. ¿Para qué demonios sirve el dinero sino para gastarlo? ¿Y para qué los amigos sino para cuidarlos? —Sonrió.

—Usted siempre tan modesto. Escucha, Rick. Debes saber que lord Bradbury no sólo es un enamorado de las flores. En realidad, le enloquece todo lo relacionado con la naturaleza.

—Querida Hellen, por favor, déjese de elogios o terminará abrumándome. Digamos, más bien, que, ya que no puedo disfrutar de la naturaleza como me gustaría —se tocó sus piernas maltrechas—, procuro rodearme de ella.

—Ese maldito caballo jamás debió haber nacido —espetó la viuda Hartford.

—El pobre animal no tuvo culpa de nada. Fue el jinete el que jamás debió intentar saltar aquella brecha —lo disculpó lord Bradbury—. En fin. Lo hecho, hecho está, aunque reconozco que añoro los tiempos en los que podía montar. Por lo menos aún puedo caminar, pero a veces, cuando el dolor aprieta, prefiero utilizar la silla.

Rick advirtió cómo los ojos del anciano se humedecían. El hombre, impecablemente vestido y tocado con una pulcra peluca blanca, sacó un pañuelo del puño de su chaqueta y se enjugó las lágrimas. En ese momento, intervino la viuda Hartford:

—Por favor, Rick, acércate a la primera entrada del pabellón de la India y entrega los buqués a su responsable. Pierde cuidado. Yo te esperaré aquí, en buena compañía.

—¿Qué hago con los macizos? ¿Los dejo aquí?

—No. Llévate los también y cuando regreses ya te digo dónde debes entregarlos.

Rick asintió sin rechistar. Ojeó el mapa, comprobó que el pabellón al que le había enviado se ubicaba junto a la puerta principal de Kensington Gore, al sur del transepto, y salió del pabellón de Birmingham con su preciado cargamento.

# Capítulo 11

Durante el trayecto, Rick no dejó de maravillarse ante el fascinante espectáculo que se mostraba frente a sus ojos: asombrosos tronos tallados en delicado marfil rosa, jaulas en las que se custodiaban diamantes únicos, fuentes de las que manaba colonia, muestrarios de telas exóticas, bestias salvajes disecadas, inodoros, estufas, candelabros nunca vistos, toda suerte de objetos decorativos, muchos de ellos desperdigados por los suelos a la espera de asentarse sobre sus correspondientes pedestales, rivalizaban en número con el derroche de operarios que trasladaban listones de madera arrancados del cercado provisional para usarlos como entarimado del recinto.

Pero, sobre todo, le admiraron las máquinas. Centenares de máquinas tan flamantes que imaginarlas trabajando casi apenaba: artilugios para la fabricación de refrescos, telares mecánicos, desbrozadoras automáticas, imprentas, arados y cosechadoras, tostadoras de café, hornos gigantes, maniquís articulados, prensas hidráulicas, locomotoras, máquinas fotográficas, motores marinos, grúas colosales... Hasta el más inverosímil de los artefactos que un científico enfermo hubiera podido concebir parecía estar construido y expuesto en el portentoso Crystal Palace.

Reparó en los niveles del piso superior, también atestados de expositores que, a modo de terrazas, discurrían a ambos lados de las naves.

—¡Eh! ¡Tenga cuidado! —le increpó un operario, cuando en un descuido estuvo a punto de volcar la carretilla.

Rick enderezó los buqués y volvió a consultar el mapa. Según el dibujo, el pabellón de la India se distribuía en seis salas, repartidas a lo largo del lateral izquierdo del transepto. Alzó la vista y comprobó que se encontraba frente a la más cercana a la entrada principal, flanqueada por las dos oficinas de taquillas. Justo, la que le había señalado la viuda Hartford. Empujó la carretilla entre los cortinajes de seda que colgaban desde la barandilla superior y se topó con un par de nativos hindúes a los que preguntó por el responsable. Los dos hombres le miraron sin entenderle.

—¿El encargado? ¿El *prabhaaree*? —volvió a interpelarles.

Uno de los hombres se rascó el turbante y preguntó al otro, que negó con movimientos de la cabeza.

Rick se disponía a abandonar la sala, cuando, a sus espaldas, le detuvo una suave voz femenina.

—Unas flores preciosas. ¿Quién las envía?

Rick se giró para contestar a su dueña, pero se quedó sin palabras al comprobar que se trataba de una joven de ojos azules, ataviada con un voluptuoso sari naranja.

—¿Y usted es...? —Rick intentó acabar la frase sin conseguirlo.

—Yo soy la persona que preguntó primero. —Y regaló a su interlocutor un atisbo de sonrisa.

Rick no pudo evitar fijarse en la espectacular figura torneada por el sari. Las mujeres londinenses solían disimular sus caderas bajo crinolinas del tamaño de campanas, pero por la blancura de la piel y su acento, aquella joven debía de ser genuinamente inglesa. Impactado, no logró responder.

—¿Habla usted mi idioma? —le insistió la joven.

—Desde luego —tartamudeó Rick, aún impresionado—. Discúlpeme. No esperaba... Quiero decir. Buscaba al responsable del estand para entregarle estas flores y...

—¡Ah! Ya veo, Karum ha salido, pero no se preocupe. Yo puedo hacerme cargo.

—Lo siento, señorita...

—Loveray. Señora Daphne Loveray —dijo, recalcando la palabra «señora».

Rick enmudeció. Aquel era el nombre que figuraba en la nota que Memento encontró oculta en el fusil con el que intentaron matarle.

—Perdón. —Se quitó la gorra para cumplimentarla—. Señora Loveray. Disculpe mi asombro, pero es que de repente me ha recordado a alguien a quien conocí.

—¿De veras? Espero que sea para bien.

—Lamentablemente, no. —El semblante de Rick se ensombreció.

—¡Vaya! Lo siento. En fin..., le decía que yo podría hacerme cargo de las flores —intentó contemporizar.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero estos buqués son extremadamente delicados y me han recalcado que se los entregue personalmente al responsable.

—Bien. Pues, en tal caso, tendrá que pasear con sus delicados buqués entre todo este barullo hasta que Karum regrese. —Y le invitó a echar un vistazo a su espalda.

Rick observó el frenético enjambre de trabajadores que atestaba el recinto y recordó que minutos antes había estado a punto de volcar la carretilla. Desde luego, andar con las flores por en medio de aquella vorágine era comprar todas las papeletas para recogerlas pisoteadas.

—Si no le importa, aguardaré aquí a que vuelva el señor Karum.

—Como prefiera, aunque, la verdad, no creo que sea buena idea. Tardará en regresar y seguramente usted y sus flores estorbarán cuando traigan al elefante.

—¿Cómo dice? —Creyó no haber entendido bien.

—Lo que oye. De hecho, ahora mismo Karum debe estar ocupándose de las gestiones.

—¿En serio van a meter una bestia de ésas aquí? —Rick enarcó una ceja. Imaginó los delicados jarrones que adornaban el estand, convertidos en añicos.

—¡Oh! no... —La joven mostró una sonrisa deslumbrante—. Se trata de un enorme ejemplar disecado. Por lo visto, alguien ha pensado que causaría sensación y van a traerlo desde un museo de Suffolk. Pero eso no impedirá el jaleo de su instalación. Mire, le sugiero que deje aquí los buqués y me acompañe a la entrada de mercancías. Yo he de resolver un asunto y quizá localicemos allí a Karum.

—El problema es que este palacio es como un invernadero. Si dejara las flores demasiado tiempo, el calor podría...

—A ver..., déjeme que vea... Petunias, gladiolos, un par de rosas, lirios, algunos pensamientos... Por favor, no sea exagerado. Nada que no pueda aguantar un par horas en un lugar ventilado.

—¡Caramba! Veo que entiende usted de flores, pero quien me envía me especificó que las custodiara personalmente hasta su entrega.

—Ya. E imagino que quien las envía es la viuda Hartford, ¿no? —Sonrió.

—En efecto. ¿La conoce?

—¡Desde luego! Hace bien en obedecer porque es una mujer de armas tomar. Pero puede confiar en mí. Mire. —Le mostró una urna de cristal ubicada en una zona apartada—. Aquí estarán a salvo.

Rick contempló el rostro de la joven. Resplandecía candidez. No supo por qué, pero se dejó convencer.

—De acuerdo. La acompañaré.

—¡Estupendo! Si no le afecta aguardar un momento a que me cambie... —Se señaló el ajustado sari naranja.

A Rick no le importó. Mientras esperaba a que la joven se mudase, sintió cómo se le estremecía el corazón. Aquella desconocida era tan parecida... El brillo de sus ojos, su sonrisa espontánea, su pelo cobrizo, incluso sus ademanes... Sin pretenderlo, su mano acarició el anillo que pendía de su cuello. Luego lo apretó e intentó apartar las terribles imágenes que acudieron a sus pensamientos.

Cuando la joven surgió del vestidor, ataviada con un elegante vestido a la moda, a Rick se le encogió el estómago. Era como si estuviera contemplando a alguien del pasado. Alguien a quien jamás volvería a ver.

—¿A qué espera como un pasmarote? ¡Vamos! —dijo ella con resolución, y sin esperar a que Rick respondiera, se abrió camino entre el enjambre de trabajadores que se apartaron a su paso como si quien avanzara fuera la mismísima reina de Inglaterra.

Conforme recorrían la nave occidental, la joven se interesó por Rick.

—¿Y desde cuándo trabaja para la viuda Hartford? No tiene aspecto de peón.

Rick imaginó que la respuesta más apropiada consistiría en utilizar la versión pergeñada por la propia viuda.

—En realidad, soy su sobrino. Llegué hace poco de los Estados Unidos con la intención de afincarme en Londres. Ayer tía Hellen echó de menos a su jardinero y me pidió que la ayudara. ¿Y usted?

—¿Yo? Yo no soy más que una aburrida inglesa a la que le encantan las flores. —Sonrió—. De modo que, de Massachusetts... ¿Y es bonito?

Rick carraspeó. Lo único que sabía de Massachusetts era que se escribía con cuatro eses.

—Para cualquier lugareño, su tierra natal lo es. ¿Y usted? ¿Ha vivido en la India? Lo pregunto por el sari que vestía.

—¡Oh! ¡Qué va! —Rio—. La verdad es que lo descubrí en un maniquí en el stand y no pude evitar probármelo. ¡Coquetería femenina! Por cierto. Le escuché hablar en hindi. ¿Cómo es que lo conoce?

—Bueno. Digamos que me interesan los idiomas, aunque sólo manejo un par de palabras —lo sorteó como pudo—. Y si no es demasiada indiscreción, ¿qué le une al pabellón de la India?

—Poca cosa —sentenció ella con amabilidad.

Desde luego que lo era. Era amable, y también bella, y espontánea, y conversadora... Aunque, tal vez, lo que más le intrigaba de Daphne era lo irreal de su mirada. No alcanzaba a adivinar el motivo. Quizá obedeciera a su brillo húmedo, o al azul tan intenso de su iris, pero parecía como si estuviera embriagada de felicidad. O probablemente sólo fueran sus recuerdos.

Durante el trayecto se toparon con un escuadrón de soldados que marcaban machaconamente el paso, sin avanzar una sola pulgada. A Rick le llamó la atención y aprovechó para reanudar la conversación.

—Un poco ridículo, desfilan parados.

—No lo crea. Por lo visto, de esa forma comprueban la resistencia del pavimento. Llevan varios días haciéndolo, por orden del responsable de seguridad.

—¿Gustav Gruner?



—¿Lo conoce?

—Lo suficiente como para no desear su amistad.

La mujer volvió a sonreír. De repente, advirtió cómo una enorme estatua se balanceaba peligrosamente mientras unos operarios la cambiaban de pedestal.

—Demasiado trajín. Tomemos un atajo o sus flores acabarán mal —dijo Daphne.

Tras superar los pabellones de África, Canadá y Ceilán, atravesaron un estand medieval repleto de armaduras y tomaron un pasillo lateral dedicado a maquinaria para horticultura que cautivó la atención de Rick.

—Lo que exhiben resulta impresionante —comentó, admirado.

—Pues si esto le asombra, es que aún no ha visto nada. —Volvió a sonreír—. Aquí he descubierto objetos de lo más variopintos: desde una cama que te despierta por las mañanas lanzándote de cabeza a una bañera, hasta un detector de tormentas consistente en una palangana repleta de sanguijuelas conectadas a una campana. —Se echó las manos a la cabeza—. Incluso me han contado que alguien pretendía exhibir una jaula con tigres vivos, aunque no creo que se atrevan con una idea tan descabellada.

—Pues lamento contradecirla, pero precisamente hace un rato he visto como unos hombres conducían hasta la entrada un carro de circo.

—¿Con tigres? —Se detuvo para asegurarse.

—En efecto. Con dos animales.

—¡No puede ser cierto! —Soltó una carcajada de incredulidad—. Seguro que es idea de Gruner. En lo único que piensa es en conseguir publicidad para el Crystal Palace.

Continuaron caminando hasta acercarse a la puerta de suministros, donde una riada de trabajadores entraba y salía constantemente como si allí regalaran los sueldos. Uno de ellos, una bestia mal encarada que acarrea un par de sacos, apartó a Daphne de un empujón cuando ésta, sin pretenderlo, se interpuso en su camino.

—¡Mire por donde va, estúpida! —le espetó el operario.

Rick consiguió sujetar a la joven antes de que ésta cayera, pero no pudo impedir que la carretilla volcara y los macizos florales acabaran desparramados por los suelos.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Rick. Aguardó a que la joven se recompusiera antes de girarse hacia el operario que la había empujado—. Debería disculparse con la dama —le sugirió.

—¿En serio? Deberías hacerlo tú por no cuidar por dónde camina tu fulana. —Y tras erguirse cuan largo era, escupió hacia donde se encontraba Daphne Loveray.

No fue lo único que escupió. Lo siguiente fueron dos dientes a consecuencia del rechazo con el que Rick le aplastó la mandíbula. Luego, el joven apartó a Daphne del lugar sin esperar a que su oponente se recuperara y salieron del recinto por una puerta de emergencia.

\* \* \*

Una vez a solas, Daphne se detuvo para reprochar a Rick su intervención.

—No es que no se lo agradezca, pero sé defenderme por mí misma —repuso contrariada.

—¡Caramba! —respondió Rick con cierta suspicacia—. ¿Y cómo se supone que lo habría hecho? ¿Golpeándole con las enaguas en su entrepierna...?

Aún no había completado la frase, cuando la joven extrajo un diminuto puñal de su cintura y lo apoyó sobre la yugular de Rick. Seguidamente, con igual rapidez, lo ocultó de nuevo bajo su crinolina.

Rick tragó saliva. Sin motivo aparente, quien había supuesto un ángel, en un parpadeo se había transformado en alguien temible. Por un instante se cuestionó sobre la verdadera naturaleza de Daphne Loveray. Iba a recriminárselo cuando ella se adelantó:

—Disculpe mi aspereza. A veces, yo... —Miró al suelo como una chiquilla arrepentida—. Lo siento de veras. ¡Mire! Allí está Karum —dijo al alzar la mirada—. Por favor, aguarde un momento mientras hablo con él. Y gracias por su ayuda.

No dio opción a que Rick le replicara. La joven se alejó por el jardín hasta alcanzar a un grupo de personas entre las que destacaba un hombre alto de tez cetrina y porte distinguido. El hombre atendió a Daphne y luego miró a Rick de reojo. Asintió con la cabeza, terminó de dar explicaciones y se acercó pausadamente hasta el lugar donde aguardaba Rick. Cuando llegó a su altura, Rick comprobó que, aunque por poco, Karum le superaba en estatura.

—Me han dicho que me ha traído unas flores. ¿Dónde están? —Miró a Rick con desdén.

—Custodiadas en su estand —se justificó Rick. Observó que, aunque con acento, Karum se expresaba en un perfecto inglés. Por un instante, su rostro le pareció vagamente familiar.

—Bien. Por nada del mundo desearía que se estropearan. —E introdujo sus pulgares en un fajín, rematado por un llamativo broche de una deidad hindú.

—Pierda cuidado. —Rick buscó con la mirada a Daphne en busca de su apoyo, pero no halló rastro de la joven. Karum pareció advertirlo.

—Se ha ido —le aseguró a Rick—. En fin. Espero que sea como afirma. La persona que ha encargado estas flores es especialmente exigente, y en modo alguno aceptará el más mínimo desperfecto.

—¿Y quién es esa persona tan rigurosa, si puede saberse? —desafió la estampa hierática de Karum.

El hombre espigado lo miró de arriba abajo.

—Por supuesto. Es la mujer que le aconsejó que dejara los buqués en el estand de las Indias Orientales. Daphne Loveray. —Y dejó a Rick con la boca abierta.

\* \* \*

Se preguntó dónde diablos se habría metido Daphne. Miró a su alrededor, pero no la encontró, de modo que se adentró por los jardines. En aquella zona, los trabajadores parecían haberse tomado un respiro. Algunos, aprovechando el momentáneo cese de la lluvia, devoraban sus almuerzos o descansaban y charlaban con alborozo. Observó a lo lejos la «casa de vapor», el edificio de madera en cuyo interior resoplaban las calderas encargadas de proporcionar la energía que movía la maquinaria del Crystal Palace. Lindando con la casa, en una especie de cercado abierto, decenas de objetos embalados aparentaban guardar turno para su traslado.

Pateó un guijarro. Luego contempló su carretilla y su maltrecha carga. Había recompuesto los macizos florales, pero algunos ejemplares habían quedado definitivamente destrozados. Le explicaría a la viuda Hartford lo sucedido y esperaría su indulgencia. Si de verdad le interesaban sus puños, quizá el incidente de las flores quedara en una mera anécdota.

Se disponía a emprender el regreso cuando, inesperadamente, un terrorífico alarido heló la sangre de cuantos se congregaban en los alrededores. Al estremecedor grito inicial le siguieron otros aún más perturbadores, todos ellos procedentes de los aledaños del cercado. De inmediato, varios peones abandonaron sus almuerzos y corrieron junto a la barahúnda de personas que se dirigía hacia la «casa de vapor», ubicada junto a la muralla que separaba Hyde Park de los

jardines privados del palacio de Kensington. Rick dejó la carretilla en un rincón y los imitó. Cuando alcanzó las inmediaciones escuchó cómo algunos pedían un arma desesperadamente, mientras otros imploraban que alguien ayudara. Apartó a la fuerza a quienes sólo pretendían cotillear, para darse de bruces con el lugar donde estaba aparcado el carromato de los tigres. Lo que vio le aterrorizó.

Mientras que en una de las jaulas, un tigre amenazaba con sus fauces a quienes osaban acercarse, en la contigua, la otra fiera devoraba una masa informe parecida a un hombre.

—¡Por Dios! ¡Que alguien lo saque de ahí! —escuchó que rogaban.

—¡Un rifle! ¡Traigan un rifle! —suplicó otro, a gritos.

Rick se acercó aún más para comprobar que lo que el tigre masticaba era, en efecto, un brazo humano.

—¡Las llaves! ¿Quién tiene las malditas llaves? —vociferó un hombre con desesperación.

Rick no dudó. Aunque sabía que si disparaba al animal quedaría en evidencia y tendría que huir, perdiendo cualquier oportunidad de encontrar a sus atacantes, no le quedaba otra opción. Se hizo un hueco como pudo, sacó su revólver, amartilló su arma y se aprestó a disparar. Sin embargo, justo cuando se disponía a apretar el gatillo, retumbó un disparo procedente del extremo opuesto de la jaula.

Al impacto, el animal se revolvió y emitió un rugido estremecedor, justo antes de recibir un segundo disparo que impactó contra su cabeza, acabando de inmediato con su vida.

Un murmullo de alivio se apoderó de cuantos se arremolinaban frente a las jaulas. Rick guardó disimuladamente su revólver mientras el soldado que había disparado se encaramaba a la jaula y abría la trampilla superior por la que se alimentaba a los animales.

—¡Traed un palo! ¡Rápido! —ordenó el soldado.

Uno de los presentes encontró una pica y se la acercó.

El soldado la cogió y desde el techo zarandéó al animal para cerciorarse de que estaba muerto. Luego se deslizó a través de la trampilla y, una vez dentro de la jaula, apartó las garras que aprisionaban al desdichado. Con cuidado, arrastró el cuerpo inerte y lo giró para apreciar lo que quedaba de su rostro. Un obrero que pareció reconocerlo, comenzó a gritar su nombre, como si quisiera resucitarlo.

—¡Por todos los santos! ¡Gus! ¡Gus!

—¡Pobre desgraciado! —se lamentó otro trabajador—. Que alguien avise a la viuda Hartford, y que Dios lo acoja en su seno.

## Capítulo 12

Gus carecía de familia cercana que pudiera hacerse cargo del sepelio, de modo que la viuda Hartford asumió su organización.

La mujer contrató un ataúd sencillo, de pino liso, sin rematar, aunque forrado por dentro. Encargó una mortaja de algodón e incluso llamó a un carnicero para que adecentara en lo posible el cadáver horriblemente mutilado. Estaba tan destrozado que no fue necesario introducir la campana que solían dejar junto al cuerpo para que el difunto la hiciera sonar si resucitaba. De las plañideras se ocupó Penny Ryan, cuyo rostro demacrado empalideció hasta el punto de rivalizar con el del propio cadáver. Según supo Rick más tarde, fue lord Bradbury, el benefactor de la viuda Hartford, quien se empeñó en cubrir el importe de las facturas, en pago al aprecio que sentía por el viejo jardinero.

Pero más allá de los pormenores del funeral, lo que realmente intrigó a Rick fueron las explicaciones con las que los responsables del Crystal Palace justificaron el incidente de los tigres.

Por lo que había leído en los periódicos de la mañana, Gustav Gruner, como responsable de la investigación, había facilitado un informe el mismo día del incidente. En sus conclusiones definitivas, Gruner apuntaba hacia una irresponsabilidad del propio jardinero, quien, según un testigo presencial, en un alarde de atrevimiento había atravesado la pasarela superior que comunicaba con la trampilla por la que se alimentaba a los animales para contemplarlos desde arriba. Al parecer, la portezuela estaba mal asegurada y cedió bajo su peso, lo que desencadenó la terrible tragedia, de la que ni el Crystal Palace ni ninguno de sus trabajadores podían hacerse responsables.

Una explicación lo suficientemente sólida como para convencer a quien no hubiera presenciado cómo el tigre devoraba al infortunado Gus, sin que éste derramase una sola gota de sangre.

Aquel detalle fue el que alertó a Rick, y lo que le condujo a ofrecerse como voluntario para auxiliar al carnicero cuando éste acudió a la floristería para remendar el cadáver.

Después de comer, habilitaron una mesa en la parte posterior del invernadero para trabajar sobre el cuerpo de Gus con cierta intimidad. Primero lo desnudaron y luego lo lavaron con detenimiento. Apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde el ataque, y pese al aroma que emanaban las flores, el hedor a putrefacción se apoderó rápidamente del recinto. El matarife tardó sólo unos segundos en comenzar a dar arcadas, pero Rick, que se había embozado con un pañuelo humedecido en una solución de alcanfor, continuó la tarea con la meticulosidad de un relojero.

No era la primera vez que comprobaba los destrozos provocados por los ataques de una fiera, pero al observar el cuello de Gus, desgarrado por las dentelladas, no pudo evitar sobrecogerse. Sin embargo, las laceraciones que presentaba su torso le resultaron desconcertantes: demasiado numerosas; demasiado profundas; realizadas con algún instrumento afiladísimo. Sin duda, una tortura. No quiso mirar más. Alegó un malestar insoportable y se retiró para hablar con la viuda Hartford, dejando que el carnicero se las arreglara con los intestinos.

Encontró a la mujer en su despacho, con la mirada perdida y el maquillaje estropeado por las lágrimas. No había parado de llorar desde que se enteró de la tragedia y, desde ese mismo instante, Rick había intentado comportarse como el sobrino que se suponía que era. Incluso aquella noche había dormido en la floristería, recostado sobre un jergón improvisado, mientras la viuda se mantenía toda la noche erguida, sentada en su sillón, como una estatua de cera. Rick tampoco había pegado ojo. Intuyó que el verdadero motivo por el que le había pedido que le acompañara se ocultaba bajo el terror que reflejaba su mirada.

—El carnicero está terminando —le informó Rick—. Penny sigue abajo, por si precisara algo. Yo estoy fatigado. Si no tiene objeción, desearía acercarme un momento a mi domicilio. Necesito asearme y mudarme de ropa.

La mujer le miró como si no le reconociera. Finalmente, un hálito de lucidez regresó a su cabeza.

—Está bien. Pero no te entretengas —pareció suplicarle.

Rick se apresuró. Tomó un faetón a la puerta de la floristería y pidió al cochero que le condujese directamente hasta el correccional de Southwark. Pretendía encontrarse con Memento y recuperar, cuanto antes, su dinero.

\* \* \*

Encontró a su amigo enfrascado con unas placas que empleaba para sus retratos. Cuando entró en el cobertizo, Memento apenas si le miró.

—¡Ah! ¿Eres tú? Pasa y siéntate por algún lado. Estoy con un experimento que podría cambiar el curso de la fotografía. Por cierto, ya tengo tu dinero.

Rick buscó un lugar en el que acomodarse.

—¿Cuánto conseguiste?

—Cincuenta guineas.

—¡Pero si eso no es ni la décima parte de lo que vale!

—Sí. Quizá menos de lo que esperabas, pero antes de que te alborotes, deja que te lo explique: el otro día llegué a la conclusión de que intentar cambiar todo el lingote era una invitación para que cualquier rufián me desplumara. Los usureros suelen estar compinchados con los ladrones o los tienen en nómina para acechar a los clientes esporádicos. Un tullido paseando por Londres con quinientas guineas encima sería un bombón demasiado apetecible, de modo que lo que hice fue fundir el lingote y dividirlo en diez fragmentos. Más seguro a la hora de cambiarlo y también menos sospechoso. Ten. —Extrajo las cincuenta guineas de un cajón y se las entregó a Rick—. Los otros nueve trozos los volví a esconder donde siempre.

Rick no puso objeciones. Al contrario, felicitó a su amigo por la iniciativa. Se guardó las cincuenta guineas y le pidió a Memento que le consiguiera otras cincuenta. Luego pasó a relatarle todo lo sucedido durante su visita al Crystal Palace. Cuando terminó, Memento había apartado sus artefactos fotográficos y lo miraba asombrado, con sus ojos de boa más abiertos que nunca.

—¡Es inaudito! Había leído la crónica en el periódico, pero no imaginé que tú lo hubieras presenciado.

Rick le detalló las incongruencias que encontró en el informe elaborado por Gustav Gruner.

—Tuve ocasión de conocer a ese Gustav personalmente. Es el encargado de seguridad de todo aquello. Además de un mentiroso, un auténtico impresentable.

—¿Por qué estás tan seguro? Según reza en los artículos, hubo un testigo que lo vio todo.

—Ya te he dicho que presencié cómo el tigre despedazaba el cuerpo del jardinero sin que éste vertiera una gota de sangre. Ese desgraciado llevaba dos días muerto cuando lo arrojaron a la jaula.

—Quizá no te fijaste bien. En aquella situación, alterado, rodeado de gente... Además, según me has dicho, todo fue muy rápido.

—Te digo que estoy en lo cierto. Mira, hace un rato hemos procedido a amortajar el cadáver y ya apestaba a podredumbre. Ningún cadáver se corrompe de un día para otro con este clima. Y luego están las extrañas heridas de su torso.

—La verdad, Rick, creo que esa obsesión que te persigue te hace imaginar visiones. Lo del olor es subjetivo. No quisiera ponerte ejemplos, pero lo que para ti apesta, a mí puede parecerme delicioso.

Rick no quiso imaginar a qué se refería Memento.

—Sé muy bien lo que digo —le aseguró.

—Y yo sé que te encuentras bajo una enorme presión. A veces, la desesperación nos conduce a emitir juicios atrevidos. Dime una cosa, ¿desde cuándo eres un experto en tigres para asegurar que esas «extrañas heridas» no fueron producto de los zarpazos?

—Desde que hablé con el dueño de las fieras. Al principio se resistió a confesarlo, pero en cuanto le ofrecí dinero, me reveló lo que yo había imaginado.

—¿El qué?

—Pues que sus tigres estaban desungulados.

—¿Y eso qué significa?

—Que les habían amputado las garras, meses antes de comprarlos.

\* \* \*

Aprovechó para almorzar un bocado rápido. Rick quería regresar a la floristería, pero antes necesitaba pasar por alguna tienda de segunda mano para adquirir algo de ropa con clase.

—Preferiría que me la confeccionaran a medida, pero no dispongo de tiempo. ¿Conoces algún lugar? —le preguntó a Memento.

—Yo acudiría a los almacenes de Monmouth Street que anuncian en los periódicos. Allí encontrarás desde el traje de un marqués hasta los harapos de un presidiario. —Escupió el tabaco que estaba mascando.

Rick asintió. Conocía el lugar, aunque demasiado céntrico para su gusto.

—Y hablando de periódicos —dijo Rick—. He ojeado varios ejemplares atrasados y sigue intrigándome la razón por la que ningún gacetillero ha mencionado las muertes de los dos hombres que me atacaron en la estación de St. James.

—Desde luego, resulta extraño. Después de que lo comentaras el otro día, estuve repasando toda la prensa y tampoco encontré nada. No sé... A veces pienso que me encuentro en un callejón sin salida.

Rick engulló de un trago el licor con el que Memento había acompañado las galletas.

—En fin... He de irme. Gracias por todo y...

—¿Un momento! ¿Y por qué no le hacemos unas fotos al muerto?

—¿A quién? ¿Al jardinero?

—Sí. Al Gus ése del que me has hablado. Mencionaste que su familia vivía afuera, ¿no?

—Así es. Pero no entiendo...

—Pues es muy fácil. Sería un detalle para los familiares, porque para cuando éstos puedan llegar a Londres, de Gus ya no quedarán más que los gusanos. Regalarles una foto del difunto, como cuando éste aún vivía, sería un magnífico recuerdo.

Rick enarcó una ceja. Sabía que Memento suspiraba por acompañarle en alguno de sus casos, pero aquél no era el momento. Ya habían sucedido dos muertes, probablemente relacionadas entre sí: por un lado, Joe Sanders y, ahora, el jardinero.

—¿Pero por qué habría yo de hacer eso? —intentó persuadir a Memento de que su propuesta carecía de sentido.

—¡Acabas de decírmelo tú mismo! Ya no sabes dónde buscar y quizá la clave de este laberinto se encuentre en el despacho de la viuda Hartford. Antes mencionaste que la mujer no sale nunca de esa estancia. Y también que el muerto apestaba. Bien. Presentémonos en la floristería con todos mis trastos y convence a la viuda para que autorice las fotos. Una vez allí, me las apañaré para meterle en la cabeza que el único lugar adecuado para sacar las fotos es su despacho. Y una vez acepte, no me la imagino allí delante, con ese hedor a muerto del que me has hablado.

—Momento que yo podría aprovechar...

—¡Exacto!

—Pero ¿y su rostro desfigurado? La viuda podría alegar que nadie querría esa clase de recuerdo.

—Soy fotógrafo, Rick. Pierde cuidado. Con el ángulo adecuado y girándole un poco la cabeza, no será problema.

Rick miró los ojos sin párpados de Memento, que a su vez le contemplaban absortos, como los de un perro a la espera de que le lanzaran una longaniza. Negó con la cabeza. Aunque la idea no fuera descabellada, temía poner en peligro a su amigo, pero éste insistió con la mirada. Al final, se decidió. Mientras se mantuviera cerca de él, no sufriría ningún daño.

Cuando le dijo que aceptaba, Memento aulló como si hubiese alcanzado el cielo.

Acordaron encontrarse dos horas más tarde, a la entrada del correccional, tiempo más que suficiente para que Rick se pertrechara con un vestuario nuevo y Memento dispusiera el carromato en el que transportar todos sus artilugios fotográficos. También establecieron la estrategia. Para evitar riesgos, Rick simularía haber conocido a Memento aquella misma mañana, a través de un anuncio en un panfleto.

\* \* \*

Apenas se entretuvo con los vendedores de Monmouth Street. Pese a que éstos trataron de encasquetarle camisas de cuello levantado estilo *brummel*, chaquetas con faldón trasero, pantalones de caza y botas a juego, Rick optó por una vestimenta más actualizada y menos ostentosa con la que pasar desapercibido, decidiéndose por una levita oscura entallada, un pantalón de franela y una camisa blanca bien almidonada que completó con un vistoso plastrón de color rojo.

—Una chistera sería la guinda para el pastel —le ofreció el comerciante junto a una sonrisa postiza.

Rick se la probó frente a un espejo de cuerpo entero. Por un segundo se estremeció. La imagen que la luna le devolvía le recordó la que luciera años atrás, justo el día en que solicitó la mano de su prometida. De repente, la vista se le nubló.

—Señor, ¿se encuentra bien? Si le parece demasiado onerosa, podría hacerle una rebaja...

Rick agradeció el detalle, pero pagó lo que le habían pedido. Luego abandonó la tienda y regresó al correccional de Southwark para reunirse de nuevo con Memento.

Encontró a su amigo en la puerta, ataviado con una capa escocesa y las gafas oscuras que ocultaban la deformidad de sus ojos. A su lado descansaba un carromato de madera, de los empleados para vender libros, que Memento, tras pintar pomposamente sus laterales, había transformado en taller ambulante de daguerrotipos.

—¡Menudo cambio! —se pellizcó Memento al advertir la indumentaria de su amigo.

—¿Dónde está la mula? —preguntó Rick.

—Ahora la saca el guardia. La están adecentando un poco.

Rick aguardó mientras repasaba con su amigo los detalles de la puesta en escena. Cuando finalmente apareció la acémila seguida por una legión de moscas, Rick se preguntó qué entendería Memento por adecentamiento.

—Bien. Aquí tienes la dirección —le dijo Rick—. Yo me adelantaré para ir preparando el terreno. Y recuerda: nada de familiaridades. Tú y yo somos dos desconocidos.

\* \* \*

Nada más entrar en la floristería, Rick se dio de bruces con una multitud de parroquianos que se apiñaban alrededor del féretro para lamentarse como si hubieran perdido a un hijo. Según le comentó Penny, a las plañideras llegadas a primera hora se habían sumado mirones y comadres de todo tipo, deseosos de conocer los detalles más escabrosos del deceso. Algunos se habían ataviado con prendas negras que hacían juego con las coronas de laurel rematadas por crespones enlutados, aunque la mayoría había acudido con la ropa de diario. Quizá, por aquella razón, la indumentaria de Rick despertó todo tipo de cuchicheos.

Cuando la viuda Hartford lo distinguió, se apresuró a apartarlo.

—¿Se puede saber qué diablos pretendes, vistiéndote así? —le preguntó tras conducirlo a un rincón.

—¿Olvida que soy de la familia? Pensé que, si debía acompañarla a todas partes, tenía que lucir a juego. —Y le señaló su ridículo sombrero.

La mujer bufó como un toro, pero tras soltar la bocanada, pareció aceptar el argumento de Rick.

—De acuerdo. ¡Pero escúchame bien! Recuerda quién eres y por qué te he contratado. Aquí hay gente a la que no conozco, de modo que abre bien los ojos y vigila que nadie se acerque a mi despacho.

Rick asintió. Con el beneplácito de la viuda, se separó de ella y se dedicó a examinar pormenorizadamente a cada uno de los asistentes. Las mujeres le parecieron simples amas de casa, sin otro propósito que encontrar una buena historia con la que presumir ante sus amigas, mientras que los hombres, o bien pertenecían a la parroquia y habían venido para ayudar al transporte del ataúd, o bien acompañaban a sus respectivas esposas.

No pudo dedicarles más tiempo porque, justo en aquel instante, irrumpió por el portón de la floristería una mula tirando de un carro estrafalario.

Cuando el conductor del carricoche preguntó por la viuda Hartford, ésta pensó que el encorvado hombre de gafas que pretendía hablar con ella se había escapado de una casa de reposo. Sin pretenderlo buscó a Rick con la mirada, quizá porque en algún momento temió que fuera peligroso, pero Rick, aún boquiabierto, la tranquilizó y corrió a resolver el entuerto.

—Querida tía. Perdona que no te haya avisado antes. Este señor es Memento Mori, un reputado



fotógrafo. Hace tiempo descubrí un pasquín en el que ofrecía sus servicios y pensé que sería una hermosa manera de honrar a los familiares del difunto.

— ¿Cómo? No te entiendo. Explicate.

—¡Por favor! ¡Permita que sea yo quien se explique! —se adelantó Memento, haciendo un simulacro de reverencia—. ¡Qué horrible es la llegada de la muerte y, más aún, qué desagradecida! ¡Toda una vida de esfuerzos para acabar mutilado..., devorado...!

—Discúlpeme, señor Memento.

—¡Memento, señora! Memento Mori. Es mi nombre artístico, ¿sabe? Significa...

—Significa exactamente «recuerda que vas a morir»—le interrumpió Rick, temeroso de la nula capacidad de convicción de su amigo—. Es un apodo que hace referencia a su profesión. El señor Memento está especializado en tomar instantáneas de las personas fallecidas, disponiéndolas como si aún estuvieran vivas, para que los familiares que han tenido la desgracia de perder a un ser querido puedan conservar para siempre un recuerdo de cómo era el difunto en vida. Pensé que su habilidad con este tipo de fotografías ofrecería a los familiares del pobre Gus la oportunidad de conservar un reconfortante recuerdo.

—¡Ah! ¡Estupendo! —Alzó ambas cejas sin convicción—. ¿Y quién se supone que va a pagar sus honorarios?

—¡Querida señora! —medió de nuevo Memento—. Cuando su sobrino me explicó el percance sufrido, me ofrecí a realizar el trabajo asumiendo yo los gastos.

—Nadie da nada gratis —desconfió.

—Cierto. Pero estoy convencido de que la publicidad que me reportará este caso me proporcionará numerosos clientes en el futuro.

—Piense en la familia de Gus —terció de nuevo Rick—. Para cuando ellos lleguen, sólo quedarán los huesos. Acuérdense de sus hijos y de sus nietos...

—Sí. Piense en ellos, señora Hartford —intervino de repente Penny, que había estado escuchando.

La viuda Hartford miró a sus tres interlocutores con la sensación de no poder hacer otra cosa diferente que la de aceptar la propuesta. Iba a responder negativamente, cuando advirtió que todos los presentes habían escuchado la conversación y aguardaban su respuesta.

—¡Está bien! ¡Pero saque a ese asqueroso pollino de aquí! ¡No quiero números de circo en mi preciosa floristería!

\* \* \*

Convencer a la señora Hartford de que su despacho era el único lugar que reunía las condiciones adecuadas para fotografiar a Gus resultó casi tan complicado como hacer que la mula se diese la vuelta y saliese de su negocio. Sin embargo, Memento insistió hasta el agotamiento en la necesidad de oscuridad. La mujer accedió de mala gana, a condición de que ni el fotógrafo ni Rick tocaran nada.

Entre Rick y otros tres parroquianos subieron el ataúd con el cuerpo de Gus hasta el despacho, donde Memento ya había desplegado un arsenal de artilugios sobre el escritorio, bajo la atenta mirada de la viuda Hartford. Cuando Rick y Memento se quedaron a solas con la viuda, ésta se interesó por el desempeño del proceso.

Memento le explicó que, en función de la rigidez de las articulaciones, intentaría acomodar el cadáver sobre un sillón para conseguir una postura lo más natural posible. Al no haberlo aún

amortajado, ocultaría los desgarros de su gabán bajo un mandilón de jardinero. Finalmente, usaría un soporte articulado, con forma de «U», para enganchar el cuello por detrás y sostenerle la cabeza.

—Por supuesto, le anudaré un pañuelo para ocultar las heridas del cuello.

—Por supuesto... —repitió la mujer de mala gana—. ¿Y cuánto tardará en todo esto?

—No mucho... —Memento miró a Rick, quien sólo acertó a toser un poco.

La viuda exigió más concreción. Cuando supo que el proceso se prolongaría durante una hora, al menos, puso el grito en el cielo, pero la cosa tenía ya poco remedio. Tras un exabrupto final que dirigió específicamente a Rick, autorizó que comenzaran el proceso.

No perdieron un segundo. Entre ambos procedieron a abrir el ataúd para diseminar su insoportable hedor por todo el despacho. A la primera inhalación, la viuda Hartford vomitó.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere un poco de agua? —le ofreció Memento en un vaso manchado con sangre que había preparado. La mujer volvió a dar una arcada y salió fuera del despacho en busca de aire fresco.

—¡Por Dios! Termine rápido —dijo mientras corría escaleras abajo.

Rick, simulando desconcierto, pidió a la viuda que Penny subiera plantas aromáticas para combatir el olor a podredumbre. Vio a la mujer asentir, cuando se alejaba sacudiéndose la ropa para desprenderse del pestazo.

De inmediato, Rick se hizo cargo de la situación. Mientras Memento se ocupaba del muerto, él, con la excusa de contener las miasmas, cerró la puerta y abrió el cajón del escritorio donde la viuda guardaba su extraño cuaderno de cuero. Con la ayuda del abrecartas con forma de rosa, desprendió la trampa que aseguraba el fondo oculto y el cuaderno apareció.

Cuando lo tuvo en sus manos, volvió a contemplar el membrete grabado sobre su anverso: «*SECRETUM LINGUA FLORUM*».

Rápidamente, ojeó con avidez el listado de fechas, nombres y direcciones reseñadas en su interior. Parecía un simple inventario de envíos florales. Nada de particular, a excepción del apunte en mayúsculas que se repetía alguna vez, junto a los últimos envíos: «Consultar antes a A. Loveray».

Daphne Loveray... La extraordinaria joven a quien conoció en el Crystal Palace la mañana que apareció el cadáver del jardinero.

## Capítulo 13

Rick sólo tuvo ocasión de copiar los últimos apuntes del cuaderno porque Penny Ryan entró de sopetón en el despacho para ordenarles que abreviaran. Por fortuna, antes de que la dependienta terminara la frase, Memento ya se había interpuesto entre ella y su amigo, para que éste pudiera devolver el cuaderno al cajón donde lo había encontrado.

—Rick mencionó que era usted de Edimburgo —le espetó Memento a Penny.

—Así es —dejó entrever una sonrisa de sorpresa.

—Pues, casualmente, viví un tiempo allí y me extraña no haberla visto antes, porque, sin duda, me habría fijado en una señora tan distinguida.

—Señorita... —contestó Penny a la adulación, antes de taparse la nariz haciendo pinza con los dedos—. ¡Por Dios! ¡Qué olor más horrible! Terminen ya, que acaba de llegar lord Bradbury al velatorio.

—Es lo que tienen los muertos —se excusó Memento—. Pero no se preocupe. Baje usted, que nosotros concluimos enseguida. Sería una verdadera pena que su magnífico cutis se contaminara con el hedor de las miasmas.

—¡Gracias! Es usted muy amable. Es curioso. No creo haberle visto nunca por Edimburgo, y el caso es que recordaría unas gafas tan peculiares como las que usa.

—Bueno... Las empecé a utilizar después de trasladarme a Londres, cuando comencé a interesarme por la fotografía. Son para protegerme de los rayos —mintió—. Quizá no me favorezcan, pero me permiten distinguir mejor su extraordinaria belleza. —Le hizo una pequeña reverencia.

Penny volvió a sonreír al extraño de las gafas oscuras que le regalaba tantas lisonjas, carraspeó un poco sin saber qué contestar y se giró para encaminarse hacia las escaleras. Cuando la dependienta desapareció, Rick comprobó que el doble fondo había quedado bien encajado y que todo se veía en idéntico estado al que lucía antes de que entraran.

—¿Terminaste la foto? —le preguntó a Memento.

—Un momento. Estoy tomando la segunda.

Rick tamborileó con los dedos, pero aguardó a que su amigo concluyera. Pasados unos minutos, cuando Memento acabó de enmarcar el primero de los dos daguerrotipos, acomodaron al infeliz de Gus en su aposento definitivo y cargaron con el féretro hasta la entrada del altillo. Desde allí, y con la ayuda de los mismos hombres que les habían auxiliado durante la subida, bajaron el ataúd y lo depositaron al fondo del invernadero para que el olor no molestara.

De regreso a la tienda, Rick advirtió que el noble recién llegado insistía ante la viuda Hartford para que su sobrino se acercara. De inmediato, la mujer le hizo señas invitándole a que se les uniera, así que se encaminó hacia el hombre de la peluca que descansaba en su silla de ruedas.

—Lord Bradbury... —le cumplimentó con una ligera inclinación de la cabeza.

—Buenos días, Rick, por decir algo —contestó el hombre—. Vine para despedirme del pobre Gus, pero su tía me ha aconsejado que sería preferible que no viera lo que queda de él. También

me ha comentado que su sobrino ha tenido la buena ocurrencia de sacarle una fotografía.

—Así es, milord. Si desea verla, precisamente la llevo aquí... —Le tendió el daguerrotipo de metal, protegido con un cristal que resplandecía bajo un llamativo marco de cobre.

El hombre de la peluca se colocó su monóculo para observar la imagen del difunto con detenimiento.

—¡Por las barbas de Belcebú! —El monóculo se precipitó sobre su pechera—. ¡Si parece vivo! ¿Ha visto usted, querida Hellen?

La mujer tomó en sus manos el retrato y lo contempló con interés. En efecto, la figura de Gus aparecía sentada apaciblemente frente a la librería de su despacho, con los ojos abiertos, una mano descansando sobre su rodilla y la otra sosteniendo un ramillete de flores. Se veía tan nítida que parecía respirar.

—Impresionante —acertó a decir.

—¿Impresionante? ¡Impresionante es poco! —le rebatió lord Bradbury—. Con anterioridad había visto retratos de este tipo, pero ninguno tan límpido, con tanta profundidad y tal nivel de detalle. ¿Quién lo ha realizado?

—Un fotógrafo a quien contraté por un anuncio.

Lord Bradbury solicitó de nuevo el retrato y volvió a contemplarlo.

—¡Es que está vivo! —repitió—. ¿Podría sacar una copia?

—Desgraciadamente, no es posible. Por lo que sé, estos daguerrotipos son únicos. El fotógrafo tomó otra instantánea, pero salió con peor calidad.

—¡Qué contrariedad! En cualquier caso, dele la enhorabuena de mi parte. La familia de Gus quedará encantada. ¡Por favor! ¡Muéstreselo luego a los asistentes! Es un trabajo asombroso.

Rick asintió y recogió el retrato con cuidado.

Se disponía a restituir la privacidad a la viuda Hartford y a su acompañante, cuando éste le llamó de nuevo.

—¡Un momento! Estaba pensando... ¿Ese fotógrafo estaría disponible para trabajar en el Crystal Palace? Ando ocupado con la publicación de un volumen conmemorativo sobre la Gran Exposición y lo más complicado son los dibujos. Se me ocurre que una colección de imágenes de semejante calidad, que luego pudieran calcar mis artistas, resultaría de una ayuda enorme. Por supuesto, satisfaría sus honorarios, cualesquiera que fuesen.

—Pues desconozco sus compromisos, pero si lo desea, puedo llamarle para que usted y él...

—No. Déjelo. Lo cierto es que ahora llevo bastante prisa. Sólo me he detenido un instante para presentar mis condolencias a los parientes de Gus, pero ya veo que no han acudido. Por favor, comuníqueme a ese artista mi propuesta y que me haga saber su disposición a través de la viuda Hartford. —Hizo un gesto a su lacayo para que le trasladara a su carruaje—. ¡Ah! Lo olvidaba: he invitado a su tía Hellen a la fiesta de cumpleaños que ofreceré próximamente en los reales jardines de Cremorne, en Chelsea, y obviamente, hago extensiva dicha invitación a su sobrino de las Américas, de modo que espero volver a verle pronto. —Y tras un par de golpes con su bastón en el suelo, el lacayo que manejaba su silla la giró con habilidad y condujo a lord Bradbury hasta el coche que aguardaba a la puerta de la floristería.

\* \* \*

El sepelio tuvo lugar en Drury Lane, en los sótanos de la iglesia de St. Mary-le-Strand, de la que Gus era devoto parroquiano. Su cementerio apenas si disponía de huecos, de modo que los

dolientes hubieron de esperar a que el sepulturero desalojara uno de los nichos de la cripta para acomodar el cuerpo del jardinero.

—¡Sus buenas libras les habrá costado! —masculló el enterrador mientras introducía el ataúd en el nicho recién vaciado—. Y den gracias a que son conocidos del reverendo, porque pocos muertos encuentran ya descanso en los antiguos cementerios.

—Esperemos que no acabe como los de la capilla Enon —susurró Penny a Rick, que estaba a su lado.

Cuando Rick le preguntó a qué se refería, Penny se cubrió los labios con la mano.

—Fue algo terrible —siseó la dependienta—. Hace tres años, en esa capilla de Clement's Lane ya no cabían más difuntos. Las malas lenguas hablaban de quince mil cuerpos enterrados en una cripta casi tan enana como nuestro invernadero. Fue entonces cuando la vendieron a un empresario que sacó todos los cadáveres y construyó en su interior una pista de baile, antes de traspasarla como circo. Pero con lo que ha pagado la viuda, no creo que eso le suceda al pobre Gus.

—Ya... —A Rick le extrañaron tantas atenciones, para tratarse de un simple jardinero.

Apeataba a humedad y a muerto. Miró a su alrededor. Las llamas de las velas apenas si permitían distinguir los rostros de quienes aguardaban a que concluyera el oficio. Comenzó a impacientarse. Tras un último responso, el reverendo autorizó al sepulturero a que clausurara el nicho.

Una vez en el exterior, Rick puso en hora el reloj que había detenido en el instante en que Gus apareció muerto. La viuda Hartford hizo lo mismo con el suyo, siguiendo la costumbre de cualquier fallecimiento.

—La vida sigue —suspiró la mujer sin demasiada convicción, y se adelantó a Rick para tomar asiento en el coche de caballos que debería conducirles de regreso.

De camino a la floristería, Rick contempló el rostro consumido de la viuda Hartford. Su mirada parecía permanecer aún en la cripta, asediada por la muerte y la desolación. Penny, a su lado, sujetaba la mano exangüe de su señora en silencio. Nadie pronunciaba una palabra. Por un instante, Rick sintió como si él mismo se encontrara enterrado junto al jardinero.

Supo que aún seguía vivo gracias al incesante chacoloteo de los caballos.

\* \* \*

Pese al revuelo suscitado en el vecindario, los días posteriores al entierro de Gus transcurrieron lentamente, como si las horas arrastraran tras de sí la pesada lápida del difunto. Rick acudía cada mañana a la floristería con la esperanza de descubrir algún detalle que le condujera hacia los hombres que buscaba, convencido de que, en cualquier momento, el extraño fallecimiento no haría sino precipitar los acontecimientos. Sin embargo, los días se sucedían sin novedad, todos idénticos, como las hojas en blanco de un cuaderno.

Así fue, hasta la tarde que les atacaron.

Cada viernes, después de comer, la viuda Hartford se desplazaba sin falta hasta la oficina del Imperial Bank para ingresar la recaudación de la semana. Dada la proximidad, lo hacía andando, y por precaución, pedía a Rick que la escoltara. Aquel día no parecía ser diferente a los demás. Habían salido con sus paraguas y Hellen impulsaba su corpachón a un ritmo endiablado, con Rick, a unos pasos, pendiente de cualquier situación sospechosa. Todo transcurría con normalidad hasta que, a una manzana de la oficina, dos encapuchados salidos de la nada se abalanzaron repentinamente sobre ellos, golpearon a Rick por la espalda y en un abrir y cerrar de ojos le

arrebataron el bolso a la viuda. Aún aturdido, Rick se levantó a tiempo de comprobar cómo los maleantes saltaban una verja y desaparecían de su vista. No lo pensó. Se lanzó a la carrera tras ellos mientras ordenaba a la viuda Hartford que se refugiara en una cafetería y tomó un atajo a través de un callejón. La mujer obedeció.

Tardó en regresar.

En la cafetería, la viuda apuraba su segunda tila cuando irrumpió en la sala un hombre jadeante. Se trataba de Rick. Empapado y maltrecho, agarró una silla y se dejó caer sobre el asiento. Luego pidió un vaso de agua y dejó el bolso de la viuda Hartford sobre la mesa. La mujer empalideció como si acabara de presenciar un milagro. Hizo ademán de recuperar su bolso, pero se contuvo, como si por un momento pensara que fuera propiedad de Rick.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar.

Rick asintió con la cabeza y terminó su vaso de agua.

—Los muy cabrones golpeaban como fieras. No sé si me habrán roto una costilla —se quejó.

La mujer negó con la cabeza. Cogió el bolso y comprobó su contenido. De repente, su rostro se ensombreció.

—¡Malditos bastardos! Se han llevado el dinero. Por eso te han dejado con vida.

Por toda respuesta, Rick echó mano al bolsillo de su guerrera, sacó un fajo de billetes y lo depositó junto al vaso de agua.

—Los sorprendí cuando empezaban a repartírselo —intentó recuperar el resuello—. Pero el que repartió, fui yo. —Y le enseñó las marcas de sus nudillos.

La mujer contempló el dinero con la boca abierta, como si le resultara imposible creer que aquel joven, un perfecto desconocido, no sólo hubiera arriesgado su vida por ella, sino que además le estuviera devolviendo un dinero que se podría haber embolsado sin que nadie lo sospechara.

—Sabía que no me había equivocado contigo —dijo la viuda. Pidió un vaso de ginebra para Rick, pagó la cuenta y cuando el joven se recuperó, salieron juntos en dirección a la sucursal bancaria.

\* \* \*

Aunque la viuda Hartford le hubiera encomendado su seguridad personal, la mujer se pasaba las horas encerrada en su despacho, lo que obligaba a su flamante sobrino a dedicarse a menesteres más prosaicos.

Desde primera hora, Rick descargaba y clasificaba los envíos procedentes de los terrenos que la viuda explotaba en Surrey, se encargaba del regadío del invernadero, cribaba las semillas en busca de insectos y ayudaba a Penny en el despacho de pedidos. Si le sobraba tiempo antes de almorzar, desbrozaba de malas hierbas el pequeño huerto que Gus había levantado junto a la caseta de aperos. Por las tardes, podaba los macizos florales, abonaba las plantas que lo necesitaran y arrancaba los rastrojos que pudieran habersele escapado.

Pero no todo era trabajo. Entre tarea y tarea, aprovechaba para charlar con Penny, quien, poco a poco, parecía ir superando la pérdida del jardinero.

—Es que estábamos muy unidos —repetía la mujer, sin descanso.

Rick asentía a cada declaración.

—Lo imagino. No parece que hayan transcurrido dos semanas. Yo aún sigo consternado.

—Y encima se nos acumula el trabajo —añadió temblorosa, y siguió trabajando en un precioso

ramo de narcisos y verónicas que malogró al intentar envolverlo.

Nada más advertirlo, Rick se apresuró a ayudarla.

—Permíteme. —Rick recogió el narciso que se le había caído y, con sumo cuidado, volvió a colocarlo en el interior del ramo.

—¡No! ¿Pero qué haces? —Y le dio un manotazo que acabó con todas las flores desperdigadas sobre la mesa—. ¡Diablos! ¿Ves lo que has conseguido? ¿Cómo se te ocurre mezclarlas a lo loco?

A Rick le sorprendió lo airado de su reacción. Mientras Penny recogía las flores, observó que el rostro de la dependienta demudaba en una mueca de temor. Rick intentó disculparse, pero la dependienta lo rechazó. Luego observó cómo la escuálida mujer volvía a confeccionar el ramo, poniendo especial énfasis en la colocación del narciso que él había tocado. Cuando concluyó, giró levemente sus pétalos, hasta enfrentarlos con los de una verónica cercana.

—Pues tampoco ha cambiado tanto —repuso Rick, mientras alzaba una ceja con cierto despecho.

—¿Y qué sabrás tú de ramos? —El enojo regresó a su rostro—. Mira, quizá el otro día me tomaras por tonta haciéndote pasar por quien no eras, pero por muy sobrino que seas de la señora, no voy a permitir que...

—Ya hemos hablado de eso... Lo que te conté no fue algo premeditado. —Carraspeó, a sabiendas de que se refería a la conversación que mantuvo con ella el día que se conocieron.

—Ya me dijo la señora que fue idea suya el que te hicieras pasar por un simple estudiante en busca de trabajo, pero si lo que pretendía era comprobar mi lealtad, no necesitaba de un truco tan burdo, ni de un dandi para sonsacarme. Llevo mucho tiempo dándolo todo por este negocio. —Pestañeó hasta abanicarse con los párpados.

—Lo sé. Yo pensé lo mismo que tú. Incluso le dije que no me parecía correcto —improvisó—. Pero ya la conoces, es terca como una mula.

—Esas cosas no se hacen. ¡No, señor! ¡Y no soy tan torpe como ella cree! —dijo con una suerte de puchero—. «¿Y sabes qué le gusta a la viuda? Es que necesito el trabajo y había pensado agasajarla para congraciarme con ella» —recreó la frase pronunciada por Rick, imitando el soniquete de su voz. Luego, tras una inspiración con la que pareció recuperar parte de su orgullo, volvió a la faena y acabó de retocar el ramo—. ¡Ya está! ¡Míralo! ¡Ahora sí que ha quedado perfecto!

Rick se detuvo a contemplarlo. En efecto, el buqué lucía una armoniosa combinación en la que los jaspeados pétalos fucsias de los pensamientos contrastaban con los blancos y alargados de los lirios.

—Ha quedado precioso. Pero sigo sin entender esa reacción tan airada tuya.

—¿Llamas airado a impedir que destroces mi trabajo? —La mujer cogió el ramo y lo introdujo en un jarrón con agua azucarada para que se conservara durante más tiempo. Luego se volvió hacia Rick de malos modos—. ¡Escúchame bien! ¡Quizá tú sepas mucho sobre enfermedades de las plantas y mil cosas más, pero no tienes ni idea del significado de las flores! Cada ramo es...

—No me lo digas... ¿Una explosión de fragancias? ¿Una oda a la vida? —la interrumpió, con ironía.

—¿Por qué no dejas de decir tonterías? ¡Cuánta ignorancia acumulan los hombres! —Cerró los ojos para no verle. Luego se arremangó y apretó los labios.

Rick la observó sin entender.

—¿Qué sucede? —Se encogió de hombros.

Penny miró al joven como si contemplara a un caso perdido. Tras unos instantes de meditación,

se sentó en una mesa, abrió el canasto en el que guardaba sus viandas y le ofreció a Rick una manzana, que éste aceptó.

—¿Qué significa? —preguntó la dependienta a Rick.

—¿El qué?

—¡Por Dios! ¡La manzana!

Rick miró a Penny, perplejo. Luego contempló la manzana como si fuera la primera vez que veía una y le propinó un mordisco. No tenía idea de qué respuesta pretendía escuchar aquella mujer.

—Una manzana es una manzana. Te la comes y listo.

—¡Por la reina Victoria! ¡Cuánta inutilidad! ¿Es que no lo ves? Esa manzana significa que disculpo tu comportamiento. Las acciones significan cosas, las manzanas significan cosas y las flores significan cosas. ¡Vaya si significan!

Rick comprendió que debía cambiar de estrategia. La mujer se tomaba demasiado a pecho su discurso.

—Quizá estés en lo cierto, pero sigo opinando que tu reacción ha sido desmedida.

—¿Mi reacción...? Si supieras de lo que hablas, tú habrías respondido del mismo modo. Mira, este ramo no es un simple buqué decorativo. No presidirá una mesa familiar, ni adornará una biblioteca, ni será el detalle de un esposo enamorado. Y por esa misma razón, es imprescindible que la disposición de cada capullo, de cada hoja, sea exactamente la escogida. Si tu tía se entera de que lo he arruinado... —Penny enmudeció de repente, como si acabara de advertir que su incontinencia verbal le estaba traicionando. Finalmente, la mujer inspiró con fuerza y rompió a llorar.

—Vamos, Penny. No seas boba. Puedes confiar en mí. —Le enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—¿Prometes no decirle nada a tu tía?

—Por supuesto. Tienes mi palabra.

—Tampoco es que me lo haya prohibido, pero si se entera de que voy hablando de esto, lo mismo se disgusta. —Dibujó un puchero.

—Te juro por mi honor que no sabrá nada.

Penny pareció confiar en la sinceridad de Rick.

—Bueno. Tampoco creo que sea nada malo; al fin y al cabo, eres de la familia. —Volvio a tomar aire hasta hinchar el delantal—. Pues bien. Lo que quería explicarte es que este ramo no puede alterarse, porque si se hiciera, se quebrantaría el mensaje secreto que oculta entre sus hojas.

Nada más escuchar «mensaje secreto», Rick enderezó las orejas como un lobo al olfatear una presa. Dio un bocado a la fruta y se inclinó hacia Penny para no perder detalle. La dependienta se apoderó de otra manzana, la mordisqueó como si precisara alimento y continuó:

—Verás: en Londres, los Hartford nunca fueron considerados unos simples floristas. Se dice que durante generaciones trabajaron como jardineros para la familia real en Edimburgo mientras aprendían «el lenguaje de las flores», un código secreto inspirado en los antiguos harenes turcos, que nuestro monarca, el mismísimo Carlos II, descubrió en la corte de Suecia durante un viaje.

—¿Un lenguaje secreto? —El corazón de Rick palpitó con fuerza.

—Sí. Una forma de comunicación que, sin despertar ningún tipo de sospechas, pudiera sortear cualquier control.

—¿Y con qué intenciones lo aprendieron?

—Pues imagino que con un propósito similar al empleado por las concubinas de los sultanes, ya



sabes...

—No. No lo sé —se hizo el ingenuo.

Penny lo miró desconfiada, pero al instante sonrió con condescendencia dejando a la vista su estropeada dentadura. Luego prosiguió:

—Según cuentan, todo comenzó como un juego que el rey Jorge inventó para sorprender a sus invitados. Durante las celebraciones en la corte, pedía a algún comensal que escribiera alguna frase atrevida en una tarjeta y la introdujera en un sobre. A continuación, el comensal susurraba al jardinero la frase para que éste elaborara frente a los invitados un llamativo ramo de flores que entregaba a alguna dama elegida por el rey. Por último, esa misma dama, con ayuda de la esposa del jardinero, desvelaba a viva voz, y sin haber abierto el sobre, el significado de las flores, que siempre coincidía con el lascivo contenido del sobre.

—¡Caramba! Un pícaro esparcimiento...

—Que pronto despertó el interés de los caballeros más libertinos. Con el paso de los años, lo que había comenzado como un entretenimiento privado pasó a extenderse como una suerte de correspondencia entre amantes clandestinos: los nobles que pretendían cortejar a mujeres casadas encontraron en «el lenguaje de las flores» el sistema idóneo para alcanzar sus propósitos libidinosos.

—¿Y el monarca lo permitió?

—¿El rey? —Se levantó ya más animada—. ¿Y qué iba a hacer para evitarlo? ¿Acaso crees que esos nobles no pagaron bien a los Hartford para que les revelaran el secreto? No quiero con esto dar la razón a lo que aseguran las malas lenguas, pero según cuentan, los Hartford hicieron una fortuna mercadeando como alcahuetas.

—Y la viuda continúa explotando el negocio... —aventuró Rick.

—¡Qué va! Al contrario. El invento obtuvo tanta demanda, que acabó en boca de todos. Hasta el punto de que algunos editores avispados comenzaron a publicar libros en los que se daba cuenta de cómo elaborar esos ramos. En fin, que lo que empezó como un compendio de mensajes lujuriosos, terminó por convertirse en una colección de libros repletos de bellos dibujos e insulsos significados, que hoy en día todas las damas de Londres coleccionan en sus bibliotecas como elementos decorativos. —Terminó su manzana y comenzó a envolver el ramo—. Y ahora nosotros confeccionamos algunos como éste, para que hombres ingenuos envíen flores a sus pretendidas con la idea de que caerán rendidas ante sus modales principescos.

Rick se quedó pensativo. De las palabras de Penny se desprendía que el antiguo lenguaje de las flores había acabado transformándose en un simple instrumento de flirteo al alcance de cualquiera, disipándose cuanto tuviera de secreto. Pero si aquel lenguaje estaba tan difundido, ¿por qué Penny se había soliviantado tanto cuando él tocó el ramo? ¿Y por qué su excesiva reserva al principio, para después revelárselo todo? No. Había algo que no encajaba en aquel relato.

—En fin. Una historia novelesca, de provecho sólo para enamorados —concluyó Rick, simulando un absoluto desinterés.

Y tras engullir su fruta de un bocado, tranquilizó a Penny y se encaminó hacia el despacho de la viuda Hartford para despedirse, antes de regresar a su barcaza.

## Capítulo 14

Aquella noche no fueron las ratas las que hostigaron a Rick. A fuerza de dejarse las uñas con el jabón y el cepillo, había conseguido convertir su chalupa en algo parecido a un simulacro de vivienda, aunque eso no había impedido que las pesadillas volvieran a asediarse.

De nuevo soñó con ella.

Como en anteriores ocasiones, se contempló a sí mismo, acercándose a la solitaria cabaña en la que vivían desde que se instalaron en Calcuta. Pese a los riesgos, ella había preferido alojarse en el barrio de los pescadores en lugar de hacerlo en el acuartelamiento de la Compañía. Decía que en aquel lugar se sentía tranquila, alejada de las miradas indiscretas.

Abrió la puerta de troncos de bambú y penetró despacio hasta llegar al dormitorio, donde distinguió la figura de su amada esposa, desnuda, protegida por una vaporosa mosquitera, descansando plácidamente sobre una cama de sábanas algodonadas. Su corazón palpitó, como cada vez que la imaginaba viva. Se acercó despacio, en silencio para no despertarla. En la habitación flotaba un aroma intenso, selvático, con olor a sándalo y a azafrán, el perfume de los mercados de Bengala. Afuera, el bullicio de los comerciantes y los mugidos de las vacas amenazaban con despertarla, pero ella seguía dormida, boca abajo, con su cabello oscuro y sedoso derramándose hasta su cintura, como una inmensa catarata negra.

Se detuvo a contemplarla. Inspiró profundamente, como si fuera a ella a quien respirara. La amaba con todo su ser.

Descorrió la mosquitera de lino, se arrodilló al borde de la cama y con la suavidad de una brisa, apartó el cabello de su rostro.

Entonces la vio. Inerme. Lívida.

No comprendió qué sucedía. Intentó incorporarla, pero su cabeza se desplomó sobre los hombros, como la de una muñeca rota. Él se la sujetó. Advirtió que sus delicados ojos azules permanecían horriblemente abiertos, pero no miraban. Entonces la sacudió. La besó y la abrazó. Gritó su nombre mil veces y volvió a sacudirla. Luego la estrechó entre sus brazos y sollozó mientras se maldecía. Pero nada cambió nada. Ya no estaba allí. Ya nunca lo estaría.

Le despertó un alarido que brotó de su propia garganta. Pese al frío, se descubrió asfixiado, empañado en sudor. Se incorporó como pudo y sacudió la cabeza. Luego descorchó una botella de ginebra y bebió hasta casi apurarla. Después se dejó caer de nuevo en la cama y rompió a llorar con amargura. Habían pasado casi siete años y no lograba olvidarla.

Permaneció despierto, ausente, contemplando el bamboleo de los tablones que conformaban el techo de la barcaza. Si hubiera podido preverlo... Pero no lo hizo y no transcurría un día sin que se maldijera por ello. Si pudiera devolverle la vida...

El alcohol cumplió pronto su misión y su dolor comenzó a mezclarse con los recuerdos que acudían en tropel a su cabeza. Apenas si podía diferenciar las sucesivas imágenes que se arremolinaban frente a él: la fortificación Williams en Calcuta, las plantaciones de opio, el indígena que asesinó a su mujer y el día en que le juzgaron a él por la muerte de su propia

esposa...

Insospechadamente, a su imaginación acudió la figura de la enigmática joven que conoció en el Crystal Palace. Daphne Loveray... ¿Se llamaba así? ¿Qué brillo relucía en sus ojos y por qué extraña razón le recordaba a su esposa? Se golpeó en las sienes como si intentase arrancar de su pensamiento la presencia de una mujer a la que no había concedido permiso para que se alojase entre sus fantasmas. Finalmente, se incorporó y acabó con la botella. O, al menos, eso creyó. No llegó a comprobarlo, porque su mente se nubló hasta perder la conciencia.

Se despertó con una terrible presión en la nuca, que se acentuó cuando trató de incorporarse. Aguardó a que se aplacara. Apenas si recordaba nada. Pasado un rato, se levantó y se aseó en la palangana que compartía con las ratas que habían sobrevivido al veneno. Luego comprobó su reloj. Marcaba las seis. Pronto amanecería. Cualquier otro día habría acudido al domicilio de la viuda Hartford para escoltarla hasta la floristería, pero aquella mañana la mujer recibiría una visita en su casa que la mantendría ocupada hasta el mediodía. Por esa razón, le había encomendado que, en lugar de acudir al negocio, adquiriera una cerradura nueva para instalarla en su despacho.

Se afeitó con esmero, desayunó las pocas galletas que conservaba en una lata y comprobó que el dinero que Memento le había entregado seguía a buen recaudo. Luego salió al exterior y cerró la puerta con un candado. Cuando descendió de la barcaza, observó cómo la niebla que invadía el muelle impedía distinguir la presencia de cualquier extraño. Instintivamente, comprobó la posición del puñal que siempre escondía en la bota. Después, avanzó en dirección a la parada del ómnibus más cercana.

\* \* \*

La cerrajería a la que le había enviado la viuda Hartford resultó ser un angosto cubículo situado en un pasadizo de Charing Cross, en el que apenas si cabía el operario que lo atendía. Antes de entrar, Rick observó un llamativo cartelón, tan grande como el propio negocio, en el que se anunciaban pomposamente las mejores cerraduras de toda Inglaterra. La puerta estaba cerrada, de modo que tiró de la campanilla y aguardó a que le abrieran. Le atendió un hombre con barbas de carnero y aspecto avinagrado, que cambió de semblante cuando se enteró del propósito de la visita.

—Aquí tengo preparado el pedido de la viuda. ¡Esa mujer sabe bien lo que compra! —presumió el cerrajero, y le mostró a Rick la mercancía—. Es una cerradura Brooks reforzada de triple vuelta, no esas mierdas que venden al aire libre los buhoneros de White Chapel. Cójala y note su peso. No la abriría ni con una libra de pólvora.

Rick asintió sin demasiada convicción. Habría asentido aunque el vendedor le hubiera asegurado que resistiría hasta el empeño de toda la armada británica. Observó las tres llaves que le entregó, mientras el cerrajero insistía en que eran irreproducibles. Las guardó junto al mecanismo en su caja y, tras firmar el recibí, salió de la tienda. Irreproducibles... Sonrió. Era obvio que aquel cerrajero desconocía las habilidades metalúrgicas de su amigo Ojos de Víbora.

\* \* \*

A media mañana, el ómnibus en el que viajaba Rick se detuvo frente al imponente correccional de Southwark, cuyas torres de ladrillo enmohecido sobresalían bajo el espeso manto de la niebla.

Rick se arrebujo en su chamarra y se apeo. Tras hacer entrega del correspondiente soborno, franqueo el portalon y se dirigió hacia el almacén en el que se alojaba Memento. Mientras caminaba al abrigo de los muros, se apartó para dejar paso a un desfile de reclusos ataviados con gorros y mandilones. Rick observó sus rostros de muertos en vida, y se preguntó por qué razón Memento continuaría viviendo en aquel lugar de desolación. No acababa de comprender su temor a la libertad. Al fin y al cabo, Londres rebosaba de seres de todo pelaje que sobrevivían sin que nadie les hiciera el más mínimo aprecio.

Encontró a Memento martilleando un extraño artilugio que ofrecía el aspecto de que jamás funcionaría. Al advertir la presencia de Rick, el hombre dejó a un lado las herramientas y corrió a saludarle, insistiendo en celebrar la visita en torno a un café con tarta que prepararía en un momento. Rick aceptó, a sabiendas de que negarse no le serviría de nada. Memento lo celebraba todo y todo lo celebraba comiendo. En un abrir y cerrar de ojos, el hombre despejó el banco de trabajo de destornilladores y dispuso sobre un lecho de clavos un mantel tan desastroso como el soporte que pretendía cubrir. Mientras Rick intentaba adecentar la mesa improvisada, Memento acercó una cacerola a la estufa y sacó una caja de cartón con los restos de una tarta mal cortada.

—¡De jengibre! Me la trajeron ayer —dijo, y engulló un pedazo de un bocado.

Rick se cortó una porción con un cuchillo roñoso y mientras la mordisqueaba, aprovechó para mostrarle las llaves y el candado.

—Son para la floristería. ¿Qué opinas? El cerrajero aseguró que eran irreproducibles.

Memento se despojó de sus gafas oscuras y observó las llaves con sus ojos de serpiente.

—¿Eso aseguró? Bueno, yo también aseguro que soy guapo. La diferencia es que a mí no me cree nadie. —Rio—. A ver, deja que las mire bien. ¡Ajá! Doble almena y sección en zeta. ¿Cuántas llaves quieres como ésta?

Rick sonrió. Sabía que su amigo no le defraudaría.

Continuaron charlando un rato. A Memento le encantaba escuchar las aventuras que Rick le contaba y fantaseaba con participar en ellas. Por eso, cuando Rick le mencionó que temía que alguien accediera a la barcaza, no pudo contener su entusiasmo.

—¡Podría fabricarte algún tipo de trampa! No sé. Se me ocurre un cepo para lobos. O mejor aún: una ballesta que se dispare cuando alguien intente abrir la puerta.

Rick enarcó una ceja. Por un instante, se imaginó a sí mismo ensartado como una brocheta. Declinó la oferta de su amigo, haciéndole creer que ya había tomado medidas menos traumáticas.

Memento refunfuó, pero enseguida encontró motivos para animarse.

—¿Y qué hay del trabajo aquel que me propusiste? ¿Lo de tomar fotografías en el Crystal Palace? He avanzado con mis experimentos y cada vez tardo menos en el proceso de exposición.

Rick le explicó que aún no había concretado nada, pero le aseguró que pronto tendría novedades.

—Quizá el próximo domingo. Lord Bradbury celebra su cumpleaños este fin de semana en los jardines de Cremorne y la viuda y yo estamos invitados. Si tengo ocasión de verle, intentaré que me lo confirme.

—¿Lo ves? Tú siempre disfrutas de la vida: peleas, investigaciones, bailes... Y yo aquí, encerrado como un perro apestado. Si fuera tu socio, podría acompañarte a ese tipo de celebraciones —se imaginó.

—¡Por favor, no insistas! ¡Ya hemos hablado de esto antes! —Rick le atajó con gesto serio. Se levantó y se alejó unos pasos mientras se maldecía para sus adentros. Memento no lo entendía. No era que no quisiera su ayuda. Simplemente, sucedía que ya en cierta ocasión perdió a alguien

cercano y no iba a consentir que algo así se repitiera—. Mira —intentó explicárselo una vez más—. Sacar fotografías es algo complicado, que requiere conocimientos y una gran habilidad. Yo sería incapaz de hacerlo. Lo destrozaría todo a la primera, y, sin embargo, tú posees ese don. Hasta el propio lord Bradbury quedó asombrado con la calidad que conseguiste. Además, puedes reparar o fabricar cualquier artefacto que te propongas. Cada persona está capacitada para ciertos trabajos y tú has nacido para hacer lo que haces.

—Sí. Ya lo sé. Me lo has repetido cientos de veces. Cojeo, tengo mis años y no sé disparar ni luchar. Pero fíjate, mis manos son hábiles. Tú mismo acabas de decirlo. Y mis ojos, por asquerosos que parezcan, aún son capaces de distinguir a un gorrión posado en la cúpula de St. Paul. ¡Ah! ¿Y qué hay del paripé que montamos? No dirás que no lo ejecuté conforme lo planeaste. ¿Y mi disfraz? Seguro que la viuda aún estará preguntándose quién fue el que le robó el bolso el otro día —rio.

Rick hubo de admitir que Memento y el colega que se había buscado habían bordado su actuación cuando simularon el papel de atracadores.

—En realidad, te tomaste demasiado en serio tu papel. Aún me duele el golpe que me propinaste por la espalda. —Rick se rascó la cabeza—. Pero lo importante es que la viuda mordió el anzuelo cuando le devolví el bolso y ahora confía en mí como si de verdad fuera de la familia. Tu colega mantendrá el pico cerrado, ¿no?

—¿Quién? ¿Jack? Ese borrachín se bebió el chelín con el que le pagué y a la tercera pinta ya no recordaba nada.

Finalmente, Rick negó con la cabeza. Memento llevaba razón. Él solo no podía hacerlo todo. Pensó en algo que no conllevara demasiado riesgo.

—Está bien. Te propongo lo siguiente. —Sacó de su bolsillo un papel arrugado y lo plantó sobre la mesa—: Ésta es la lista que copié del cuaderno de la viuda Hartford. Son seis direcciones que se corresponden con otros tantos envíos florales. Con tanto trabajo, aún no he podido averiguar nada y me están comiendo los demonios. Ten. Apúntalos y averigua quiénes son.

Memento se apoderó del papel y lo contempló como si le hubieran entregado las joyas de la Torre de Londres. Luego miró a Rick y volvió a dirigir la vista al papel. Rick pensó que, de haber podido parpadear, Memento no habría dejado de hacerlo en días. El hombre se disponía a copiar las direcciones cuando Rick le interrumpió:

—Pero debes prometerme una cosa.

—Lo que quieras —asintió Memento con la cabeza.

—Bajo ningún concepto debes contactar personalmente con esa gente. Usa intermediarios. Soborna a mozos, a criados o vecinos, pero en ningún momento, jamás, permitas que nadie te identifique.

—Dalo por hecho. —Y se plantó el listado sobre el corazón, que dejó manchado con restos de tarta de jengibre.

Cuando terminaron con el café, Memento se afanó en duplicar las llaves de la nueva cerradura. Para ello empleó unos modelos vírgenes que guardaba en un armario y que aserró y limó hasta obtener unas copias perfectas. Mientras comprobaba el funcionamiento, preguntó a Rick sobre la ayudante de la viuda Hartford.

—Lo cierto es que esa dependienta me llamó la atención. ¿Tú qué opinas?

—¿Qué opino, sobre qué? —Rick no comprendió.

—Sobre Penny. ¿Qué tal es?

—Pues realmente no sé mucho sobre ella. —Se encogió de hombros—. Habla más que respira,

pero parece una buena mujer. No sabría qué más decirte.

—¿Y tú eres el que trabajas de cazarrecompensas? ¡Venga ya! —farfulló—. ¿No sabes si está casada? ¿Si tiene algún pretendiente?

—¿Penny? ¡Por todos los diablos! Por un momento pensé que sospechabas de ella —rio—. Que yo sepa, está soltera. ¿Pero es que acaso te gusta esa mujer?

—Yo no he dicho que me guste. —Se dedicó a abrir y cerrar nerviosamente la cerradura—. Bueno. ¿Y qué si me gusta? ¿Es que acaso los monstruos no tenemos derecho a...? —Se mordió los labios y guardó silencio.

—Aguarda. Nadie ha dicho que tú seas un monstruo.

—No lo has dicho, pero lo piensas.

—Pero ¿qué dices? Sabes que eres como un padre para mí. Jamás pensaría algo así de ti.

—Pues entonces no comprendo de qué te asombras.

—Simplemente, me ha sorprendido. No sé... No conoces de nada a esa mujer. Además, es bastante más joven que tú. No imaginé que te pudieras fijar en ella.

—Pues ya lo he hecho. Ten. Ya está lista. —Le entregó a Rick la cerradura y las copias—. Oye, Rick. Si acudiera contigo a la floristería, ¿crees que podría hablar con ella? Quizá quisiera dar un paseo. O mejor aún. Pregúntale qué le he parecido. Tal vez me lleve una sorpresa.

Rick se apenó por su amigo. Aunque no deseaba alimentarle con falsas esperanzas, tampoco podía negarse.

—De acuerdo. Le hablaré de ti. Pero no te hagas ilusiones. —Se levantó para despedirse.

—¡Genial! Pues ya me contarás lo que averigües, y yo a ti, lo que descubra sobre esos envíos. —Le estrechó la mano—. ¡Ah! Guarda un momento. —Se dirigió a un armario y sacó el fusil envuelto en un trapo que Rick le había arrebatado a un sicario—. Ten. Comprobado y cargado. Te lo he personalizado con ese barniz que tanto te gusta. Si te visitan extraños, quizá tengas que utilizarlo.

\* \* \*

Rick tuvo tiempo de volver a la barcaza y ocultar el fusil. Cuando lo desenvolvió, comprobó que, en efecto, el barniz rojizo con el que había restaurado la culata era idéntico al que lucía su revólver. Lo envolvió de nuevo y lo escondió bajo unos maderos.

De vuelta a la floristería, informó a la viuda Hartford de sus gestiones, le mostró la cerradura adquirida en Charing Cross y le enumeró detalladamente sus cualidades. La mujer permaneció abatida sobre el sillón de su despacho sin prestar atención. Rick advirtió que la viuda, visiblemente desmejorada, sólo tenía ojos para la claridad que entraba por la ventana.

—Parece que empieza a levantarse la niebla —dijo la mujer con un hilo de voz—. Penny asegura que el tiempo mejorará. Es de campo, no tiene mal ojo. Ojalá acierte, o la fiesta de lord Bradbury quedará deslucida. Mira que escoger los jardines de Cremorne...

—Ya. Si me permite mencionarlo, siendo las fechas que son, no sé cómo se le ha ocurrido celebrar su cumpleaños al aire libre.

—Yo tampoco. —Cogió la cerradura y la miró con desgana—. En cualquier caso, imagino que el baile tendrá lugar en los salones del restaurante. Por cierto, ¿tienes el qué ponerte? —preguntó sin demasiadas esperanzas—. Con la ropa del funeral parecerías un sirviente. Da igual. Ten. Ve a Hollister y alquila algo decente. —Sacó una libra de su bolso y se la entregó con apatía.

Rick tomó el dinero y se lo guardó.

—¿Necesita alguna cosa más?

—No. O sí. Instala la cerradura del despacho. ¡Ah! No sé dónde te hospedas, pero me gustaría que valoraras el trasladarte a la caseta del invernadero. Es cálida, amplia, y tiene acceso independiente. De hecho, Gus la habitaba por temporadas —le dijo.

Pese a lo inesperado de la propuesta, a Rick le interesó. Le preguntó por el motivo de su oferta, pero la viuda no le respondió. Únicamente añadió que no le cobraría y que podría disponer de la caseta desde el momento en que quisiera.

## Capítulo 15

Acudió a Hollister para probarse algún traje de alquiler. Una libra daba para poco, de modo que añadió dos más de su propio bolsillo, y a la típica indumentaria de baile añadió un chaleco de raso, bufanda, botas de tafilete y guantes a juego. Cuando se colocó la chistera, ni él mismo se reconoció. Lucía como un auténtico hombre de negocios. No hubo que efectuar ningún arreglo. Abonó el importe, dejó la carta de garantía de la viuda Hartford y subió de nuevo al carruaje. Después pasó por la barcaza para recoger algunas de sus pertenencias.

Para cuando regresó a la floristería, casi había anochecido. Le recibió la viuda Hartford, quien, al advertir su petate, demudó su rostro atribulado por uno más sereno. Penny ya se había marchado, de modo que fue ella quien le condujo hasta la caseta de Gus para mostrársela. Tal y como le había anunciado, el lugar se veía limpio y ordenado.

—Las llaves están sobre el colchón. Hoy me quedaré a trabajar hasta tarde. Si necesitas salir, puedes hacerlo por la puerta trasera.

Rick asintió. Luego observó cómo la oronda mujer ascendía pesadamente por las escaleras y se encerraba en el despacho con llave. Cuando desapareció, entró en la caseta y acomodó su equipaje. La estancia olía a lavanda y, aunque pequeña, en comparación con la barcaza, parecía el salón de un palacio. No obstante, determinó instalarse provisionalmente en la floristería, aunque conservando la barcaza como refugio seguro. Buscó un lugar donde ocultar la pistola, junto con la llave que Memento había duplicado. Después se dejó caer sobre el colchón de lana, mientras su mano buscaba el anillo que colgaba de su cuello. Cerró los ojos e intentó descansar.

\* \* \*

El mismo día del cumpleaños de lord Bradbury, la ciudad de Londres amaneció inusualmente despejada. Tanto fue así que, conforme avanzaba la mañana, el sol caldeó el invernadero de la floristería hasta convertirlo en una suerte de jardín tropical.

Rick sudó en su interior mientras procuraba que los bancales de orquídeas permanecieran hidratados ante la subida de las temperaturas. No perdió un minuto. Necesitaba concluir la faena antes del almuerzo para asearse y vestirse antes de que la viuda Hartford apareciera. Le había precisado que a las seis en punto acudiría un carruaje para recogerles, y debía estar preparado.

Veinte minutos antes de la hora establecida, un Rick flamante salía de la caseta y dejaba a la viuda Hartford sin palabras.

—¡Caramba con mi sobrino! ¡Mírate! ¡Estás hecho todo un caballero! —acertó a decir la mujer, embutida en un corsé a punto de reventar y maquillada como una muñeca de porcelana.

Rick terminó de ajustarse los guantes y el sombrero frente al espejo que adornaba una pared de la tienda. No había escatimado en detalles. Incluso lucía unos llamativos gemelos esmaltados y desprendía un penetrante aroma a pachuli. De todos modos, su mayor preocupación consistía en que no se notara el revólver que ocultaba bajo la chaqueta.



—Usted sí que está deslumbrante, tía Hellen —la cumplimentó.

—¡Sí que lo está! —terció Penny, afanada en darle a las plumas del gorro de la viuda el toque de gracia del que carecían.

Cuando la viuda Hartford quedó medio conforme, ordenó a Penny que procediera al cierre del negocio. Luego salieron los tres hasta la acera donde aguardaba el carruaje.

—¡Qué envidia! Hará una noche espectacular —vaticinó la dependienta.

La viuda miró al cielo, sin fiarse del increíble sol que lucía.

—Seguro que más espectacular que mi sombrero —masculló sin disimular su descontento, y volvió a modificar las plumas hasta dejarlas peor todavía—. Venga, marchémonos ya o no llegaremos.

Rick abrió la portezuela del carruaje y ascendió al mismo tras la viuda. Una vez aposentada, la mujer hizo una señal al cochero y éste fustigó los caballos que arrancaron con brío hacia los jardines de Cremorne.

\* \* \*

Rick ya los había visitado con anterioridad, pero jamás había contemplado aquellos jardines adornados como si se celebrara el nacimiento de un nuevo príncipe.

Situado entre el muelle de Chelsea y King's Road, al oeste de Battersea Bridge, Cremorne se había convertido desde su inauguración en el lugar de esparcimiento preferido por los londinenses. Por el precio de un chelín, la gente podía acceder a los doce acres de frondosos olmos y robles cuajados de caminos serpenteantes, a las decenas de mesas y sillas que salpicaban el parque, a su precioso laberinto o a las numerosas fuentes y estanques. Pero lo que realmente diferenciaba a Cremorne de los jardines de Vauxhall o de otros similares eran sus exclusivas atracciones. Desde las vertiginosas ascensiones en globo aerostático al original salón de bolos americanos, pasando por sus portentosos espectáculos circenses o el concurrido templete circular de baile, en Cremorne no había rincón donde no pudieras divertirte. Los jardines siempre rebosaban de visitantes y, por esa razón, para los eventos privados se habilitaba Ashburnham House, un antiguo palacete reconvertido para la ocasión en restaurante y sala de celebraciones.

Hacia allí se dirigieron Rick y la viuda Hartford.

Mientras se unían a la larga fila de invitados que aguardaba para entrar al banquete, Rick se fijó en las indumentarias de los asistentes: ellas, una competición de suntuosos vestidos de seda, llamativos sombreros y vaporosas crinolinas que ensombrecían los elegantes trajes de fiesta y las prominentes chisteras lucidas por los caballeros. Se ajustó su chaqueta blanca y constató la pulcritud de sus guantes. Conforme avanzaban, un continuo desfile de criados comprobaba las invitaciones y acompañaba a sus poseedores a las mesas correspondientes. Finalmente, un muchacho con un uniforme en el que cabría su padre les condujo hasta una enorme mesa circular de seis servicios situada en el centro de la sala.

Según le dijo la viuda Hartford, en una recepción convencional, los invitados habrían accedido al salón por orden de títulos y linaje para saludar al anfitrión antes de tomar asiento, pero lord Bradbury había prescindido de protocolos y era él quien, apoyándose en su mayordomo, se desplazaba con dificultad de mesa en mesa para cumplimentar a los comensales.

—¿Has visto qué dispendio? —se admiró la viuda, que rozó con los dedos la delicada mantelería de encaje.

En efecto, el salón aparecía engalanado con banderines y guirnaldas que resplandecían bajo la

luz de unas suntuosas arañas de cristal. En cada mesa, en torno a vistosos centros florales, decenas de copas de diferentes alturas y tamaños le disputaban el sitio a una vajilla de porcelana decorada con el escudo del conde de Ashburnham. Unas servilletas de hilo bordadas servían de lecho a la refinada cubertería de plata.

Rick comprobó su reloj. Las siete y cuarto. Quince minutos de retraso. Exactamente, lo que obligaban las normas de cortesía.

Los asistentes aún permanecían de pie, cuando un ejército de camareros comenzó a servir el cóctel de bienvenida. Una selección de emparedados de caviar, tostas de foie, cerdo asado con mermelada y ostras de Cornualles concitaron la atención de los presentes. La viuda Hartford se entusiasmó.

A la espera del resto de los invitados, Rick ojeó las tarjetas que identificaban a los distintos comensales de su mesa: frente a él se situaría lord Bradbury, el benefactor de la viuda. A la izquierda del homenajeado, aparecía un tal James Ellis, gerente de los jardines de Cremorne, según ilustraba la cartulina. Seguidamente, figuraba el nombre de la viuda Hartford y, a continuación, el suyo. Por el lado opuesto, a la derecha de lord Bradbury, Gustav Gruner, el insolente cónsul de Alemania a quien tuvo la oportunidad de conocer en el Crystal Palace. Por último, entre el cubierto de Gruner y el suyo, distinguió una tarjeta en la que podía leerse el nombre de una dama: lady Ashley King.

—¿Quién es? —susurró a la viuda Hartford.

La mujer dio cuenta del emparedado que sujetaba entre sus dedos y se desplazó hasta la mesa, se colocó sus anteojos y miró la tarjeta, sin disimulo.

—¿Lady Ashley King? Pero si me comentaste que la habías conocido. ¡Ella es Daphne Loveray!

\* \* \*

Cuando la vio aparecer, Rick empalideció. Aunque en algún momento había recreado su encuentro en el Crystal Palace, no la recordaba tan majestuosa, tan bella. Daphne avanzó hacia la mesa con paso decidido, regalando una sonrisa luminosa a cuantos se inclinaban para saludarla. Lucía un deslumbrante vestido de encaje, que ceñía su cintura y bailaba a cada paso sobre sus caderas, provocando miradas lascivas en los hombres y de envidia en las mujeres. Cuando ella le vio, Rick se apresuró a descubrirse, pero justo en ese instante una figura achaparrada se interpuso entre ambos para apoderarse del brazo de la joven.

—Permítame —dijo el recién llegado, y la guio hasta su asiento, ignorando la presencia de Rick. A continuación, el hombre achaparrado tomó asiento en la misma mesa, momento en el que Rick reconoció el odioso monóculo que lo identificaba como Gustav Gruner.

Cuando lord Bradbury acudió a la mesa central, lo hizo acompañado del gerente, James Ellis. Fue éste quien formalizó las presentaciones, aunque Rick sólo prestó atención a Daphne Loveray.

—Como verán, he encargado un servicio «a la francesa». Espero que resulte de su agrado —se enorgulleció James Ellis, mientras retorció su fino bigote.

Gustav Gruner mostró un petulante gesto de aprobación.

—¿Qué significa «a la francesa»? —musitó Rick a la viuda Hartford.

—Que vamos a ponernos hasta arriba —susurró Hellen con una sonrisa.

Segundos después, Rick tuvo ocasión de comprender a qué se refería. En lugar de servir un plato tras otro, con las raciones ya medidas, los camareros iniciaron un trasiego de carritos rebosantes de fuentes para que los invitados eligieran lo que desearan. La viuda Hartford pidió

volován de faisán, pavo a la jalea de marrasquino y rodaballo en salsa holandesa, acaparando buena parte del mantel. Por su parte, Daphne Loveray se conformó con sopa de tortuga y huevos de chorlito en gelatina de áspic. Rick prefirió que la viuda le aconsejara. Siguiendo su recomendación, le sirvieron sesos rebozados al oporto y unas escuálidas brochetas de perdiz roja con aspecto de haber sido torturadas. Rick las contempló con ganas de vomitar. Probó un trozo que tragó como si le hubieran obligado con una pistola en la sien y apuró su copa de madeira para pasarlas.

—Muy distinto a lo que estará acostumbrado —le comentó Daphne Loveray.

—¿Disculpe? —Rick carraspeó ante la inesperada apostilla de la joven.

—La comida. Muy diferente a la de su país, imagino. —Sonrió.

—Pues sí —concedió él, y cerró los ojos cuando engulló el segundo trozo de perdiz.

Daphne observó con diversión el sufrimiento de Rick. Finalmente se apiadó de él.

—¿Me permite? —Y sin esperar a que Rick lo aprobara, pinchó un trozo de la perdiz, se lo llevó a la boca y a continuación tosió exageradamente, como si se atragantara.

—¿Se encuentra bien? —se interesó lord Bradbury.

—¡Dios mío, señor Ellis! ¿Pretende usted envenenarnos? No sé cómo han podido servir esta bazofia —se hizo la ofendida ella.

Ellis enrojeció como un pimiento. De inmediato, llamó a un camarero y pidió que le sirvieran a él otra porción de perdices, que engulló de un bocado en cuanto la depositaron en la mesa.

—No sé... Yo las noto normales —balbuceó.

—¿Normales? ¿Acaso me está llamando melindrosa? —pareció encolerizar.

—No, no... Dios me asista. Por supuesto que no. ¡Camarero! ¡Llévese inmediatamente todas las perdices!

—Y los sesos —añadió ella.

—¡Y los sesos! —confirmó Ellis—. ¡Ya hablaré con el cocinero después de la cena! Mis más sinceras disculpas, lady King. Nunca había ocurrido nada semejante.

—Lo imagino. Y, por favor, traigan para el señor Hunter algo más comestible. ¿Venado con patatas estaría bien? —le preguntó a Rick.

—Sí, por supuesto —tartamudeó.

—Pues entonces, no se hable más. ¡Venado con patatas!

El incidente sirvió a Rick para dejar a un lado su turbación y entablar una conversación más animada. Charló con Daphne y la viuda sobre la decoración del local, elogió los jardines y también los vestidos de ambas. En ese punto, Gustav Gruner intervino para llamar la atención a Rick:

—Imagino que, como extranjero que es, desconoce las normas de cortesía. Yo, aunque alemán, he procurado aprenderlas —le reprendió.

—No entiendo a qué se refiere.

—Es por tus cumplidos, Rick —intervino la viuda Hartford—. No es de buena educación piropear a una desconocida, y menos si está casada. —Y señaló con la mirada a la joven Daphne.

Rick carraspeó antes de disculparse. No había pretendido ofender a la joven y así se lo hizo saber.

—No se preocupe, señor Hunter. El señor Gruner y yo somos viejos conocidos. Siempre procura tutelarme, como si fuera su sobrina —dijo Daphne.

Rick advirtió la mirada hostil que Gruner dirigió a la joven. Y también a él.

—Bien. Pues entonces queda claro que el joven Rick Hunter no deseaba molestar a lady King y

que lady King no se ha dado por aludida, de modo que dediquémonos a menesteres más provechosos y continuemos comiendo —terció lord Bradbury, para dar por concluida la disputa.

—Los jóvenes y sus modales... —farfulló Gruner entre dientes.

—Señor Gruner —repuso lord Bradbury—, hasta donde sé, el sobrino de la viuda Hartford se ha comportado como un perfecto caballero. Quizá desconozca nuestras peculiares costumbres, pero estoy convencido de que su tía, nuestra querida Hellen, se encargará de ponerle al día. Y hablando de costumbres, seguramente se preguntarán qué es lo que nos ha reunido en torno a esta mesa.

—Pues sí. Yo me lo he preguntado —dijo con cierta insolencia Gruner—. No estoy acostumbrado a compartir mantel con gente de menos categoría. —Y miró con desprecio a Rick y a su tía.

Lord Bradbury enarcó una ceja ante el comentario del alemán. Trinchó un poco de faisán, se lo sirvió y continuó con su alocución:

—Verán. Como algunos de ustedes ya conocen, mi holgada posición financiera me permite disponer de demasiado tiempo libre. Sin embargo, lo que cualquiera consideraría un privilegio, a mí me supone una tortura. La soledad es algo terrible. Mi mujer perdió la razón hace tiempo y vive recluida en un manicomio, y mi único hijo es un necio que malgasta su vida y mi dinero viajando por Europa en compañía de sus amigos. Así pues, mi compañía se reduce al personal de servicio que mantiene aseada mi hacienda, a mis perros, y a mi mayordomo John, que me cuida y me mueve de un lado a otro para evitar que me confundan con un mueble. Terrible, como digo...

—Dio un trago hasta apurar su copa—. No puedo cazar, las grandes inversiones ya apenas me satisfacen... Tanto dinero y tan inútil. Aun así, he aprendido a sobrellevarlo, ¡qué remedio!, y la verdad, debo dar gracias a las dos únicas aficiones que aún mantienen lúcido a este viejo inútil: la ciencia y las exploraciones. Imagino que conocerán de mi interés y de mi apoyo económico a las expediciones de Charles Darwin...

—Todo Londres conoce de su altruismo —intervino Daphne—. Y en cuanto a Darwin, ¿qué decir? ¡Es un hombre magnífico!

—Desde luego —confirmó Rick, quien al instante se mordió la lengua por lo inoportuno de su observación. Pocas personas debían de conocer a Charles Darwin en Inglaterra, y menos aún, un extranjero. Gruner lo advirtió.

—¿Conoce usted a ese excéntrico? —se extrañó el alemán.

—No, no me he explicado bien. Me refería a que, desde luego, la ciencia es un sostén y un motor del intelecto, cualquiera que sea la edad —intentó arreglarlo.

—Bien. Como iba diciendo —retomó su exposición Bradbury—, mi enorme afición por la ciencia ha encontrado un filón de entretenimiento con el advenimiento de la Gran Exposición Universal, lo que me ha llevado a involucrarme en la organización del Crystal Palace. Algo que, en mayor o menor medida, nos une a todos los presentes. De hecho, ya estoy trabajando, codo a codo, con sir Henry Cole, en la futura apertura de un museo de manufacturas en Marlborough House, en el que tendrán cabida los productos expuestos en el Crystal, una vez se clausure la exposición. Pero, perdón. No quiero aburrirles con mis planes. En fin. Si les soy sincero, la razón de su presencia en esta mesa obedece a que prefería conversar distendidamente sobre los últimos chismes de la Gran Exposición que hablar con un grupo de banqueros sobre los resultados financieros de mi empresa de municiones, o sobre la política de nuestro primer ministro, lord John Russell.

—Quizá sea aburrido, pero esos resultados son los que le permiten pagar banquetes como éste

—terció Gustav Gruner—. Y hablando de banquetes: se rumorea que «el gabinete de los 300» anda detrás de un gran bocado. ¿Sabe usted algo al respecto?

—Pues lo mismo que usted: que, en las altas esferas, todo el mundo habla de ellos, pero nadie sabe quiénes son. Lo cierto es que ni siquiera sé si ese gabinete que menciona realmente existe. —Eché mano a su copa de vino y la apuré—. Pero si existiera, sabiendo lo que cuentan sobre sus posibles miembros, Dios debería protegernos de ellos.

—Se rumorea que manejan en la sombra los destinos del mundo. Yo creo que...

—¡Ve! Justo esto es a lo que me refería. La gente empieza hablando del menú y termina discutiendo de política. Por favor. No abusemos de la indulgencia de nuestros invitados, hastiándolos con temas soporíferos. Hemos venido aquí a divertirnos, y ésa es la razón por la que me he sentado hoy con ustedes, en lugar de hacerlo con políticos malhumorados. Así pues, aunque sé que algunos ya se conocen, por favor, permítanme que haga los honores y les presente formalmente. A mi derecha, nuestro querido cónsul, Gustav Gruner, responsable de la seguridad de la Gran Exposición, que nos podrá hablar sobre sus progresos en esa materia. Frente a mí, mi entrañable amiga Hellen Hartford y su encantador sobrino, proveedores oficiales de los suministros florales que engalanarán los distintos stands. Ni que decir tiene que ambos están a la última, en cuanto a las novedades en la decoración de los pabellones. A mi izquierda, mi buen amigo James Ellis, quien baraja preparar el *catering* inaugural al que asistirá la mismísima reina Victoria. Y respecto a lady King... Bueno. Todo el mundo sabe que lady King no necesita hacer nada para ser bienvenida en cualquier mesa. —Rio, y tras brindar con borgoña por ella, se interesó por los distintos menús que James Ellis podría servir en el Crystal Palace.

Rick aprovechó para preguntar a Daphne Loveray qué era lo que le interesaba a ella.

—¡Buf! Demasiadas cosas —le contestó.

—¿Las flores, quizá?

—Contar. Me divierte contar cantidades.

—No comprendo.

—Sí. Jugar con los números. Por ejemplo, me entretendría contar el número de recipientes de cristal que hay en esta cena.

—¿Se refiere a los vasos que hay dispuestos sobre esta mesa?

—¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! Eso sería pan comido. Me refiero a todos los recipientes de cristal presentes en todas las mesas.

Rick supuso que Daphne bromeaba, pero la joven sonreía desafiante, como si quisiera que la pusieran a prueba. Gustav, atento, se giró hacia ella.

—Esto parece divertido. —Alzó la voz para que todos le oyeran—. Lady King asegura que es capaz de adivinar cuántos objetos de vidrio hay en el banquete. ¿Y cuántos objetos serían? ¿Cuatrocientos? ¿Quinientos? ¿Quizá quinientos cincuenta? —Sonrió con ironía.

—Unos pocos más —dijo ella.

—¿Seiscientos? —propuso lord Bradbury.

—Más aún.

—¿Pues cuántos, exactamente? —Se rascó Ellis las patillas.

Daphne echó un vistazo fugaz a la mesa y luego se giró para comprobar las de los demás comensales. No habían transcurrido tres segundos, cuando respondió:

—Exactamente, mil veinte recipientes.

Todos permanecieron estupefactos, sin saber si tomarla en serio o romper a reír. Gustav Gruner sacó una pequeña libreta acompañada de un lápiz, que dejó sobre la mesa.

—Apuesto diez libras a que nuestra querida Daphne nos está tomando el pelo.

—Señor Gruner. No se tome a pecho una simple broma entre comensales —terció James Ellis.

—No me gustan las bromas. ¡He dicho diez libras! — Y las sacó de su billetera para plantarlas frente a Lady King.

—Querido Gustav, sabe de sobra que no me gusta apostar. —La joven le devolvió las libras con una sonrisa.

—¡Ja! ¡Sabía que era un farol! —rio Gruner—. En cuanto las cosas se ponen serias, se acaban las tonterías femeninas. ¿Y usted, lord Bradbury? Sé que es un jugador empedernido. ¿No le apetece apostar?

—¡No, Dios me libre! Yo sólo apuesto a los caballos. Hacerlo contra mujeres es el peor negocio que uno podría emprender.

—Entonces, ¿nadie va a apoyar los desvaríos de lady King? —rio con suficiencia—. Lo imaginaba. Mucha amabilidad cuando se trata de galantear y poca valentía cuando hay en juego libras.

—Yo confío en ella —dijo Rick, y sacó diez libras que depositó sobre su servilleta.

Gustav Gruner enrojeció, no por la cantidad que pudiera perder, sino por el hecho de que quien le retara fuera Rick Hunter. Cogió los billetes y los contó uno por uno, como si no diera crédito a que el joven dispusiera de tal cifra.

—Bien. Ahí tiene su apuesta, Gruner. Y ahora, comprobemos el resultado —dijo lord Bradbury, que se giró hacia Daphne Loveray para que justificara su respuesta.

—Como quieran —dijo ella, concitando la atención de todos los presentes—. Bien. Si se molestan en comprobarlo, observarán que en este salón hay veintiocho mesas de seis servicios y diez mesas de ocho servicios, lo que suma un total de doscientos cuarenta y ocho servicios. Cada servicio consta de dos copas de vino y una de agua, de forma que...

—De forma que se ha equivocado en sus cuentas —la interrumpió Gruner, mientras terminaba de multiplicar en su libreta—. ¡Ajá! Doscientos cuarenta y ocho servicios, a tres copas por servicio son setecientos cuarenta y cuatro copas. —Y sin borrar su sonrisa triunfal, se inclinó para coger el dinero de Rick.

—No tan rápido —se lo impidió Daphne—. Yo he hablado de recipientes de cristal, no sólo de copas. Si me permite terminar, comprobarán que hay un salero por cada dos servicios, además de tres jarras de agua por mesa.

A Gruner se le heló la sonrisa. Se encajó otra vez su monóculo y garabateó nerviosamente en su libreta. Cada vez más alterado, repasó sus operaciones mientras mordisqueaba el lápiz.

—Pues lo siento, pero persiste en su error. —El alemán mostró la nueva suma a todos los presentes—. Treinta y ocho mesas dan como resultado ciento catorce jarras y ciento veinticuatro saleros que, sumado a las setecientos cuarenta y cuatro copas, harían un total de novecientos ochenta y dos recipientes. Como podrán apreciar, aún faltarían treinta y ocho para alcanzar la cifra que nos proporcionó Lady King. —E intentó levantarse para recoger las diez libras, pero Daphne se lo volvió a impedir.

Seguidamente, la joven sujetó una cuchara entre sus dedos y la hizo tintinear contra el jarrón de flores que adornaba el centro de la mesa.

—¿Lo oyen? De cristal. Al igual que los otros treinta y siete que adornan las restantes mesas. Sume, Gustav. Novecientos ochenta y dos más treinta y ocho. Mil veinte recipientes. —Y sin permitir que Gruner rechistara, se apoderó de los billetes con parsimonia y se los entregó a Rick para que se los guardara.

El resto de la cena transcurrió plácidamente, con continuas alusiones a los rumores sobre los constantes retrasos en los preparativos de la Gran Exposición, que un Gruner malhumorado se encargó de desmentir.

Rick apenas prestó atención a los chismes, porque sólo tenía ojos para la joven que permanecía sentada a su lado. No sabía el porqué, pero algo en su mirada le trasladaba a su antigua vida en Calcuta. Permaneció atento a sus delicados ademanes, a su sonrisa contagiosa y a la amabilidad que se desprendía de cada una de sus intervenciones. Y, sin embargo, su verdadero interés consistía en resolver la aparición de su nombre en la nota que encontró oculta en el fusil con el que intentaron matarle.

Necesitaba hablar más con ella, pero no sabía bien de qué. A la primera oportunidad, aprovechó para agradecerle su intervención con el cambio de alimentos y aduló su capacidad para las matemáticas.

—¿Cómo diablos lo hizo? No puedo creer que en tres segundos realizara todos esos cálculos.

—Ni yo tampoco —sonrió ella—. ¿Podrá guardarme el secreto? Estuve un buen rato fijándome durante el cóctel.

—En cualquier caso, su retentiva es prodigiosa.

—Bueno. Digamos que me acuerdo de lo que me interesa. —Volvió a reír.

Rick dudó mucho antes de preguntárselo, pero finalmente se decidió.

—Le ruego disculpe mi indiscreción. Si lo prefiere, no me responda, pero ¿por qué razón usa dos nombres? He escuchado que todos le llaman Daphne y, en cambio, en la tarjeta de la mesa aparece usted como lady Ashley King.

—Verá, Ashley es mi primer nombre y King, el apellido de mi marido. —Guardó silencio mientras su rostro se entristecía—. Pero me encantan que me llamen Daphne. Usted incluido. —Y volvió a sonreír.

\* \* \*

Tras los postres, las mujeres pasaron al salón de baile para permitir que los hombres prolongaran la sobremesa y pudieran encender sus cigarrros. Gruner sacó su pitillera, ofreció uno a Bradbury y otro a Ellis. A Rick ni le miró.

—¿Usted no fuma? —le preguntó Bradbury a Rick—. Tenga. Coja el mío. —Y se lo lanzó para que lo atrapara—. A mi edad hay que prescindir de ciertos vicios si se quieren mantener otros. —Y se apoderó de la copa de borgoña para apurarla mientras dirigía su atención hacia el salón donde se congregaban las señoras.

Rick usó una vela para encender su cigarro y le dio una calada. Por lo general, nunca fumaba, pero lo hizo para darle en las narices a Gruner. El alemán lo advirtió.

—Verá, Rick. Antes, nuestro estimado anfitrión nos ha recordado los distintos vínculos que mantenemos con el Crystal Palace, pero por la conversación mantenida durante la cena, deduzco que, en realidad, usted es un simple ayudante de su tía. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Acierta usted, del mismo modo que lo hago yo al deducir que usted es un simple desconsiderado. —No estaba dispuesto a dejarse avasallar, por muy cónsul que fuese Gruner.

—Ayudar no es ninguna deshonra —terció Bradbury—. Además, el señor Hunter me ha conseguido un fotógrafo al que pretendo contratar para que immortalice los distintos stands. Tenga, muchacho. Mi tarjeta. —Le entregó a Rick un cartoncito en el que se leía su título y dirección—. Dígale a su fotógrafo que acuda el domingo a la hora del té para ultimar los detalles.

Y acompáñele si lo desea. Me gustaría que empezara a tomar fotos de los pabellones cuanto antes, y si sus quehaceres se lo permiten, usted podría orientarle.

No habían consumido sus segundos cigarros cuando de repente aparecieron Daphne Loveray y Hellen Hartford cogidas por el brazo, compartiendo sonrisas.

—Dirán que será impropio de señoras cultivadas, pero ya es hora de que acaben con su cháchara y nos atiendan debidamente —dijo la viuda con un regocijo que Rick jamás había visto en ella antes. Imaginó que estaba achispada. Daphne sonreía como si también lo estuviera.

—¡Lord Bradbury! Esto no es un club donde los hombres juegan al billar y fingen leer. ¡Las mujeres reclaman su presencia! —añadió Daphne Loveray.

—Pues entonces no las hagamos esperar —repuso el anfitrión, y dio dos palmadas para que su mayordomo empujara la silla en la que acababa de sentarse y le condujese hasta el salón de baile.

Con los primeros compases de la orquesta, los caballeros se apresuraron a sacar a las damas a la pista. Rick permaneció sentado junto a la viuda Hartford, mientras observaba cómo Gruner pedía un baile a Daphne Loveray. Cuando la joven le correspondió, sintió que los celos le punzaban la boca del estómago. Su rostro le delató.

—¿Y esa cara, sobrino? ¿Acaso no te gustan los valeses? —le preguntó la viuda.

—¡Oh! ¡Desde luego! —respondió Rick, a quien la melodía no le importaba un penique—. Simplemente, me preguntaba si el marido de lady King aprobaría que su esposa bailara con un enano. —Y señaló la ridícula estatura de Gruner, pese a sus impecables botas de tacón.

—¿Su marido, Gideon King? ¡Por favor! Desde que se casó con Daphne, ese hombre sólo tiene ojos para sus caballos y sus pinturas. No está bien que yo lo diga, pero hasta dudo que le gusten las mujeres.

Rick volvió a contemplar cómo Daphne se deslizaba por la pista de la mano de un hombre diez pulgadas más bajo y veinte años mayor que ella. Mientras danzaban, creyó advertir que, bajo la aparente amabilidad con la que Daphne correspondía a Gruner, se ocultaba un mohín de rechazo. A pesar de todo, las normas de cortesía impedían a una mujer declinar la petición de baile de un caballero. Por esa razón, cuando concluía la tercera pieza, Rick se dirigió hacia ellos.

—Si me permite este baile —dijo Rick a Daphne, aún del brazo de Gustav Gruner.

—Pero ¿cómo se atreve? ¿Acaso no ve que está bailando conmigo? —respondió el alemán, atrayendo a Daphne hacia sí.

—Precisamente por eso —respondió Rick.

—¿Pero con qué derecho se ha creído...? Por Dios, mírese. Si sólo es un pobre diablo.

—¿Y usted quién es para aferrar así a una mujer? Si conociera las reglas de educación británicas, sabría que es reprobable bailar más de tres piezas seguidas con la misma pareja.

Si la mirada de Gruner hubiera podido matar, Rick habría caído fulminado.

—¡Ya está bien! —intervino Daphne Loveray—. ¿Imaginan que esto es un mercadeo? —Se zafó de la mano de Gustav Gruner—. ¡Señor Gruner, gracias por su compañía! ¡Y, señor Hunter, gracias por su invitación! Y ahora, si me disculpan, ¡lo único que deseo es tomarme un descanso lejos de dos machos furibundos! —Y abandonó a los dos hombres, dejándoles uno frente al otro.

Rick retó a Gustav con la mirada, pero éste se limitó a sonreír.

—¿Acaso cree que usted le interesa? —dijo el alemán con suficiencia—. ¡Pero qué poco conoce a esa mujer! —Y se retiró, plantando a Rick en medio de la pista.

\* \* \*



Rick miró su reloj. Marcaba las diez en punto, y los invitados continuaban bailando como si fuese el último día de sus vidas. Suspiró, aburrido. No conocía a nadie. Observó a la viuda Hartford, entretenida hablando con lord Bradbury, sin intención de que la lengua le flojeara. Imaginó que le tocaría esperar a que la celebración concluyera, rodeado de caballeros atildados y mujeres presumidas. Cogió una copa de ginebra y salió a una terraza. Desde su balaustrada contempló los jardines de Cremorne, repletos de diversión y de vida. Bajo sus árboles se distinguían las parejas que paseaban entre risas en dirección al templete de la orquesta. En aquel instante, una miríada de fuegos artificiales estalló sobre el firmamento, derramando una catarata de colores. Se admiraba con el espectáculo, cuando alguien le tocó por la espalda.

—¿Se aburre dentro?

Rick se dio la vuelta para darse de bruces con la figura de Daphne Loveray. Sorprendido, dejó la copa e intentó esbozar una sonrisa.

—No. Simplemente, quería tomar el aire. Hace una noche preciosa.

—Pues yo no aguantaba más esa horrible música. —Se apoyó sobre la balaustrada—. En fin... Antes fui demasiado severa con usted. Sé que sólo pretendía librarme de ese estúpido engreído, así que quería disculparme. Lo siento, pero es que Gustav Gruner siempre consigue enervarme.

—No tiene por qué excusarse. Yo fui demasiado impulsivo.

—Es increíble, ¿verdad? —Miró el cielo salpicado por las explosiones de colores.

—Sí que lo es. Y mire a la gente. —Señaló a los que marchaban por los jardines, hacia el templete—. Ésos sí que se divierten.

—¡Pues vayamos con ellos! —rio Daphne Loveray.

A Rick le sorprendió la propuesta, y más aún cuando la joven le agarró del brazo y tiró de él escaleras abajo, en dirección a los jardines de Cremorne.

\* \* \*

Mientras se confundían con la riada de visitantes que cantaban y bailaban, Rick agradeció a Daphne que le hubiera liberado de aquella fiesta de estirados.

—He de confesarle que no fue algo desinteresado —le respondió ella, con una repentina seriedad que preocupó a Rick.

—¡Ah! ¿No? —Se alertó.

—Claro que no. Recuerde que le hice ganar diez libras. ¡Por lo menos me debe la mitad! —Y rompió a reír, mostrando su maravillosa dentadura.

Rick también rio.

Sin saber por qué, se dejó llevar por la espontaneidad de aquella mujer que le conducía en volandas hacia el templete desde el que una orquestina interpretaba unas animadas polkas. Cuando llegaron, ella le arrastró al torrente de parejas que danzaban alrededor del templete mientras reían y brindaban. Rick la abrazó y sintió como si, de nuevo, regresara a él la felicidad perdida.

Disfrutaron de polkas y mazurcas, y danzaron y bebieron en los puestos ambulantes que rodeaban la pista de baile hasta que, exhaustos, se derrumbaron sobre uno de los bancos de madera que salpicaban los senderos.

—¡No puedo más! —rio ella.

—Yo tampoco —mintió Rick. Habría continuado pegado a su rostro toda la noche.

De repente se les acercó un hombre que tiraba de un extraño carro colorido.

—¿Una foto, señores? Por sólo media libra obtendrán un recuerdo imborrable —les propuso

con una sonrisa encantadora.

—No, gracias —dijo ella.

—¿Por qué no? —repuso Rick, y pagó al hombre la cifra.

—De acuerdo. ¿Por qué no? —sonrió Daphne.

El fotógrafo lo preparó todo y cuando se disponía a accionar la cámara, pidió a la pareja que aproximara sus caras.

—¡Perfecta! Estará lista en media hora —les señaló—. Tenga el resguardo. Podrán recogerla junto al templete de la música.

Cuando el hombre desapareció con el carro, Rick se volvió hacia Daphne. Aún permanecía sofocada por el baile. La contempló mientras cerraba los ojos para recuperar el aliento. Tenía las mejillas encendidas y su pecho se elevaba a cada inspiración, ajustándose contra su vestido. Su imagen le pareció irreal. Quizá fuera el efecto de la bebida combinada con el ejercicio, pero apenas si sentía el frío que comenzaba a apoderarse del recinto. De repente, ella abrió los párpados y fijó su mirada en la de Rick. Él advirtió que el azul de sus ojos le atravesaba. No supo cómo reaccionar hasta que ella se acercó a él y rozó sus labios con los suyos. Luego se apartó, como si se arrepintiera de cometer un delito.

—Lo siento —dijo ella—. A veces yo...

Inesperadamente, acudió a su rostro un terrible gesto de dolor.

—¡Daphne! ¿Qué le sucede? —Rick la abrazó mientras la joven se doblaba sobre su cintura—. ¡Daphne! —gritó.

Por toda respuesta, la mujer se aferró a Rick y en un susurro, le pidió que la llevara junto a Bradbury.

—Él sabrá qué hacer —suspiró, antes de perder la consciencia.

De inmediato Rick la cogió en brazos y, sorteando a cuantos le impedían el paso, corrió como un desesperado en dirección a Ashburnham House.

Encontró a lord Bradbury en un salón privado, reunido con la viuda Hartford. Cuando entró con Daphne, inerte en sus brazos, la viuda gritó y el hombre palideció.

—¡Por Dios, ayúdenla! No sé qué le ha ocurrido. —Rick corrió a un sofá y la depositó con la mayor de las delicadezas.

De inmediato, lord Bradbury llamó al servicio y ordenó que la trasladaran a un dormitorio.

—¿No necesita un médico? —preguntó Rick.

—No —dijo Bradbury con gesto circunspecto—. Ya me encargo yo de ella.

## Capítulo 16

En los días siguientes a la fiesta, Rick no dejó de pensar en Daphne Loveray. Se preguntó cómo se encontraría de salud y en qué momento volvería a verla. Regresó la lluvia a Londres y con ella, su consternación. Pese a la inesperada alegría que el sol de Cremorne había infundido en su ánimo, los rayos del astro se habían revelado tan efímeros como los labios de la joven.

No lograba apartarla de su pensamiento, y lo que era peor aún: tampoco alcanzaba a imaginar la relación que Daphne podría mantener con los hombres que la perseguían.

Ignoraba la causa de su desazón. Apenas la conocía. Era una locura, pero cada vez que la imaginaba, algo en su interior se removía y, por instantes, sin pretenderlo, se trasladaba a la India, a los tiempos en los que disfrutó de la felicidad.

Una mañana, la viuda Hartford volvió a insistirle para que se instalara definitivamente en la floristería. Rick le había dado largas, pero la mujer quería que pernoctara cada noche en la caseta de Gus, en lugar de hacerlo de forma esporádica. Finalmente, Rick accedió y, al término de su jornada, subió al coche de punto contratado por la viuda Hartford para hacer frente al traslado del resto de sus enseres. Antes de partir, había inspeccionado a fondo la caseta, encontrando suficientes recovecos como para esconder un arsenal. Respiró satisfecho. Cuando llegara a la barcaza, disimularía el fusil entre las pertenencias que aún mantenía allí, para trasladarlo a su nueva vivienda.

Anochece cuando el carruaje se detuvo frente a la barcaza, en el muelle de Westbourne. Rick descendió y le pidió al cochero que aguardara, pero al acceder por la pasarela, advirtió con estupor que el nudo de proa estaba deshecho.

De inmediato miró a su alrededor. No se distinguía un alma. Se acercó lentamente a la portezuela y comprobó que el candado había sido violentado. Lentamente, su mano buscó el puñal que ocultaba en su bota, lo aferró y abrió la puerta con precaución. El interior era absoluta oscuridad. Buscó a tientas el fanal, pero no lo encontró. Encendió una cerilla y avanzó lentamente entre el caos de enseres destrozados. De repente algo cayó sobre él, golpeándole en la cabeza. Con el corazón en la boca, Rick asestó una puñalada al aire, para advertir, al instante, que se trataba de una tabla podrida que se había desprendido de la techumbre. Tomó aire y continuó. Desde luego, quienesquiera que hubieran asaltado la barcaza, habían hecho bien su trabajo. El colchón aparecía despanzurrado como las entrañas de un cordero, la mesa volcada, los cajones vaciados y la ropa por los suelos. Sin pensarlo, corrió hacia el escondrijo en el que había ocultado sus ahorros. A primera vista, parecía intacto. Levantó una tablilla y suspiró aliviado. Hasta el último billete continuaba allí. Desgraciadamente, el fusil que había ocultado bajo la cama se había esfumado.

Se maldijo una y otra vez por no haberlo escondido mejor. Cuando encontró el fanal, lo encendió. Enseguida dejó las lamentaciones a un lado y recogió lo que consideró aprovechable: algo de ropa, material de aseo, botas y zapatos. Luego salió de la barcaza para trasladarlo al coche de punto. No había caminado cuatro pasos, cuando, de repente, escuchó una voz entre la

bruma.

—¡Eh! ¡Señor! ¡Aquí, señor! ¡Soy yo! ¡Venga! —escuchó un susurro procedente de un callejón velado.

Rick sospechó de una emboscada. Se disponía a empuñar su cuchillo, cuando el rostro de un mozalbete pecoso apareció en medio de la niebla.

—Señor, ¿no se acuerda de mí? Soy el jefe de la pandilla.

—¡Diablos! Pero si eres el pelirrojo del tirachinas. ¿Qué haces aquí?

—Verá, señor, estuvimos vigilando como nos ordenó. Hace un par de días me quedé a fumar unos cigarros con Bernie, uno de los muchachos de la pandilla. Su padrastro le había pegado una paliza, así que nos entretuvimos planeando una venganza. Al final, Bernie se negó a regresar a su casa y nos quedamos dormidos ahí al lado, cerca de la barcaza, hasta que un ruido nos despertó de madrugada. Fue entonces cuando les vimos —le explicó.

—¿Los visteis? ¿A quiénes?

—Míre, señor. Ésta es una información valiosa... —Se escupió en la mano con fuerza y la extendió en busca de una recompensa.

Rick sacó una moneda de medio chelín, le escupió más fuerte aún y se la guardó de nuevo, con escupitajo y todo.

—Y la tendrás si lo que me cuentas merece la pena.

El mozalbete torció la boca, pero no porfió.

—No sé qué hora sería, pero la luna estaba bien alta. Eran dos tipos, y le aseguro que no eran de por aquí. A esas horas, por el muelle sólo aparecen otra clase de canallas... —Su rostro infantil se endureció—. Estuvieron un rato merodeando la barca. Luego entraron, se escucharon ruidos y al rato salieron y desaparecieron.

—¡Caramba! —La preocupación se apoderó de Rick—. ¿Podrías describirme a esos hombres?

—Estaba muy oscuro, llevaban sombrero y apenas si se distinguían sus rostros.

Rick asintió. Quizá no fueran más que un par de merodeadores, o quizá no. No parecía que el muchacho mintiera. Le dio la moneda y le agradeció sus servicios. El crío mordió el medio chelín para comprobar su autenticidad, se lo guardó y se dio la vuelta para marcharse. Sin embargo, tras varios pasos se detuvo y se dirigió de nuevo a Rick:

—¡Ah! Por si le sirve de algo, uno de ellos tenía acento extranjero. No como el suyo. Más extranjero. —Y desapareció entre la bruma.

\* \* \*

Con el paso de los días, Rick volvió a sumergirse en un Londres gris y embrutecido, donde la ginebra barata corría por las venas de los desahuciados y la miseria sólo desaparecía cuando cerraba los ojos para no verla. Ésa era la ciudad enfangada por la que deambulaba cada noche, después de acompañar a la viuda Hartford a su vivienda. El momento en el que bebía para olvidar sus penas.

De vuelta a la floristería, se encerraba en la caseta y, ayudado por un vaso de ginebra, se tumbaba sobre el jergón para contemplar las vigas del techo hasta que en ellas aparecía flotando la orquestina del templo de Cremorne, la melodía de las mazurcas y el beso que Daphne le regaló antes de que se indispusiera.

Durante años creyó que jamás volvería a sentir aquel extraño cosquilleo. Tras su regreso a Inglaterra, las mujeres habían desfilado por su vida como estrellas fugaces, iluminándole un

instante para luego dejarle sumido en una oscuridad desoladora. Pero Daphne, no sabía por qué, le había devuelto un débil halo de esperanza. Por esa razón bebía. Por los recuerdos que le provocaba y porque ignoraba si volvería a verla y abrazarla.

Desde la noche de Cremorne, no había vuelto a saber nada de ella, y así continuó hasta el día en el que acompañó a Memento al domicilio de lord Bradbury, para discutir los términos de su contratación como fotógrafo.

Siguiendo las indicaciones de la viuda Hartford, localizaron su residencia en un viejo palacio ubicado en los alrededores de Greenwich. Allí les recibió un mayordomo que les condujo hasta una biblioteca en la que se exhibían más armas y cabezas de ciervos que libros. Cuando apareció lord Bradbury, Rick y su amigo le cumplieron y atendieron sus indicaciones sobre los pabellones que debían fotografiar. El anciano les mostró su especial interés por el estand en el que se exponían los últimos adelantos en la fabricación de municiones. En el transcurso de la conversación, Bradbury mencionó la necesidad de que acudieran al Crystal Palace los días feriados, por estar menos concurrido, y les proporcionó dos acreditaciones con las que podrían acceder al recinto sin que los vigilantes se opusieran. Tras acordar los honorarios, Rick se interesó por el estado de Daphne Loveray. Bradbury le respondió que, ocasionalmente, la joven sufría intensos dolores pasajeros, de los que desconocía su origen.

—Quizá ni ella misma lo sepa —había añadido, para, a renglón seguido, aventurar que, presumiblemente, se estaría recuperando en la mansión que su marido, lord King, poseía en la campiña.

Los días transcurrieron lentos, sin volver a saber de ella. Intentó distraerse trabajando aún más en la floristería. Durante las mañanas, además de limpiar y atender los desperfectos del invernadero, preparaba pedidos y realizaba repartos que le llevaban a recorrer Londres de punta a punta. Con cada jornada, recibía nuevas responsabilidades que le mantenían entretenido, y los pocos momentos de ocio de los que disponía, los empleaba en leer a escondidas un tratado titulado *El lenguaje de las flores*, escrito por un tal Robert Tyas, que había comprado en una asociación de horticultura.

Estudiar aquel volumen le hizo recordar sus años mozos, cuando asistía diariamente a la universidad para cursar la carrera de naturalista. Lo leyó con avidez. Cuando lo terminó, quedó tan impresionado que adquirió otro de igual título, pero escrito por una mujer francesa llamada Charlotte de Latour, quien, según el librero que se lo vendió, se inspiró en las cartas que redactó lady Mary Wortley Montagu durante el tiempo que vivió junto a su marido en Turquía, lugar en el que este último ejercía de embajador.

Descubrió que, según Montagu, el origen del lenguaje de las flores se remontaba a la época de los grandes sultanes otomanos, tal y como le había contado Penny, pero que ya en aquel entonces, el empleo de ramos para transmitir mensajes desde el interior de los harenes no se basaba en las cualidades de las flores, sino en las correspondencias que pudieran establecerse a partir de sus nombres con significados que rimasen. Por tal razón, Latour modificó el lenguaje para adaptarlo a las costumbres europeas.

Mientras avanzaba en la lectura, averiguó cómo la acacia representaba «un amor secreto»; la lavanda, «la desconfianza»; el almendro, «la indiscreción», o el jacinto, «un dolor extremo». En cambio, en un mismo ramo, la combinación de flores, de sus colores y su disposición, alteraba el significado de tal forma que se necesitaba un conocimiento experto para lograr descifrarlo.

Durante días devoró aquellas páginas y cuantos libros pudo encontrar en otras librerías, hasta completar una colección de nueve volúmenes. Leer le absorbía y le mantenía apartado de la

ginebra. Pese a ello, cuando a última hora el sueño le vencía, a su pensamiento acudía irremediamente el beso de Daphne Loveray.

Una mañana, a la vuelta de un reparto, Rick encontró a Penny sentada sobre un poyete y con las manos en la cabeza. Cuando le alzó la cara, comprobó que su rostro estaba cubierto de lágrimas. Arriba, en el despacho, se escuchaban gritos y lamentos.

—¿Qué ha sucedido? —trató de consolarla.

Penny apenas si acertó a responder.

—Un terrible incendio. El fuego ha devorado los invernaderos de Surrey —dijo entre gimoteos—. Estamos arruinados.

Rick le prestó su pañuelo y ascendió a toda velocidad por las escaleras que comunicaban con el despacho. Cuando abrió la puerta, se topó con la viuda Hartford recostada en el sofá, con la cabeza hundida sobre un cojín, sollozando. Rick acudió a su lado e intentó reconfortarla, pero la mujer no encontraba consuelo.

—¡Es una tragedia! —dijo entre lloros—. Ha ardido todo. —La mujer le confió que un sirviente de lord Bradbury le había dado el aviso. Al parecer, la noche anterior se había desatado un incendio en sus plantaciones que lo había arrasado todo—. ¡Decenas de heridos! ¡Me han dicho que, hasta Jimmy, el hijo de uno de los mozos, ha quedado abrasado! —añadió, sin dejar de gemir.

Rick no supo qué decir. Ignoraba las consecuencias que pudiera acarrear aquel suceso.

—Si puedo ayudar en algo... —se ofreció.

—¡Dios mío! ¡Pobre gente! No sé qué haré ahora. No sé si tendré que cerrar o si... —Se tapó los ojos y rompió a llorar de nuevo.

Rick se acercó al lugar donde la mujer guardaba el whisky y le sirvió una copa, que Hellen ingirió como si fuera agua. Al cuarto sorbo, se apaciguó.

—¿Mejor?

—¿Y qué haré? Debería acudir a Surrey de inmediato, pero con todo el trabajo pendiente aquí, los pedidos del Crystal Palace, los encargos de ramos, los proveedores... Antes, cuando alguna vez me ausentaba, Gus se encargaba de todo, pero ahora no me quedará más remedio que cerrar la tienda.

—Ya. Si desea que la acompañe a Surrey, yo no tendría inconveniente.

—Gracias, Rick. Te lo agradezco de veras. Ha sido una suerte que Dios te pusiera en mi camino, pero aún no sé lo que haré. Lord Bradbury se ha brindado a acompañarme. Posee una casona cerca de Surrey y me ha ofrecido alojamiento en el caso de que me desplace.

—Parece una buena opción.

—Sí, pero ¿y el negocio? Si cierro la floristería, defraudaría al Crystal Palace y perderíamos clientes.

—Yo no me preocuparía tanto. Imagino que, si lord Bradbury le ha ofrecido su casa, es porque, dadas las circunstancias, en estos momentos considera los suministros al Crystal Palace como algo secundario. Al fin y al cabo, fue él quien le facilitó el contrato.

—Tal vez estés en lo cierto, pero es que no quiero decepcionarle. Él es el responsable ante los expositores. Él apostó por mi negocio y no puedo pagarle ahora así, dejándole tirado a pocas fechas de la inauguración. —Se enjugó las lágrimas—. Si Gus estuviera aquí...

—¿Y Penny? ¿No puede hacerse cargo ella, por unos días?

—¿Penny...? ¡Por favor! ¿Tú la has visto? Penny es dura trabajando, pero no sabe ni contar hasta siete. No. Penny no podría, pero... —Miró a Rick durante unos segundos—... Pero tú... Quizá tú si pudieras.

Rick enarcó una ceja. De repente, como caída del cielo, se abría ante él la posibilidad de escudriñar hasta en el último rincón del negocio, sin que nadie se interpusiera. Jamás habría imaginado una oportunidad similar. Y el primer paso para aprovecharla consistiría en hacerse de rogar.

—Le agradezco su ofrecimiento, de verdad. Pero, aunque pudiera encargarme de organizar los pedidos y confeccionar los envíos, e incluso acometer los repartos porque ya conozco a los cocheros, hay mil cosas que aún desconozco. No tengo práctica en la confección de ramos, ni sé cómo adornarlos, ni...

—Pero de eso podría encargarse Penny —argumentó Hellen.

—Ya. Pero usted no me conoce de nada. No sé. Podría fallarle. O robarle...

—Mira, hijo. No soy una confiada. Dejaré el despacho cerrado. Además, si hubieras querido robarme, ya lo habrías hecho cuando aquellos hombres me asaltaron. En cambio, arriesgaste tu vida y me devolviste mi dinero. No, muchacho. Tú jamás harías nada que pudiera perjudicarme. Puedo verlo en tus ojos.

Rick asintió.

Cuando bajó las escaleras con el encargo de regentar por unos días el negocio Pasión de Oriente, no pudo evitar cierto regusto de amargura. Desde luego, dispondría de tiempo para revolver hasta debajo de las baldosas, pero en su interior se despreció por haber engañado a la viuda.

Aquella misma noche, la viuda Hartford hizo el equipaje y partió en dirección a Surrey. Atrás quedaron los consejos y el listado de tareas que debería atender Rick durante su ausencia, junto a una desconcertada Penny, quien, no obstante, aseguró a la viuda que ayudaría a su sobrino en todo lo que le pidiera.

Rick no aguardó a que amaneciera. Nada más quedarse solo, subió al despacho, usó la copia de la llave que le proporcionó Memento y corrió hacia el cajón del escritorio en el que la viuda escondía su cuaderno secreto. Tras forzar la cerradura, buscó en el doble fondo con avidez, pero lo encontró vacío. Miró en los otros cajones. Nada. Golpeó la mesa y se maldijo por su candidez. Debería haber imaginado que la viuda se lo habría llevado consigo.

Por la mañana aprovechó que debía entregar unos pedidos en el distrito de Lambeth para acercarse al correccional de Southwark y visitar a su amigo Memento. Desafortunadamente, éste había salido temprano sin que el guarda supiera darle razón de su paradero. Agradeció la información al vigilante, le dejó el recado de la visita y continuó con el reparto.

Tras cruzar el Támesis, se acercó hasta una vivienda de Kensington perteneciente a Mary Aldridge, una cliente habitual de la floristería. Le atendió una mujer atildada, pulcramente vestida, que después de coger el ramo se interesó por el incendio.

—Es que esta mañana se lo comentó a mi criada un pariente suyo que vino de Surrey. Por lo visto, ha sido pavoroso. ¿No es ahí donde tiene Hellen los viveros?

Rick le confirmó que un incendio había afectado a las propiedades de su tía, y que ella en persona se había desplazado a Surrey para comprobar los destrozos.

—No puedo decirle mucho más —añadió Rick—. ¡Ojalá hayan sido escasos!

—¡Ojalá, ojalá! Vaya, vaya... De modo que su sobrino. No sabía que la viuda tuviera parientes en Londres.

—Pues así es. Llegué de América hace poco y me he incorporado al negocio.

—¡De América...! ¡Qué lejos! Bueno, pues como te decía, el pariente de mi criada le ha asegurado que ardió todo como una pira y no quedó un ladrillo sano. También leímos que murió

Gus. Desde luego, no sé cómo vais a arreglaros. Ni que os hubieran echado mal de ojo.

—Ya. Imagino que cuando regrese mi tía, se ocupará de todo. Por ahora, y hasta que vuelva, Penny y yo estaremos al cargo.

—Pero ¡qué me dices! Penny, la Dientes, ¿todavía trabaja en la floristería? ¡No puedo creerlo! —Se santiguó—. Esa mujer no es de fiar y deberíais tener cuidado con ella. Cuando nos enteramos de que tu tía iba a contratarla, se lo advertimos, pero Hellen Hartford nunca admitió un consejo.

Rick dejó de contemporizar y prestó atención a la mujer, que parecía ávida por revelarle lo que sabía.

—¿Qué sucede con Penny? —se hizo el sorprendido.

—¿De verdad no te lo han dicho? Vamos a ver... No es que yo lo asegure, ¡Dios me libre!, pero todo el mundo en el barrio sabe a qué se dedicaba la Dientes antes de entrar en la floristería. —Miró a un lado y a otro, como si le fuera a confiar un secreto—. Incluso si pasas por El Ciervo Rojo, estoy convencida de que cualquier cliente podría recitarte hasta el número de lunares que oculta bajo las enaguas.

La mujer añadió que Hellen Hartford se apiadó de ella cuando Penny le prometió que jamás volvería a las andadas, pero eran varios vecinos los que habían vuelto a verla frecuentando El Ciervo Rojo a altas horas de la madrugada.

Rick salió de Kensington con una nueva preocupación sobre sus espaldas, no tanto por la profesión que ejerciera Penny en su tiempo libre, lo cual le traía sin cuidado, sino por las amistades que pudiera haber cultivado durante sus andanzas.

A mediodía se detuvo a comer en una taberna donde servían salchichas y cerveza tibia. Mientras daba cuenta del menú, se planteó comentarle a Penny el rumor que le había trasladado Mary Aldridge, pero enseguida desechó la idea. La dependienta negaría cualquier acusación y además despertaría su encono, de modo que decidió silenciar el asunto y vigilar el comportamiento de la Dientes, sin alertarla.

Por la tarde acudió al Crystal Palace para acreditarse. El guardián que le atendió le condujo hasta el encargado de los jardines, un hombrecillo picado de viruela que le indicó el almacén en el que debería depositar los pedidos y las zanjas previstas para las plantaciones pendientes. Finalmente, tuvo ocasión de acceder al interior del recinto y comprobar por sí mismo los avances de la exposición.

Nada más entrar, lo que vio le asombró. A menos de dos meses para la inauguración, los distintos pabellones parecían haber sufrido un terremoto, con miles de cajas repletas de mercancías desperdigadas por el entarimado y centenares de empleados afanados en ordenarlas. Por lo visto, los rumores sobre graves retrasos, que Gustav Gruner se había encargado de desmentir, eran reales.

Pensar en las demoras le hizo comprobar su reloj. Marcaba las seis y cuarto. Si pretendía estar de vuelta en la floristería antes de la hora del cierre, debía emprender el regreso. Pero antes, debía acometer el verdadero asunto que le había conducido hasta el Crystal Palace: comprobar la jaula donde había aparecido Gus devorado.

Dejó atrás el transepto y avanzó por el corredor occidental hasta alcanzar la puerta de entrada de mercancías, salió al recinto exterior y se dirigió hasta la «casa de vapor». Por fortuna, el carro de las fieras seguía aparcado en el mismo lugar, aunque tapado con una lona. Se acercó. Mientras simulaba apartar unas cajas, comprobó que las jaulas estaban vacías. Luego buscó la manera de acceder a la trampilla situada en el techo, advirtiendo que sólo se podía subir mediante una escala



de mano conectada a la pasarela que discurría por encima de las jaulas. Lo intentó, pero le resultó dificultoso. La escala era estrecha y se movía. Para ascender, hubo de emplearse a fondo. Alcanzó la pasarela y caminó sobre ella hasta llegar a la trampilla. No tuvo necesidad de abrirla. Su tamaño era tan angosto que para que una persona se precipitase al interior de la jaula habría que meterla a empujones. Además, había otro detalle: cuando Gus desapareció, tenía una mano quebrada. Jamás habría conseguido ascender por aquellas escaleras.

\* \* \*

Para cuando llegó a la floristería, ya había anochecido. Se despidió del cochero y miró a ambos lados de la calle. No se veía un alma. Al intentar entrar en el negocio, encontró la puerta atrancada por dentro, pero había luz en el interior. Le extrañó. Tocó la campanilla, pero nadie le abrió. Dio un rodeo y accedió a la tienda a través de la caseta de Gus, imaginando que hallaría a Penny ocupada en el invernadero. No obstante, conforme se acercaba a la sala de ventas, distinguió la figura de la empleada, sentada en torno a una taza de té y charlando animadamente con un desconocido. Rick se alertó. Sin embargo, al aproximarse, advirtió con asombro que quien la acompañaba era su amigo Memento.

Tras superar la sorpresa, Rick carraspeó y la pareja dio un respingo al unísono.

—¡Caramba, Rick! ¡Por fin apareces! —dijo Memento con la alegría de un chiquillo—. Precisamente hablábamos de ti. Siéntate y toma una taza con nosotros.

Rick observó cómo el rostro de Penny también rebosaba de entusiasmo. Aún perplejo por la presencia de su amigo, tomó asiento y se sirvió un té. Cuando lo probó estaba frío, lo cual significaba que la pareja llevaba bastante tiempo junta. Rezó para que su amigo no se hubiera ido de la lengua.

—Me dijeron en Southwark que fuiste a visitarme y supuse que sería importante, así que me acerqué a la floristería —se justificó Memento, sin perder la sonrisa—. Penny me aseguró que podía esperarte, pero de saber que ibas a tardar tanto, habría vuelto otro día.

—¿Y de qué habéis estado hablando? —Rick se temió lo peor.

—¡Bah! De cosas sin importancia. De nosotros, de Londres, de mi profesión de fotógrafo... Por cierto, ¿sabías que a Penny la fotografiaron una vez?

Rick recordó El Ciervo Rojo y prefirió no pensar en qué circunstancias le habrían tomado aquellas fotografías.

—Tu amigo Memento es muy entretenido —rio Penny, dejando ver sus dientes de caballo—. Incluso se ha ofrecido a que le sirva de modelo. Y yo, por supuesto, le he contestado que puede hacerme todos los retratos que quiera.

—A cambio de tus famosos bollos de carne —terció Memento, entre risas.

Rick los contempló con desasosiego. «Tu amigo Memento...». Memento ya había mencionado que eran amigos. ¿Qué más le habría contado? Le preguntó a Penny si había regado las orquídeas.

—¡Oh! No mencionaste nada sobre las orquídeas —se sorprendió ella.

—¡Vaya! Pues lo olvidaría. Por favor, échales un poco de agua mientras yo apunto las ventas de la jornada.

Nada más desaparecer, Rick se volvió hacia Memento con cara de pocos amigos. De buena gana lo habría cogido por la pechera.

—¿Pero se puede saber qué diablos has venido a hacer aquí? ¿Es que quieres que me descubran?

—¡Eh! ¡Para el carro! —Se levantó, ofendido—. Recuerda que fuiste tú quien fue al correccional a buscarme. Supuse que sería urgente. Vengo tan rápido como puedo, ¿y así es cómo me lo agradeces?

Rick apretó la mandíbula. Memento era su amigo, pero un amigo al que había que vigilar de cerca. Intentó calmarse para reconducir la situación.

—Disculpa. Me acerqué a Southwark porque pensé que quizá hubieras averiguado algo sobre las direcciones que te suministré. Pero lo que no esperaba era que vinieses aquí y te tirases las horas contándole tu vida a Penny.

—¿Y qué pretendías que hiciera? Mi vida en el correccional no es muy entretenida, precisamente.

—Ya. ¿Y has creído que la floristería es un circo donde divertirse?

—Pues no lo sé, pero al menos Penny me presta más atención que los mesoneros de las cantinas. ¡Joder! ¡Hasta se ha alegrado de verme más que tú! —Se desprendió de sus gafas oscuras y las arrojó sobre el mantel con disgusto.

Rick contempló a su amigo, que murmuraba maldiciones con la cabeza agachada. Comprendió que había llegado demasiado lejos. Agarró las gafas y se las tendió.

—Ten. Póntelas. Si Penny te ve sin ellas, no te preparará otro bollo nunca.

Memento miró a Rick, las cogió con desgana y se las colocó. Refunfuñó algo antes de sacar un papel arrugado de su bolsillo.

—¡Aquí tienes la razón por la que he venido! Tus famosas direcciones. —Y se levantó, haciendo ademán de irse. Rick se lo impidió.

—Aguarda. Lo siento. Por un instante pensé que podrías haber...

—¿Haberte descubierto? No soy tan tonto como imaginas. —Siguió mirando al suelo.

—Nunca lo he pensado. Sabes que eres mi mejor amigo. —Lo miró, arrepentido—. En realidad, mi único amigo.

Memento volvió a refunfuñar, pero esta vez cogió su taza y le dio un sorbo.

—Ya... Tú también eres mi único amigo. —Y le tendió la mano para que se la estrechara.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando Penny regresó del invernadero con las mangas empapadas, comentando que había regado las flores lo mejor que había podido. Apenas si entraba luz y se le había derramado el agua. Rick le agradeció el esfuerzo y se levantó para ofrecerle su abrigo, con la intención de que se marchara de la floristería.

—Por hoy ya has tenido suficiente. Yo me ocupo de cerrar el negocio. Mañana puedes venir un poco más tarde si lo deseas —le dijo.

La dependienta se cubrió con el abrigo y recogió las tazas de té. Memento se apresuró a guardarse el papel arrugado y se levantó para ayudarla.

—Bueno. Ha sido un placer —le dijo ella a Memento—. Espero volver a verle pronto para enseñarle un vestido estampado que quedaría precioso en las fotografías. ¡Y gracias por el anillo! —Se miró la mano en la que lucía una llamativa sortija dorada.

—Yo también lo espero, señorita. —Y se inclinó ante Penny, con una ridícula reverencia.

Después de que la dependienta desapareciera, Rick miró a su amigo con perplejidad.

—¿Un anillo? ¿Le has regalado un anillo?

—Sí. Me detuve a comprarlo en Covent Garden. Una baratija —dijo con la naturalidad de quien se bebe un vaso de agua.

Rick meneó la cabeza. Intentar razonar con Memento a menudo era caso perdido. Prefirió no recriminarle nada.

Por toda respuesta, Memento sacó otra vez el papel con las direcciones y lo plantó sobre la mesa. Rick lo cogió de mala gana y se dispuso a leerlo, pero al tercer intento se lo devolvió a su amigo para que se lo tradujera.

—A ver si entiendo yo mi letra. —Memento se colocó mejor sus anteojos y acercó la cara hasta toparse con la nota.

—¿Te aclaras?

—Espera... ¡Ajá! Sí. En primer lugar, Melissa Jones. Dirección: Castle Street, 12. Gente pudiente. Una buena casa. Pregunté a la niñera, haciéndome pasar por vendedor de fertilizantes. Por lo visto, compran flores para eventos puntuales. Nada extraño, a mi parecer. Después visité tres casas más, en la zona de Chelsea, propiedades de unas tales Sarah Winchester, Anna Myers y Daisy Baker. Las tres, amas de casa pretenciosas. También encargos decorativos. Nada sospechoso.

—Continúa. —Rick fue anotando en una libreta.

—Respecto a los envíos a Wilbur Floyd, el tipo de Victoria Street, 5, ya sabes, ese que recibía tantos pedidos, descubrí que se trata de un intermediario que suministra arreglos florales a algunos clubs del vecindario. Sitios con clase. Recibe los ramos, los envuelve con estilo y los distribuye como si fueran joyas. O, al menos, eso es lo que me dijo su sirviente.

—¿Eso es todo?

—Espera. He dejado para el final las direcciones más interesantes. —E hizo una pausa para comerse un par de galletas que había dejado Penny sobre la mesa.

—¿Necesitas engullirlas precisamente ahora? —Rick tamborileó con los dedos.

Memento no se dio por aludido. Terminó de tragar, eructó con fuerza y sonrió, como si supiera que lo que se disponía a contar a Rick era algo gordo.

—¿Preparado? Pues agárrate. Las siguientes tres direcciones son las que figuraban junto al nombre de Daphne Loveray: en primer lugar, Karum Daswani.

—¿Karum? ¡Conozco a ese tipo! Hablé con él en el Crystal Palace. Era el encargado del pabellón de las Indias Orientales.

—Pues parece que además tiene otras ocupaciones. Según la dirección, regenta un lujoso *den*, cerca de Charing Cross. Ya sabes. Uno de esos antros donde se consumen opio y mujeres.

—Interesante...

—La segunda dirección: Ralph White. Matemático. Pregunté a los vecinos y, por lo visto, trabajaba en el Foreign Office.

—¿Trabajaba? ¿Acaso lo han despedido?

—Algo peor. Murió atropellado el mismo día en el que figura que le enviaron un ramo que, según su viuda, nunca recibió. Y lo que es más llamativo: un mozo del lugar que presencié el accidente me aseguró que le pareció intencionado.

Rick inspiró con profundidad. El Foreign Office era la oficina gubernamental de Downing Street, desde la que se dirigían los asuntos de Gran Bretaña en el extranjero. Y la riqueza del imperio británico.

—¿Qué más?

—Allá va. Tercera dirección: Alan Sinclair, soltero. Periodista y antiguo corredor de bolsa. Desaparecido en la misma fecha del envío. Adivina para quién trabajaba...

—¿Para el Foreign Office?

—Para el Foreign Office.

## Capítulo 17

Aquella misma noche, Rick volvió a registrar hasta el último rincón de la floristería. A pesar de todo, no halló nada digno de interés, más allá de unos libros de transacciones en los que figuraba el domicilio de Daphne Loveray. Pese a no ser un experto, enseguida le llamó la atención el elevado número de pedidos realizados por Wilbur Floyd, el intermediario que surtía de flores a algunos clubs de lujo. Prestó atención a la dirección de envío: Victoria Street, 5. De inmediato se giró hacia la biblioteca y buscó un mapa de la ciudad para consultar su situación. Cuando la localizó, asintió con la cabeza. En efecto, su memoria no le había traicionado. El negocio de Wilbur Floyd se ubicaba justo donde creía: a tres manzanas de los números 10 y 11 de Downing Street. O lo que era lo mismo: a tres manzanas del Foreign Office.

De regreso a la caseta,apuró una copa de ginebra mientras recapitulaba los últimos acontecimientos. El alcohol le ayudó.

Sin duda, Pasión de Oriente albergaba algo sombrío. La abrupta desaparición del jardinero y el posterior hallazgo de su cadáver sólo podían obedecer a un interés espurio, en el que, sin duda, Gustav Gruner estaba implicado. De hecho, Gruner había atribuido el fallecimiento del jardinero a un desgraciado accidente, a sabiendas de que dicha afirmación no soportaría la más mínima investigación oficial, de la cual el alemán había sido el responsable.

Por otro lado, se encontraba Daphne Loveray. Pese las evidentes desavenencias que la joven tuvo con Gruner durante la celebración en Cremorne, ambos parecían conocerse bien. Quizá, demasiado.

Volvió a beber. Desconfiaba de Daphne, pero al mismo tiempo se obstinaba en apartarla de sus sospechas. Le resultaba embarazoso reconocer que, probablemente, la extraña atracción que ejercía sobre él le impedía enjuiciarla con ecuanimidad y, sin embargo, su nombre aparecía en el papel que escondía uno de los esbirros que intentaron matarle. Además, estaba relacionada con Gruner, con el pabellón de la India en el Crystal Palace regentado por Karum Daswani, y con los extraños envíos florales.

Karum ocupaba otro lugar destacado en la lista de sospechosos. Era hindú, al igual que uno de los secuaces que le atacaron, y regentaba un fumadero de opio en Charing Cross. Debería averiguar más sobre él, al igual que sobre Hellen Hartford. La viuda y sus continuos ataques de temor la situaban en el centro de las sospechas.

Completaba el rompecabezas la figura del Foreign Office, la agencia del Gobierno que regía los destinos de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Dos de sus trabajadores habían recibido flores enviadas desde Pasión de Oriente por Daphne Loveray. Uno había muerto y el otro había desaparecido.

La Compañía de las Indias Orientales... La empresa privada más poderosa del mundo, dueña de países remotos y de riquezas incalculables. El monopolio para el que trabajó durante años, hasta que éste le arruinó la vida.

Acabó la ginebra y se tumbó sobre su camastro.

Se preguntó sobre el papel que desempeñarían Penny y la viuda Hartford en aquel insondable laberinto. Cerró los ojos unos instantes. Después se levantó. La única conclusión a la que llegó fue la de que no podía seguir aguardando a que los acontecimientos se precipitasen. Los desconocidos que asaltaron la barcaza fueron el primer aviso. O se ponía en marcha o, más pronto que tarde, los hombres que le andaban buscando terminarían por cazarle.

Subió al despacho provisto de un quinqué, tomó un trozo de papel y se apropió de la pluma que reposaba sobre el escritorio. Luego trazó el plan que ejecutaría en cuanto amaneciese. Un plan que comenzaría por Daphne Loveray.

\* \* \*

No aguardó al alba. Antes del amanecer ya se había levantado para asearse y afeitarse. Seleccionó un traje sobrio y unas botas limpias. Luego escogió un ramo de petunias, de entre los que Penny había preparado la tarde anterior, lo envolvió con cuidado y preparó una tarjeta que adhirió al envoltorio. Después dejó una nota sobre el mostrador en la que informaba a Penny que pasaría el día fuera realizando algunas gestiones. Cogió su revólver, comprobó que dejaba todo en orden y salió de la floristería en dirección al número 12 de Primrose Hill Road. El domicilio londinense en el que, según el cuaderno de la viuda Hartford, residía Daphne Loveray.

Durante el trayecto en el ómnibus, Rick repasó su estrategia.

Había previsto llegar a las inmediaciones de la vivienda antes de que los repartidores de pan y leche despacharan los pedidos matutinos. Por lo general, los proveedores entraban hasta las cocinas para dejar la mercancía, de modo que, cuando salieran del domicilio, procuraría sonsacarles para averiguar si los señores se encontraban en el domicilio o si la señora continuaba indispueta. Una vez asegurado de su presencia, se presentaría con el ramo que portaba, aduciendo a los sirvientes que debía entregarlo personalmente a lady King, junto con instrucciones expresas sobre el cuidado que debería dispensar a las flores. Y solamente en el caso de que Daphne se hallara ausente, preguntaría por su domicilio en la campiña.

Mientras rumiaba los detalles, el carruaje dejó atrás Regent Street, atravesó el bulevar de Portland Place y bordeó Regent's Park por su flanco oriental hasta cruzar Regent's Canal, donde el cochero detuvo a los caballos para que descansaran. Cuando Rick se apeó, aprovechó la altitud del promontorio para contemplar la inabarcable colmena de tejados y chimeneas que se extendía a sus pies. Desde Primrose Hill, Londres aparecía como una gigantesca Babel tiznada de humo y hollín, sobre la que el sol del amanecer derramaba sus rayos, abriantando los oscuros tejados de pizarra como si los hubieran barnizado con melaza.

Se volvió hacia los edificios para asegurarse de la dirección.

Comprobó que el número 12 se correspondía con una vivienda de dos plantas construida en ladrillo rojo, ventanas de madera blancas y soportal a la entrada. Consultó su reloj. Aún era temprano. En las proximidades, localizó una taberna abierta donde decidió guarecerse de la llovizna. Nada más entrar, pidió al tabernero unas rebanadas de pan de jengibre con mantequilla y se interesó por los horarios de los proveedores. Luego, mientras daba cuenta de un café caliente, observó, a través de la ventana, los movimientos que se producían alrededor de la casa.

A la media hora, apareció un primer repartidor que pasó de largo. Rick se alteró. Podría deberse a que la vivienda estuviera deshabitada, o bien a que no fuera proveedor de Daphne Loveray. Minutos después, un segundo carro repleto de lecheras se detuvo frente a la casa. Apuró su segundo café, pidió al tabernero que le guardara el ramo y se dirigió hacia el carro para

abordar al lechero en cuanto saliera. En un primer momento, el repartidor se mostró renuente, pero cuando advirtió el chelín que relucía entre los dedos de Rick, se transformó en un papagayo.

—Creo que los dueños regresaron hace tres días, aunque no le puedo asegurar que ahora mismo estén en la casa porque sólo he visto a la servidumbre —le dijo el hombre, encantado con el soborno.

Rick se dio por satisfecho. Regresó al bar y devoró otra tostada mientras aguardaba a una hora más prudencial para entregar las flores. A las diez consideró llegado el momento. Comprobó su atuendo, se pertrechó con el ramo y acudió al zaguán de la vivienda de Daphne Loveray. Tras tirar un par de veces de la campanilla, apareció un hombre enjuto, ataviado de librea. Cuando preguntó por lady King, el criado le informó de que la señora no estaba en la casa.

—Puede dejarme las flores a mí y se las daré cuando regrese.

—Verá. En el negocio me han ordenado que entregue el ramo en persona. ¿No sabe dónde puedo encontrarla?

—Lo siento, pero no estoy autorizado a dar esa información. Si no desea otra cosa. —E hizo ademán de cerrar la puerta.

—Un momento. Espere... ¡Espere! —Y puso el pie entre el quicio y la puerta para impedirlo.

—¿Qué sucede abajo? ¿Quién da esas voces? —se escuchó una voz atildada, proveniente del piso superior.

Rick advirtió que alguien bajaba por las escaleras y se dirigía hacia la puerta. Segundos después, aparecía un hombre canoso, de aspecto refinado, enfundado en un batín de terciopelo y una pipa en la comisura de los labios. Apeataba a licor y se tambaleaba.

—Lord Gideon King, supongo. —Rick inclinó levemente la cabeza.

—En efecto. ¿Qué desea? ¿Por qué no entrega las flores al servicio? —se dirigió a Rick con una mueca de repugnancia, como si hablara con una cucaracha.

—Verá. Tengo órdenes expresas de entregar este ramo a lady King en persona. Es extremadamente delicado y debo explicarle...

—¿No ha escuchado que la señora no está en casa? Si quiere, deje el ramo, y si no, vuelva en otro momento.

—Ya... ¿Y en qué momento regresará lady King?

El hombre cerró los ojos unos segundos, como si le hartaran las preguntas. Luego, con un rictus de desprecio, respondió:

—¿Que cuándo volverá esa zorra...? Ni lo sé ni me interesa. —Y cerró de golpe la puerta.

Aún anonadado, Rick regresó a la taberna, pidió una ginebra y se hizo hueco entre dos parroquianos que le miraron con desinterés. Apuró el vaso de un trago y mientras le servían el segundo, entabló conversación con su vecino de la izquierda, a quien rápidamente invitó a una cerveza. Un par de jarras más tarde, se interesó por la figura de lady King, mencionando haber oído rumores pícaros sobre su belleza.

—¿La conoce? —le preguntó Rick.

Por toda respuesta, el hombre se quitó la gorra, miró a Rick y luego a un lado y a otro, como si buscara a alguien con desgana.

—¿Ve a alguna mujer por aquí? ¡Joder! Ésta es una taberna de hombres, no un local que frecuenten las señoras. —Y siguió ingiriendo su bebida después de calarse bien la gorra.

Rick terminó su trago y se levantó para tomar asiento en un taburete junto a la chimenea. Desde allí podía vigilar bien el número 12 de Primrose Hill Road. Siguió bebiendo, pendiente de la casa. Mientras esperaba, solicitó al tabernero algunos periódicos atrasados, pero no tenía. Al

cabo de una hora, vio salir a un mozo de la vivienda. De inmediato, pagó la consumición y se apresuró a seguirle. Tras colocarse a unos pasos del muchacho, le abordó a la vuelta de una esquina.

—Disculpa. ¿Trabajas en la mansión de lord King?

—Así es. ¿Qué desea? —El chico le miró sorprendido.

Rick no gastó demasiada saliva. Sacó un billete de una libra y se la tendió. Si contestaba a sus preguntas, sería suya. El mozo meneó la cabeza y se relamió.

—¿No es usted el hombre que ha discutido antes con el señor?

—¿Quieres o no quieres la libra?

El joven miró hacia atrás, como temiendo que alguien le viera, cogió el billete y se lo guardó.

—Usted dirá, pero dese prisa...

—Lady King. ¿Dónde puedo encontrarla?

—¡Uf! Cualquiera sabe. La señora lleva dos días sin aparecer por la casa.

—Ya... Pues a su marido no parecía importarle demasiado.

—¿Y usted qué haría? Si mi mujer me dejara en evidencia, pasando las noches fuera, yo también la maldeciría.

—¿Quieres decir que sus ausencias son frecuentes?

—Bueno. Digamos que la señora King sale y entra cuando le da la gana.

—¿Y tampoco sabes dónde pasa esas noches? —se aventuró a preguntar.

—Pues la verdad es que no, aunque en la casa se ha rumoreado que el cochero alguna vez la ha recogido en Charing Cross y la ha traído bien borracha.

Rick enmudeció, como si le hubieran golpeado con una estaca. Aquella respuesta no se correspondía con la imagen que se había formado de la joven, el día que bailaron juntos en los jardines de Cremorne. Desistió de más preguntas. No se sentía con fuerzas.

—¿Quiere que le entregue las flores? —le dijo el mozo.

—¿Eh? Sí, claro... —Rick le dio el ramo, despegando la tarjeta que le había escrito.

—¿De parte de quién le digo?

—No importa. Dile que se las envían desde América. —Y sin esperar a que el mozo le contestara, se dio la vuelta y comenzó a andar bajo la llovizna.

\* \* \*

Vagó por las calles de Londres, sin que la cortina de lluvia que caía le sacara de su ensimismamiento. Lentamente, avanzó entre el gentío que le sobrepasaba como si él no existiera. Los gritos de los vendedores, el sonido de los carruajes sobre los adoquines, los relinchos de los caballos... Nada parecía afectarle, mientras marchaba como un alma perdida, en medio del tropel de viandantes. Al final, el bullicio le despejó. Sin saber cómo, se descubrió a sí mismo, empapado, caminando por las callejuelas adyacentes a Tottenham Court. Ni siquiera había abierto el paraguas. Se detuvo bajo un soportal y trató de sobreponerse. Entró a una cantina para calentarse y de paso preguntar por los periódicos atrasados, pero sólo disponían de la prensa diaria. Pensó qué hacer. Conocía bien aquel barrio. Si continuaba en dirección al Támesis, atravesaría Piccadilly Circus y Trafalgar Square hasta alcanzar Whitehall, con sus lujosas tiendas y sus sofisticados clubs de caballeros. Se le ocurrió que en alguno de ellos podría consultar la prensa que buscaba. Los clubs de Londres poseían todo lo que cualquier mortal pudiera desear, pero el problema consistía en acceder a ellos sin ser miembro de pleno derecho. Si algo sobraba

en Londres, eran ricos dispuestos a pagar fortunas por pertenecer a algunos de aquellos círculos elitistas, en los que lo más valorado era mantener apartada a la chusma que atestaba la ciudad.

Por suerte, conocía a Randolph O'Leary.

Lo encontró como siempre, con su uniforme perfectamente abotonado, sus rimbombantes patillas y su cuerpo absurdamente estirado, como si le hubieran ensartado un palo, haciendo guardia a la entrada del palacio neoclásico del club Athenaeum. Cuando el portero reconoció a Rick, perdió por un instante la compostura y le saludó como si éste fuera un miembro del Parlamento. Rick se alegró de que Randolph aún apreciara cuanto hizo por él, la vez que un caballero del club intentó que le despidieran por no inclinarse a su paso.

Hablaron sobre el particular, como hacían siempre que se reencontraban.

—Debiste asustarle mucho —dijo Randolph, y sonrió como si estuviera presenciando la cara de miedo que lució el caballero cuando se disculpó por su comportamiento.

—¿Aún sigue viniendo al club? —le preguntó Rick.

—¡Qué va! Después de vuestro «casual encuentro», pidió la baja y se mudó al Carlton de St. James. Y tú, ¿qué me cuentas? Hacía tiempo que no te veía. —Se apartó un momento y recuperó su postura hierática para saludar a dos caballeros tocados con traje y chistera que en ese momento accedían al club.

Tras contemporizar un rato, Rick le explicó que necesitaba consultar algunos periódicos atrasados. Randolph le escuchó atentamente. Luego adoptó una impostada mueca de gravedad y colocó la mano sobre el hombro de Rick.

—¿Sólo eso? ¡Cuenta con ello!

Poco después, Rick entraba por la puerta trasera de la mano de un sirviente, que le condujo a escondidas hasta un cuarto de servicio próximo a la sala de fumadores. Una vez en el interior, el criado le dijo que aguardara y desapareció. Mientras esperaba, Rick observó a través de una rendija el suntuoso salón decorado con una inmensa biblioteca de caoba, varias mesas de billar y suelo de moqueta gruesa. Al poco advirtió que alguien manejaba el picaporte. La puerta se abrió y apareció el sirviente, cargado con un fardo de periódicos.

—Son los que he encontrado de la fecha que me dijo Randolph. Dispone de quince minutos.

Cuando el criado le dejó a solas, Rick se abalanzó sobre el fardo y comenzó a examinar su contenido. Había de todo. Rápidamente apartó las gacetillas y los opúsculos y dividió el resto de periódicos en dos grupos: por un lado, *The Thames*, *The Morning Herald*, *The Morning Post* y *The Evening Standard* como prensa diaria, y por otro, los semanarios *The Illustrated London News*, *The Observer* y *The Spectator*. No eran todos los periódicos de la ciudad, pero esperaba que fueran suficientes.

Comenzó a revisar las crónicas de sucesos, con un ojo puesto en las letras y el otro fijo en el picaporte. Los dos primeros ejemplares no añadieron luz a sus pesquisas, pero en las hojas de *The Morning Herald* encontró la referencia que andaba buscando.

Leyó el texto con atención:

#### CRÓNICA DE SUCESOS

En la tarde de ayer, míster Ralph White, de cincuenta y cuatro años de edad, sufrió un desgraciado accidente en el momento de abandonar su domicilio. Los hechos ocurrieron cuando un carruaje tirado por una montura desbocada atropelló al matemático, quien pereció de forma inmediata debido a las heridas infligidas en el cuello.



Dejó escapar una maldición. La noticia apenas si aportaba más información que la que en su día le había referido Memento.

Continuó la búsqueda. En el *Evening Standard*, la reseña era aún más escueta.

Seguidamente, examinó la prensa semanal. *The Spectator* cubría el incidente sin ampliar detalles, centrándose en los matices más macabros. Los leyó igualmente. Por su parte, *The Illustrated London News* adjuntaba un dramático dibujo del acontecimiento. Por último, *The Observer*, en su columna de sucesos, se limitaba a informar del número de muertes semanales que se producían en Londres por atropellos.

Miró su reloj. Ya había empleado doce de los quince minutos concedidos. En cualquier momento aparecería el sirviente para dar por concluido el favor. Apretó los dientes y contempló el montón de periódicos que yacían desperdigados por el suelo. Intentó pensar algo. De repente, se le ocurrió. Rebuscó entre los ejemplares ya leídos hasta localizar el ejemplar de *The Morning Herald*, que describía con más detalle el accidente, y tras leer bajo la cabecera, comprobó que se trataba de la primera edición de la mañana. Por lo general, en las primeras ediciones, las noticias del día anterior se trataban con menor profundidad que en las posteriores de media mañana o en las vespertinas, algo que los editores hacían a propósito: como la primera edición llegaba al público a las diez de la mañana, coincidiendo con el parón del almuerzo, procuraban dar sólo pinceladas de las noticias más llamativas para que los lectores sintieran la necesidad de adquirir las ediciones posteriores.

Rebuscó de nuevo hasta localizar un segundo ejemplar del *The Morning Herald* que en un primer momento había pasado por alto, pensando que se trataba de un ejemplar repetido. Comprobó la cabecera. Sí. Era la edición vespertina. Al instante, sus manos volaron hacia la página de sucesos y volvió a leer.

#### CRÓNICA DE SUCESOS

En la tarde de ayer, el insigne matemático míster Ralph White, de cincuenta y cuatro años de edad, falleció a consecuencia de un desgraciado incidente sufrido en el momento de abandonar su domicilio. Los hechos ocurrieron sobre las cinco de la tarde, cuando un carruaje de la compañía de coches de punto Aldrich, tirado por una montura desbocada, atropelló al infortunado viandante, quien, pese a los denodados esfuerzos que hizo el cochero para reanimarle, pereció de forma inmediata debido a las heridas que una de las ruedas le infligió en el cuello.

Rick inspiró con satisfacción. Aquello era justo lo que necesitaba.

De repente, se abrió la puerta de golpe y el sirviente que le había escondido apareció con el rostro desencajado.

—¡Acabe ya o me despedirán!

Rick asintió. Mientras simulaba ordenar torpemente los periódicos, aprovechó para escamotear la hoja que acababa de leer y guardársela bajo la chaqueta. A la salida del Athenaeum, agradeció a Randolph O'Leary el favor y se encaminó hacia algún restaurante donde aplacar el hambre que le había provocado el hallazgo.

Aunque la zona de St. James rebosaba de estupendos asadores, eligió el Scott Oyster House. Su sopa de marisco fresco era célebre en todo Londres, y la preferida de su antiguo socio, Joe Sanders. Mientras esperaba a que le sirvieran la comanda, sacó la hoja del periódico y la desplegó sobre el mantel de hilo que protegía la mesa.

Leyó de nuevo con atención: «Coches de punto Aldrich...».

Sonrió para sus adentros. Entre particulares y asalariados, en Londres existían más de cinco mil taxis que se disputaban un negocio floreciente, pero, por suerte, conocía bien la compañía de carruajes Aldrich, porque durante sus años como cazarrecompensas había frecuentado sus servicios.

En cuanto a la calidad de prestaciones, la Aldrich apenas si se diferenciaba de su competencia. En cambio, ofrecía unos precios más económicos gracias a la explotación de sus empleados, a quienes pagaban sueldos ínfimos. Por esa razón, entre sus trabajadores siempre cundía el descontento. Un descontento del que Joe y él se habían servido para conseguir que, en ocasiones, trabajaran para ellos en forma de seguimientos o revelándoles secretos sobre determinados viajeros a cambio de un módico estipendio.

Siguió leyendo la noticia. «Una caballería desbocada...».

Desde luego, no era algo imposible, pero los caballos empleados como animales de tiro se desplazaban siempre al trote, estaban habituados al ajeteo de la ciudad y resultaba extraño que se desbocasen debido al cansancio que arrastraban por el trabajo.

Aun así, lo más sorprendente residía en el hecho de que el atropello lo hubiera ocasionado un coche de punto, cuando la mayoría de los accidentes solían provocarlos los ómnibus. Esto sucedía así por la propia naturaleza de los carruajes: los ómnibus eran unos artefactos pesados de dos niveles, tirados por no menos de dos caballos y capaces de trasladar hasta veinte ocupantes. Por tal razón, una vez emprendida la marcha, no podían detenerse ni girar con brusquedad, lo que en la práctica ocasionaba numerosos accidentes cuando algún despistado se interponía en su camino. Por el contrario, los ligeros coches de punto, ya fueran los ágiles *hansoms*, los tálburis de dos ruedas o los veloces faetones, tirados por un único animal, eran fáciles de detener y dominar, y apenas causaban incidentes de gravedad. Incluso en el supuesto de producirse un atropello, lo normal era que la víctima saliese despedida, sin caer bajo las ruedas del carruaje.

Pero esa misma agilidad, conducida por las manos adecuadas, también podía convertirlos en un arma mortífera.

En el caso del matemático, parecía que, a la mala suerte del atropello, se había aliado la de una muerte instantánea. Demasiada mala suerte junta. O al menos, la suficiente como para investigar lo a conciencia.

La presencia de un camarero, provisto de una bandeja con el pedido, interrumpió sus disquisiciones. Rick se guardó el recorte de periódico y miró con apetito el plato rebosante de cangrejos rojizos que el camarero acababa de plantarle en la mesa. De inmediato comenzó a dar cuenta de ellos. Sin embargo, pese al intenso olor a mar y al oportuno aderezo de limón y pimienta, apenas consiguió disfrutarlos porque el recuerdo de cuanto había averiguado sobre Daphne Loveray le amargó toda la comida.

Salió del restaurante con el estómago pesado y el pensamiento aturdido. La imagen de una Daphne disoluta, infiel y libertina le había acosado sin descanso hasta hacerle aborrecer el marisco. No había dejado de pensar en las descalificaciones que habían vertido sobre ella el mozo y su marido, y pese a todo, seguía sintiendo la necesidad de encontrarla con la esperanza de que, si volvía a besarla, aquellas acusaciones desaparecerían.

La ventisca de la calle le despejó. Comprobó que su reloj casi marcaba las cinco. Demasiado tarde como para intentar hablar con algún responsable de la Aldrich. Debería dejarlo para otro día.

Repasó mentalmente su plan y recordó que, a pocas manzanas, se encontraba el *den* regentado por Karum Daswani. Se arrebujó en su chaqueta y comenzó a andar. Quizá fuera el momento de

comprobar, de primera mano, cómo era uno de esos antros donde se fumaba opio y se prostituían las mujeres.

## Capítulo 18

Para su sorpresa, el *den* de Charing Cross resultó ser un local muy diferente a los tugurios de Limehouse frecuentados por la peor escoria de Londres.

Ingerir opio era un vicio de miserables. Quienes no tenían ni para un trago se gastaban sus escasos peniques en aquella droga barata que les adormilaba hasta dejarles amontonados en el suelo, enroscados unos contra otros como ganado sin cerebro. Algunos locales eran sólo cuchitriles del tamaño de un armario, cuyos clientes consumían el opio tirados por las aceras. Otros, en cambio, expendían licores y ofrecían los servicios de prostitutas tuberculosas, a las que los hombres drogados apenas si hacían ascos.

Pero el *den* que se erguía frente a él no parecía un establecimiento al que pudiera acceder ningún desharrapado.

Ubicado en los bajos del patio interior de un edificio noble, su entrada aparecía custodiada por una impresionante puerta roja guarnecida con dos cabezas de dragón doradas, de cuyas fauces colgaban sendos aros que hacían las veces de aldabas. Ningún cartel que informara sobre la actividad que se desarrollaba en su interior. Advirtió otra puerta cercana por la que entraban y salían chicas. Pese a su aparente clase, debía tratarse de prostitutas.

Decidió apostarse tras una columna para vigilar el acceso de los clientes.

No tardó en aparecer el primero. Un hombre maduro, de unos cincuenta años. Tal y como imaginaba, se trataba de alguien adinerado: chistera alta, zapatos lustrosos y traje impecable. El cliente golpeó el llamador tres veces y aguardó hasta que abrió una empleada de aspecto oriental. Tras cruzar unas palabras y unas libras, el cliente entró en el local y la puerta se cerró con rapidez. Veinte minutos más tarde, se repetía la visita. Otro hombre cortado por el mismo patrón llamaba tres veces y accedía con premura. Sin embargo, cuando parecía que la puerta iba a cerrarse, alguien aprovechó para salir. Rick lo observó con atención. Era un hombrecillo de rostro insulso. Por su aspecto parecía otro cliente. Rick se caló su sombrero, comprobó que el revólver estaba descargado y se dispuso a seguirle.

Antes de abandonar el patio interior, el hombrecillo miró nerviosamente a un lado y a otro de la acera, como si temiera que alguien pudiera reconocerle. Luego echó a andar en dirección al Mall. Mientras Rick caminaba tras él, pudo fijarse en el anillo de bodas que relucía en su mano derecha. Sin duda, un hombre casado. Justo lo que necesitaba.

En el primer zaguán vacío que encontró, Rick se abalanzó sobre él y lo empujó a su interior. El hombre intentó pedir ayuda, pero el revólver de Rick le convenció de lo contrario.

—¡Tenga! Coja el dinero y déjeme marchar —balbuceó con el rostro desencajado por el terror.

Rick simuló como si valorara el dispararle. Los segundos que dejó transcurrir hicieron que el hombre temblara como un lechón antes del sacrificio.

—Me importa una mierda tu dinero. ¿Sabes quién me envía?

—No. Por favor, no me mate. ¡Tengo hijos!

Casado y con hijos. Mejor de lo que suponía. Rick sonrió para sus adentros.

—Seguro que tu esposa no aprueba lo que haces en ese *den* ...

—¡Dios mío! ¿Ha sido ella? Le juro que allí dentro no ha pasado nada. Era la primera vez que acudía y...

—¡No mientas! —Amartilló el arma.

—No, no... Por Dios, no dispare... Haré lo que me pida.

—¿Qué hacías en el *den* ?

—Nada. De verdad. Se lo juro. —Juntó las manos como si implorara.

—¿Nada? ¿Y qué pretendes que le cuente a tu esposa? ¿Que su marido andaba paseando por el Mall y de repente se tropezó y cayó dentro de un lujoso *den* repleto de prostitutas?

—De acuerdo. Está bien. Lo admito. Entré allí para relajarme un poco. ¿Qué tiene de malo eso? Trabajo como un animal y necesitaba tomar algo que me tranquilizara... Ha sido la primera vez, pero le aseguro que no he estado con ninguna mujerzuela.

—¿Me tomas por imbécil?

—Le juro que...

—¡Cállate! Apesta a perfume barato y ni te has limpiado la marca de carmín de tu camisa. Bien. Te diré lo que vamos a hacer. Tú y yo iremos juntos a tu casa y se lo explicaremos todo a tu mujer. Así yo recibiré mi paga y tu mujer sabrá cuánto la respeta.

—¡No! —El hombre se arrodilló patéticamente—. ¡Por favor, no! ¡Arruinaría mi vida! ¿Qué quiere que haga? ¿Quiere dinero?

—Mmm. ¿Qué quiero? Déjame pensar... —Fingió meditar alguna propuesta—. Bueno. Quizá tengas algo que pueda interesarme.

—¿Sí? Dígame el qué. Lo que sea... Lo que sea.

—Deja ya de lloriquear, ¡joder! A ver, dime... Ahí en el *den* , ¿conoces a algún cliente importante? Algún pez gordo. Alguien a quien los dueños traten con reverencia.

—¿Eh? Sí, claro. Imagino que se refiere a sir George Preston, el banquero.

—Sí. A él me refiero. —Era la primera vez que escuchaba aquel nombre—. ¿Sabes si está ahora en el local?

—No, ahora no... Sir George Preston suele acudir después de cenar. A última hora. —Respiró con alivio.

Rick negó con la cabeza. Para no frecuentar el *den* , aquel hombrecillo sabía hasta a qué hora lo visitaban las cucarachas. Barruntó cómo exprimir un poco más a aquel mequetrefe. Apretó la mandíbula y oprimió el revólver contra el ombligo del hombrecillo.

—¿Cómo es ese Preston? Descríbemelo.

—Pues no sé... De unos sesenta años... Canoso. Bajo y grueso, con una erupción rojiza en el cuello.

—Ajá. Una pregunta más. El encargado del local, Karum Daswani, ¿se encuentra adentro?

—¿Cómo dice? No, no. Tampoco. Que yo sepa, casi nunca pasa por el negocio. Una vez escuché comentar a los empleados que Karum sólo acudía a reponer los suministros de opio y recoger los beneficios. Por favor, no dispare. —Sin poder remediarlo, el hombre se orinó en los pantalones.

—Está bien. —Rick relajó su gesto impostado y bajó el revólver.

—¿Puedo...? ¿Puedo irme? —Pese al frío, su rostro estaba empapado en sudor.

—Sí. ¡Espera! Aguarda un momento... ¿Cuánto cuesta la entrada?

—¿Disculpe?

—¿Estás sordo? Que cuánto cuesta la entrada al *den* .

—Dos libras. En el precio está incluida una porción de opio, una copa y el masaje.

—Bien. Dámelas. Las dos libras.

—¿Eh? Sí, sí... Tenga. —Las sacó de su cartera y se las entregó—. ¿Quiere alguna más?

Por toda respuesta, Rick miró de arriba abajo al mequetrefe y le aferró por las solapas.

—Como vuelvas a engañar a tu esposa, te aseguro que yo mismo me encargaré de que eso no se repita. —Y le apuntó con el revólver a la entrepierna.

El hombre asintió, retrocedió cautelosamente sin dejar de mirar el arma y en cuanto puso los pies en la acera, salió corriendo como si huyera del mismísimo diablo.

Mínutos después, Rick se plantaba frente a la inmensa puerta roja. Tomó aire, accionó tres veces la aldaba y aguardó a que le abrieran. A los pocos instantes, apareció tras ella una mujer asiática ataviada con una especie de batín bordado, que le preguntó qué deseaba. Por toda respuesta, Rick le tendió las dos libras. En lugar de aceptarlas, la mujer cerró de nuevo la puerta.

Rick no tardó un segundo en volver a aporrear la aldaba. Cuando la mujer asiática volvió a abrir, lo hizo escoltada por un enorme hombre oriental, con el aspecto de los dragones que adornaban la entrada. Rick no se amedrentó.

—Pero ¿cómo se atreven a darme con la puerta en las narices? Me envía mi cliente, sir George Preston. Me quejaré y hará que les echen a patadas.

Fue pronunciar aquel nombre y las puertas se abrieron como por ensalmo. De repente, los dos asiáticos se inclinaron simultáneamente y, sin dejar de doblar el espinazo, invitaron a Rick a que pasara.

Rick les siguió a través de un largo pasillo enmoquetado, iluminado con decenas de pequeñas velas perfumadas que lucían como diminutas luciérnagas. Observó las lujosas paredes forradas en seda con representaciones del lejano oriente y aspiró el intenso olor a opio que flotaba como una ligera neblina. Conforme avanzaba, advirtió a ambos lados varios recintos privados, protegidos por biombos de bambú y vaporosas cortinas oscuras, de los que brotaban unas delicadas notas de laúd. Finalmente, llegó a una amplia sala presidida por una mesa negra, escrupulosamente lacada, escoltada en sus extremos por dos enormes jarrones de porcelana.

—Descálcese —le susurró la mujer, quien, acto seguido, le ofreció un taburete para que se sentara.

Rick obedeció. Por fortuna, tras su encuentro con el mequetrefe, había guardado el revólver en el cinto y no en las botas, como acostumbraba. Una vez acomodado frente a la mesa, la mujer y su guardaespaldas desaparecieron, dejándole en compañía de una pequeña varilla de incienso que ardía frente a él, inundando la sala con su fragancia. A los pocos segundos, se deslizó una puerta en una de las paredes y apareció un hombre escuálido, de rasgos asiáticos, con los ojos pintados como los de una ramera. Sin dirigirle la mirada, tomó asiento frente a él, al otro lado de la mesa.

—Mi asistenta me ha informado de que viene usted de parte de sir George Preston —dijo en un inglés tosco, pero amable—. Le ruego disculpe la ineptitud de Mei Ling, pero lleva poco tiempo aquí y desconocía el vínculo que usted mantiene con nuestro cliente, señor...

—Evans... Thomas Evans. Médico personal de sir George —se inventó.

—Muy bien, señor Thomas. ¿Y en qué podemos ayudarle? ¿Desea un servicio normal? ¿Uno completo...? ¿O algo especial?

—Verá. Aunque le mostré las dos libras a su empleada, lo cierto es que no he venido aquí para entretenerme. El señor Preston ha empeorado de su erupción cutánea y teme que su agravamiento se deba a las condiciones higiénicas del local, o a la de las muchachas que lo frecuentan. Me ha pedido que examine ambas cosas para descartar cualquier indicio de miasmas contagiosas.

—¡Pero eso es imposible! El señor Preston nunca se ha quejado de nuestras instalaciones. Además, en este momento nuestros clientes no pueden ser molestados. —Sus ojos rasgados parpadearon nerviosamente.

—Como quiera. —Se levantó—. En tal caso informaré de inmediato a mi paciente. Según me dijo, estaba dispuesto a hablar directamente con la Junta de Salud para que procediera al inmediato cierre y clausura de este negocio. —Hizo ademán de marcharse.

—¡Aguarde! —El hombre de aspecto andrógino se incorporó y miró a Rick. Luego golpeó un pequeño gong que reposaba a un lado de la mesa e instantes después aparecía Mei Ling, la obediente mujer asiática que le había atendido en la puerta. Sin más explicaciones, el hombre susurró a la mujer unas palabras en un idioma que Rick no alcanzó a reconocer, y a continuación volvió a dirigirse a Rick—: Por favor, acompañe a Mei Ling. Ella le enseñará nuestras dependencias y cualquier otra cosa que precise.

Rick asintió, se calzó las botas ante el gesto de desagrado de su interlocutor y siguió los pasos de Mei Ling, quien se adentró por una galería hacia las estancias privadas donde se fumaba.

—Guarde silencio y permanezca detrás de mí —le indicó la mujer.

La empleada avanzó parsimoniosamente mientras Rick abría los ojos cuanto podía. A un lado y a otro se sucedían pequeños recintos protegidos por visillos oscuros, a través de los cuales podía vislumbrar, ocultos bajo una nube de humo, a hombres recostados en divanes. Algunos aspiraban el opio de largas pipas plateadas semejantes a flautas alemanas. Otros, semiinconscientes, recibían las atenciones de jóvenes medio desnudas. Advirtió que todas las ventanas disponían de rejas sólidas.

—Aquí es donde elaboramos la mercancía —le comentó Mei Ling, cuando pasó a una estancia habilitada como almacén—. Como verá, está todo limpio. Además, nuestros clientes prefieren fumar el opio o beberlo en forma de láudano, mezclado con licores. Casi nadie lo ingiere masticado porque sabe cálido y amargo.

Rick observó cómo dos empleados troceaban unas barras gomosas en pequeños dados que después dividían en píldoras. Las ventanas estaban aseguradas con barras de hierro, pero la puerta trasera parecía una salida operativa.

—¿Compran ustedes flores? Quiero decir... ¿Las emplean como adornos o para perfumes?

—¡Oh! Desde luego. Las salas del placer están repletas de ellas.

—¿Y podría verlas? En ocasiones, transmiten enfermedades —se justificó.

—Lo siento, pero ahora mismo esas estancias están ocupadas. —Negó con la cabeza.

—Pues la enfermedad de sir George Preston no puede esperar. Imagino que habrá alguna forma de mirar sin molestar... —Rick sabía que en todos los establecimientos en los que se comerciaba con mujeres, existían mirillas ocultas por las que espiar a los clientes.

La mujer pareció entender. Tras unos instantes de duda, asintió. Se encaminó hacia una sala amplia, cuya puerta permanecía cerrada, la dejó atrás y entró en la habitación contigua. Desplazó ligeramente un cuadro y le mostró a Rick el lugar por el que podía mirar lo que sucedía en la sala cerrada.

Rick esperó a que Mei Ling se apartara y acercó el ojo al pequeño agujero practicado en la pared. Cuando su pupila se acostumbró a la penumbra, distinguió entre los vapores a un anciano recostado en una cama sobre el que cabalgaba lentamente una mujer desnuda. Pese a lo incómodo de la escena, siguió mirando. Observó cómo la mujer oprimía sus nalgas contra el cuerpo del anciano, lo besaba y le suministraba una pipa de opio para que fumara. Apenas si vio algún jarrón con flores.

Se retiró de la mirilla.

—¿Todo en orden? —preguntó Mei Ling.

—Sí —carraspeó—. ¿Podemos ver la otra sala? La de la puerta rosa.

Por toda respuesta, la mujer asiática se dirigió hacia el extremo opuesto del pasillo, entró en otra habitación y repitió el desplazamiento de un cuadro. Cuando Rick acercó el ojo a la mirilla, la escena que vio le sobrecogió.

En medio de la neblina, tumbada sobre un enorme diván de raso, una mujer joven yacía boca arriba, con los senos descubiertos y los brazos sin vida. Rick parpadeó con fuerza para borrar lo que veía, pero el rostro de la joven seguía allí, inerte, blanquecino, con la mirada perdida. Al instante se retiró de la mirilla.

—Necesito hablar con esa mujer.

—Ahora está aturdida. Quizá en un par de horas pueda...

—Es importante. Puede que sea ella quien haya contagiado a sir George Preston. Debo interrogarla ahora.

Mei Ling frunció el entrecejo, como si meditara qué hacer. Luego volvió a colocar el cuadro en su sitio y condujo a Rick hasta la entrada de la sala.

—Ha fumado bastante. Por más que lo intente, no creo que pueda entenderle. En fin... Es una buena clienta. Procure no molestarla.

Los dedos de Rick tamborilearon nerviosamente el marco de la puerta, mientras aguardaba a que Mei Ling abriese la sala. Cuando la empleada deslizó la celosía, el corazón de Rick se aceleró.

Se disponía a entrar cuando, de repente, alguien le detuvo con voz imperiosa.

—Señor Thomas... ¿Tendría la amabilidad de acompañarme?

Al girarse, Rick se dio de bruces contra el gigante asiático y el encargado andrógino. Por el aspecto de sus rostros, comprendió que no se trataba de una invitación. Sopesó sacar el revólver, pero optó por aguardar acontecimientos.

—Por supuesto —dijo.

El gigante cerró la celosía con llave, dejando a la mujer en el interior.

Rick siguió a los dos hombres, que avanzaron hasta el mismo salón donde le habían recibido. Nada más entrar, advirtió la presencia de un tercer individuo, que permanecía de espaldas.

—Siéntese —le invitó el hombre andrógino.

Rick obedeció. Advirtió que el gigante se situaba tras él.

—¡Y bien! ¿Qué es lo que sucede? —Rick simuló una mueca de contrariedad—. A sir George Preston no le complacerá nada esta interrupción.

—Tal vez. Quizá, debería preguntárselo directamente a él.

En aquel instante, el hombre que permanecía de espaldas se giró.

Rick no le reconoció. Sin embargo, al fijarse en la erupción rosácea que recorría su cuello, comprendió que se trataba del mismo George Preston a quien había simulado representar.

Sin dar tiempo a que reaccionaran, Rick aferró la maza del gong que descansaba sobre la mesa y la estrelló contra la cabeza del gigante a continuación, arrojó el taburete contra el encargado andrógino y corrió hacia el pasillo, donde se tropezó con Mei Ling.

—La llave de la puerta rosa... ¡Démela! —La agarró por los hombros.

La mujer permaneció muda.

—¡Le digo que me la dé! —La zarandeó.

—La... la tiene él —balbuceó.



Rick miró hacia atrás, para advertir con estupor cómo el gigante se recuperaba, empuñaba un arma y se disponía a perseguirle. Apartó a Mei Ling y corrió hacia el almacén donde preparaban el opio. Una vez dentro, amenazó a los operarios para que salieran.

—¡Fuera! ¡Vamos! ¡Fuera!

Los dos empleados soltaron lo que tenían entre manos y escaparon por donde Rick había venido. Nada más quedarse a solas, Rick atrancó la puerta con una mesa y corrió hacia la entrada de mercancías, pero por más que lo intentó, no logró abrirla. Justo en ese instante, escuchó un golpazo en la puerta que acababa de atrancar. El segundo golpe amenazó con derrumbarla.

No lo pensó. Sacó su revólver y lo cargó, justo en el instante en el que el gigante derribaba la puerta y entraba al almacén. De inmediato le apuntó.

—¡Quieto! —le dijo Rick.

El gigante pareció vacilar. Sin darle tiempo a que se repusiera, Rick acercó el revólver a la cerradura de la salida trasera y la reventó de un disparo. Luego volvió a apuntar al gigante.

—Ni lo intentes.

Como pudo, accionó el picaporte y lo abrió. Miró al exterior. Daba a un patio trasero. Sin dejar de apuntar al asiático, salió afuera y corrió hacia la calle, donde se entremezcló con la multitud. Luego cogió un coche de caballos y ordenó al cochero que le condujera hasta la floristería.

Durante el trayecto, intentó recuperar la cordura. No había averiguado nada respecto a las flores, pero lo que había descubierto aún le encogía el corazón. Sin lugar a dudas, conocía a la joven que yacía sobre la cama, porque no era otra que la persona que jamás habría querido encontrar. La misma a quien había besado en los jardines de Cremorne. Aquella joven desnuda y vencida por el opio era Daphne Loveray. La mujer a quien, por un momento, soñó con llegar a amar.

## Capítulo 19

Aquél no fue uno de sus mejores días.

Pese a llegar a la floristería en horario comercial, Rick la encontró cerrada. Una vez dentro, comprobó que Penny se había marchado antes de la hora de cierre. Sobre el mostrador encontró una hoja de papel asalmonado. Se trataba de un despacho sellado en la oficina de Surrey, de aquella misma mañana. En el cuerpo del texto, la viuda Hartford notificaba su intención de permanecer en los invernaderos un par de días más, antes de regresar a Londres.

Sacó una hogaza de pan de la despensa y se sentó. Dos días. Ése era el tiempo del que disponía antes de volver a encontrarse con las manos atadas.

Engulló el mendrugo mientras se preguntaba el motivo por el que Penny se habría ausentado. Terminó la hogaza sin atinar a obtener una respuesta. La cabeza le iba a estallar. Había sido un día terrible, coronado de la peor manera posible.

Sin pretenderlo, a su mente acudió la imagen de Daphne Loveray, tumbada desnuda y drogada sobre el diván de la sala del placer. El estómago se le encogió. ¿Qué haría sola en aquel antro? ¿Trabajaría allí como prostituta? Recordó que Mei Ling se había referido a ella como una buena clienta. ¿Acaso sería una adicta? Sabía bien lo que les ocurría a los viciosos del opio: arruinaban sus vidas y las de cuantos les rodeaban. ¿Sería ése el motivo por el que su marido, lord King, la había tachado de una cualquiera?

Por más que lo intentaba, no acertaba a comprender cuanto sucedía en torno a aquella enigmática mujer, ni qué relación podía unirle con los hombres que le perseguían. Pero era obvio que tal relación existía. Otra cosa era que él se negara a aceptarla.

Acompañó los restos de pan con un trago de ginebra. Luego cogió el quinqué y se dirigió a su caseta. Se desnudó, limpió el revólver y repuso la bala gastada. Después se acostó.

Pasó toda la noche en vela, intentando apartar de su cabeza cuanto había descubierto sobre Daphne Loveray.

\* \* \*

Amaneció y aún seguía con los ojos abiertos. Tras rumiarlo durante horas, se había maldecido por su pueril comportamiento, al dejarse arrastrar por los encantos de una simple desconocida. En ningún momento había querido ver su lado oscuro, que sin duda tenía. Y cuanto más averiguaba sobre ella, más se arrepentía.

Se levantó dispuesto a adelantar en las tareas propias del negocio. La viuda se presentaría en un par de días y quería tenerlo todo dispuesto para seguir gozando de su confianza. Tras asearse y engullir un bocado, se dedicó a regar los macizos florales y a examinar el estado de las plantas exóticas. Mientras comprobaba unos ramos destinados al Crystal Palace, se preguntó dónde se habría metido Penny. Faltaban cinco minutos para la apertura del local y la dependiente no daba señales de vida.

Tras un par de horas, comenzó a preocuparse. Seguía sin saber nada de la dependienta, ni tampoco dónde encontrarla. Deseó que sus pretendidas andanzas nocturnas en El Ciervo Rojo no fueran más que habladurías.

Cuando se cansó de las tareas, dedicó un rato a ojear los volúmenes que había adquirido sobre *El lenguaje de las flores*. Particularmente, prestó atención al ejemplar de Charlotte de Latour, inspirado en las cartas escritas por lady Mary Wortley Montagu, esposa del embajador británico en Turquía. Algo en su interior le decía que entre aquellas páginas encontraría alguna respuesta.

Sobre la una, sonó la campanilla. A través de la reja comprobó que se trataba de Penny. Le pareció extraño que llamara, pues ella tenía las llaves de la puerta. Cuando le abrió, advirtió que la dependienta intentaba entrar con la cabeza gacha, sin ni siquiera saludarle. Rick la detuvo para preguntarle qué le sucedía y, al hacerlo, comprobó que su mejilla presentaba un terrible hematoma desde la oreja hasta la barbilla.

—¡Por Dios! ¿Qué te ha ocurrido? —Rick intentó apartar el mechón de pelo que le cubría la herida, pero la dependienta retiró la cabeza.

—No ha sido nada. Me di un golpe al caer de la cama.

Rick sabía de golpes y ninguna cama era tan violenta. Además, los restos de pintura sobre sus ojeras y el olor a perfume barato indicaban otra cosa. Le preguntó si había visitado a un médico. Penny le aseguró que sí, y que ésa era la razón de su retraso. Sin embargo, su mejilla tumefacta atestiguaba lo contrario. No quiso insistir. Le sugirió que regresara a su casa y permaneciera en ella hasta que se recuperara, pero al escuchar la propuesta, un temblor sacudió el cuerpo de la dependienta. Sin mediar palabra, la mujer sorteó a Rick y se adentró en la floristería.

A Rick no le quedó más remedio que aceptar su silencio. Dejó de lado los libros y le preparó una cataplasma con un poco de agua fría y arcilla mezclada con alcanfor.

—Ten. Póntela. Te aliviará. —Ayudó a la mujer, que intentaba ataviarse con un delantal.

Penny le miró temblorosa, como si temiera que Rick o cualquiera que se le acercara pudiera golpearla. Rick untó un paño en la cataplasma y se lo aplicó con delicadeza.

—Penny, ¿quién te ha hecho eso? Si me lo dices, podré ayudarte.

En ese momento, la mujer rompió a llorar, se sujetó el paño contra la cara como pudo y se alejó para dedicarse a sus quehaceres.

A mediodía, Rick ya había despachado la mayoría de los envíos pendientes. A los intentos de retomar la conversación con Penny, ésta le había rehuido una y otra vez hasta dejarlo por imposible. No obstante, estaba decidido a averiguar qué le había sucedido. Comprobó su reloj. Se acercaba la hora de comer, el momento que había escogido para dejar a la dependienta con el negocio y desplazarse hasta la sede de la compañía de carruajes Aldrich.

—He de salir a resolver unos asuntos.

—¿Hoy también? —se lamentó Penny—. ¿Pero no has visto el telegrama? Tu tía avisa que llegará pasado mañana, y tú, mientras, por ahí, con el trabajo que queda aquí pendiente.

Rick miró a su alrededor. Todo se veía ordenado y limpio, las plantas cuidadas y los encargos repartidos. Penny seguía teniendo miedo.

—Debo resolver un asunto urgente, pero te diré lo que haremos. En cuanto salga, cierra con llave y no abras a nadie. Yo enviaré recado a Memento para que venga a la floristería a fotografiar unos jarrones que he preparado esta mañana. Así estarás acompañada hasta que regrese.

—Pero me verá con este aspecto. —Penny se sacudió la suciedad del delantal sin reparar en el hematoma de su cara. Fue un instante nada más. Luego acercó su mano a la mejilla y se quedó mirando a Rick, como si éste pudiera resolverle el problema.

—Apenas si se te nota —suavizó Rick—. Además, con las gafas oscuras que usa, Memento no distinguiría una nuez de una sandía. Venga. No te preocupes. Le diré que repique cinco veces la campanilla para que sepas que es él. No habrá ningún problema.

Poco después, tras asegurarse de que Penny atrancaba la puerta por dentro, entregaba a un coche de punto un sobre cerrado dirigido a Memento y se subía a otro para acercarse a la sede de la compañía de carruajes.

Cuando llegó a las inmediaciones de la sede, se dirigió directamente a las caballerizas, donde los empleados comían de sus tarteras. Uno, fuerte y achaparrado, con aspecto de estatua a medio acabar, se levantó nada más reconocer a Rick y corrió a saludarle, con los dientes manchados de habichuelas.

—¡Maldito bastardo! Joder, tres meses sin verte. ¿Habéis dejado el negocio? —le preguntó a Rick, mientras se limpiaba la boca con la manga.

Rick estrechó la mano del cochero y se sentó junto a él, en el lugar donde daba cuenta de sus viandas. Cuando le informó de la muerte de su antiguo socio, el hombre se llevó las manos a la cabeza.

—Te diré que no me extraña. —Le ofreció un plato de habichuelas—. Estará mal que lo diga ahora, que a saber en qué parte del infierno anda, pero Joe era un mal bicho. Tarde o temprano tenía que pasarle algo. En fin... ¡Qué te voy a decir que tú no sepas! Ten. Echa un trago. —Le pasó una botella de cerveza—. ¿Y qué te trae por aquí? ¿Vuelves al tajo tú solo?

—No exactamente...

Le explicó que estaba buscando al conductor que, meses atrás, se vio involucrado en el atropello del matemático Ralph White. Antes de que respondiera, Rick sacó unas monedas y las dejó dentro de la tartera vacía.

—Ya lo recuerdo... —dijo el conductor. Echó un trago y soltó un eructo que asustó a las caballerizas—. Te refieres al Oreja. Le llamábamos así porque sólo tenía una. —Se rio, dejando a la vista más huecos que dientes.

—¡Ajá! ¿Sabes qué turno tiene?

—Ya no trabaja aquí. Se largó el mismo día del accidente. Pero ya te digo que no le echaremos en falta. Era un tipo peligroso, mal encarado... Alguien comentó que estuvo en la cárcel por matar a un colega en una pelea.

—¿Y sabes dónde puedo encontrarlo?

—Olvídate. Ya lo intentaron un par de compañeros a los que les debía varios jornales y lo único que averiguaron fue que ese cabrón se marchó a Irlanda con los bolsillos bien llenos. Al parecer, antes de esfumarse, presumió de haber ganado un boleto a la lotería. ¡Ja! ¡A la lotería...! —Escupió un esputo a sus propios zapatos—. Si ese estafador no tenía ni para limpiarse las botas.

Rick asintió, agradeció al conductor la información y abandonó las caballerizas.

Ya en el exterior, inspiró con fuerza. Todo apuntaba en la dirección de sus conjeturas y coincidía con el testimonio del testigo que relató a Memento lo que le pareció un atropello intencionado. Probablemente, alguien había pagado a aquel desalmado para que arrollara al matemático. Imaginó que, tras embestirle, y mientras simulaba auxiliarle, el Oreja aprovechó para estrangularle y acabar con su vida.

Dio por sentado que jamás le encontraría. Seguramente, los mismos que le contrataron para que acabara con Ralph White ya le habrían liquidado. Si pretendía averiguar algo más sobre aquel asunto, debería escarbar en la vida del matemático y tratar de esclarecer los motivos por los que alguien querría eliminarle. Unos motivos que, a todas luces, debían estar relacionados con el

trabajo que desempeñaba para el Foreign Office.

Sacó sus notas y las releyó. Aún tenía pendiente por investigar la desaparición de Alan Sinclair, el periodista y antiguo corredor de bolsa, quien, al igual que el difunto matemático, se evaporó sin dejar rastro tras recibir un ramo de flores. Alan Sinclair también trabajaba para el Foreign Office.

Pero antes de dar cualquier paso en falso, debía encontrar la forma de acceder a las oficinas gubernamentales, sin levantar ninguna sospecha.

\* \* \*

El ómnibus le dejó a la altura de un bullicioso puente de Westminster, atestado de carruajes y peatones. Se apeó para franquear las aguas del Támesis mientras contemplaba la impresionante fachada gótica del nuevo Parlamento que, en la distancia, parecía cimentado sobre miles de agujas. Cuando alcanzó la orilla, admiró la imponente torre del reloj, que, pese a no estar concluida, presumía sin complejos del poderío de Gran Bretaña. Dejó atrás Parliament Street y se dirigió a Downing Street, la angosta calle que dividía en dos el complejo de edificios gubernamentales. Al acercarse a la esquina, se detuvo y echó un vistazo a los alrededores. Todo seguía como lo recordaba: el edificio de la India Office frente al del Foreign Office al sur, y el edificio del Tesoro y el Horse Guards, al norte.

Años atrás había frecuentado aquellas dependencias, y aunque resultara improbable que, afeitado y ataviado como un comerciante cualquiera, alguien pudiera reconocerle, no quiso arriesgarse. Apretó el paso y atravesó el pasaje hasta alcanzar los lindes del parque de St. James, con la intención de comprobar los accesos laterales. Sin embargo, lo que concitó su atención fue la presencia de un anciano limpiabotas que descansaba apoyado sobre un curioso sillón cuyo aparatoso respaldo de madera reproducía la cercana torre del reloj.

No lo pensó dos veces. Se restregó las botas con un poco de barro y se acercó al anciano para que se las limpiara.

Nada más advertir la presencia de un posible cliente, el limpiabotas se irguió como un palo y sacudió a toda prisa el polvo del asiento. Rick se acomodó en el sillón y apoyó una bota sobre el soporte.

—¿Qué me recomienda? ¿Sebo de caballo? —le preguntó al limpiabotas.

El anciano se sentó sobre su taburete, escupió sobre las botas de Rick a conciencia y las limpió con un cedazo.

—Están como nuevas, y usted no parece que sea de los que se meten en charcos. Con un buen betún, lucirán perfectas.

—Pues use el mejor que tenga y embadúrnelas bien. —Rick guardó silencio un momento mientras buscaba cómo entablar conversación—. Precioso su asiento —dijo, como si le interesara.

—Le gusta, ¿eh? —resopló el anciano sin dejar de restregar—. Me costó una fortuna. Mandé a un carpintero que me lo construyera cuando comenzaron a edificar la torre del reloj, que no sé si algún día llegarán a terminarla, y la verdad es que hizo bien su trabajo: desde que lo tengo, todo el mundo acude a Little Ben, el limpiabotas del trono gigante.

—Little Ben... Curioso apodo. Por cierto, no parece mal sitio éste. ¿Lleva tiempo trabajando en la zona?

—Hasta 1834 estuve más abajo, en las antiguas casas del Parlamento, pero después del incendio me trasladé a este lugar. Aquí hace menos frío. Sesenta y siete años, en total. Empecé en

el oficio cuando aún no sabía andar y espero durar otros sesenta y siete. —Rio mientras se afanaba en hacer que las botas brillaran como si fueran de charol.

—Toda una vida. ¿Y tiene muchos clientes por aquí?

—¿Muchos? ¡Ja! ¡Todos! Los empleados de estas oficinas no es que sean demasiado generosos, pero pagan al contado. ¡Me voy defendiendo, sí, señor!

—Imagino que entablará conversación con ellos.

—¿Y qué voy a hacer si no? Después de tanto tiempo sacando lustre, al final uno habla hasta con los gatos. La verdad es que, tiempo atrás, la gente solía acudir al trabajo con los zapatos ya limpios de sus casas, pero desde que llegó a las oficinas ese alemán obsesionado con la pulcritud, a menudo los oficinistas pasan por mis manos para darles un último repaso.

—¿Alemán? ¿Qué alemán?

—No recuerdo cómo se llama. El muy cabrón me hizo esto. —Se despojó de la gorra y le mostró la cicatriz que le atravesaba la calva—. Después de gastar una lata de sebo en sus botas, ese enano malnacido me arreó un fustazo por no dejárselas a su gusto.

Pese a la sorpresa, Rick enseguida imaginó que se referiría a Gustav Gruner. No era posible que coexistieran en Londres dos alemanes tan pequeños y, a la vez, tan miserables. Observó que el anciano volvía al trabajo y se dejaba las uñas frotando sin descanso. No quiso que se esforzara más. Le pidió que parara y le entregó una libra que el hombre aceptó boquiabierto, como si de repente fuera Navidad y le hubieran regalado un pavo. Rick se estiró para recuperar la sensibilidad de la espalda. Quería regresar a la floristería con tiempo para hablar con Memento, pero antes de irse, se dirigió de nuevo al anciano.

—Ese alemán del que me habla, ¿usa monóculo y botas de tacón alto?

El limpiabotas dio un respingo.

—Así es. ¿Le conoce?

—Sólo de oídas. ¿Sabe dónde trabaja exactamente?

El anciano alzó el brazo y señaló el edificio del Foreign Office.

—No sé a qué se dedica. Pero se pasa los días ahí adentro.

\* \* \*

Cuando Rick regresó a la floristería, encontró a Penny junto al mostrador, abrazada a un jarrón de flores en una extraña pose de odalisca, y a Memento, parapetado tras una lona, intentando tomarle una fotografía. No quiso estorbarles. Les saludó, sorteó como pudo los trastos que su amigo había desperdigado por el suelo y dejó los aperitivos que acababa de comprar encima de una mesa mientras esperaba a que alguno de los dos artistas diera por terminada la sesión. Los efluvios de un pastel de carne recién horneado propiciaron que Memento asomara la cabeza como un topo hambriento saliendo de su madriguera.

—¡Caramba, Rick! Tú sí que sabes cómo ser bienvenido. ¿Qué has traído ahí? ¿La cena? —Y husmeó entre las viandas.

Rick dejó hacer a Memento mientras él observaba el rostro de Penny. Aunque aún se le notaba el golpe, lo había disimulado con varias capas de maquillaje hasta ocultarlo casi por completo. Cuando le preguntó por la herida, ella se desentendió de Rick y corrió hacia Memento para interesarse por cómo había salido la fotografía.

—¡Pero no te muevas de tu sitio! ¿No te he dicho que siempre saco dos tomas para asegurar alguna buena? —le regañó Memento, como si fuera una niña pequeña.

Cuando concluyeron la sesión, ambos acudieron al aroma de la comida. Penny extendió un mantel sobre la mesa, buscó detrás del mostrador la ensalada de patata que le había sobrado del almuerzo y la añadió al pequeño banquete que había preparado Rick. Luego sirvió las raciones, dejando la más grande para Memento, a quien ayudó a colocarse bien su servilleta. Mientras daban cuenta de los manjares, Rick observó que Penny y Memento sólo tenían ojos para ellos mismos.

—¿Sabes que Penny posa como una profesional? —Memento la contempló con cara de bobo.

Penny devolvió a Memento una sonrisa similar, que a Rick le pareció sincera. Verlos tan acaramelados le alarmó.

—¿Has fotografiado las flores que te indiqué en la nota? —le preguntó Rick.

—Sí, sí. Tengo los daguerrotipos guardados en la talega. ¿Un poco más de tarta, Penny?

—Dejad algo de dulce para mañana —dijo Rick, y se levantó para retirar los platos.

Penny se apresuró a ayudarlo, mientras Memento daba cuenta de las sobras. Cuando Penny desapareció con la vajilla, Rick reprendió a su amigo por las confianzas que se tomaba con la dependienta.

—¿Pero a qué tanto reproche? ¿Puede saberse qué diablos te molesta? —le replicó Memento.

—Me molesta que babeas como un crío, sin saber nada sobre ella.

—Pues precisamente por esa misma razón quiero conocerla. —Memento endureció el gesto.

—No sé. Quizá no fue buena idea lo de que trabajáramos juntos. Permití que me echaras una mano porque pensé que sabrías comportarte.

—¿Pero tú te escuchas? —Dejó de comer y se levantó—. ¿Acaso no he hecho las fotografías que me pediste? Además, recuerda que no eres tú quien me ha contratado. Lo ha hecho lord Bradbury.

Rick enmudeció. No sabía cómo explicarle las sospechas que albergaba respecto a Penny. Lo último que deseaba, era que una mujer indecente rompiera a su amigo su entristecido corazón. Un corazón enorme.

—¿Te has fijado en el golpe de su cara? —se le ocurrió decir.

—¿Eh? Sí. Penny me comentó que al levantarse se mareó, perdió el equilibrio y se golpeó con la barandilla de la cama. ¿Por qué?

—Ya. Con la cama... ¿Y qué opinas al respecto?

—¿Qué debería opinar? Shhh. Calla, que ya regresa. —Se giró con disimulo.

—Bueno... Yo ya lo he recogido todo —dijo la dependienta—. ¿Nos vamos?

—Sí. Espera que guardo el material y...

—Un momento —les interrumpió Rick—. ¿Os vais juntos? —No pudo dar crédito a lo que veía. Memento asintió.

—Por supuesto. Imagino que no habrá problema porque deje aquí mis bártulos y pase a recogerlos mañana. No me perdonaría que Penny sufriera otro mareo y acabara con sus huesos en la acera.

Rick no encontró argumentos con los que oponerse. Cuando se quedó a solas, contempló los artilugios de Memento apilados junto a la entrada del invernadero. Por un instante le alegró la felicidad momentánea de su amigo, pero se preocupó por él. Temía que quien atacó a Penny pudiera agredir también a cualquiera que la acompañara.

\* \* \*

Antes de acostarse, Rick se cuestionó el papel que desempeñaría Gustav Gruner en el Foreign Office. Hasta ahora, había supuesto que sus responsabilidades se limitaban a la seguridad del Crystal Palace, pero, al parecer, su vínculo con el rey consorte era lo suficientemente estrecho como para que el alemán metiera sus hocicos en los tentáculos del imperio.

El Foreign Office... La Compañía de las Indias Orientales...

Mientras bebía una última copa, a su memoria acudió cuanto aprendió sobre la corporación durante los últimos años en los que trabajó para ella.

Desde su fundación, allá por el año 1600, la Honorable Compañía Británica de las Indias Orientales se había expandido conforme a los intereses de sus fundadores, doscientos dieciséis inversores privados, ávidos de poder y de riquezas. Aquel grupo de hombres de negocios atisbaron en el continente asiático la oportunidad de amasar incalculables fortunas. Así, cuando la Corona autorizó la explotación y el monopolio del sudeste asiático, la corporación, a cambio de un porcentaje, se lanzó como una jauría sobre la India. Para ello, crearon sus propios ejércitos privados, una perfecta maquinaria de dominación con la que, durante decenios, sometieron y expoliaron naciones y reinos para beneficio propio y mayor gloria de su graciosa majestad. Sin embargo, cuando el inagotable torrente de dinero comenzó a escasear, la Corona extendió su brazo sobre la Compañía y la atenazó hasta controlarla.

Ésa fue la convulsa época que a él le tocó vivir. La de la corrupción y la de las guerras.

El cansancio le dominó. Se dejó caer sobre el jergón sin ni siquiera desvestirse. Volvió a recordar Calcuta.

\* \* \*

Amaneció otro día de marzo, con la misma niebla y la misma lluvia. Penny acudió a la floristería antes de la hora de apertura, con el rostro aún atemorizado y el hematoma más renegrido. Mientras la mujer se ponía a la faena, aduló la amabilidad de Memento, quien no sólo se empeñó en acompañarla hasta el portal de su casa, sino que además la invitó a un té caliente antes de dejarla.

—Al final me pidió una cita —le confesó a Rick con cierta vergüenza—. Y creo que se la concederé. No será joven ni bien parecido, pero es buena persona, y eso es algo que no abunda.

Rick se hizo el despistado. No deseaba hablar sobre el tema.

—Queda trabajo por hacer. Mañana viene mi tía —acertó a decir.

Durante la mañana, apenas si volvieron a cruzar palabra. Rick se afanó en el invernadero mientras Penny, en el jardín, limpiaba hasta las telarañas. Rick se encontraba trasplantando unas macetas cuando, de repente, la voz de Penny le interrumpió.

—Rick. Si tienes un momento, en la tienda hay alguien que quiere verte.

—¿A mí? ¿Quién es? —Rick se alertó.

—Mejor que lo compruebes por ti mismo. —Y sin dar más explicaciones, regresó al jardín para continuar con sus tareas.

Rick limpió sus manos manchadas de tierra y se sacudió la pechera. Por un instante pensó en acudir a la caseta para pertrecharse con el revólver, pero no deseaba montar un número delante de Penny. Finalmente, se sacudió las botas y salió del invernadero. Cuando accedió a la tienda, se encontró con una joven dama, ataviada con un elegante vestido azul.

Era Daphne Loveray.



## Capítulo 20

Quizá por el recuerdo aún fresco de su cuerpo desnudo, reclinada sobre el diván del fumadero de opio, Rick encontró a Daphne inquietantemente turbadora. Camufló su rubor apartando unos sacos de arena que molestaban en la entrada y tras saludarla la contempló sin disimulo. Pese a la palidez que aún albergaba el rostro de la joven, su mirada volvió a seducirle como el primer día que la vio.

Le preguntó cómo se encontraba. En teoría, no sabía nada sobre ella desde el día en que la besó en los jardines de Cremorne.

—Bastante recuperada. Nuestra familia posee una casa en Kent y allí me ha aliviado el aire de la campiña —le agradeció.

—Me alegra saberlo. ¿Y qué te trae por aquí? ¿Deseas hacer algún encargo?

—Bueno. En realidad, no. —Rompió a reír—. Paseaba por los alrededores y decidí acercarme a saludar al extranjero que dejó ayer unas flores en mi casa.

—Ah, sí. Las flores. Lo siento. —Se rascó la coronilla—. La verdad es que fue una torpeza por mi parte. Estaba preocupado por tu salud y no imaginé que tu marido estuviera en casa.

—No te preocupes. Eran preciosas. Lástima que estuviera de viaje y no pudieras entregármelas personalmente. Regresé de Kent esta mañana.

Rick miró las pupilas dilatadas de Daphne. Odiaba que le mintiera. El día anterior la había visto con sus propios ojos, en el *den*, drogada. Limpió un poco el mostrador y retocó unos macizos, sin saber bien cómo actuar.

—Me alegra verte —se sinceró Rick.

—A mí también. Me enteré de lo del incendio en los invernaderos. ¿Y tu tía? ¿Aún sigue en Surrey?

—Avisó que regresaría hoy. Supongo que estará de camino.

—¿Y vendrá ahora por la mañana?

—No lo creo. En el telegrama mencionaba que llegaría para la cena.

—¡Estupendo! Entonces, vayamos a dar un paseo. Aún he de hacer unas compras, y sola me aburro soberanamente.

—¿Los dos? —Rick titubeó.

—Sí, claro.

—Pero tu marido...

—¡Caramba! ¿Ahora te preocupa mi marido? Cuando me besaste en los jardines de Cremorne, no pareció importarte.

Rick enmudeció ante una respuesta tan espontánea como inesperada. Desde luego, no había olvidado aquella velada, pero quizá allí le faltó un punto de cordura y se dejó llevar por la bebida, por el entorno y por el baile. Y, sobre todo, por la mirada de Daphne, que de nuevo volvía a ejercer sobre él su irrefrenable hechizo. Echó un vistazo a la tienda. Aunque había descuidado sus obligaciones, en realidad quedaba poco por hacer. Aquella misma mañana había limpiado a

conciencia y los pedidos pendientes se habían cumplimentado conforme a las instrucciones dejadas por la viuda Hartford.

En cualquier caso, no sólo suponía una oportunidad para volver a disfrutar de la compañía de Daphne. También lo era para averiguar más sobre sus enigmáticas actividades.

Justificó ante Penny su repentina partida por la necesidad de acudir a una reunión de la Real Sociedad de Horticultura, de la que lady King formaba parte. Luego pidió a Daphne que aguardase y corrió hacia su caseta para asearse y adecentarse. Mientras lo hacía, se planteó por qué razón una mujer como Daphne Loveray, noble y casada, se fijaría en alguien como él. Quiso creer que quizá no existiera una respuesta racional, y que quizá sólo obedeciera a la misma razón por la que él deliraba a menudo con su recuerdo.

Una vez fuera de la tienda, mientras caminaba pausadamente junto a Daphne, Rick sintió como si, por un instante, su vida de fugitivo se desvaneciera para reencarnarse en un nuevo Rick más despreocupado y humano, al que sólo le importasen pequeñas cosas, como el pasear junto a aquella joven que le cautivaba. Durante el trayecto en el carruaje que había trasladado a Daphne hasta la floristería, Rick se interesó por el desmayo que sufrió en los jardines de Cremorne, pero Daphne eludió el tema y se centró en charlar animadamente sobre las tiendas que visitarían. Rick le aconsejó evitar a los sombrereros del Strand, más cercanos a timadores profesionales que a comerciantes, y en su lugar, acudir a los vendedores de Wellington Street, en los alrededores del Covent Garden. Al escucharlo, la joven se sorprendió.

—Para llevar tan poco tiempo en la ciudad, parece conocer muy bien Londres —le espetó.

—No creas. —Rick carraspeó al advertir lo inconveniente de su comentario—. Conozco a los sombrereros porque mi tía me los recomendó. Además, el mercado de Covent Garden siempre está repleto de vendedores de flores y de vez en cuando paseo por la zona. —Se mordió la lengua.

A Daphne pareció divertirle la sugerencia y ordenó al cochero que se dirigiera hacia Covent Garden. Al fin y al cabo, apenas debían desviarse unas yardas.

—¿Y de qué trabajabas en Massachusetts? —le preguntó a Rick.

—Sólo pasé allí mi infancia —improvisó—. Terminé mis estudios en Europa y luego me enrolé en un barco para viajar por el mundo. Puede que parezca interesante, pero he tenido una vida bastante rutinaria, te lo aseguro. ¿Y tú? —Intentó cambiar de tema—. ¿En qué empleas tu tiempo libre?

—¿Yo? Pues imagina. Si viajar por el mundo te resulta rutinario, piensa lo que es una vida al lado de un borracho que sólo tiene ojos para sus cuadros. Mi vida es un aburrimiento absoluto. Además de resolver juegos matemáticos, paseo con mis amigas, vigilo a las criadas y poco más. Ya sabes... Tareas de señoras.

—¿Y lo del Crystal Palace?

—También pertenezco a una asociación de horticultura. Surgió la posibilidad de colaborar en la decoración del pabellón de las Indias Orientales y me ofrecí voluntaria. Cualquier cosa, con tal de matar el tedio.

En ese momento, el traqueteo del carruaje provocó que la mano de Daphne rozara la de Rick. Rick notó como el estómago se le estremecía, pero sujetó la mano de Daphne y la mantuvo estrechada.

Descendieron a la altura de Waterloo Bridge porque, a aquellas horas, el tráfico en las callejuelas que rodeaban el mercado de Covent Garden era una locura. Daphne avisó al cochero de que regresaría por sus propios medios y se cogió del brazo de Rick para que éste la condujera a través de aquel laberinto de puestecillos y comerciantes.

—Veamos esos sombreros —sonrió la joven.  
—Veámoslos. —Y tiró de ella hacia el interior del bullicio.

\* \* \*

A voz en grito, Daphne confesó a Rick no haber estado nunca en un lugar tan divertido. Los vendedores de flores les disputaban el sitio para intentar venderles un ramo mientras ellos avanzaban entre la multitud de *costermongers* con sus puestos ambulantes de comida. Rick adquirió un apetitoso emparedado de pollo y lo compartió con Daphne, quien, tras probarlo, engulló el resto con la avaricia de una pilluela. De repente, un grupo de mozos achispados les rodeó con sus cánticos y comenzó a bailar en torno a ellos, obligándoles a brindar con cerveza. A Rick le reconfortó ver cómo Daphne tarareaba y disfrutaba abrazada a él, girando al ritmo del coro que los animaba. Reía con la frescura de una niña que acabara de hacer nuevos amigos. Por un instante, Rick apartó a un lado todos sus recelos y se dejó contagiar por el regocijo del momento. Cuando los mozos desaparecieron, se quedaron los dos abrazados en medio del gentío, mirándose el uno al otro.

—No parece que aquí vendan sombreros —dijo, finalmente, Daphne.

—Eso parece —rio Rick, y sin soltar su delicada mano, tiró de ella hacia las arcadas que comunicaban con Wellington Street.

Se disponían a enfilar el callejón de las sombrererías cuando, de repente, Daphne se soltó para detenerse a contemplar el pintoresco cartel que colgaba sobre el pecho de un hombre anuncio. A Rick también le llamó la atención. Se trataba de un *freak show*. Daphne le preguntó algo al empleado y se volvió corriendo hacia Rick.

—¿Has visto? Es aquí al lado y la función comienza en quince minutos. ¡Vayamos! —Agarró a Rick y tiró de él.

Rick enarcó una ceja. Quizá aquellos circos de seres deformes resultaran curiosos para determinado público, pero lo cierto era que no aprobaba el que la gente disfrutara de las desgracias de otras personas. Cuando se lo hizo saber a Daphne, ésta coincidió con él.

—Pero este espectáculo no es de éstos. —Y le señaló a Rick el lugar del cartel donde aparecía el dibujo de un mago con una túnica dorada, que se proclamaba a sí mismo como el mejor del continente.

—Tampoco me interesan los cantamañanas —repuso Rick.

—¡No se trata de un cualquiera! Es el increíble doctor Fausto. Todo Londres habla de sus actuaciones.

Rick negó con la cabeza. De todas formas, Daphne le miraba tan ilusionada que le resultó imposible no acceder a sus deseos. Compró otro emparedado de pollo y mientras lo devoraban, se dirigieron hacia el teatro donde tenía lugar la función.

Los organizadores del espectáculo podrían haber escogido el impresionante teatro de Drury Lane, situado a dos manzanas, pero el gentío que se agolpaba a la puerta de la taquilla para admirar al hombre esqueleto o a los inseparables hermanos siameses no tenía nada que ver con el refinado público que asistía a las representaciones de la ópera.

Mientras aguardaban en la cola, Rick reparó en los enormes carteles de colores que empapelaban el local de la representación, entre los que destacaba el dibujo de una mujer de cuatro piernas y dos brazos, acuclillada como si se tratara de una espantosa araña. Sin duda, el dueño de aquel circo sabía cómo azuzar el morbo de los espectadores. Cuando alcanzaron la

taquilla, le preguntó a Daphne si realmente estaba convencida de querer entrar allí.

—Te aseguro que se trata de un espectáculo de magia—le repitió.

Tras superar una especie de vestíbulo adornado con unas extrañas máscaras, accedieron a una nave diáfana pertrechada con decenas de sillas alineadas en torno a un estrado de madera. Para asombro de Rick, el recinto se encontraba abarrotado. Avanzaron por un lateral, tomaron los asientos que indicaban sus localidades y aguardaron atentos. Daphne se agitó en su silla, impaciente. Minutos después, un actor ataviado con una guerrera de húsar apareció sobre el escenario.

—Damas y caballeros... Procedente de la lejana Hibernia, heredero de una estirpe perdida, el asombroso doctor Fausto, el hombre capaz de leer las mentes más herméticas.

El público premió al presentador con una atronadora ovación. Seguidamente, un par de ayudantes entornaron las ventanas para dejar que la penumbra se apoderara de la sala. Tan sólo dos pequeñas lámparas de gas permanecieron encendidas, iluminando tenebrosamente el escenario con una exangüe luz amarillenta. Segundos después, un redoble de tambor culminado con un choque de platillos, daba paso a la dramática aparición de un hombre calvo, envuelto en una túnica dorada.

Al instante, un silencio sepulcral se expandió por la sala. Poco a poco, la luz de gas fue cobrando fuerza hasta revelar el inexpresivo rostro del mago, semejante al de una estatua marmórea.

—¡Bienvenidos al espectáculo más increíble que jamás hayan presenciado nunca! —declamó el hombre con una voz de ultratumba—. Lo que verán a continuación no es el fruto de trucos ni artimañas. Sólo el poder con el que he sido bendecido es el responsable de los admirables milagros que contemplarán sus ojos. —Guardó silencio. En la sala sólo se escuchó alguna tos seca y un carraspeo.

Rick miró a Daphne, que a su vez contemplaba absorta al mago.

—Es un honor demostrar mis poderes ante un público tan distinguido —continuó el mago—. Ahora, como primera muestra de mi influjo, voy a revelar la presencia de personas a las que nunca antes he visto. —Cerró un momento los ojos y apoyó los dedos de las manos en sus sienes, como si intentara visionar algo—. ¡Ajá! Me gustaría saludar a la señora Mayer, quien ha acudido con su pequeño hijo Jimmy. Por favor, no sea tímida. Incorpórese y salude.

Una mujer boquiabierta se levantó de su asiento y saludó al público con asombro.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo diantres sabe quién soy? —atinó a balbucear.

Un aplauso cerrado premió el acierto.

—Veo que también nos honra con su presencia el señor Mortimer Taylor. Médico —prosiguió el mago—. Señor Taylor, si es tan amable, levántese y confirme si nos conocemos.

—No. No tengo el placer —dijo un hombre de gafas, con aspecto de científico.

—Menudo fanfarrón —musitó Rick—. Seguro que están todos compinchados.

—Y saludo también a esa bella pareja de enamorados —dijo en ese mismo instante el hombre de la túnica de oro—. Daphne y Rick. ¡Bienvenidos a mi espectáculo!

Rick enmudeció. Era imposible que supiera su nombre. Jamás había visto antes a aquel embaucador, y Daphne no se había separado de él ni un segundo, de modo que ella tampoco podía habérselo revelado. Aplaudió junto al resto del público, sin comprender cómo lo había adivinado.

—Gracias. A continuación, realizaré un cálculo mental inaudito, para el que precisaré la ayuda de algún voluntario. —De inmediato, varios hombres alzaron sus brazos, pero el mago escogió a una niña que agitaba su pañuelo—. Muy bien. Una jovencita preciosa. ¿Has venido con tus

padres? —le preguntó cuando subió al escenario.

—Con mi madre. —Y señaló a una mujer tocada con un sombrero azul, que saludó al mago desde los asientos.

—Estupendo. Déjame adivinar tu nombre. Te llamas... ¿Esther?

—¡Sí! —sonrió la niña. Un nuevo aplauso brotó de los asistentes.

—Bien, Esther. Te diré lo que vas a hacer: voy a entregarte esta pequeña pizarra de madera y esta tiza, y te vas a dirigir al público. Escogerás a tres desconocidos y pedirás a cada uno que anote sobre la pizarra un número de dos cifras, superior a 35. Luego te dirigirás a otra persona distinta, la que desees, y le pedirás que sume los tres números. ¿Lo has entendido?

—¡Sí! —volvió a sonreír.

—¡Estos trucos me encantan! —le confesó Daphne a Rick.

La muchachita bajó del estrado y se dirigió a un hombre de la segunda fila de asientos para que apuntara la primera cifra. Luego repitió la operación con una mujer que insistía en ser ella la elegida, y después se acercó hasta un hombre con mandilón de panadero que escribió la tercera cifra. Cuando terminó, rodeó los asientos por la parte de atrás y corrió hacia el otro lado de la sala hasta entregarle la pizarra a un hombre de la primera fila, ataviado con levita y bombín.

—¿Sabe usted sumar? —dijo el mago desde el estrado.

—Por supuesto —respondió el hombre de la levita.

—En tal caso, le ruego que efectúe la operación, devuelva la pizarra a la niña y se concentre en el resultado. Y tú, pequeña, cuando te entregue la pizarra, borra bien todos los números para que yo no pueda verlos.

El hombre de la levita obedeció. Luego la niña recogió la pizarra, borró las cifras y corrió para devolvérsela al mago, que la mostró al público. A continuación, el mago pidió silencio absoluto, cerró los ojos y se concentró. Mientras lo hacía, volvió a sonar un redoble de tambor. Finalmente, el adivino cogió la tiza y escribió una cifra sobre la pizarra.

—Por favor —se dirigió al hombre de la levita—. Revele al público el resultado de su suma.

—Ciento sesenta y cuatro —dijo el voluntario.

—¿Ciento sesenta y cuatro? ¿Está seguro?

—Completamente.

Entonces el mago, con gesto solemne, elevó la pizarra y mostró el número que acababa de escribir. Ciento sesenta y cuatro.

Mientras el público aplaudía enfervorecido, Rick observó a los cuatro voluntarios que habían participado en el número. Por sus caras de asombro, dedujo que no estaban compinchados. Se revolvió en su asiento y miró a Daphne, que seguía en silencio las explicaciones del artista.

—Para el siguiente ejercicio, necesitaré de la ayuda de algún colaborador. Por ejemplo, usted misma. —Señaló a la madre de la niña que acababa de ayudarlo—. ¿Tendría la amabilidad de asistirme? No es necesario que suba al estrado.

La mujer del sombrero azul asintió y se levantó, a la espera de instrucciones.

—Muy bien —continuó el mago—. Ahora pediré a alguien que me vende los ojos, después me volveré de espaldas y averiguaré cualquier objeto que nuestra espontánea colaboradora seleccione de entre los ofrecidos por el público. Por favor. ¡Una persona que me tape los ojos!

Rick no esperó a que se le adelantasen. Se levantó y corrió hacia el estrado. Cuando subió, desafió al mago con la mirada. No sabía cómo, pero estaba convencido de que aquel hombre era un impostor. Apretó la venda a conciencia, cerciorándose de su eficacia.

—Por cómo se ha esmerado con la venda, veo que desconfía de mí —dijo el mago en voz alta

—. Bien. Ahora que ha comprobado que estoy absolutamente cegado, le pediré que permanezca a mi lado para demostrarle que nadie me susurra las respuestas. Por favor, señora. ¿Quiere empezar a escoger objetos? Cuando los tenga, pregúnteme por ellos.

La mujer se debatió entre la multitud de adminículos que el público blandió a su alrededor: encendedores, pañuelos, flores, pitilleras, bastones, paraguas, gorros... Se acercó a un hombre grueso y aceptó la pipa que le ofrecía. A continuación, la alzó para mostrarla al público y se dirigió al mago:

—Doctor Fausto, ¿podría adivinar qué tengo en mi mano izquierda?

El mago colocó sus manos sobre sus sienes. Rick le observó de cerca. De repente bajó las manos y gritó:

—¡Tiene usted una pipa de madera!

La gente aplaudió con entusiasmo. Cuando las palmas se apaciguaron, la mujer se dirigió hacia otra zona de la sala y cogió un reloj que le ofrecían.

—Doctor Fausto, ¿sabría qué agito en mi mano?

El mago repitió el ademán de concentración, para a continuación volver a gritar:

—¡En su mano sostiene usted un valioso reloj!

El público volvió a aplaudir con más fuerza. Finalmente, la mujer avanzó hasta una señora que le ofrecía un precioso camafeo. Lo mostró en alto y preguntó de nuevo:

—Doctor Fausto, ¿acertaría lo que sujetan mis dedos?

El mago se concentró una vez más, bajo el atento escrutinio de Rick. Tardó más en responder.

—Señora. Entre sus dedos, ¿usted está mostrando un delicado camafeo!

El público se levantó al unísono y rompió a aplaudir de nuevo, mientras Rick se preguntaba cómo diablos lo habría hecho. Cuando el mago se quitó la venda para saludar, observó el rostro contrariado de Rick. Luego pidió silencio y se dirigió a los espectadores:

—Pese al entusiasmo que el público me muestra, percibo un atisbo de desconfianza en el ayudante que me acompaña. Por favor, ¿podría confirmarme tal extremo? —le preguntó a Rick.

—Digamos, simplemente, que me cuesta creer en las supercherías.

El mago no se inmutó. Al contrario, esbozó una ligera sonrisa.

—En tal caso, ofrezcamos a nuestro voluntario la prueba definitiva. Ha venido acompañado, ¿no es así?

—Como otros muchos —dijo Rick.

—Perfecto. Por favor, ¿podría levantarse su pareja para que la vea el público? —Daphne se levantó y saludó tímidamente a las personas que la escrutaban como si fuese una privilegiada. El adivino continuó—: Bien, Rick. Supongo que entre usted y Daphne existen ciertos sentimientos. Usted pensará que eso es algo obvio, ya que han acudido juntos al espectáculo, pero le voy a dar la oportunidad de comprobar hasta dónde alcanza mi poder. —El mago hurgó en el bolsillo de su túnica y extrajo un huevo de gallina—. Por favor, sosténgalo entre sus manos e inspecciónelo. Como podrá comprobar, es un simple huevo cocido. Ahora voy a pedirle que lo firme con esta pluma y se lo entregue a mi ayudante, situado al fondo del pasillo. Cuando lo haga, quiero que le susurre al oído una palabra que tenga un especial significado para usted. Después, mi ayudante introducirá el huevo en una caja mágica y, tras una invocación, se lo devolverá para que, a renglón seguido, me retorne usted ese mismo huevo cocido. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego —dijo Rick.

—Pero antes, compruebe este pañuelo negro. Quiero que me vende con él los ojos y se asegure de que, además, también cubra mis oídos, de forma que no pueda ver ni oír nada de lo suceda.

Rick obedeció. La venda era tupida. Rodeó la cabeza del mago varias vueltas hasta cegar lo por completo. A continuación, bajó del estrado y se dirigió hacia el lugar donde aguardaba el asistente. Por un momento, dudó qué palabra escoger. Finalmente, susurró al ayudante la palabra «Cremorne».

Nada más escucharla, el ayudante introdujo el huevo en una aparatosa caja metálica que descansaba a su lado, manipuló algo en su interior y cerró la portezuela. Luego, cogió una tea encendida y prendió una especie de bandeja situada bajo la caja, provocando una enorme llamarada. Rick y el público contemplaron absortos el espectáculo. Un repique de tambor prolongó la tensión. Transcurridos unos segundos, el asistente sofocó el fuego con una tapadera, abrió la portezuela y extrajo el huevo, que devolvió a Rick. Éste lo examinó con detenimiento. Se notaba caliente, pero era el mismo. A continuación, se encaminó hacia el escenario, comprobando en todo momento que el ayudante no transmitía a nadie la palabra que acababa de revelar. Una vez en el estrado, el mago pidió a Rick que le despojara el embozo. Antes de aceptar el huevo, instó a Rick a que volviera a examinarlo.

—Quiero que compruebe que sigue siendo el mismo, con la firma de su puño y letra, y sin ningún tipo de manipulación.

Rick se dejó los ojos, pero había poco que examinar. Sin duda, era el mismo huevo. Se sintió confiado. Resultaba imposible que aquel impostor pudiera adivinar la palabra que había susurrado a su ayudante. Sin embargo, el rostro del hechicero no reflejaba ni un ápice de inquietud. Cuando Rick se dio por satisfecho, le entregó el huevo al mago, quien tomó asiento junto a una mesa que descansaba en el estrado, quebró lentamente la cáscara, la desprendió del huevo y, delante de todos, se lo comió. Tras engullirlo, aguardó unos instantes, colocó sus dedos sobre las sienes, tomó la pizarra que había utilizado para el número anterior y garabateó algo sobre ella. Luego depositó la pizarra en la mesa boca abajo y pidió a Rick que revelara en voz alta la palabra que había pensado.

Rick miró al mago con incredulidad. Se volvió hacia el público y pronunció en alto la palabra «Cremorne». Advirtió cómo Daphne sonreía al escucharle. Luego se giró desafiante hacia el mago, que aguardaba de pie, alejado de la mesa.

—Por favor —le pidió el hechicero—. ¿Sería tan amable de coger la pizarra y mostrársela al público?

Rick se acercó a la mesa, cogió la pizarra y la giró para comprobarla. Cuando leyó lo que había escrito el mago, su rostro empalideció. Luego, casi tembloroso, la enseñó al público, que rompió en vítores y aplausos al constatar que era «Cremorne» la palabra garabateada.

\* \* \*

Mientras Daphne se probaba un modelo en una de las sombrererías de Wellington Street, Rick se mantuvo apartado, rumiando sobre lo que acababa de suceder durante la representación.

—¡Rick! No me prestas atención. ¿Qué te parece este modelo? —Se lo ladeó un poco.

Rick la observó. Lucía un precioso tocado de terciopelo azul, adornado con unas plumas de faisán.

—Muy bonito. —Le quedaba sublime, pero en aquel instante toda su atención se reducía a intentar comprender cómo demonios se las había apañado el mago para adivinar la palabra que él había pensado.

—Pero ¿aún sigues dándole vueltas? —Daphne intuyó lo que le sucedía—. Te repito que no han

sido más que unos buenos trucos.

—¿Trucos? No sé si los primeros números estarían amañados, pero te aseguro que ese hombre acertó «Cremorne» delante de mis propios ojos.

—¿Qué hora es?

Rick tiró de su leontina y comprobó su reloj.

—Las cuatro y media.

—Está bien. Te propongo un trato. —Sonrió—. Terminemos de elegir el sombrero, luego tú me invitas a un té y yo te revelo su secreto.

\* \* \*

Encontraron cierta tranquilidad en una coqueta pastelería con espectaculares vistas al Támesis. Desde sus sillones tapizados en cuero, contemplaron las aguas plácidas que destellaban fugazmente cuando algún rayo de sol incidía sobre las estelas provocadas por las barcazas. Rick se sintió a gusto. Miró a Daphne, que en ese momento se encontraba distraída observando el paisaje. Sus ojos también brillaban.

Un camarero uniformado les sirvió el pedido en una bandeja de plata. Al té le acompañaba un surtido de galletas de jengibre, bizcocho de manzana y confitura de grosella. Rick sirvió a Daphne una taza y miró las plumas de faisán que se bamboleaban sobre su cabeza. Cogió una galleta con la intención de probarla, pero volvió a dejarla sobre la bandeja de inmediato.

—¿Y bien? —dijo, al fin—. ¿Vas a contarme cómo diablos lo hizo?

Daphne rompió a reír. Mordisqueó un trozo del bizcocho y sorbió un poco de té. Le reveló que, habitualmente, acudía a aquel tipo de espectáculos porque le divertía desentrañar las triquiñuelas utilizadas por los charlatanes.

—Los que más me interesan son los trucos de números —le señaló—. En un segundo soy capaz de averiguar la fórmula que usan para engañarnos. Pero este doctor Fausto era un tipo bastante listo.

Rick asintió sin comprender, a la espera de que Daphne le revelara el secreto.

—Entonces, ¿no creíste nada de lo que hizo? —dijo Rick—. No sé. En su primer número, cuando saludó a un par de desconocidos por su nombre, imaginé que éstos serían sus cómplices, pero es que también acertó tu nombre y el mío.

—Ya... —dijo condescendiente—. Si frecuentaras estos espectáculos, te habrías percatado de la presencia de ayudantes mezclados con la gente que hacía cola en la taquilla. Me oiría llamarte Rick y a ti llamarme Daphne, y lo mismo sucedería con los otros dos casos.

—¡Menudos pájaros! ¿Y el otro truco? El de la suma en la pizarra.

—Ése parecía interesante, pero al final resultó ser tan burdo como el primero. La niña que el mago escogió como voluntaria no la eligió al azar. Al contrario, estaba debidamente adiestrada. Seguramente era su hija, y la madre de la niña, la mujer del gorro azul, sería la propia esposa del mago.

—¿Y en qué te basas para aventurar eso?

—Bueno. La niña estaba encariñada con su madre, así que realmente debían de ser familia. Observé que la madre llevaba unos zapatos forrados con la misma tela pretenciosa con la que estaba confeccionada la túnica dorada que vestía el mago.

—¡Caramba! ¡Qué perspicaz! ¿Y la explicación de la farsa?

—Como te decía, la niña sabía lo que debía hacer. Entregó la pizarra a tres desconocidos para



que escribieran tres números, pero antes de cedérsela al cuarto para que los sumara, le dio la vuelta a la pizarra para mostrarle la cara opuesta donde figuraban tres cifras distintas, previamente escritas por el mago. Así pues, éste sabía de antemano el resultado.

—¡Vaya! Es tan simple que te hace parecer tonto.

—La verdad se oculta bajo los detalles más insignificantes. —Tomó un poco más de té.

Rick guardó silencio. Por unos segundos, pensó que Daphne se refería a él y al doble juego que estaba llevando. Se quedó mirándola un rato.

—¿Y respecto a la forma en que acertó los objetos pese a tener los ojos vendados? La pipa de fumar, el reloj de oro, el camafeo... Te aseguro que no pudo verlos.

—Ni falta que le hacía. El truco residía en la formulación de las preguntas que le hacía su mujer. A cada objeto que ella elegía, le asignaba una determinada pregunta, enunciada de una manera característica, que permitía identificar el objeto conforme a un código previamente acordado. Por ejemplo, si la cómplice preguntaba: «¿Qué *tengo* en mi mano izquierda?», el mago sabría que era una pipa. Si lo que decía era: «¿Qué *agito* en mi mano?», entonces sería un reloj. Quizá, si hubiera dicho: «¿Qué *agito suavemente*?», habría indicado un reloj de plata. Al fin y al cabo, sólo se trataba de recordar un listado de equivalencias entre preguntas y objetos, pergeñado por el mago.

—¿Y si alguien le hubiera ofrecido algún adminículo extraño en el que el mago no hubiera pensado? No sé. Una dentadura postiza, por ejemplo.

—Pues, sencillamente, que la ayudante no lo habría escogido. —Sonrió.

La agudeza de sus deducciones volvió a sorprender a Rick. La mirara por donde la mirara, Daphne era una mujer especial. Aunque ignoraba el papel que podía desempeñar en la conjura que le amenazaba, desde luego no era el de una ordinaria ama de casa. Acabó su taza de té.

—¿Y Cremorne? ¿Cómo lo averiguó? Seguro que no tienes una explicación para lo de Cremorne —la retó.

—Bueno. Puede que la tenga o puede que no, pero por hoy ya está bien de adivinanzas. Se está haciendo tarde y he de atender un compromiso con una vieja amiga.

Rick se tensó. Desconocía qué otros asuntos requerirían la atención de Daphne, pero deseó que ninguno de ellos estuviera relacionado con el *den* de Charing Cross. Observó cómo la joven se levantaba y se limpiaba los labios con una servilleta. Rick la imitó. Por un instante, se quedó embelesado, mirando sus labios húmedos, que conservaban en su comisura un leve rastro de mermelada. Usó su servilleta para retirárselo con delicadeza.

—Podrías haber utilizado tu boca —le dijo ella.

—¿El qué?

—Tu boca.

Rick se acercó a Daphne y la estrechó entre sus brazos. Las rígidas normas victorianas impedían que una pareja se besara en público, pero Rick no era inglés. Atrajo sus labios carnosos hacia él y los besó apasionadamente. Luego se separó un segundo para contemplar el extraño brillo de sus ojos. Se disponía a besarla de nuevo, pero ella interpuso su mano.

—Demasiada magia por hoy.

—Hay cosas para las que nunca es demasiado. —E intentó atraerla hacia sus labios.

—Quizá, pero he de marcharme. —Se separó.

—Aún falta la explicación de Cremorne.

—Tiempo al tiempo. Quizá te la dé el próximo día que nos veamos.

\* \* \*

A Rick le dejó intrigado la repentina partida de Daphne. Le pareció todo excesivamente precipitado. Excesivamente impostado.

Nada más cerrar la portezuela del faetón que la joven acababa de tomar en la parada de Long Acre, corrió hacia el siguiente coche libre y ordenó al cochero que siguiera al carruaje que le precedía.

El vehículo en el que viajaba Daphne se incorporó al agobiante tráfico que en ese momento atestaba la calzada para encaminarse hacia Piccadilly. Sin embargo, no había avanzado una manzana cuando se detuvo en seco y Daphne se apeó. Rick rebuscó apresuradamente en sus bolsillos y pagó al cochero, que le increpó por lo fugaz del viaje, pero Rick hizo caso omiso y descendió de un salto. Cuando puso pie en la acera, buscó la figura de la joven entre el gentío que en ese momento abarrotaba la calle. Por un momento no la divisó. Apartó al muchacho que enarbolaba un enorme cartel delante de sus narices y de repente distinguió, a varias yardas de distancia, unas plumas de faisán que se bamboleaban por encima de las cabezas de los viandantes. Rápidamente corrió hacia ella hasta situarse a una distancia prudencial. Mientras la seguía, se preguntó por qué razón habría tomado un carruaje para descender una manzana más adelante. Podría haber cambiado de opinión, pero si realmente tenía un compromiso, no parecía una decisión coherente. No. Aunque le inquietara reconocerlo, la única respuesta posible era la de que había tomado aquel carruaje con el único propósito de engañarle.

A través de la multitud, advirtió que Daphne giraba por St. Martins Lane. En ese momento, sintió cómo el pulso se le aceleraba. Aquella calle conducía irremediablemente a Charing Cross, el lugar donde se ubicaba el fumadero de opio. Continuó tras ella, pero redujo la distancia. Conforme se acercaban al *den*, advirtió que Daphne moderaba el paso. Luego, al llegar a la altura del edificio, la joven se detuvo un instante y miró hacia el patio interior por el que se accedía al fumadero. En ese momento, giró inesperadamente la cabeza hacia atrás, como si quisiera cerciorarse de que nadie la vigilaba. Rick se agazapó como pudo. Parapetado tras una farola, observó lo que hacía Daphne. Por un instante, le dio la sensación de que iba a entrar al edificio. Sin embargo, tras unos momentos de duda, la joven dejó atrás el fumadero y reanudó el camino.

Rick, aliviado, la imitó. La siguió en su deambular por la avenida de Whitehall en dirección al puente de Westminster, hasta que, de forma inesperada, Daphne giró a la altura de Downing Street.

Lo que vio a continuación le paralizó el corazón.

Un hombre de corta estatura, pertrechado con un monóculo, aguardaba apoyado en la esquina. Pese a la distancia, Rick reconoció a Gustav Gruner. Cuando el alemán advirtió la presencia de Daphne Loveray, se descubrió y la saludó con familiaridad. Ella rio. Luego ambos avanzaron por Downing Street y entraron juntos a las dependencias del Foreign Office.

\* \* \*

El limpiabotas de Downing Street aún se acordaba de Rick y de su propina. Rick tomó asiento de nuevo sobre el trono de madera y mientras Little Ben se afanaba en abrillantarle las botas, él se interesó por la identidad de la dama que acababa de entrar al Foreign Office.

—¿Que si la conozco? Tengo ojos en la cara. ¡Como para no fijarse en ella! —le respondió el limpiabotas—. Lleva meses entrando y saliendo de esas oficinas. Antes la acompañaba otro hombre. Ralph White. Un matemático desaliñado que usaba a menudo mis servicios. A veces los

veía almorzar juntos en el parque de St. James, pero desde que murió atropellado, sólo la he visto con el enano odioso de Gruner.

## Capítulo 21

¿Una simple ama de casa? No. Desde luego que no.

Daphne mentía. Pero no mediante inocentes exageraciones u omisiones fortuitas. Al contrario, sus ardides se revelaban estudiados y alevosamente certeros. Apretó los puños con rabia. Aunque se resistiera a admitirlo, bajo su apariencia delicada se ocultaba una mujer fría y calculadora.

El trayecto de regreso a la floristería se convirtió en una dolorosa pesadilla. La misma mujer que le había hecho pasar un día inolvidable, la persona en la que más deseaba confiar, era la misma que una y otra vez le mentía. Le había mentido al asegurarle que aquella mañana había regresado de Kent, cuando la tarde anterior, él mismo la había sorprendido en un fumadero de prostitutas. Le había engañado al hablarle de su ingrata vida de ama de casa, languideciendo en su mansión de Primrose Hill, cuando en realidad pasaba los días en el Foreign Office, en connivencia con Gustav Gruner. Y lo que más le hería: a buen seguro, hasta el último de sus besos también había sido una pantomima.

Se preguntó la razón de tanta mentira. Sin embargo, prefirió despreciar las posibles respuestas y afrontar la realidad. Si Daphne pretendía engañarle, no iba a ser él quien lo permitiera.

Nada más apearse del carruaje, advirtió que algo había cambiado en la floristería. Junto a la entrada descansaban varios cargamentos de plantas desperdigados por la acera, y en el interior se escuchaba una voz familiar que apremiaba a unos y a otros para que terminaran sus quehaceres. Al acceder al negocio, se encontró a la viuda Hartford rodeada por Penny y dos desconocidos que le preguntaban dónde debían dejar aquellos plantones.

Cuando saludó a la viuda, ésta se hizo un hueco y le abrazó como si realmente fuera su sobrino. La mujer le felicitó por la limpieza y la gestión de los encargos y le presentó a los dos hombres que la ayudaban con los trastos: un hombre achaparrado y un chaval que parecía carecer de luces.

—Son Lawrence y su hijo Billy. Trabajaban como mozos en los invernaderos de Surrey, pero después del incendio allí sobraban brazos y como tienen familia en Londres, les pedí que se trasladaran para echarme una mano hasta la inauguración del Palace.

Rick, en su papel de sobrino de la viuda Hartford, les dio la bienvenida con cierta solemnidad. Tras un breve cruce de palabras, confirmó su impresión de que, en efecto, el joven Billy padecía algún tipo de retraso. En un aparte, le preguntó a Hellen Hartford cuáles serían sus funciones.

—Ven. Subamos al despacho y hablemos.

Una vez a solas, la viuda dejó sobre su escritorio su cuaderno rojo junto a unos periódicos locales que había traído de Surrey y le relató las tareas de las que se encargarían los recién llegados. Entre ellas, figurarían las del baldeo del local, las operaciones de jardinería y la carga y descarga de suministros.

—Deberás tener paciencia con el joven Billy. Con que no estorbe, me doy por pagada. Ya habrás observado que, además de mudo, es lelo, pero él y su padre son un encanto. Lawrence ya trabajaba para nosotros antes de que naciera su hijo y, entre todos, siempre hemos procurado ayudarles.

—Pierda cuidado.

—Respecto a tu cometido, he de reconocer que, en mi ausencia, lo has desempeñado a plena satisfacción. Penny me ha comentado el interés que ponías en la limpieza y en el cumplimiento estricto de los encargos.

—Gracias. Lo he procurado.

—A propósito. ¿Sabes qué le ha ocurrido a Penny en la cara? Le he preguntado, pero ha esquivado el contármelo.

—A ciencia cierta, no lo sé. Me aseguró que se había accidentado. Según dijo, una caída tonta al levantarse.

—Ya... —Su rostro se ensombreció—. Bien. Tú seguirás velando por mi seguridad y la del negocio. Del alojamiento no tienes por qué preocuparte. Continuarás disfrutando de la caseta del invernadero.

—Estupendo. A propósito, ¿cómo quedaron las plantaciones de Surrey? Llegaron comentarios de un incendio pavoroso.

La mujer miró a Rick con cara de circunstancias.

—¿Has visto alguna vez un pavo cuando se olvida en el horno? —Suspiró—. No sé... Aquello significará mi ruina. Apenas quedan cuatro vigas en pie. Afortunadamente, no hubo que lamentar muertos.

—Lo siento. ¿Y se conocen las causas del incendio?

—Por lo visto, un rayo prendió en el granero. Hablé con el alcalde y me confirmó que aquel día cayó una tormenta diabólica. De hecho, cuando llegué, aún llovía torrencialmente, y al menos eso ayudó a sofocar las llamas.

Por el rictus de la viuda Hartford, Rick desconfió. Siempre desconfiaba cuando alguien le daba más explicaciones de las pedidas.

\* \* \*

Los días siguientes transcurrieron sin demasiados contratiempos. Los nuevos trabajadores se mostraron serviciales y se amoldaron rápidamente a todas las tareas que les encomendó la viuda Hartford. El viejo Lawrence, pese a su espalda encorvada, trabajaba por dos y se desenvolvía con la agilidad de un jovenzuelo. En cambio, su hijo Billy pretendía ayudar en todo cuanto veía, y a veces se enfrentaba a su padre cuando éste le impedía realizar labores para las que no estaba capacitado.

En una de esas ocasiones, Lawrence le arrebató unas tijeras de podar a su hijo, y éste, en un ataque de furia, destrozó un macetero. El hombre enrojeció por la vergüenza y le aseguró a la viuda que él pagaría los estragos.

—Es que el chico es tan esforzado que desea ayudar, aunque no valga para ello —le excusó su padre.

Por su parte, Rick había simultaneado sus labores en la floristería con las de ayudante de fotógrafo de Memento.

—Lo único que te pido es que hagas coincidir los días que trabajas con ese hombre con los envíos de nuestros pedidos al Crystal —le había indicado la viuda, quien, a cambio de permitir que Rick asistiera a Memento, había recibido nuevos encargos de lord Bradbury.

Desde aquel instante, Rick se había convertido en la sombra de su amigo. Cada dos días se encontraba con él en Hyde Park y desde allí se dirigían juntos al Crystal Palace para inmortalizar

los escenarios. En una de aquellas ocasiones, se presentó ante ellos Gustav Gruner con ademanes altaneros. Al parecer, un encargado se había quejado del gasto ocasionado por la puesta en funcionamiento de una fuente que pretendían fotografiar, pese a contar con los permisos necesarios. Cuando Rick se los mostró a Gustav, éste los arrugó sin ni siquiera mirarlos.

—Me da igual lo que digan esos papeles. Ya estoy harto de andrajosos que sólo sirven para entorpecer nuestro trabajo. Recojan sus artilugios y vángense a fotografiar flores a otro lado —les amenazó. Pese a no haber vuelto a ver a Rick desde su encontronazo en Cremorne, Gustav parecía no haberle olvidado.

Lo mismo le sucedía a Rick. Aún tenía muy presente la imagen de aquel impresentable entrando en las dependencias del Foreign Office con Daphne cogida de su brazo.

No se dejó avasallar. El encendido o apagado de una fuente no era un asunto que incumbiera al alemán, por mucho que la seguridad del Crystal Palace estuviera a su cargo.

—¿Sabe, señor Gruner? —Se agachó para recoger la autorización—. Debería respetar más nuestro trabajo. Y también a lord Bradbury, que es quien nos ha contratado.

—¿Bradbury? ¡Ja! Estoy hasta las narices de ese «milord» con ínfulas de filántropo. En cuanto a lo del «respeto», mequetrefe, deberías empezar tú por practicarlo.

—No comprendo a qué se refiere...

—¡Caramba! Muy listo para algunas cosas y muy olvidadizo para otras. ¿O acaso no es execrable flirtear con la esposa de un hombre casado?

Rick enmudeció. De las palabras de Gruner sólo podía desprenderse que Daphne Loveray le hubiera informado de sus encuentros, o que alguien les hubiese vigilado. Aun así, advirtió un poso de celos en el reproche de Gruner.

—Lo que haga con mi vida privada, a usted le importa un bledo —le espetó Rick, ante la mirada incrédula de Memento.

Gustav empalideció de ira. Al instante, llamó a un vigilante para que les echara, pero Rick se revolvió cuando el guardia empujó a su amigo.

—¡No le toque! —Su mano aferró el cuello del lacayo.

\* \* \*

De camino a la salida, Rick se maldijo por su impulsividad. Con tipos como Gruner, lo mejor era mantenerse alejado. Sin embargo, ya no cabían lamentaciones. Una vez en el exterior, mientras subían los daguerrotipos a un carro, Memento se metió a dar consejos.

—De modo que está casada...

—¿Quién? —disimuló con un gruñido Rick.

—Esa tal Daphne que a veces mencionas... Se llamaba Daphne, ¿no? Quiero decir, yo pensé que sólo hablabais de flores.

—Y así es. No sé por qué ese alemán ha insinuado otra cosa. A esa mujer y a mí sólo nos unen negocios —dijo Rick.

—¿Pero te gusta? No sé. Un tipo agraciado como tú no debería meterse en esa clase de líos. ¡Será por mujeres solteras! —insistió.

—¡Ya basta! —le espetó Rick—. ¿Acaso te digo yo si debes o no debes salir con Penny? ¡Y te aseguro que tendría motivos para recriminártelo!

—¡Eh! ¡Para el carro! —Dejó caer los bártulos y se revolvió—. ¿Otra vez con tus sermones? Si supieras lo feliz que me hace esa mujer, te meterías tus insinuaciones por el trasero. Y si no dejas

de hacerlas, seré yo quien me encargue de hacerlo.

Rick se mordió la lengua como pudo.

Pese a los celos que le despertaba el oscuro pasado de la dependienta, reconocía que hacía tiempo que no veía a Memento tan ilusionado. Su amigo, antaño un continuo cascarrabias, había dejado de renegar por cualquier nimiedad para mostrarse alegre y confiado. Reflexionó sobre Penny y recordó cómo ésta mimaba a Memento. Le preparaba postres y lo cuidaba con cariño. Quizá un cariño que ni siquiera sus padres le habían ofrecido. Se culpó por sus prejuicios. Contemplando la felicidad de Memento, debería ser capaz de aceptar que, cualquier persona, por inaceptable que en algún momento hubiera resultado su comportamiento, se merecía una oportunidad. Pensó entonces en Daphne Loveray.

Cuando terminaron de cargar el carromato, se disculpó con su amigo.

—Y ahora vete de aquí. —Rick se sintió como un estúpido.

—¿Y tú? ¿No me acompañas?

—No. He olvidado hacer algo. —Y cogió un paquete del carro.

\* \* \*

Aquella misma tarde, la viuda Hartford le había encargado entregar un ramo protegido en una caja de cartón, y con el jaleo de la trifulca, lo había olvidado por completo. Comprobó la hoja de reparto. Debía dejarlo en el pabellón de las Indias Orientales, a nombre de su responsable, Karum Daswani.

Le resultó fácil colarse por una de las puertas laterales. Una vez dentro, avanzó por el pasillo central hasta alcanzar el pabellón de la India, el cual, para su sorpresa, encontró desierto. Tras merodear un rato, se apoyó sobre una columna a la espera de algún operario, pero a quien finalmente divisó fue al mismo guardia que le había expulsado. Sin pensarlo, se escondió tras unas cortinas en el interior del pabellón.

Habrían transcurrido unos minutos, cuando de repente oyó una voz que le resultó familiar. Miró desde su escondrijo y comprobó que se trataba de Gustav Gruner, acompañado por Karum Daswani. Al advertir que se acercaban, contuvo la respiración y guardó silencio.

—¿Has conseguido averiguar algo? —escuchó que preguntaba Gruner.

—Aún no. Esa Daphne es dura, como una estatua de hierro —contestó Karum—. Ten, bebe algo.

—¡Joder! No sé para qué diablos te pago. —Gruner estrelló el vaso contra el suelo, cerca de la cortina donde se hallaba Rick escondido.

Rick dio un respingo y retrocedió todo lo que pudo.

—Te aseguro que acabaré sonsacándoselo. El opio obra milagros. Sólo es cuestión de tiempo.

—No disponemos de ese tiempo —dijo Gruner—. Además, está el tipo que te he comentado. El imbécil extranjero.

—¿El que intenta cortejarla?

—Ése mismo. La muy zorra se cree más lista que nadie... Pero no sé de qué me extraño. Si es capaz de traicionar a su marido, cómo no va a traicionar al imperio británico. El tipo se llama Rick Hunter. Deberías darle un escarmiento.

En ese instante, Rick se movió y, sin pretenderlo, pisó un trozo de cristal roto, que crujió bajo el peso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gruner.

—No lo sé. Voy a comprobarlo.

Rick advirtió con estupor cómo se acercaba el gigante del turbante. Miró a su alrededor en busca de una salida, pero aquello era una ratonera. Notó los pasos de Karum a un palmo de la cortina. En cualquier momento lo descubriría. Sin pensarlo, se aprestó para la lucha. Sin embargo, en el último segundo, descubrió el extremo de una soga que colgaba desde el techado. No lo dudó. Se aferró al cabo y trepó lo suficiente como para escapar a la mirada de Karum, justo en el instante en el que el hindú descorría la cortina. El hombre miró a su alrededor, mientras Rick aguantaba la respiración a unos palmos sobre su cabeza. Finalmente, el gigante volvió junto a Gruner.

—Sólo es una caja de flores —dijo Karum con extrañeza.

\* \* \*

Dos días después, Rick volvió a coincidir con Memento, cuando éste, sin previo aviso, se presentó en la floristería luciendo la sonrisa de un niño con juguetes nuevos. No le dio tiempo a preguntarle por el motivo, porque su amigo entró como una bala y corrió hacia el lugar donde se encontraba Penny.

—¿Qué te parece? —escuchó que le decía a la dependienta, al tiempo que le mostraba un documento.

—¿Es lo que me comentaste? ¿De veras? —Penny se echó las manos a la cabeza, antes de echarse en los brazos de Memento.

A Rick le pudo la curiosidad. Cuando dejaron de abrazarse, preguntó si podía saber qué estaban celebrando.

—¡Mira, Rick! ¡El contrato de arrendamiento de mi nueva casa!

—¡Nuestra casa! —puntualizó Penny.

Rick perdió el habla. Días atrás se había alegrado por su amigo, pero, a su juicio, estaba yendo demasiado rápido. Memento era un hombre extremadamente inocente. Temía que Penny pudiera causarle un daño irreparable.

—¿Pero lo habéis pensado bien? —acertó a pronunciar—. Quiero decir... ¿Qué harás con todos tus trastos?

—La casa es amplia y tiene un patio enorme. Está en las afueras, pero nos apañaremos.

Los vio tan ilusionados que no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia. Lo cierto era que, vista la alegría de Penny, no parecían existir motivos de preocupación. La dependienta corrió a contárselo a la viuda Hartford, quien lo celebró con una exclamación, como si fuera ella la que hubiera encontrado marido. Poco después, se unían a la fiesta Lawrence y su hijo, al que hubo que separar de Penny cuando el muchacho se puso demasiado cariñoso.

Por un momento, Rick sintió cómo la envidia le atravesaba el cuerpo.

Se acordó de Daphne Loveray. Aunque había vuelto a verla en la tienda, casi siempre lo había hecho para solventar asuntos de pedidos en presencia de la viuda Hartford, y los escasos momentos que había compartido a solas, había procurado guardar las apariencias. De todos modos, cruzar miradas furtivas, sentir el roce de su mano o tenerla a un palmo de sus labios y aparentar ser unos meros conocidos le suponía un insoportable martirio.

\* \* \*



Avanzaba abril y apenas si había progresado en su investigación. Durante el día, Rick se afanaba en vigilar su espalda casi tanto como la de la viuda Hartford, pero cuando cerraba el negocio, dedicaba su tiempo a averiguar el paradero de Alan Sinclair, el periodista que trabajaba en el Foreign Office. Era como si la tierra lo hubiera engullido. Decidió comprobar si se le había pasado algo por alto.

Encontró la ocasión propicia el día que la viuda se ausentó de la floristería para negociar unos suministros. Penny estaba ocupada en el invernadero, de modo que usó su llave para acceder al despacho con el propósito de echar un vistazo al cuaderno de la viuda Hartford.

Por fortuna, la libreta de cuero en la que figuraban los envíos florales seguía descansando en el cajón del escritorio. La ojeó con fruición. Cuando localizó los nombres de Alan Sinclair y Ralph White, comprobó que, junto a sus direcciones, figuraba el nombre de Daphne Loveray y también tres diminutas iniciales que en principio no había advertido:

«m.w.m.»

Rick se amasó el rostro.

Intentaba establecer alguna relación, cuando, inadvertidamente, reparó en los periódicos que la viuda Hartford había traído de Surrey. Recordó que la viuda no solía leer los diarios. Los cogió con extrañeza y les echó un vistazo. Se fijó en las fechas de edición. Coincidían con el día en el que la viuda acudió a Surrey, un día después del incendio. Al examinar las hojas interiores, encontró el titular que anunciaba el suceso. Pero en el cuerpo de la noticia no se mencionaba la caída de ningún rayo. Continuó pasando las páginas hasta llegar al contenido meteorológico. Lo que leyó le sorprendió. Mencionaba la suavidad de las temperaturas y lo soleado de la semana. La viuda Hartford le había mentado. Ni rastro de tormentas ni rayos.

\* \* \*

Aquella noche intentó ordenar sus pensamientos. Daphne Loveray le había mentado. Trabajaba junto a Gustav Gruner y éste había ordenado a Karum Daswani que le diera a él un escarmiento. La viuda Hartford había asegurado que presenció una tormenta y el periódico del mismo día afirmaba lo contrario.

Nada le cuadraba. Las sienes le palpitaban.

No consiguió dormir. Se levantó y anduvo por la caseta, de un lado para otro.

«m.w.m.»

¿Qué significaría?

De repente sus ojos se posaron en los libros de horticultura que había ido adquiriendo. Casi sin pretenderlo, se acercó a la balda donde descansaban y sus dedos se deslizaron lentamente sobre sus lomos hasta que se detuvieron sobre el titulado *El lenguaje de las flores*, escrito por Charlotte de Latour.

Lo cogió.

En el interior de la solapa aún reposaba la nota que él mismo había escrito el día que lo adquirió. El apunte hacía referencia a un dato que le suministró el librero. Según éste, Charlotte de Latour se había inspirado en las cartas que escribió lady Mary Wortley Montagu durante su estancia en Turquía.

«m.w.m.» «Mary Wortley Montagu».

Pasó la noche relejendo *El lenguaje de las flores*.

\* \* \*

Dos días después, a poco para el mediodía, Penny se presentó en la floristería cargada con un par de cestas de mimbre. Cuando las abrió en presencia del viejo Lawrence y de su hijo Billy, éstos no dieron crédito. Rápidamente, el crío corrió hacia el invernadero donde Rick regaba las plantas y tiró de él como si quisiera salvarle la vida.

—¿Pero se puede saber qué quieres? —Soltó la regadera y siguió a trompicones a Billy, sin entender los sonidos guturales que emitía.

Cuando llegó a la tienda, se encontró a la viuda y a Lawrence sacando las viandas que había cocinado la dependienta.

—¡Diablos! ¿Qué es todo esto? —Rick contribuyó como pudo a distribuir los alimentos.

Quizá no fuera un banquete para sibaritas, pero Penny había procurado que hubiera donde elegir: grosellas, pudín de Yorkshire, embutido de cerdo, salchichas negras, *haggis* de su Edimburgo natal, patatas asadas, pan recién horneado, puré de guisantes y confitura de albaricoque.

—¡Y la tarta de manzana! —La mostró Penny con orgullo.

Lawrence tuvo que sujetar a Billy para que no se lanzara a devorarla.

—¿Todo esto lo has cocinado tú? —le preguntó la viuda Hartford.

—Desde luego, señora. Quería que fuera una sorpresa. —Se sonrojó.

—¿Y Memento? —preguntó la viuda, que parecía conocedora de todo.

—Llegará de un momento a otro —dijo Penny, agitada como una chiquilla.

Rick presenció la conversación entre las dos mujeres, cual convidado de piedra.

Por un instante, le dio la impresión de que todos, menos él, sabían de qué iba aquel agasajo. Cayó en la cuenta de que Penny se había cambiado de vestido, y en lugar de su habitual atuendo gris y raído, lucía uno de colores animados.

Al poco de tener dispuesta la mesa, apareció Memento, disfrazado como si acudiera a un bautizo. Rick lo contempló con asombro. Apeataba a almizcle y su manera de entender la elegancia se asemejaba a la de un espantapájaros destartalado, pero el hombre parecía encantado con su aspecto.

Cuando Memento reparó en el banquete, se acercó a Penny y le plantó un beso en los labios. La dependienta dio un respingo y miró a todos los presentes con la sonrisa nerviosa de quien hubiera cometido una travesura. Luego cogió a Memento de la mano y ambos se apartaron solemnemente a un lado, como si necesitaran espacio para proclamar un anuncio pomposo. Memento tomó la palabra primero.

—Pues bien. Pensaréis que me estoy precipitando, pero las cosas suceden cuando suceden, y cuando de repente encuentras un tesoro, no puedes pararte a pensar si lo coges o no porque enseguida se lo llevará otro más avisado.

—Y yo, ¿qué puedo decir, señora Hartford? —intervino Penny—. Gracias a todos por la compañía en un momento tan especial, y gracias a ti. —Miró a Memento con gesto embelesado—. Aunque no lo creas, me has devuelto la ilusión por la vida. —Y fue ella quien le besó sin reparos.

Todos aplaudieron a excepción de Rick, que, a sabiendas del pasado de Penny, le pareció un discurso ridículamente impostado. Aunque ignoraba lo que iba a celebrarse, se temió lo peor.

—Muy bien. —Alzó una copa Memento—. ¡Por nuestra próxima boda!

—¡Por los novios! —brindó la viuda Hartford.

—Por los novios —murmuró Rick, sin entusiasmo.

En cuanto tuvo ocasión, Rick hizo un aparte con Memento. Aún no sabía cómo decírselo, pero le preocupaba que cometiera un error gigantesco. Esperó a que terminara de engullir el trozo de tarta y se lo planteó. Cuando Memento escuchó el consejo de Rick, creyó estar oyendo una broma de mal gusto. Rick insistió.

—No digo que no te cases. Sólo que esperes un poco. Ni tú ni Penny sois religiosos. Podríais probar a vivir juntos y, pasado un tiempo...

—Pero ¿qué estás diciendo? —Sus ojos de serpiente se abrieron tanto, que Rick pudo apreciarlos incluso a través de sus cristales oscuros—. ¿Sabes la ilusión que le hace a Penny esta boda?

—No. Pero me lo imagino —dijo entre dientes.

Memento se revolvió.

—¡Escúchame bien! Si pretendes seguir considerándote amigo mío, deberías olvidar tus sermones y alegrarte por mí. Ya soy bastante mayorcito para tenerte siempre de guardián, como si fuera un estúpido.

—¡Maldición! No digo que lo seas, pero estás a punto de cometer una estupidez. Precisamente porque te considero mi amigo, debo advertirte del tremendo error que cometes. Esa mujer... —Se mordió la lengua—. Esa mujer no te conviene —concluyó—. Deberías...

—Debería dejar de escucharte. —Arrojó su plato sobre el mostrador y se dispuso a volver junto a Penny, pero Rick le agarró por el brazo.

—¡Joder! Hay cosas que desconoces. Esa mujer... ¡Maldita sea! Es una mujer de la calle.

—¿Que desconozco? Tú sí que eres un pobre ignorante. Penny me lo contó todo desde el primer día.

\* \* \*

Pese a ofrecerle sus disculpas, Memento no quiso saber más de él y le apartó de un empujón. Rick intentó justificarse, pero no le sirvió de nada. Sin dar explicaciones, Memento agarró a Penny, le susurró algo al oído y juntos abandonaron la floristería, dejando el banquete a medias.

Cuando cayó la noche, Rick se encontró con un motivo más para no conciliar el sueño.

## Capítulo 22

Rick jamás habría imaginado que la bulliciosa estación de ferrocarril de Euston, construida por The London & North Western Railway, en Camden, sería el lugar donde volvería a encontrarse con Daphne Loveray.

De camino a la estación, comprobó que su reloj marcaba las ocho y media. El poco tráfico del sábado por la mañana había propiciado que llegara con tiempo de sobra. Se apeó en la parada del hotel Victoria y se encaminó hacia el grandioso pórtico griego sustentado por cuatro columnas dóricas, cuyo tamaño convertía a los viajeros en hormigas insignificantes. Desde allí, atravesó el patio de caballerías y accedió al fastuoso vestíbulo de dos alturas y techos artesonados, capaz de hacer palidecer a los de los más elegantes palacios.

Se había citado con Daphne Loveray en un banco situado frente al despacho de taquillas, pero lo encontró ocupado por cinco gamberros que se dedicaban a incordiar al resto de los viajeros. Rick aguardó de pie, sin hacerles caso. Pasados unos minutos, advirtió que la tomaban con un anciano bien vestido y su cachorro de Yorkshire. Miró a los gamberros de reojo. Parecía que sólo quisieran reírse a costa del perro del anciano, al que no paraban de importunar, pero el más corpulento, un adolescente con la nariz aplastada, se acercó al hombre y le pidió un cigarro. El hombre se lo dio.

—Y algo para encenderlo —añadió.

El anciano buscó incómodo por sus bolsillos y le entregó un encendedor dorado. El joven de la nariz aplastada encendió el cigarrillo, le dio una calada profunda y al observar el resplandor del oro, se guardó el encendedor en un bolsillo. Cuando el anciano le exigió que se lo devolviera, el gamberro le propinó un empujón.

—¡Maldito seas! —dijo el anciano desde el suelo, mientras el Yorkshire se afanaba en morder las botas del agresor.

—¡Aparta, bicho! —Pero, en el momento en que se disponía a patearlo, Rick derribó al gamberro de un bofetón.

Mientras el joven intentaba comprender qué le había sucedido, Rick incorporó al anciano, que le agradeció el gesto.

—No tiene importancia —dijo Rick—. Tenga. Su encendedor.

—¡Eh, tú! ¡Imbécil!

Rick se volvió para comprobar que el gamberro se había levantado y, secundado por sus compañeros, le hacía frente con una barra de hierro. Rick no se amilanó.

—Mirad, chicos. Deberíais buscaros un trabajo honrado. Los chaperos como vosotros, tarde o temprano, acaban con los huesos rotos —dijo Rick, casi sin mirarlos.

Fue sólo un instante. El gamberro de la nariz aplastada se lanzó en tromba hacia Rick, pero éste, precavido, lo esquivó con una finta, al tiempo que le zancadilleaba, provocando que cayera estrepitosamente contra el suelo. Sin darle tiempo a que reaccionara, le arrebató la barra de hierro y la estrelló contra la pierna del segundo atacante, que cayó abatido entre gritos de dolor. Los

otros tres muchachos se miraron sorprendidos. Una mueca amenazadora de Rick fue suficiente para que recogieran a sus colegas y huyeran a todo trapo.

Se estaba ajustando los botones de la chaqueta, cuando un ligero aplauso le interrumpió. Al girarse para comprobar su procedencia, se encontró con la figura de Daphne Loveray. No supo qué decir. La halló deslumbrante, con un vestido de raso de color turquesa y zapatos y sombrero a juego.

—¿Calentando el cuerpo por la mañana? —le sonrió la joven.

—¡Entrenándolo! Hay que intentar envejecer con dignidad —rio Rick—. Permíteme el equipaje. —Cogió su maleta—. ¿De modo que vamos a Northampton? Cuando mi tía me dijo que debía acompañarte, creí que bromeaba.

—Pues ya ves que no. Ten. Esto es para ti. —Le entregó un paquete primorosamente envuelto.

Rick enarcó una ceja. Lo último que habría esperado de Daphne era algún tipo de detalle.

—No deberías haberte molestado. ¿Qué es? —Comenzó a abrirlo con cuidado. Cuando terminó de desenvolverlo, comprobó con decepción que se trataba de un uniforme de cochero—. ¿Y esto? —le preguntó.

—Espero haber calculado bien la talla —dijo Daphne—. En el bolsillo encontrarás una nota que lo explica. Puedes cambiarte en los servicios.

Rick no hizo más preguntas. Se dirigió a los retretes y buscó la nota que Daphne acababa de mencionar. Junto a la misma, encontró dos billetes de tren, uno de pasajero con carro y otro de primera clase. Leyó el texto con fruición.

*Una vez disfrazado, dirígete al aparcamiento de carruajes, coge el growler número 16 y, sin preguntar, condúcelo hasta la plataforma de carga del primer andén. Allí, los mozos de ferrocarril comprobarán tus billetes, desengancharán el caballo para meterlo en el vagón de las caballerías y subirán el carruaje a los vagones de mercancías. Tú viajarás dentro del carruaje hasta la primera parada, en Camden Town. Antes de que pare, vuelves a mudarte de ropa. Cuando el tren se detenga, abandonas el carruaje y me buscas en los vagones de primera clase.*

*Un beso*

*Daphne*

No comprendió el propósito, pero obedeció.

El manejo de un *growler* no difería demasiado del de un vulgar carro de carga. Se subió al pescante y azuzó a la caballería para dirigirla hacia la plataforma donde guardaban turno otros carruajes que también viajaban hacia el norte. Cuando los mozos separaron el caballo y aseguraron el *growler* sobre el vagón de carga, Rick se acomodó en la cabina cerrada del carruaje. Desde su interior, contempló el andén sobre el que pululaban cientos de viajeros entremezclados con mozos, vendedores de refrescos y algún que otro maleante. Volvió a comprobar su reloj. Pronto partirían. Aguardó mientras admiraba la gigantesca estructura metálica que cubría la estación, semioculta por las fumaradas que despedían las locomotoras. El olor a carbón y leña quemada le animó. Viajar siempre resultaba un aliciente, y hacerlo en compañía de Daphne Loveray prometía serlo mucho más.

A las nueve en punto, el jefe de estación hizo sonar su silbato como si le fuera la vida en ello. Al instante, la máquina bufó lastimeramente y su chimenea exhaló una nube de vapor antes de comenzar a arrastrar su pesada carga de viajeros. Poco a poco, el convoy fue adquiriendo

velocidad, atravesó los túneles de Hampstead Road, cruzó sobre Regent's Canal y se dirigió a Camden Town. No tardó ni veinte minutos en efectuar la primera parada, para la que Rick ya se había preparado.

Nada más detenerse, se apeó de su vagón y corrió por el andén en busca de los coches de primera clase, situados al fondo del convoy para mantenerse alejados de los humos de la caldera. Mientras avanzaba entre el gentío, observó los vagones de tercera, unos simples cajones de ganado sin techo, a los que por fin habían acoplado unos bancos de madera. Al no disponer de retrete, ni estar conectados entre sí, muchos ocupantes descendían en las paradas para aliviarse o comprar algún alimento, pero, dado que viajaban a la intemperie, lo que en aquel momento parecía preocuparles era encontrar algún paraguas bajo el que guarecerse de la lluvia. Dejó atrás los vagones de segunda, éstos ya techados, y buscó el que se correspondía con el billete de primera clase.

Cuando ascendió, advirtió que los sillones de cuero poseían cojines y el suelo estaba enmoquetado. Daphne viajaba al final del vagón. Se acercó y se sentó a su lado.

—Disculpa las precauciones, pero al salir de casa creí advertir que alguien me vigilaba —le musitó Daphne, simulando que le cumplimentaba como a cualquier recién llegado desconocido.

—¿Quién? —preguntó Rick.

—Imagino que algún empleado de mi marido. A veces se preocupa por su reputación. De todas formas, creo haberle despistado.

Rick no acertó a adivinar si Daphne le hablaba con franqueza o no, pero tampoco le importó. Tenía cuestiones más importantes que resolver. Como, por ejemplo, saber por qué diablos le habría encomendado la viuda Hartford que acompañara a la joven hasta Northampton.

—La verdad es que me chocó la petición de mi tía. Después de tantos días, había perdido la esperanza de volver a verte a solas.

—A mí también me sorprendió, pero cuando acordamos el viaje, adujo que era un trayecto demasiado largo para que una dama lo hiciera sola e insistió en que me escoltaras. Respecto a lo de vernos a solas... —Le cogió suavemente su mano—... Mejor tarde que nunca.

—¿Y qué harás en Northampton?

—Entrevistarme con lord Bradbury. Lleva confinado allí desde la semana pasada y tu tía me insistió que discutiera con él un asunto sobre el Crystal Palace.

—¿En serio? Pues si se tercia, aprovecharé para preguntarle sobre unas fotografías que nos encargó. Y a propósito del Crystal. Aún no te he preguntado qué hacías en el stand de las Indias Orientales, el día que nos conocimos.

—Verás. Desde hace tiempo, mantengo una especial amistad con tu tía. Ella siempre había confiado en mi buen gusto y cuando le encargaron la decoración de los stands, me pidió que supervisara la del pabellón de la India, que sería el más visitado.

Durante el resto del viaje, Rick obtuvo razones para que sus reservas sobre Daphne se tambalearan. Pese a sus mentiras, la joven le hablaba con la espontaneidad de una adolescente, y a cada palabra le acompañaba un brillo en su mirada repleto de inocencia. Daphne parecía feliz charlando sobre trucos matemáticos, juegos y rompecabezas, con un entusiasmo que contagiaba. Pero lo que más le cautivaba era la alegría con la que parecía afrontar hasta la más nimia de las situaciones. Reía cuando la lluvia que entraba por la ventanilla mojaba su pelo, con una canción mal entonada o con un beso furtivo, arrebatado sin permiso y devuelto de la misma manera. Cuanto más conversaba con ella, más abrigaba la esperanza de que aquella mujer, escondiera lo que escondiese, fuera alguien que mereciera la pena.

Recordó la primera vez que la vio ataviada con su sari naranja, la cena de Cremorne y su cuerpo menudo, estrechado contra el suyo, mientras bailaban al ritmo de una alegre polka.

Lo que más le impresionaba de ella era su inconformismo, la valentía casi irreverente que mostraba al enfrentarse a una encorsetada moralidad que le obligaba a comportarse como una mujer sumisa y obediente, sometida a un marido mezquino e indolente, cuyo único interés consistía en mantener un matrimonio muerto para evitar las habladurías.

De vez en cuando, el traqueteo de la vía les sacudía, provocando que sus cuerpos se acercaran. Cada vez que sucedía, Rick evocaba sus últimos besos, los que se dieron en el restaurante con vistas al Támesis, tras el espectáculo de magia. Sin pretenderlo, una cosa le llevó a la otra y regresó a su cabeza el incomprensible truco del huevo, que ella había obviado revelar.

Cuando se lo mencionó, Daphne le sonrió enigmáticamente.

—¿Qué piensas de mí? —le respondió.

Rick carraspeó ante aquella contestación inesperada. No supo si mentir o decir la verdad.

—¿Que qué opino? No entiendo bien a qué te refieres.

—El huevo oculta un enigma y tú te preguntas cuál es, pero, en realidad, todos ocultamos secretos.

Rick no comprendió el propósito de Daphne. Era como si la joven hubiera entrado en su cabeza y hurgara entre las dudas que albergaba sobre ella.

—Pienso que te deseo y que no te conozco. Que quiero acercarme a ti y que desconfío. Y que me gustaría poder desmenuzar esa coraza que me separa de ti y que desapareciera el mundo y sus estúpidos convencionalismos para...

Daphne le interrumpió con un beso en la boca. Fundió sus labios contra los suyos y dejó que su calor le respondiera. Pasaron unos segundos que Rick deseó conservar para siempre, pero Daphne se separó y le devolvió a la realidad.

—Como en el truco del huevo, desconfía siempre de las apariencias. Busques lo que busques, déjate llevar por tu corazón y encontrarás la verdad en el interior.

\* \* \*

La locomotora se detuvo en Blisworth para que los pasajeros con destino a Northampton descendieran e hicieran trasbordo. Sin embargo, el convoy que cubría las cuatro millas de distancia que separaban ambas poblaciones no admitía carruajes, de modo que Daphne y Rick hubieron de subirse al *growler* para llegar a su destino. Cuando alcanzaron las inmediaciones del palacio de verano de lord Bradbury, el reloj de Rick marcaba la una y media. Estimó que dispondrían de un par de horas antes de emprender el regreso a Blisworth si pretendían tomar el último ferrocarril con destino a Londres.

Fustigó al caballo, que relinchó antes de adentrarse al trote por los jardines franceses que rodeaban la impresionante mansión de lord Bradbury. De camino a la entrada, observó el arreglado laberinto de setos y las hermosas fuentes que lo circundaban.

Nada más aparcar el carruaje, un doméstico se hizo cargo de la caballería y otro más maduro les invitó a que le siguiesen. Ya en el interior, dejaron sus abrigo y avanzaron por un pasillo repleto de armas y trofeos de caza hasta llegar a la suntuosa sala de recepciones, donde aguardaba lord Bradbury sobre su silla de ruedas.

—¡Querida Daphne! Bienvenida a mi humilde morada. Y usted también, señor Hunter. Por favor, tomen asiento. ¿Desean tomar un refrigerio antes del almuerzo? ¿Una ginebra, quizá?

Daphne aceptó la oferta y Rick la secundó. Mientras daban cuenta de la bebida, Daphne le confesó a su anfitrión la admiración que le producía aquel palacio.

—Me alegra que le complazca. Ha pertenecido a mi familia durante generaciones, y he de reconocer que me siento orgulloso de mantenerlo tan impecable como el día que lo construyeron mis antepasados. En fin. Gracias por venir, y gracias también a usted, Rick, por acompañarla. ¿Cómo van las fotografías del Crystal Palace? Desde la última vez que nos reunimos, no he vuelto a tener noticias.

—Todo avanza conforme a sus deseos. Fotografiamos la máquina de munición que nos indicó y las enviamos a su domicilio en Greenwich —dijo Rick, que evitó mencionar sus desavenencias con Memento y el incidente con Gustav Gruner.

—Estupendo. Cuando vea a su amigo, por favor, pídale que realice otro juego y lo envíe a la Patent Shot Manufactory. Estoy remodelando la fábrica, y unas fotografías en el despacho impresionarán a nuestros clientes. ¿Y usted, querida? ¿Habló con la viuda Hartford?

—¡Oh, sí! Espero que dispongamos de tiempo para comentar todos los detalles.

—Desde luego, desde luego. Pues entonces, si les parece, pasemos al comedor y disfrutemos del almuerzo.

La comida discurrió amena, dentro de la formalidad esperada. Bradbury procuró en todo momento mantener una charla apacible, centrada en sus aficiones filantrópicas, pero adquirió más envidia cuando Daphne sacó a colación el asunto de las colonias.

—Mi marido asegura que las últimas acciones emprendidas por nuestro Gobierno, encaminadas a tratar a nuestros súbditos de la India como algo más que simples esclavos, en realidad no son más que una mezcla de debilidad e impotencia —dijo Daphne—. Asegura que esos seres inferiores sólo entienden la mano dura y que, si comenzamos a ceder, acabaremos perdiendo nuestras posesiones. Yo, obviamente, discrepo de esa opinión, pero me gustaría conocer la suya.

—Una cuestión compleja. —Bebió un trago de vino para pasar el bocado—. Verá, querida Daphne. Mantener el flujo de riqueza que sustenta a Gran Bretaña a veces exige sacrificios por parte de unos y otros.

—¿Por parte inglesa, a qué clase de sacrificios se refiere? ¿A aceptar la esclavitud de esas gentes como un mal necesario?

—No. Desde luego que no. En mi opinión, insinuar que Gran Bretaña simplemente ha expoliado esos países sería una grave falacia. Sin ir más lejos, la Compañía de las Indias Orientales ha construido carreteras, ferrocarriles, escuelas..., invirtiendo sumas inconcebibles en un país salvaje para llevar hasta allí la cultura y el conocimiento.

—Sumas inconcebibles que han sacado de los propios territorios expoliados.

—No sea tan dura, querida amiga. La Compañía es una empresa privada, y como tal, tiene que sacar beneficios. No olvide que ha de pagar el mantenimiento de una flota gigantesca y el de su propio ejército. Pero no crea que pretendo justificar sus desmanes. Simplemente, intento ponderar el asunto. Además, a día de hoy, el Gobierno es quien controla la Compañía, no como hace unos años.

Rick permaneció atento, sin intervenir en la conversación. Desde luego, tenía formada una opinión con verdadero conocimiento de causa, y aunque conocía de primera mano los oscuros intereses que movían a la Compañía, no iba a descubrirse, revelándolos.

Sin saber cómo, la sobremesa se prolongó hasta la hora del té. Rick comprobó su reloj con preocupación. Ignoraba la extensión de los asuntos que Daphne debía tratar con lord Bradbury, pero si pretendían regresar a Londres, deberían apresurarse. A fin de concederles una mayor



intimidad, se ofreció para ir disponiendo los preparativos de la partida. Daphne y lord Bradbury aceptaron sus disculpas.

El sirviente que le acompañó hasta las caballerizas le explicó que ya no cobijaban monturas.

—Antes aquí no cabía ni un pollino, pero desde que milord se accidentó, se desprendió de los animales y conservó sólo los necesarios para dar servicio a su carruaje. Allí está su caballo —le indicó.

Cuando llegaron al establo donde paraba el animal, lo encontraron postrado sobre la paja. A Rick le sorprendió. Tiró de las riendas para levantarlo, pero el caballo emitió un relincho agudo y se resistió. Lo intentó de nuevo, pero la bestia volvió a resistirse. Fue entonces cuando descubrió la herida de su pata. Parecía un corte profundo.

—¡Diablos! ¿Pero qué le ha sucedido? —Se agachó para atenderle.

—Señor, no me lo explico. Se habrá herido con esa herramienta. —Señaló una azada vieja, tirada en el suelo.

Rick sacudió la cabeza. Sin duda, el corte era lo suficientemente profundo como para dejar al caballo varado unos días. Volvió a consultar su reloj.

—¿Y las monturas de lord Bradbury?

—Pues con su carruaje. Lo están tapizando a ocho millas de aquí. Deberían traerlo esta noche.

—¿Esta noche? En sábado apenas si circulan trenes. ¡Para entonces ya habremos perdido el último!

El sirviente se encogió de hombros.

Rick no aguardó a que le acompañara. A toda prisa, volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia el comedor, sin avisar al servicio, para exponerle el problema a Daphne. Cuando llegó a la sala, la encontró vacía. No obstante, escuchó al otro lado del tabique unas voces que identificó con las de Daphne y Bradbury. Se disponía a interrumpirles, cuando le pareció apreciar que la conversación giraba en torno al Foreign Office y a *El lenguaje de las flores*. Se detuvo en el quicio de la puerta y aguzó el oído.

—La viuda apenas si sabe nada, pero su concurso es imprescindible —escuchó que decía ella.

—¿Y Gustav Gruner? —preguntó Bradbury.

—Ese hombre es un problema para la seguridad del Gobierno. Intenta sabotearlo todo. Si triunfan sus planes, conducirá a Gran Bretaña al caos.

De repente, un criado apareció a la espalda de Rick.

—Perdone, señor, ¿busca usted algo?

A Rick no le quedó más remedio que entrar en escena e interrumpir la conversación.

—Gracias. Buscaba a los señores, pero ya los he encontrado —disimuló—. Disculpe, lord Bradbury, pero creo que tenemos un problema con el transporte. Nuestro caballo se ha herido y, al parecer, no hay disponible ningún otro carruaje que pueda acercarnos hasta la estación de Blisworth.

—¡Caramba! Menudo contratiempo. La verdad, lamento la incidencia. ¿El animal está bien?

—Se ha lastimado una pata con un azadón. Tardará en reponerse.

—De verdad que lo siento. Pero no se preocupen. ¡Kevin! —se dirigió al criado—. Ordene al mayordomo que disponga lo necesario para un traslado a la estación. Y que nos avise en cuanto regrese mi carruaje. Tendrán que disculparme, pero coincide que mandé que le revisaran un buje a un herrero cercano. Lo traerán esta tarde, sobre las seis.

—Pero, entonces, para cuando lleguemos a Blisworth, el último tren ya habrá partido —repuso Rick.

—¡Diantres! ¿Y no hay más trenes, Kevin? —preguntó Bradbury al criado.

—El siguiente que se detiene en Blisworth lo hace a las cuatro de la madrugada. Pero si me permite la observación, milord, no se lo recomiendo a la señora. Sólo hay servicio de tercera y va cargado de obreros.

—¡Menudo fastidio! En fin... No sé qué decir. Espero que esta situación no les cause un trastorno irreparable. Lo único que se me ocurre es ofrecerles mis disculpas y, por supuesto, alojamiento en mi humilde mansión.

—No es necesario que se moleste —dijo Daphne—. Imagino que en Northampton encontraremos hospedaje.

—¡De ninguna de las maneras! ¡No voy a consentir que, por mi culpa, se hospeden en una pensión de mala muerte! Se quedarán aquí y serán mis invitados. ¡Kevin! Avise al mayordomo para que prepare dos habitaciones con todas las comodidades. ¡Ah! Y que dé orden al cochero para que, según llegue, se acerque a la oficina de correos y telegrafe los avisos que los señores precisen.

—Como ordene, milord. —Hizo una reverencia y se retiró para cumplimentar las órdenes.

—Y así, mañana, bien descansados, podrán desplazarse a primera hora para coger un tren en condiciones —resumió Bradbury a sus invitados.

\* \* \*

La velada transcurrió moderadamente entretenida. Lord Bradbury agasajó a Daphne y a Rick con sus mejores licores y les mostró su extraordinaria colección de fósiles, merced a las expediciones que había financiado. Cenaron pronto y Daphne y Rick suministraron al cochero sendos mensajes de aviso para lord King y la viuda Hartford. Después de un último trago de oporto, frente a la chimenea, lord Bradbury anunció que se retiraba a sus aposentos.

—Cosas de la edad. Si desean más bebida, no tienen más que servirse. Por favor, cuando lo deseen, toquen la campanilla y Kevin les conducirá a sus aposentos. Y ahora, si me disculpan, es hora de que este anciano descanse. Buenas noches. —Se levantó e hizo una indicación a un criado para que le ayudara a subir las escaleras.

Junto al crepitar de las llamas, Daphne rellenó la copa a Rick y se arrebujó contra él. Rick la abrazó y por un instante, sus celos se desvanecieron. Hablaron sobre ellos. Daphne le confió sentirse en una nube. Su mirada lo confirmaba. Rick le habló de la India y de las cosas maravillosas que descubrió allí. La leña desprendía un aroma cálido y reconfortante. Ambicionó repetir aquella escena durante el resto de sus días. En cierto momento, se interesó por los problemas que podría ocasionarle la pernocta, pero en el rostro de la joven no halló huellas de preocupación. Al contrario, la veía feliz y tranquila. De repente, los ojos de Daphne se cerraron inesperadamente con una mueca de sufrimiento y su cuerpo se dobló como si se partiera en dos. Rick recordó el día del baile en Cremorne y se alarmó.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué necesitas? —intentó incorporarla.

—Un poco de agua —acertó a musitar, mientras se apretaba su estómago, retorciéndose de dolor.

Rick corrió a por un vaso y le ayudó a que lo bebiera. Pasados unos instantes, la joven pareció recuperarse y poco después se incorporaba hasta recobrar la normalidad.

—¿Qué te sucede? ¿Estás bien? —insistió Rick.

—Sí. No te preocupes. Han debido indisponerme las setas de la cena. Por favor, ¿querrías

acompañarme a mi aposento?

Rick la ayudó a incorporarse. Llamó a Kevin y entre ambos la condujeron hasta su dormitorio. Una vez en la puerta, Daphne indicó al doméstico que se retirara. Cuando se disponía a entrar en la habitación, Rick insistió:

—¿Seguro que no quieres que avisemos a un médico?

—Gracias, Rick. Estoy bien. No te preocupes.

—De acuerdo. Pero si necesitas algo, estaré justo enfrente. —Y le señaló la habitación que le habían asignado.

Antes de que accediera a su cámara, Rick cogió por la mano a Daphne.

—Me has preocupado, ¿sabes? Por nada del mundo me gustaría perderte.

—Sólo se pierden las cosas. Las personas que nos interesan nunca desaparecen. —Y le besó con dulzura.

\* \* \*

Rick permaneció despierto, tumbado en la cama, con los ojos fijos en el techo. El repentino dolor sufrido por Daphne le había hecho recordar el incidente de Cremorne y apartar la conversación en la que ella había avisado a lord Bradbury sobre los oscuros planes de Gustav Gruner. Le resultó difícil reflexionar sobre ello, porque a su mente regresaba una y otra vez la imagen de Daphne, tan cerca y a la vez tan lejos. La deseaba sin saber hasta qué punto podría representar un peligro, pero tampoco le importaba. Quizá fuera el alcohol. O quizá fuera...

De repente, un leve chirrido le alertó. Prestó atención cuando observó que el picaporte se movía. De inmediato buscó el revólver que ocultaba en su bota, pero antes de empuñarlo, advirtió que la figura que se recortaba bajo el quicio de la puerta era la de una joven.

Daphne se acercó lentamente, sin despegar los labios, hasta encontrar el cuerpo de Rick. Acercó su mano y rozó su cuello. Luego, muy despacio, se fundió en un beso profundo y cálido, con sabor a oporto y a azúcar. Poco a poco, él la giró hasta recostarla sobre su lecho, mientras ella abría los brazos para ofrecerse, los párpados entornados, la respiración entrecortada, las mejillas encendidas. Rick buscó de nuevo sus labios como si necesitara respirar de ellos, ansiando paladearlos, saborear su aliento, sus dientes, sus comisuras, su lengua. Cuando Rick desató el lazo de su camión, ella se abrazó con fuerza, pero él se separó para contemplarla. Acarició delicadamente su pecho desnudo, como si temiera herir sus pequeños pezones erguidos, pero ella se apretó contra él y volvió a besarle hasta enloquecerle. Sintió que la necesitaba. Que moriría si no entraba en ella. Sus suspiros le enardecieron. Buscó su cuello, sus brazos, sus ingles. Recorrió su piel con sus besos, notando cómo su cuerpo delicado se arqueaba y vibraba. Aspiró sus gemidos hasta apagarlos con sus besos, mientras las piernas de Daphne le rodeaban, le atraían, le pedían que la invadiera, que se adentrara en su vientre, que se pegara a ella para derretirse en un abrazo eterno. Aunque se moría por penetrarla, Rick la volteó. Retiró la melena de su cuello y la besó. Luego saboreó su espalda mientras ella se encorbaba, deseosa, anhelante. Volvió a girarla y se metió entre sus piernas. Sintió su calor al penetrarla, un fuego suave y húmedo que le enloquecía, igual que los jadeos que ella emitía, primero casi imperceptibles, luego más rápidos, más violentos. Él se entregó como si le entregara la vida. A cada envite la deseaba más, pero también la amaba más. Cada cimbreo de sus caderas resucitaba una parte de su vida que creía muerta. Cada beso enervaba sus sentidos y aceleraba sus movimientos, cada vez más convulsos, cada vez más intensos, más violentos, más desacompañados.

Notó los estertores de aquel cuerpo suave y delicado, reventando de placer.

Cuando él se derramó en su interior, abrió los ojos para contemplarla, para comprobar que no era un sueño, y encontró los de ella fijos en él, mirándole, destilando deseo y amor a partes iguales. Creyó que eran el espejo de los suyos. Volvió a besarla una y otra vez, y volvieron a amarse hasta quedar rendidos por el sueño.

\* \* \*

Por la mañana, antes de que partieran, lord Bradbury prometió a Daphne que le devolvería su cabalgadura tan pronto como se recuperara de la herida.

El viaje de vuelta a Londres se les antojó un infierno. Regresar a la ciudad del Támesis significaba volver a las apariencias, al desapego fingido, a la incertidumbre de las citas. Rick no quiso pensar en ello, del mismo modo que no quiso pensar en las mentiras de Daphne. En aquel instante no le interesaban, y no sabía si le interesarían nunca.

Cuando se aparearon en Euston, comenzaba a atardecer. Antes de despedirse, juraron volver a encontrarse pronto. Después de besarla por última vez, Rick sólo le pidió una cosa.

—Por favor. No me mientas nunca.

\* \* \*

Ya era noche cerrada cuando Rick llegó a la floristería. Al ser domingo, el negocio debía estar cerrado, pero desde el exterior creyó ver un resplandor en el despacho. Supuso que la viuda Hartford se habría quedado trabajando, de modo que se dirigió a la puerta principal y tocó la campanilla. Tras aguardar un rato, insistió sin obtener respuesta. De repente, al bajar la mirada, advirtió que la puerta se encontraba entreabierta. Extrañado, la empujó y accedió al interior. Luego avanzó lentamente hasta las escaleras que conducían al despacho. Desde abajo, llamó a la viuda Hartford, pero nadie contestó. Su pulso se aceleró. Empuñó su revólver. Peldaño a peldaño, fue ascendiendo hacia la luz que titilaba a través de la ventana. Conforme subía, el sudor fue invadiendo su rostro. Volvió a llamar a la viuda. El silencio le oprimía el corazón. Finalmente alcanzó el descansillo del despacho. La puerta aparecía entornada. La entreabrió muy despacio y entró.

Lo que vio le heló la sangre.

Tumbado sobre el escritorio, yacía el cadáver ensangrentado de Penny Ryan, con un abrecartas hundido en el pecho hasta la empuñadura.

## Capítulo 23

La dotación de policía que atendió el aviso de Rick certificó que, además de asesinada, la dependienta había sido salvajemente violada. Envolvieron su cadáver en unos sacos viejos y lo retiraron mientras, el comisario, con una mueca de asco, se apartaba del bulto sanguinolento como si temiera que la sangre que goteaba pudiera contaminarle.

Rick contempló cómo los restos de Penny desaparecían en dirección al mortuario más cercano. Mientras descendían el cadáver por las escaleras, a su mente acudió la terrible visión de su cuerpo escuálido, tendido sobre el escritorio, con el vestido ultrajado mostrando sus pequeños pechos flácidos ensangrentados, y enterrado entre ellos, el abrecartas con el que la apuñalaron hasta matarla. Bajó la mirada. Se dijo que ni siquiera un perro merecería un final semejante.

Aún permanecía acuclillado en un rincón del despacho, cuando el médico que acababa de examinar a Penny determinó que había muerto antes de que la acuchillaran. Según las marcas de su cuello, el asesino la había estrangulado con algún tipo de lazada. Cuando Rick escuchó su dictamen, se le detuvo el corazón. Por un instante recordó la forma en la que murió su esposa. Le dolió tanto que prefirió no pensar.

Intentó consolar a la viuda Hartford con un abrazo, pero la mujer era un mar de lágrimas. En ese instante, el comisario interrumpió a Rick para volver a interrogarle.

—Ya le he contado cuanto sabía —respondió Rick con desgana—. De regreso a la floristería encontré la puerta entornada. Me extrañó ver luz en el despacho porque era domingo, así que subí. Fue entonces cuando la descubrí. La pobre estaba muerta, de modo que le cerré las piernas y salí a buscar ayuda. Un vecino se encargó de avisar a la viuda Hartford y a ustedes. Yo regresé a la floristería para esperar a que llegaran.

—¿No hizo nada más? ¿No tocó nada?

—Sólo eso. El despacho ya estaba así de revuelto cuando subí.

—Bien. Y usted, señora Hartford, ¿sabe si Penny tenía algún enemigo? ¿Alguien que la tratara mal?

La viuda fue incapaz de pronunciar una palabra. Tan sólo negó con la cabeza.

—¿Y usted? —se dirigió a Rick.

—No. Llevo poco tiempo en Londres.

—Ya. Dígame, ¿qué hacía usted, un domingo, en la floristería?

—Vivo aquí. Mi tía me pidió que me alojara en una caseta que hay junto al invernadero.

—¿Es eso cierto? —volvió a preguntarle a la viuda.

Rick se alertó. Hasta tal punto había interiorizado su papel de sobrino que no había contemplado el que la viuda Hartford pudiera refutarlo. Por suerte, la mujer asintió casi sin prestar atención. El comisario se dirigió de nuevo a Rick:

—El doctor ha determinado la hora aproximada a la que se produjo el crimen y la sitúa en el sábado por la tarde. Usted asegura que la descubrió hace un rato. ¿Podría alguien atestiguar dónde estuvo usted desde el sábado por la mañana hasta el domingo por la mañana?

—Por supuesto. Mi tía Hellen me envió a Northampton. Salí ayer temprano y regresé hoy a mediodía. Estuve alojado en el domicilio de lord Bradbury. Puede confirmarlo si lo desea.

El comisario tomó nota en su libreta.

—Volviendo con usted, señora Hartford. ¿Sabría decirme la razón por la que su dependienta se encontraba en su despacho un sábado por la noche? —Advirtió que la mujer parecía estar en otro mundo—. ¡Señora Hartford! —le insistió.

—¿Eh? —Por un instante la mujer recuperó la cordura.

—Le preguntaba el motivo por el que su empleada se encontraría sola, un sábado por la noche, en la floristería.

—¡Ah! No. No estaba sola. Se quedó a ayudarla Billy.

—¿Quién es Billy?

—El hijo de un empleado. Encargué a Penny que preparara un pedido de última hora y Billy insistió en ayudarla.

\* \* \*

Cuando se quedaron solos, Hellen arruinó la poca compostura que había logrado mantener durante el interrogatorio y rompió a llorar. Le confesó a Rick que la sola idea de que el retrasado Billy hubiera cometido aquella atrocidad le aterraba. Era como si se culpaba de haber traído a aquellos dos trabajadores desde Surrey. Rick intentó tranquilizarla, pero le resultó inútil. Al final, un vaso de ginebra colmado hizo más que todas sus palabras.

Se ofreció a acompañarla hasta su casa. En alguna ocasión, la mujer se había quedado a dormir en el despacho, pero dado lo sucedido, imaginó que ni se le pasaría por la cabeza.

Tras dejar a la viuda Hartford en su domicilio, Rick dudó cómo contárselo a Memento. Pese al enojo que su amigo le mostró cuando puso reparos a su boda, Memento seguía siendo la única persona en la que realmente confiaba. Se compadecía terriblemente por él. No podía imaginar cómo se sentiría cuando le dijese que jamás volvería a ver a Penny, la mujer de la que se había enamorado. En realidad, la única mujer que le había correspondido en toda su desgraciada vida.

No esperó a que amaneciera. Tomó un coche de punto y pidió al chófer que le trasladara hasta la Torre de Londres, junto a los *docks* de St. Katharine. Desde allí subió a una barcaza que le condujo, río abajo, hasta la Isla de los Perros, el lugar al que se había mudado Memento para comenzar, junto a Penny, una nueva vida.

Durante el trayecto, apenas si tuvo ánimo para pensar en cómo explicarle lo sucedido. Descendió en el muelle, a aquellas horas era un hervidero de estibadores, y caminó por los terrenos de las antiguas marismas, reconvertidas ahora en una gigantesca red de tugurios y hospederías.

Encontró la casa de Memento al final de un camino, entre unos almacenes abandonados. Se trataba de un caserío tan deteriorado que hubiera merecido la pena derribarlo antes que adecentarlo. En cualquier caso, parecía el lugar ideal para su amigo. Una casa amplia y apartada en la que tendrían cabida todos sus artilugios. Esperó que eso algún día le consolara. Llamó a la puerta y al poco salió el hombre de los ojos sin párpados. Nada más verle, Memento adivinó que había sucedido algo grave. Cuando Rick se lo explicó, tuvo que sostenerle para que no se derrumbara.

\* \* \*

Al día siguiente, durante el entierro, Rick hubo de sujetar a Memento para evitar que se abalanzara sobre el padre de Billy y le arrancara los testículos, cuando éste intentó defender a su hijo. Pese a asegurarle que el asesino sería juzgado y ahorcado, Rick apenas si pudo apaciguar a su amigo.

—¡No quiero que lo ahorquen! ¡Quiero que lo descuarticen! —Memento lo aulló con tal rabia que ahuyentó a los dolientes presentes en el sepelio.

Cuando concluyó la ceremonia, Memento permaneció de pie, junto al nicho, como si su vida se hubiera detenido allí. Poco a poco, el resto de los asistentes se fueron marchando, pero Rick aguardó a su lado, en silencio. Tras aguantar una hora de vela, intentó que su amigo regresara al mundo de los vivos.

—Deberíamos ocuparnos del traslado de tus bártulos —procuró distraerle—. Venga. Si no nos movemos, vamos a morirnos de frío.

Aunque Memento aceptó el ofrecimiento, a Rick le dio la sensación de que, si le hubiera propuesto saltar por un precipicio, también habría accedido.

Acometieron un único viaje que les ocupó el resto del día. En el carro sólo cargaron sus artilugios fotográficos y un par de sacos con ropa, porque Memento ya había trasladado la mayoría de sus enseres con la ayuda de uno de los guardas del correccional.

—Lo que queda ya es basura —le había dicho Memento.

Rick asintió, aunque la mayor parte de lo que habían cargado también lo era.

Cuando llegaron al caserío de la Isla de los Perros, Rick comprobó que, pese al desorden, el interior se veía amplio. Lamentó que ya no tuviera con quien compartirlo. Mientras distribuía los daguerrotipos, advirtió que Memento manipulaba una portezuela disimulada tras un armario, que daba acceso a un cuarto oculto.

—Los alrededores no los frecuentan angelitos, así que construí este trasdosado para mantener los objetos de valor a salvo. —Se lo mostró—. Ahí dentro tienes tus lingotes.

Rick miró en el interior del habitáculo. No era grande, pero parecía un escondrijo seguro.

—Gracias. En fin... Aquí podrás disfrutar de tus aficiones —intentó congraciarse Rick.

—Sí. Podría construir un hacha con la que sacarle las entrañas al cabrón de Billy. Maldito retrasado... Lo único que me consuela es que le hayan atrapado.

Rick asintió. En efecto, la policía había detenido al muchacho, tras descubrir en uno de sus bolsillos un broche con forma de pájaro que pertenecía a la dependienta asesinada. A ello sumaron el que Billy presentara arañazos en la cara y heridas en sus nudillos, cuya procedencia no acertó a explicar.

—¿Y cómo pretenden que lo explique si es retrasado y mudo? —lo había justificado su padre, sin éxito.

Rick terminó de descargar los últimos bártulos y se sentó a descansar. Mientras recuperaba el resuello, pensó en las palabras que aquella misma mañana había cruzado con Lawrence, durante el sepelio.

—Mi hijo no pudo hacerlo —le había implorado para que le creyese—. Dicen que es violento, pero eso es mentira. De acuerdo, pilla rabietas, pero nunca tocaría una mosca. El broche que le encontraron se lo regaló Penny, días atrás, como premio a su ayuda. Le aseguro que cuando mi hijo salió de la floristería, la dependienta estaba viva y coleando. De regreso a casa, Billy se topó con unos maleantes que pretendieron robarle, y al enfrentarse a ellos, se cayó en unas zarzas. De ahí los arañazos y las magulladuras.

Rick se levantó cabizbajo. Según Lawrence, eso era lo que Billy le había explicado mediante

señas, pero la policía no le había creído, y razones no le faltaban: el carácter irascible de Billy, el broche de Penny, las heridas de sus manos y, sobre todo, el que nadie confirmara las explicaciones de un padre superado por los acontecimientos.

Sin embargo, Rick sabía que tanto Billy como su padre decían la verdad. Billy no había matado a Penny. El problema consistía en que, si desvelaba su descubrimiento a la policía, él también se descubriría.

\* \* \*

Acordó volver a encontrarse con Memento para entregarle el anillo de compromiso que la viuda Hartford había retirado del cadáver de su prometida. No quería dejarle solo. Le aterraba que la tristeza que le invadía le llevara a cometer alguna atrocidad.

Aquella noche, de pie frente al espejo de su caseta, Rick se contempló a sí mismo como un miserable al que apenas si reconocía. Tras seis años de falsedades, con el ansia de venganza como única razón de su existencia, veía que su empeño sólo le había deparado rencor, angustia y muerte: la infortunada Penny Ryan, su amigo Memento e incluso el sinvergüenza de Joe Sanders habían pagado con creces las consecuencias de su encono.

Se tumbó sobre la cama y evocó el rostro de su esposa. Casi podía tocarlo. Lo percibía tan cercano porque ella aún pervivía en su mente, aún conservaba su belleza irreal, su cariño desmedido y su entusiasmo desbordante. Luego el rostro de su esposa perdió frescura y se fue marchitando, empalideciendo, hasta convertirse en la horrible cara de Penny, macilenta, muerta, estrangulada... del mismo modo que murió su amada.

Inspiró el aire que le rodeaba, el mismo aire viciado que llevaba envenenándole años, enturbiándole el pensamiento. Una atmósfera opresora que le impedía enterrar para siempre aquellos dañinos recuerdos.

Buscó la botella de ginebra. Apenas si le dio un trago. Se dejó caer sobre el jergón y pensó en el pobre Billy. Lo imaginó en la penitenciaría de Millbank, la aterradora prisión en la que le habían encerrado, atribulado, solo, acusado de un crimen que sabía que no había cometido. Se tapó el rostro con las manos y las arrastró sobre su piel, como si quisiera arrancarse la máscara que le cubría. No podía permitir que condenaran a un inocente. Era hora de poner las cartas sobre la mesa, aunque en ello le fuera la vida.

Pese al trabajo pendiente, por segundo día consecutivo la viuda Hartford no apareció por la floristería. Imaginó que seguiría recluida en su domicilio. En el cementerio, la mujer ya le había advertido que no deseaba volver a ver al padre de Billy y le había encomendado que se encargara de despachar los encargos atrasados hasta su vuelta. Pero Rick no estaba dispuesto a aguardar. A mediodía, cerró el negocio y se encaminó hacia el domicilio de la viuda.

Cuando la mujer abrió la puerta, apenas si se sorprendió. Rick entró en el domicilio sin esperar a que la viuda le invitara. Notó la casa caldeada. Aguardó a que cerrara la puerta antes de preguntarle cómo se encontraba. Hellen alzó las cejas, sin responder, y le condujo hasta la sala de invitados. Era una estancia grande y acogedora. A aquella mujer no le iban mal las cosas. Observó cómo desplazaba torpemente su corpachón y le preparaba una copa. Le pareció como si hubiera estado esperando su llegada.

—¿Qué te trae por aquí? ¿No quedaba nada que hacer en el invernadero? —le dijo la mujer, sin convicción.

—Quedaba el trabajo de Penny —respondió con sequedad, y apuró su vaso de un trago.



Hellen no supo dónde mirar. Sus ojos brillaban por la humedad, pero parecía que hubiera gastado todas sus lágrimas. Tosió y se sirvió una copa también.

—Maldito Billy y maldita la hora en la que se me ocurrió contratarlos. —La bebió tan rápido como Rick.

—Hellen, escúcheme. Necesito que me explique qué está sucediendo en la floristería.

—Ya. ¿Y qué quieres que te diga? —Estrelló la copa contra el suelo y se echó las manos a la cabeza—. ¿Que desde que murió mi marido, el negocio está tocado por el diablo? Primero Gus y ahora la pobre Penny... ¿Cuál habría sido mi pecado?

Rick observó el rostro desencajado de la mujer. Le pareció que realmente ignoraba lo que sucedía entre sus jardines.

—Señora Hartford, quiero que tome asiento y me preste atención. —Esperó a que la mujer lo hiciera y él la imitó—. Mire. No soy quien usted imagina. No acudí a su floristería en busca de trabajo. Sólo buscaba respuestas. —Sacó un pequeño papel doblado de un bolsillo que le mostró—. Lo encontré camuflado dentro del arma de un tipo que intentó volarme la tapa de los sesos. Como verá, figura el nombre de su negocio y el de Daphne Loveray.

La mujer frunció las cejas y miró el papel como si se tratara de un jeroglífico.

—Pero entonces... No entiendo. ¿No eres un estudiante? ¿Y qué eres entonces? —Le miró con estupor.

—Soy la persona que puede ayudarle. —Recuperó el papel y se lo guardó—. Escúcheme. Ignoro la relación que guarda usted con Daphne Loveray, pero debe saber que, de algún modo, ella y su floristería están relacionadas con las muertes de Gus y Penny.

—No... No acabo de entender. —Sacudió la cabeza—. A Gus lo destrozó un tigre, y Daphne estaba contigo en Northampton cuando Billy asesinó a Penny.

—No lo creo, señora Hartford. A Gus debieron matarlo los mismos que acabaron con la vida de Penny. Y no son las únicas muertes extrañas. También está la de Ralph White, un matemático al que asesinaron después de que usted le enviara unas flores. Sinceramente —se levantó para servirle un vaso de agua y se lo tendió—, no me extrañaría que fuera usted la siguiente.

La mujer negó con la cabeza y tartamudeó algo ininteligible. Luego apuró la bebida y demandó explicaciones a Rick.

—¿Lo que dices no tiene ni pies ni cabeza! No sé quién eres ni por qué debería fiarme de ti.

—Entiendo sus reticencias, pero permítame que se lo explique y comprobará que debería confiar más en mí que en su amiga, Daphne Loveray.

Rick informó a la viuda Hartford sobre sus descubrimientos. De un lado, la ausencia de hemorragias en el cuerpo de Gus indicaban que éste llevaba tiempo muerto cuando fue atacado por el tigre. De otro, sus profundas heridas en el torso jamás podría haberlas causado un animal al que le habían amputado las garras.

—Más bien responderían a un sanguinario ejercicio de tortura. —Y añadió la imposibilidad de que el jardinero hubiera podido acceder por sus propios medios a la jaula, dadas sus limitaciones físicas.

—Pero entonces..., ¿las explicaciones de Gruner? —La viuda se echó las manos a la boca.

—Tan falsas como el dragón de San Jorge.

—¿Y la muerte de Penny? Las pruebas acusan claramente a Billy.

—Lo que las pruebas demuestran es la ineptitud de los policías que las interpretaron. El médico que examinó su cadáver determinó que murió estrangulada, pero ¿por qué razón un joven retrasado, primero la estrangularía, y tras matarla, la apuñalaría con su abrecartas? Las heridas

que Billy presentaba, y que su padre adujo que se las había producido huyendo de unos gamberros, fueron esgrimidas por la policía como una prueba más en su contra, pero Penny no presentaba rastros de forcejeo ni en sus manos ni en sus uñas. No. Billy no cometería un macabro ritual como el que acabó con Penny.

—No sé... No entiendo nada. Un retrasado no obra con lógica. Podría haber estrangulado a Penny y luego, nervioso, clavarle el cuchillo después de violarla.

—Señora Hartford, ese crío no es ningún sádico violento. Él apreciaba a Penny. Además, ¿cuántos años hace que le conoce? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Y durante ese tiempo, ¿en cuántos altercados le ha visto envuelto? Yo sólo lo he tratado unos días, pero los hombres bromeamos entre nosotros, y le aseguro que Billy no mostraba ningún interés por las mujeres.

—Ya... Yo tampoco imaginaba que pudiera hacer algo así, pero tus razones tampoco son concluyentes.

Por toda respuesta, Rick metió la mano en un bolsillo y sacó un pañuelo de seda amarillo.

—¿Lo reconoce? —le preguntó Rick.

La mujer lo examinó con interés.

—No. No lo había visto nunca. —Se lo devolvió a Rick.

—Es el pañuelo con el que estrangularon a Penny. Aún lo tenía anudado a su cuello cuando la encontré.

—¿Y eso qué significa?

—Hace siete años encontré muerta a otra persona. —Apretó la mandíbula y bajó la mirada cuando recordó a su mujer—. Nunca encontré a su asesino, pero me culparon a mí. Lo único que sé es que la estrangularon con un pañuelo de seda igual que éste.

La viuda Hartford pareció meditar las palabras de Rick. Se retiró un momento a la cocina y volvió con un servicio de té, que temblaba en sus manos, a punto de caerse.

—¿Y entonces, qué implicación tendría Daphne? —Sirvió las tazas en una mesita.

—Eso es algo que debería contestarme usted. Por lo que sé, Daphne trabaja junto a Gustav Gruner en el Foreign Office.

—¿Con Gruner? —Abrió los ojos casi tanto como la boca—. ¡Pero si ese hombre es un demonio!

—Pues la vi con él, se lo aseguro. Y también en sitios peores.

La viuda sorbió del té con la mirada perdida. Por un momento, Rick creyó que no le estaba escuchando.

—Conocí a Daphne hace bastante tiempo —dijo Hellen, por fin—. Solía hacernos encargos para su domicilio, cuando ella aún intentaba salvar su matrimonio. Poco a poco trabamos amistad. Yo había enviudado recientemente y me sobraban las horas y la saliva, y ella parecía cómoda a mi lado. Así es como averigüé que su marido era un auténtico cretino, más pendiente de sus estúpidas pinturas que de ella. Ni siquiera se preocupaba por sus violentos ataques de dolor. Pobre mujer. Tan joven y tan desgraciada. La verdad es que su vida era un infierno. Poco a poco fuimos intimando y...

—Ya. Mire, señora Hartford. Todo eso está muy bien, pero lo cierto es que me ayuda realmente poco. Necesitaría establecer la relación que pudiera existir entre los pedidos que Daphne ha estado efectuando y un determinado libro: *El lenguaje de las flores*. —Rick presentía que allí residía la clave de cuanto estaba sucediendo.

—Ese libro... Ahora que lo mencionas, recuerdo que, al poco de conocernos, durante una charla en el despacho, Daphne se entretuvo admirando la colección de libros que mi marido

conservaba en la biblioteca. Alabó la variedad de volúmenes, pero enseguida fijó su interés en un par de tratados que versaban sobre el lenguaje de las flores.

—¡Ajá! ¿Y qué más recuerda?

—Sí. Pues recuerdo que, tras ojearlos un rato, me preguntó sobre ellos. Yo le expliqué que, desde hacía generaciones, los Hartford habían suministrado a la nobleza británica numerosos ramos, poseedores de mensajes ocultos, que ellos empleaban en sus fiestas para sus libidinosas distracciones. Al principio, Daphne sólo mostró curiosidad, pero conforme profundizaba en los detalles y le explicaba la forma en que debían elegirse las flores, su particular disposición y las infinitas combinaciones que podían llegar a realizarse, del asombro pasó a la fascinación.

Rick se alertó. Desde luego, las combinaciones matemáticas fascinaban a Daphne. Y también los trucos indescifrables.

—Y ese interés, ¿tuvo alguna repercusión?

—Pues lo cierto es que sí. Aquella misma tarde me pidió prestados los dos libros que le habían intrigado y tardó en devolvérmelos. Coincidió que, al poco de recuperarlos, comenzó a hacerme numerosos pedidos para las fiestas de sus amigos, y algunos otros más específicos.

—¿A qué se refiere con lo de «específicos»?

—Bueno, pues a que, aunque todos ocultaban mensajes, había algunos en los que ponía un especial cuidado. La mayor parte de los ramos sólo escondían mensajes pícaros o flirteos que luego se enviaban a fiestas y clubs. Pero los otros eran distintos. Me avisaba de las especies que deseaba y luego, una vez confeccionados, los supervisaba y los modificaba a su antojo. Te parecerá asombroso, pero Daphne no sólo había aprendido el lenguaje de las flores, sino que además lo había alterado para transformar lo que era un juego en un código verdaderamente indescifrable. Con mi ayuda, por supuesto.

—Por supuesto —murmuró Rick.

Inspiró con fuerza y permaneció en silencio. Había algo que no cuadraba. Todo era demasiado extraño. Demasiado complejo.

—Mira, Rick, si es que ése es tu nombre. No discuto el que Gus y Penny murieran en extrañas circunstancias, pero te aseguro que Daphne jamás se involucraría en ningún asesinato.

—Ya... Y de Gustav Gruner, ¿qué podría decirme?

—La verdad es que tu revelación sí que me ha sorprendido. Hasta donde yo sabía, ese prepotente sólo se ocupaba de la seguridad del Crystal Palace. Creo que en su día te comenté que le adjudicaron el puesto por su amistad con Alberto de Sajonia, el príncipe consorte, y si tal amistad es tan estrecha como dicen, no me extrañaría que disfrutara de más responsabilidades.

—¿Algo más sobre él?

—No. —Negó con la cabeza nerviosamente—. No —repitió.

—¿Y lord Bradbury?

—¿Lord Bradbury? ¿Qué podría contarte de él que no sepa todo Londres? Bendigo el día que le conocí. De no ser por su ayuda, ahora estaría en la más completa ruina.

—Le importaría ser más explícita.

—Por supuesto que no. De lord Bradbury podría estar hablando bien toda la vida. La verdad es que le conocí después de que mi marido falleciera. En cierta ocasión, se presentó en la floristería y pidió hablar conmigo. Recuerdo que, por aquel entonces, todavía caminaba bien. Le acompañaba un abogado muy estirado y pensé que lo mismo pretendían desahuciarne, pero su intención era muy distinta. Al parecer, mi marido había hecho inversiones con él, negocios de los que mi marido nunca me habló, pero que habían proporcionado enormes beneficios. Me explicó

que, tras la muerte de mi marido, debía entregarme la parte que me correspondía, y gracias a aquellos ingresos pude sacar el negocio adelante. A partir de aquel día, trabajamos una sana amistad que hemos mantenido hasta ahora.

Rick asintió. Aquello no le aclaraba nada, de modo que volvió a Daphne.

—Mire, señora Hartford, como ya le he mencionado, temo que su vida corra peligro. El incendio de Surrey... Los ataques que ha sufrido la floristería... Todo está relacionado. Mi consejo es que cierre el negocio y desaparezca de Londres durante una temporada. A mí también me buscan y yo ya no puedo protegerla.

—¿Cerrar? ¿Pero cómo voy a hacer eso? El Crystal Palace se inaugura en una semana y tengo a todos mis clientes pendientes de los últimos arreglos. Por Dios, ahora no puedo cerrar la floristería. —Se levantó y comenzó a dar vueltas por toda la sala, con las manos en la cabeza.

—¿Acaso es más importante que su propia seguridad?

—Daphne me advirtió que quizá surgirían problemas, pero me suplicó que aguantara hasta la inauguración porque... —Se mordió la lengua.

—¿Por qué? Diga. ¿Por qué?

—Lo siento. No. No puedo decirlo.

—¿Pero de qué tiene miedo? ¿Qué diablos le ha dicho?

—No... No puedo hablar de ello.

—¡Dígamelo! —Y golpeó con el puño en la mesa.

De repente, una puerta que había permanecido cerrada se abrió, y apareció tras ella Daphne Loveray. La viuda retrocedió atemorizada.

—¿Estabas... estabas escuchando? —le preguntó la viuda a Daphne.

Rick se interpuso entre las dos mujeres.

—¿Por qué le asusta explicármelo? —le preguntó a la viuda Hartford.

—Porque se lo he prohibido yo —repuso Daphne.

\* \* \*

Daphne y Rick tenían varias cuentas pendientes. Se despidieron de la viuda Hartford y marcharon juntos a un lugar donde resolverlas.

## Capítulo 24

Daphne sugirió el hotel Mivart's y a Rick le pareció bien.

Situado en el corazón de Myfair, el Mivart's era el alojamiento preferido por la nobleza, no sólo por sus espléndidas instalaciones, sino también, y en correspondencia con sus inalcanzables precios, por lo restringido de su acceso.

Aunque la ansiedad le corrojera el estómago, durante el trayecto, Rick correspondió al mutismo de Daphne con otro incómodo silencio. Por un instante miró de reojo el semblante pético de la joven y le pareció el de una desconocida, una mujer muy distinta de la que le hizo tocar el cielo la noche que compartieron en Northampton.

A poco para llegar a su destino, Daphne le indicó a Rick que, a la entrada del hotel, y siguiendo las costumbres de cortesía, debía ser él quien tomara la iniciativa. Le sugirió que solicitara el reservado junto al piano. Allí se encontrarían cómodos y a salvo de miradas indiscretas. Rick no lo discutió. Cuando el carruaje se detuvo en Brook Street, un lacayo se apresuró a abrir la portezuela. Rick ayudó a Daphne y, juntos, accedieron al enorme recibidor de estilo georgiano, de una sobriedad y elegancia exquisitas.

—Nada que ver con los batiburrillos góticos actuales —escuchó que presumía condescendentemente el camarero que les conducía a su mesa.

Por la familiaridad en el trato, Rick dedujo que el empleado conocía bien a Daphne Loveray.

Tomaron asiento en un precioso rincón, adornado con ficus y palmeras. Daphne pidió un té y Rick, un vaso de ginebra Plymouth.

—Elaborada con agua de Dartmoor. Veo que el caballero sabe elegir —dijo el camarero.

Rick ni lo miró. Sólo tenía ojos para el rostro hierático de Daphne. Esperó a que les sirvieran para comenzar la conversación.

—Deje la botella —le indicó Rick al camarero, cuando éste ya se disponía a retirarla—. Y bien. ¿Brindamos por la sinceridad? —propuso a Daphne, con un deje de ironía.

La joven hizo el gesto del brindis con su taza de té. Bebió un sorbo y miró hacia el piano, como si Rick no estuviera presente. Finalmente se volvió hacia él.

—Todo esto es muy complicado. No sé si es buena idea que hablemos de ello. —Hizo ademán de levantarse, pero Rick la sujetó.

—La vida es complicada. —El calor de su pequeña mano le estremeció.

—Y si eres mujer, e inglesa, todavía más. —La mujer apretó los labios—. En fin... No sé por dónde empezar.

—Pues podrías hacerlo explicándome qué hacías en casa de la viuda Hartford, escuchando. ¿Acostumbras a espiar las conversaciones privadas? —le espetó.

—¿La viuda Hartford? ¡Caramba, cuánto formalismo! ¿Acaso ya no es tu tía? —respondió retóricamente.

Rick observó la mirada de Daphne. Ambos parecían dos animales a la defensiva. Supo que aquello no acabaría bien. Se bebió su vaso de ginebra. Por ahora, era su mejor compañera.

—¿Qué hacías allí?

—Solucionando un último pedido. Llegaste de repente y Hellen me pidió que aguardara en otra sala.

—¿Y escuchaste la conversación que mantuve con la viuda Hartford?

—Sí. Siento si tengo el oído fino, pero dado que yo era la protagonista de vuestra charla, me pareció de lo más oportuno.

—¿Y qué tienes que decir?

—¿Sobre qué?

—Sobre tu nombre en este papel, por ejemplo. —Se lo mostró—. Lo encontré oculto en la culata del fusil con el que intentaron matarme. ¿Podrías decirme qué hacía tu nombre escrito junto a la dirección de Pasión de Oriente?

—Pues la verdad es que lo ignoro. ¿Lo sabes tú?

Rick inspiró hasta llenar los pulmones. Aquel juego del gato y el ratón comenzaba a hartarle.

—No, pero de haberlo descifrado, quizá Penny y Gus aún seguirían vivos. Mira, Daphne, te juro que he intentado confiar en ti más de lo que la razón me aconsejaba, pero no puedo seguir ignorando tus mentiras. Fingiste ser una simple ama de casa cuando en realidad trabajas en el Foreign Office junto a tu «odiado» Gustav Gruner.

—¿Fingí? Yo nunca afirmé que no tuviera un trabajo. Tan sólo mencioné que mi matrimonio era una farsa. Un mero escaparate.

—Ya. ¿Y qué más farsas esconde esa mujer tan ocupada? ¿Recuerdas el día del espectáculo de magia, cuando te marchaste a toda prisa porque habías quedado con una amiga? Te seguí hasta el *den* de Charing Cross, donde te detuviste un instante. ¿También trabajas allí?

El semblante de Daphne se petrificó. Guardó silencio unos instantes. Luego su expresión adquirió un velo de tristeza que Rick jamás había contemplado en ella.

—Eso forma parte de mi vida privada —dijo con la mirada baja—. Una vida en la que no tienes derecho a inmiscuirte.

Rick no supo qué responder. Ahogó su rabia en otro vaso de ginebra. Cuando lo acabó, lo plantó en la mesa de un golpe que atrajo las miradas de los huéspedes presentes. Se sirvió un tercer vaso y miró a los ojos a Daphne. Advirtió que las lágrimas los bañaban.

—¿Y yo? —Rick se golpeó el pecho—. ¿También yo formo parte de tus mentiras? Lo de la otra noche en Northampton, ¿también fue una farsa? —La frustración le atenazaba.

—No tienes derecho a tratarme así.

—¡Maldición! Te vi desnuda y drogada en el *den* —gritó.

Daphne se levantó dispuesta a marcharse, pero Rick se lo impidió. Entonces Daphne le cruzó la cara de un bofetón. Un par de hombres se levantaron para auxiliar a Daphne, pero ésta les contuvo.

—No es necesario, caballeros. A mi acompañante le ha sentado mal la bebida, pero ya se marcha.

—Daphne... Yo...

—Por favor, vete.

—Perdóname. No pretendía ofenderte. Es simplemente que no entiendo qué diablos sucede en tu vida y quiero entenderlo, ¿comprendes? Significas algo para mí. Algo que no sé explicar, pero que hacía años que no sentía.

—Eso no te da derecho a juzgarme.

—¡Joder! Te he dicho que lo siento. —Se derrumbó sobre su asiento.

Daphne lo contempló, vencido. Lo cogió de la mano y le levantó.

—Vámonos de aquí —le dijo.

Rick dejó el importe de la cuenta y siguió a Daphne hacia la salida, pero ésta, en lugar de dirigirse a la puerta, inesperadamente habló con el encargado de la recepción, quien a su vez lo hizo con un botones. Segundos después, Daphne volvía a su lado y le pedía que le acompañara. Rick asintió. La joven siguió al botones, quien ascendió por una imponente escalera de caracol hasta llegar al rellano del primer piso. Luego se adentró por un pasillo profusamente decorado y se detuvo ante una puerta. La abrió y le entregó la llave a Rick.

—Si desean alguna cosa, no tienen más que tirar de la campanilla. —Y se retiró tras una ligera reverencia.

Ambos entraron. Rick cerró la puerta.

—Aquí estaremos más tranquilos —dijo Daphne, y se despojó de su sombrero, para dejar al descubierto un elaborado recogido.

Rick se adentró en la estancia. Consta de un magnífico salón y una habitación contigua, digna de un príncipe. Tomó asiento junto a una mesa. No supo qué decir. No acertaba a entender qué ocultaba Daphne, pero ansiaba que hubiera una razón capaz de desterrar la incertidumbre que le asfixiaba. Rick la miró. Por un momento quiso ver en su mirada un soplo de cercanía.

—Lo siento —volvió a insistir Rick.

Ella se dirigió hacia la ventana. Las vistas no eran especialmente espectaculares, pero una calle de Londres siempre resultaba inconfundiblemente atractiva. Luego se volvió hacia él.

—En efecto, trabajo para el Foreign Office. Y lo llevo haciendo desde mucho antes de que Gustav apareciese por Inglaterra. —Se alejó de la ventana y paseó por la habitación—. Desde niña siempre me fascinaron las matemáticas, quizá influida por mi madre, que las estudió en Cambridge. Recuerdo que, con diez años, mi institutriz me acusaba de tramposa porque era capaz de resolver en minutos los problemas para los que ella necesitaba horas. Cuando concluí mi formación, mantuve contacto con mis mentores, en especial con la astrónoma Mary Somerville y con el físico Michael Faraday. A través de ellos conocí a Charles Babbage y su máquina analítica. Fue toda una revelación. Yo tenía dieciocho años y quedé impresionada por su sabiduría. Empecé a frecuentarlo y, junto a él, se despertó en mí el interés por las relaciones de las matemáticas con la criptografía. Con el tiempo, mis algoritmos codificados para ser procesados por una máquina llamaron la atención de Ralph White, por entonces, un ambicioso matemático que trabajaba en el Foreign Office.

Rick escuchó absorto, como si aquella joven de aspecto delicado, de repente, cobrara una dimensión abrumadora e inconcebible. Había términos en su relato que no comprendía, pero no le importó.

—Continúa, por favor.

Daphne miró a Rick, como si meditara el revelarles lo que aún callaba. Luego volvió a la ventana y, mientras miraba al infinito, prosiguió:

—Fue una época difícil. En aquel momento ya había contraído nupcias con lord King, un noble potentado del agrado de mi madre, y a los pocos meses ya me había dado cuenta de mi tremendo error. El Foreign Office suponía una válvula de escape al fracaso de mi matrimonio y me dediqué a él en cuerpo y alma. Mi trabajo junto a Ralph White consistía en la mejora del código criptográfico que el Gobierno empleaba para sus comunicaciones secretas con las Indias Orientales. Todo marchaba bien, hasta el día en que se presentó Gustav Gruner en la oficina.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Daphne se giró y tomó asiento junto a Rick.

—Gruner acababa de ser nombrado fiscal de nuestro gabinete. Un tipo soberbio al que nadie conocía, pero que, por lo visto, gozaba de la confianza del príncipe Alberto, con quien le unía una antigua amistad. Sin embargo, al poco de hacerse cargo del negociado, comenzaron los problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Por lo visto, unos mensajes de vital importancia habían sido extrañamente descifrados, con terribles consecuencias para el devenir de la guerra del Opio. Las pérdidas económicas fueron cuantiosísimas y hasta la propia reina Victoria tomó cartas en el asunto. Entonces, Gruner, receló de mí.

Al escuchar las últimas frases, Rick se alarmó. La guerra entre Gran Bretaña y China había supuesto el desencadenante de su enorme infortunio. Le pidió a Daphne que prosiguiera. La mujer asintió.

—Enseguida sospeché que alguien en el gabinete podría haber quebrantado el código. Desconfiaba de Gustav Gruner, de modo que, valiéndome de las influencias de mi marido, conseguí concertar una audiencia privada con la reina.

—¿Con la reina Victoria?

—No era una desconocida para mí. Por relaciones familiares, había tenido la suerte de tratarla anteriormente, sabía de su implicación personal en aquel asunto y era la única persona de la que podía fiarme.

—¿Y qué sucedió?

—Para entonces, yo ya había trabado amistad con Hellen Hartford. La lectura de unos libros suyos me condujo a pergeñar un sistema de mensajes que, bien armado, resultaría indescifrable.

—¿El lenguaje de las flores?

—Exacto. El lenguaje de las flores. Al principio, cuando le planteé a la reina Victoria emplear las flores como código, pensó que desvariaba, pero tras conocer con detalle la complejidad del sistema, junto a mis reservas sobre la integridad moral de Gruner, nuestra monarca no lo dudó. En el más estricto secreto, me autorizó a desarrollar y aplicar el código floral que permitiría sortear al traidor y quizá capturarlo. Del código, sólo tendrían puntual conocimiento ella y el primer ministro, lord John Russell. Y mientras tanto, yo vigilaría a Gruner.

—Pero sustituir un código de encriptación por un lenguaje floral no parece demasiado seguro.

—Lo era mucho más que continuar usando un código ya descubierto. Además, el lenguaje de las flores sería sólo algo provisional, mientras terminaba de implementar un nuevo sistema criptográfico en el que llevaba tiempo trabajando. A partir de ese momento, y en connivencia con la reina, decidimos seguir empleando el antiguo código descifrado para enviar mensajes intrascendentes junto con mensajes falsos, y reservar el lenguaje de las flores para las comunicaciones más comprometidas.

—De acuerdo. ¿Pero y Gus, o la pobre Penny, o incluso el infortunado Ralph White...? Un precio demasiado elevado, ¿no te parece?

—¿Ralph White no pereció en un accidente? —Abrió la boca.

—Lo atropelló intencionadamente un cochero de la compañía Aldrich.

—¡Dios santo! Te aseguro que me duele en lo más profundo. Pero no nos culpes a nosotros. No fuimos nosotros quienes les asesinamos.

—Ya... ¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Sentarte a aguardar al siguiente cadáver? ¿Quizá el mío o el de la viuda Hartford?

—Rick, todo es más complicado de lo que parece. Pero te aseguro que la reina trabaja con



ahínco para resolverlo.

—¿Y a qué espera para detener a Gruner? Escuché a ese cabrón ordenar a Karum Daswani que me diera mi merecido.

—¿Karum? —Palideció.

—Sí. ¿Acaso no lo sabías? Es el esbirro de Gustav Gruner.

Daphne dejó traslucir un temblor imperceptible y sorbió té atropelladamente.

—Estamos poniendo todos los medios —acertó a decir—. Gruner es el protegido del esposo de la reina. Si lo acusamos sin evidencias definitivas, se nos escurrirá como una anguila. Además, no podemos detenernos ahora. Necesitamos enviar un último mensaje floral, cuyo contenido es vital para los intereses de Gran Bretaña, y hemos de hacerlo antes de la inauguración del Crystal Palace. Recuerda que Gruner sigue siendo el responsable de su seguridad.

—¡Maldita sea! Gruner mintió respecto a la muerte de Gus. Él sabía que no lo mató un tigre. ¿Y esto? —Sacó de su guerrera el pañuelo amarillo que encontró anudado en la garganta de la dependienta—. ¿Qué me dices de esto?

—No lo sé. Es un pañuelo.

—¿Es el pañuelo con el que un *thug* mató a Penny!

—No comprendo...

—Pues voy a explicártelo. Cuando estuve en la India, tuve ocasión de conocer a los *thugs*, una execrable secta de asesinos, adoradores de la diosa Kali. El ejército de la Compañía de las Indias Orientales logró acabar con la mayoría de sus miembros, pero muchos escaparon y se camuflaron como personas normales. Y ahora, adivina cuál es el arma con la que los *thugs* estrangulan siempre a sus víctimas.

—¿Un pañuelo?

—Exacto. Amarillo, igual que éste.

—No sé... Lo que cuentas es asombroso, ¿pero pretendes insinuar que Daswani, por el simple hecho de ser hindú, es el responsable de la muerte de Penny?

—Por ser hindú y por usar un broche en su fajín, con la imagen de la sanguinaria diosa Kali.

\* \* \*

Durante un rato, continuó el intercambio de preguntas y reproches. Daphne insistió en estar haciendo lo posible por desenmascarar a Gruner, pero evitó dar explicaciones sobre su presencia en el *den*.

—Te lo ruego, Rick. Te pido que confíes en mí. Tú mismo has estado haciéndote pasar por otro. ¿El «sobrino» de Hellen Hartford...? ¡Ja! Tu «tía» me confesó la farsa desde el primer día. Dime. ¿Quién eres realmente?

Rick guardó silencio. Podría haberle contestado que fue la viuda Hartford quien le propuso aquel juego, pero, después de todo, Daphne no andaba desencaminada. Él también la había engañado. Y, aunque deseaba con toda su alma revelar la verdad, algo le impedía confiar.

—Por lo visto, todos tenemos razones para mentirnos —dijo Rick finalmente.

—No sé. Quizá sólo nos protegemos. Quizá, en el fondo, seamos parecidos.

Rick contempló a la mujer que, sin pretenderlo, sacudía sus sentimientos más profundos.

—Tengo que irme —dijo de repente ella.

Rick no lo esperaba. Apuró su taza y se levantó. Miró el dormitorio. No sabía en qué momento volvería a estrecharla entre sus brazos. Ella estaba tan cerca y a la vez, tan lejos... Le pidió que

aguardara media hora más. Quince minutos. Un minuto.

—Quedémonos —le insistió—. Olvidemos las flores, los traidores. Olvidemos por un instante el mundo.

Daphne le concedió el minuto que pedía, suficiente para que los dos volvieran a caer presos de una pasión efímera, resignada.

—No puedo retrasarme más. Espérame aquí. Volveré antes de que anochezca.

—Pero ¿a dónde vas?

—Tú espérame. Volveré y pasaremos juntos la noche. Si todo sale como he planeado, por la mañana hablaremos con lord Henry Palmerston, el responsable del Foreign Office, y desenmascaramos a Gruner.

Rick no pudo retenerla. Se mantuvo toda la noche en vela, aguardando su regreso, pero Daphne no apareció. Por la mañana, con el estómago derrotado por los nervios, preguntó en recepción por algún mensaje a su nombre. No lo había, ni supieron darle razón de la señora Loveray. Se apartó el cabello revuelto de su rostro. Su aspecto descuidado provocó que una dama madura le mirara con desprecio. Rick ni siquiera lo advirtió. Consumido por la incertidumbre, se arrebujó en su chaqueta y abandonó el lujoso hotel Mivart's para dirigirse al domicilio de Daphne.

A media mañana ya había averiguado que la joven no había dormido en su casa. El mozo al que sobornó le confió que la señora había abandonado la vivienda antes del anochecer, sin informar ni a dónde iba ni cuándo regresaría.

Desconcertado, se acercó hasta el *den* de Charing Cross, por si hubiera pernoctado allí, pero lo encontró cerrado a cal y canto. Puso entonces rumbo a la floristería, donde la viuda Hartford le aseguró desconocer el paradero de Daphne.

—¿Se le ocurre algún sitio al que pudiera haber acudido? —insistió Rick.

—Pues no. Tal vez al Crystal Palace, pero a esas horas de la noche me resultaría extrañísimo. Tampoco conozco a sus amistades. Quizá lord Bradbury pueda ayudarte. Ya ha regresado de Northampton y ambos comparten círculo social. ¿Crees que puede haberle ocurrido algo?

Rick no quiso alarmar a la mujer. Se despidió y salió en dirección a la mansión de lord Bradbury.

\* \* \*

Cuando se presentó en el viejo palacio de Greenwich, el anciano carraspeó sorprendido. Le invitó a pasar a la sala de trofeos y le ofreció un refrigerio que Rick aceptó. Una vez puesto al tanto sobre la desaparición de Daphne, ambos conjeturaron sobre su posible paradero.

—Lo que cuentas es asombroso. Algo sabía de sus capacidades matemáticas, pero ignoraba que trabajara para el Foreign Office. Quizá acudiera a allí —aventuró lord Bradbury.

Rick negó con la cabeza. No imaginaba a Daphne metiéndose a horas intempestivas en la guarida del lobo. Sin embargo, tampoco tenía muchas más opciones de las que echar mano. Trasladó a lord Bradbury sus sospechas sobre Gruner.

—Ese alemán es un peligro —masculló Rick—. Debería presentarme en el Foreign Office y desenmascarlo.

Bradbury permaneció en silencio, mientras se atusaba su peluca.

—Si acudes solo, ni siquiera te abrirán la puerta. —Comprobó su reloj y apretó la mandíbula—. No puedo acompañarte porque tengo un compromiso, pero te proporcionaré una carta para que te reciba lord Henry Palmerston. A él podrás confiarle tus sospechas.

—Estupendo. —Apuró el café que le habían servido.

—Bien. Ordenaré a mi cochero que te traslade. Una cosa más. Me he fijado en el bulto de tu bota. ¿Un arma, quizá?

—¿Eh? Sí —carraspeó Rick—, siempre la llevo encima.

—No creo que sea buena idea presentarse en el Foreign Office con una pistola oculta. Si lo deseas, puedes dejarla aquí y recogerla después, cuando quieras.

Rick dudó qué hacer, pero finalmente sacó el revólver y se lo entregó a lord Bradbury, que se sorprendió al verlo.

—¡Caramba! Un colt de repetición. No se ven muchos como éste. —Lo admiró al examinarlo.

—Veo que entiende de armas.

—He de reconocer que me apasionan. Poseo una pequeña colección y varios ejemplares modificados por mi propio armero. —Se levantó y caminó con dificultad hasta una vitrina cercana de la que extrajo una extraña pistola—. Ésta es un Francesco Broccu, con tambor de cuatro recámaras y dos cañones, alterada según mis indicaciones. Aquí está el sello que lo demuestra. —Presumió de la estrella de cuatro puntas grabada en el cañón—. Una pieza única. Pero, en fin. Dejemos ahora las minucias y vayamos a lo que nos importa. Cuando te entrevistes con lord Palmerston, asegúrate de que tome cartas en el asunto. Por lo que me has contado, Gruner parece un tipo peligroso. Y aséate. No deberías presentarte con ese aspecto descuidado.

Rick aceptó la sugerencia de Bradbury. Se afeitó en un baño de invitados y guardó la misiva que acababa de redactarle. Tras agradecerle la ayuda, subió al carruaje que le había preparado, dispuesto a hacer frente al todopoderoso Gustav Gruner.

\* \* \*

Descendió en Downing Street poco después del mediodía. Antes de entrar en el Foreign Office se adecentó el pelo. El café apenas si le había despejado, pero la sola idea de revelar el verdadero rostro de Gruner provocó que se le acelerara el corazón.

Cuando el guardián que custodiaba la entrada leyó la nota de lord Bradbury, invitó a Rick a que aguardara y avisó a un conserje para que se la entregara al responsable. Rick tomó asiento en el vestíbulo. Mientras esperaba a lord Henry Palmerston, pensó en Daphne Loveray. Quiso creer que se hallaría a salvo. Observó las cuatro paredes paneadas en madera de nogal, con un retrato de la reina Victoria presidiendo la estancia. Una limpiadora pasó frente a él y se le quedó mirando, como si su cara le resultara familiar. Rick volvió la cabeza hacia otro lado. Al cabo de un rato, regresó el conserje que había dado traslado a la misiva e invitó a Rick a que le siguiera.

Avanzaron por un pasillo estrecho salpicado de puertas cerradas. Luego subieron unas escaleras y se detuvieron frente a la puerta de un despacho. El conserje lo abrió y le pidió a Rick que aguardara dentro. Luego salió y cerró la puerta.

Rick apenas si tuvo tiempo para echar un vistazo a la sobriedad del mobiliario. Segundos después se abrió la puerta y entraba en el despacho Gustav Gruner, portando en sus manos la misiva de Bradbury.

## Capítulo 25

A Rick le sorprendió no sólo el que su interlocutor fuera el alemán, sino que éste le tendiera la mano como si fueran amigos, antes de invitarle amablemente a que se sentara. Pese a su prevención, aceptó la invitación y tomó asiento frente a él, quien hizo lo propio con una afectada parsimonia. Rick contempló al hombre al que había ido a acusar. Con su monóculo bien ajustado, releía una y otra vez la misiva.

—De modo que lord Bradbury desea que se entreviste usted con lord Palmerston. ¿Y de qué pretende hablar, si puede saberse? —Se despejó el monóculo y le regaló una sonrisa hipócrita.

—Siento no poder decírselo, pero es un asunto privado —dijo Rick.

—¿Estrictamente confidencial? —Mantuvo su sonrisa.

—En efecto. —Comenzó a incomodarse.

—Ya...

En ese preciso instante, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre de pelo cano, con levita negra y pajarita. Gustav Gruner se levantó y Rick, sin saber de quién se trataba, le imitó.

—Buenos días, señores. El señor Rick Hunter, supongo —le saludó el recién llegado—. Mi nombre es lord Palmerston y soy el responsable del Foreign Office. Acaban de comunicarme que mi buen amigo lord Bradbury ha insistido en que le reciba.

Rick asintió. Le cumplimentó con un movimiento de cabeza y esperó a que Gustav Gruner abandonara la estancia. Sin embargo, el alemán volvió a sentarse y aguardó confiado, impasible.

—Bien. Pues aquí estoy. Me encuentra usted muy ocupado, de modo que, por favor, sea breve —añadió lord Palmerston mientras encendía su pipa.

—Gracias por recibirme, milord. No sé si le habrán informado, pero lord Bradbury especificaba en su solicitud la necesidad de que esta entrevista tuviese lugar de forma privada.

—Bueno. Lo que he visto es que el asunto a tratar hace referencia a Gustav Gruner. El señor Gruner se ocupa del gabinete de comunicaciones y es de mi total confianza, de modo que, por favor, diga lo que tenga que decir cuanto antes.

Rick se retorció en su asiento. Acusar a Gruner, sin el respaldo de Daphne, podía convertirse en un arma de doble filo. Pero ya no podía volverse atrás. Tomó aire y se dirigió a lord Palmerston, sin mirar a su enemigo.

—Verá, milord. Meses atrás, un trabajador llamado Gus falleció en el Crystal Palace. El señor Gruner, como responsable de seguridad, trasladó a la prensa que dicha muerte tuvo lugar a consecuencia de un desafortunado accidente.

—Sí. Estoy al tanto. El suceso del tigre, ¿no?

—Pues, con el debido respeto, milord. Gustav Gruner mintió. Ese hombre fue brutalmente torturado y asesinado, y Gruner ocultó a propósito unos datos, a todas luces evidentes.

—Continúe. —Soltó una bocanada de humo.

Rick enarcó una ceja ante la imperturbabilidad de lord Palmerston. Gruner tampoco se inmutó.

—Posteriormente investigué las causas del trágico destino de Ralph White, un matemático que

trabajaba para ustedes. Ese hombre tampoco sufrió un accidente. Fue embestido y posteriormente rematado por un cochero sin escrúpulos que se fugó con una gran suma de dinero aquella misma tarde.

—¿Atropellado, a propósito? ¿Y por qué razón?

—Alguien interesado en acabar con White le contrató.

—Ajá. ¿Y ha averiguado quién hizo el encargo a ese cochero?

—No. Pero, si me permite terminar, comprobará que los dos casos anteriores, y el asesinato de Penny Ryan, están íntimamente relacionados y apuntan a un mismo hombre.

—¿Quién es Penny Ryan?

—Una compañera de Gus, que trabajaba en la floristería Pasión de Oriente. Imagino que le sonará ese nombre. La mujer fue brutalmente violada, estrangulada y apuñalada hasta la muerte. Detuvieron a un tal Billy, un pobre diablo retrasado, a todas luces inocente.

—Una lástima lo de esa empleada. Pero no entiendo...

—Si me lo permite, es algo más que una lástima. Penny Ryan era una buena mujer. Trabajaba como una leona y estaba enamorada. Por primera vez parecía feliz al lado de un hombre. Y Billy también es un buen muchacho, se lo aseguro.

—Sí, claro. Prosiga. —Tosió.

—Los tres asesinatos, repito, *asesinatos*, están íntimamente vinculados al quebrantamiento del código encriptado que se utilizaba en el Foreign Office. A consecuencia de ese quebrantamiento, ustedes, bajo el auspicio de la mismísima reina Victoria, decidieron implementar un sorprendente sistema de mensajes ideado por la matemática Daphne Loveray, basado en el lenguaje de las flores.

—Parece bien informado. —Enarcó una ceja—. Y, exactamente, ¿en qué puedo ayudarle?

Rick carraspeó mientras reconsideraba su estrategia. De haber estado presente Daphne, todo habría resultado más fácil. Sin embargo, la joven había desaparecido y, en su lugar, Gruner permanecía sentado frente a él, con su estúpido monóculo caído sobre la pechera, tranquilo y desafiante. Recordó la muerte de su mujer.

—Este hombre, Gustav Gruner, es el responsable —espetó por fin—. Daphne Loveray me aseguró que era él el artífice de las filtraciones que comenzaron justo tras su llegada al Foreign Office. En su opinión...

—¡Ya he oído suficiente! ¿Cómo que, en su opinión? —le interrumpió lord Palmerston—. ¿Se atreve a presentarse ante mí para acusar de traición a un responsable del Foreign Office, y todas sus pruebas se limitan a la opinión de una mujer que ni siquiera está presente?

—Milord. Si me permite que le explique...

—¡No se lo permito! ¡Escúcheme con atención! El señor Gustav Gruner merece todos mis respetos. No sólo ha sido nombrado para el cargo por el príncipe Alberto, sino que, además, ha respondido a esa confianza con un trabajo arduo e irreprochable.

—¿Irreprochable? Pero si yo mismo presencié cómo Gruner ordenaba a un sicario que me diese un escarmiento.

—Pues la verdad: para haberlo sufrido, yo le veo de una pieza.

Rick comprendió que su situación se complicaba.

—Milord, está en un grandísimo error. No puede permitir que esto quede así. Daphne Loveray ha desaparecido y, muy probablemente, este hombre que me mira con esa sonrisa de suficiencia sea el responsable.

—Mire, señor Hunter. No dispongo de todo el día, pero, obviamente, esa mujer le ha

convertido en un pelele. Por favor, señor Gruner. Explíqueme a este indocumentado quién es Daphne Loveray.

Gustav Gruner apoyó los pulgares en los bolsillos de su chaleco y se levantó con una mueca triunfal de oreja a oreja. El alemán agradeció el gesto a lord Palmerston y se dirigió a Rick.

—Verá, señor Hunter: Daphne Loveray le ha tomado el pelo y usted, deslumbrado por un cebo tan apetitoso, se ha tragado su envenenado anzuelo hasta la caña. Lo único cierto de toda su sarta de majaderías es que existe un traidor en el departamento, pero ése, precisamente, no soy yo, sino su adorada Daphne Loveray. —Miró a lord Palmerston, en busca de una aprobación que obtuvo. Satisfecho, continuó—: Su insinuación sobre mi implicación en la muerte del Crystal Palace sólo tiene de cierto el que elaboré un dictamen falso sobre las causas del fallecimiento, pero lo que ignora es que lo hice con el conocimiento y la aprobación del propio lord Palmerston, aquí presente. Quiero decir, porque veo que es corto de entendederas, que, obviamente, descubrimos que Gus había sido asesinado.

—Así es —intervino lord Palmerston—. Pero, dado que su cadáver apareció en el Crystal, y que lo que menos nos interesaba era una publicidad morbosa que pudiera torpedear la inminente inauguración del evento, decidimos disfrazarlo de accidente. Para su mayor información, el señor Gruner estuvo esa semana de viaje en Baviera, reclamado por su propio Gobierno. Y uno de nuestros confidentes, encargado de seguir a nuestra sospechosa, Daphne Loveray, nos informó de que la vio aquella misma tarde en el Crystal Palace, discutiendo acaloradamente con el jardinero.

Rick no supo qué decir. Tampoco dispuso de la oportunidad, porque Gunter volvió a apoderarse de la palabra.

—Teníamos constancia de que el código fue descryptado poco después de que Daphne comenzara a trabajar en el Foreign Office. Por aquel entonces, yo aún residía en Alemania y, de hecho, fue su majestad, el príncipe Alberto, quien me propuso que me trasladara a Londres para hacerme cargo del gabinete e investigar al traidor que había roto el código secreto.

—Evidentemente, el resto de sus acusaciones resultan tan pueriles que ni siquiera merecen mi tiempo —dijo lord Palmerston—. Además, debo señalar que se ha situado usted en una posición bastante peligrosa, puesto que es conocedor de una información sensible sobre la actividad del Gobierno y nuestros sistemas de comunicación.

Rick comenzó a preocuparse. Comprendió que su seguridad pendía de un hilo.

—Yo sólo sé lo que les he contado.

—Por favor, señor Hunter. No se haga ahora el modesto. Usted nos ha hablado del lenguaje de las flores, una información confidencial que, según reconoce, le ha suministrado Daphne Loveray.

—¿De veras cree, milord, que una mujer tan redomadamente astuta, capaz de engañarles a todos y de traicionar a su país, compartiría sus secretos con el primer lerdo que se le cruzara por delante?

—No. Por supuesto que no —repuso Palmerston—. A menos, claro está, que fuera usted su cómplice... En fin, señor Hunter, me temo que no me va a quedar más remedio que detenerle.

Pese a intentarlo, Rick no tuvo ocasión de escapar. Cuando abrió la puerta, se dio de bruces con un contingente de soldados que aguardaban en el pasillo, esperando a apresarle.

\* \* \*

Desde el Foreign Office, lo trasladaron a una de las salas de detenidos situadas en la prisión de New Gate, donde, unos guardias sin miramientos le machacaron antes de que le interrogara

Gruner.

—Veo que los carceleros no le han tratado muy bien —dijo Gustav cuando se acercó a Rick, hecho un guiñapo sobre el suelo de la celda—. ¿Quiere un poco de agua? ¿Una silla, quizá? ¿No? Prosigamos, entonces. Asegura usted que se citó con Daphne Loveray en el Mivart's y que luego no apareció. Bien. Hemos verificado que, en efecto, Daphne no regresó a su domicilio. De hecho, uno de nuestros agentes la siguió desde su salida del hotel hasta la estación de London Bridge. Allí, Daphne esperó hasta el último momento para tomar un tren hacia el puerto de Dover, y luego le perdimos la pista. En mi opinión, debería admitir de una vez por todas que a usted también le ha traicionado. Y ahora, ¿encuentra más ánimos para contarnos lo que sabe?

Por toda respuesta, Rick escupió un esputo de sangre. Si apaleándole no habían conseguido arrancarle una palabra, menos lo iba a hacer Gruner, sermoneándole.

—Rick... Rick... —insistió el alemán—. Difamar a un miembro del Foreign Office es un grave delito. Casi tan grave como el de ser cómplice de una traidora. Mire. —Se acuclilló para ponerse a la altura de Rick, aún agachado, doblado por el dolor—. Desde que llegué a Inglaterra, mis sospechas se centraron en ella. Daphne tenía la capacidad intelectual para romper el código y motivos más que suficientes.

—Ya. ¿Qué motivos? Ella no necesita dinero. Su marido posee una fortuna que no gastaría ni en siete vidas.

—La venganza, Rick. Venganza hacia mí. Hacia sus superiores. Según mis informaciones, desde que Daphne empezó a trabajar en el Foreign Office, se granjeó todo tipo de enemistades. Cuando entró, era una chica encantadora, llena de ideas originales, aunque, tal vez, demasiado audaces. Pero, con el tiempo, cuando sus propuestas fueron siendo rechazadas, una tras otra, tachó a sus superiores de ignorantes cargados de prejuicios, que la despreciaban por el hecho de ser mujer e inteligente.

—Sigo sin creerle. ¿Qué conseguiría ella rompiendo el código?

—¿Qué? Pues demostrar su superioridad y la incompetencia de sus jefes. Humillarme. Denostar mi trabajo y mis decisiones para presentarse como la salvadora de la debacle. ¿Pero de verdad piensa usted que estamos todos contra ella? ¿Que es una confabulación? ¡Por Dios, abra los ojos! Lord Palmerston y yo servimos con ahínco a Gran Bretaña. A Daphne le pudo su orgullo. Ésa es la verdad. Usted la conoce y, seguramente, ya habrá sufrido sus mentiras. Mire, Rick, si nos ayuda, ayudará a miles de personas que ahora corren un gravísimo peligro. Para implantar el nuevo código que ella misma había desarrollado, necesitaba demostrar la fragilidad del antiguo. Por eso lo desencriptó. Descubrió las claves y se las facilitó a nuestros enemigos para obligar al Gobierno a adoptar su estafalario código floral. Pero además de eso, primero acabó con Ralph White, el matemático que sospeché de ella y que nos puso sobre aviso, y después liquidó a Gus, porque quizá éste descubrió algo y la chantajeó, vaya usted a saber.

—Ya... Y todo eso sólo por venganza...

—La venganza y la tragedia van a menudo de la mano.

Rick guardó silencio. Desafortunadamente, sabía lo que significaba acarrear con el monstruo de la venganza, un monstruo que le devoraba por dentro. En cierta ocasión, Memento le aconsejó que, si decidía emprender el camino de la venganza, cavara antes dos tumbas. Él siempre hizo oídos sordos.

Pese a los golpes que sucedieron a la impaciencia de Gruner, Rick aguantó estoico, como un saco de boxeo. Cuando el matón se cansó de atizar, su jefe decidió que trasladaran a Rick a la prisión de Newgate.

Lo encerraron en una mazmorra que apestaba a humedad y cieno. Debía de ser un sótano, porque ni siquiera distinguió un ventanuco. Se sentó sobre un taburete destartado y miró a su alrededor. La titubeante llama del candil que iluminaba el cubículo parecía amedrentarse por lo ominoso de los barrotes. Cuando recobró el resuello, intentó clarificar su mente.

¿Dónde estaría Daphne y por qué habría desaparecido? ¿Habría huido al sentirse descubierta? ¿Sería cierto que había tomado un tren hacia Dover?

No olvidaba que la nota que encontró en el rifle de uno de sus atacantes llevaba escrito su nombre. Pero si Daphne era culpable, ¿por qué le habría confirmado la existencia del lenguaje de las flores en el hotel Mivart's? ¿Para granjearse su confianza? Además, para el asesinato de Gus y de Penny se hacía necesaria una mano violenta, y la única que imaginaba era la del gigante Karum Daswani.

El efecto de los golpes aún le aturdió. Descubrió un cubo con agua y lo empleó para despejarse. Sin duda, en Karum residía la clave.

Recordó el día en que, oculto tras una cortina en el pabellón de las Indias Orientales, escuchó cómo Gustav Gruner ordenaba a Daswani que le agrediera. Pero en aquella ocasión, Gustav ya tachó a Daphne de traidora.

Nada le cuadraba. Y, para colmo, se encontraba encerrado a diez pies bajo tierra, en la prisión más segura de todo Londres. En distintas circunstancias, quizá hubiera acudido a lord Bradbury, pero imaginaba que al anciano le incomodaría verse implicado en un asunto tan turbio. Necesitaba comunicarse con la única persona que podía ayudarle. De inmediato comenzó a golpear la puerta, hasta que un guardia abrió la trampa del racionado. Rick manipuló un tacón de su bota, sacó dos libras escondidas y las introdujo por la rendija.

—Tendrás otras dos como éstas si me traes a Frank, el Tuerto.

\* \* \*

A media tarde, se abrió la puerta y apareció un hombre picado de viruela con un parche en el ojo. El recién llegado se acercó a Rick y le estrechó la mano como si se conocieran de toda la vida.

—Mucho has tardado en regresar, Rick —le espetó el Tuerto.

—Afuera se vive bien. No te echaba de menos —rio.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Otra trifulca?

—No, Tuerto. Ya sabes que no me gustan los líos. Me han encerrado por una confusión.

—Ya... Eso decís todos. ¿Qué tal tu socio, Joe? Tengo entendido que después de salir de la cárcel, montasteis juntos un negocio.

—Las cosas no fueron como esperábamos. ¿Y tú? ¿Sigues a cargo de las visitas?

—Así es. Ya sabes que no es un mal puesto. Trabajas poco y obtienes sobresueldos. —Le guiñó su único ojo—. ¿Por qué? ¿Necesitas alguna putita, como le gustaban a tu socio?

—No. Lo que preciso es ver a una persona con urgencia. ¿Podrías avisarle y preparar un encuentro discreto?

—Ya conoces mis tarifas, Rick. No soy barato.

—Y tú sabes que siempre pago.

Encargó al Tuerto que se ocupara de todo y le proporcionó una nota con la dirección de su amigo Memento.

\* \* \*



El penetrante chirrido de la cerradura le arrancó de su duermevela, taladrándole el cerebro. Abrió los ojos en plena oscuridad, se incorporó de su lecho de baldosas y apoyó la espalda contra la pared de piedra. El dolor de los golpes había disminuido, pero aún le atormentaba lo suficiente como para recordarle el lugar en el que se encontraba. Imaginó que le traerían algo de comer. No le habían proporcionado más alimento que un mendrugo de pan y el agua del cubo que sabía a charco estancado. Cuando la puerta se abrió, distinguió a un hombre elegante, provisto de un quinqué. Tras él, apareció un guardia que entró en la celda y dispuso un taburete para que el hombre elegante se acomodara. Cuando la luz alumbró su rostro, Rick comprobó que se trataba de lord Palmerston, el mismo que había ordenado su encierro.

—Aquí apesta —dijo el recién llegado, con el rictus de quien hubiera pisado una mierda.

Rick no se dio por aludido. Se estiró un poco para adquirir una pose más digna.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Son las cinco de la madrugada. Veo que no le han tratado demasiado bien.

—He pasado por cosas peores.

—Puedo imaginarlo. Verá, señor Hunter. El señor Gruner me ha informado de lo infructuoso de sus interrogatorios, algo extraño en él, dada la eficacia de sus métodos. Al final, me he visto obligado a tomar cartas en el asunto e intentar persuadirle, poniendo en su conocimiento lo trascendental de las circunstancias en las que, por desgracia, nos vemos envueltos.

—Ya... Usted dirá.

—Mire, Hunter. La información que voy a trasladarle es absolutamente confidencial. Sé que lo que ahora le cuente no va a salir de aquí, puesto que va a continuar aislado, pero mi obligación es advertírselo.

—Gracias por la consideración —ironizó.

—Bien. A través de nuestra red de informadores, nos ha llegado el rumor de la comisión de un atentado inminente. Hemos indagado seriamente el asunto y tenemos razones para otorgarle veracidad. Aunque nuestros confidentes no han sabido concretar el objetivo del atentado, nuestros agentes de Scotland Yard albergan motivos para creer que el mismo se producirá durante la inauguración del Crystal Palace, que tendrá lugar la semana que viene. Y creemos que está involucrada la señora Daphne Loveray.

—Interesante. —Rick comenzó a creer que, de concederle la oportunidad, lord Palmerston culparía a Daphne Loveray hasta de la niebla de Londres.

—Puede que a usted todo esto le resulte insustancial, pero necesitamos averiguar el paradero de esa mujer. La hemos buscado por todas partes y parece que la hubiera engullido la tierra. Si nos confiesa dónde está, podríamos considerar su colaboración como un atenuante.

Rick contempló el gesto grave de lord Palmerston. Por su apariencia, no parecía estar planteándole un farol. Si lo del atentado fuera cierto y con su declaración pudiera evitarlo, no lo dudaría un segundo, pero el caso era que ignoraba dónde podía estar Daphne Loveray. No obstante, reconocer que ignoraba su paradero no le beneficiaría. Decidió dejar que lord Palmerston pensara lo contrario para disponer de un as bajo la manga.

—De acuerdo. Libéreme y les conduciré hasta donde se encuentra Daphne.

—Lo siento. Eso que pide es del todo imposible.

—Pues entonces, apáñeselas sin mí. Al fin y al cabo, dispone de todo su ejército para evitar el atentado, ¿no? —Decidió elevar la apuesta.

—Mire, Hunter, me veo obligado a explicarle que no se halla en disposición de exigir nada. ¿O

debería llamarle Leclerc? Gabriel Leclerc...

Rick enmudeció al escuchar, después de tantos años, su verdadero nombre.

—No entiendo a qué se refiere —balbuceó Rick.

—Bien. En tal caso, permítame que le ilustre. —Abrió el cartapacio que descansaba sobre sus rodillas y extrajo un folio repleto de notas, que comenzó a leer—. Gabriel Leclerc, natural de Nantes, hijo único del aristócrata francés Jean-Jacques Leclerc. Graduado en botánica e historia natural por la Escuela Normal Superior de París. Habla correctamente francés, inglés, alemán e hindí. Con tan sólo veinticuatro años, ingresó en la Compañía Británica de las Indias Orientales, siendo destinado a Calcuta, donde ejerció como botánico durante varios años. En 1842 recibió orden de traslado a Darjeeling, en la Bengala occidental, para hacerse cargo de las nuevas plantaciones de té, cargo al que renunció, permaneciendo en Calcuta, donde fue reprendido en numerosas ocasiones por su resistencia a los métodos «explotadores» de la Compañía.

—Le repito que no sé de qué me habla.

—¿No? Aguarde, que ahora viene lo más interesante. Meses después, fue detenido y acusado del asesinato de su esposa y del amante de ésta, un fornido indígena al que sorprendió con su mujer en la cama.

—¡Yo no maté a mi mujer! —Rick se abalanzó hacia lord Palmerston lo que dieron de sí las cadenas que le retenían. Lo intentó otra vez, como un perro rabioso, pero su esfuerzo resultó vano—. ¡Eso es una asquerosa mentira! —gritó. La visión de su mujer muerta, con un pañuelo amarillo anudado a su garganta, invadió la oscuridad de la celda.

—Bien, señor Leclerc, según leo aquí, consiguió huir en un mercante poco antes de que se celebrara el juicio, y desde entonces se le perdió la pista. La verdad, fue una suerte que ayer una limpiadora le reconociera en el Foreign Office y que nos lo notificara tras advertir que le detenían. —Cerró el cartapacio y lo dejó sobre sus rodillas.

Rick maldijo su suerte. Ya sólo le restaba una huida hacia adelante.

—¿Y qué es lo que me ofrece? —Simuló estar dispuesto a colaborar.

—Ya se lo he dicho. Tiene dos opciones: revélenos el escondite de Daphne Loveray e intercederé ante el primer ministro para que muestre clemencia con su condena. Mantenga silencio y yo mismo me encargaré de que sea ahorcado en la puerta de Newgate.

Rick permaneció en silencio. Su única oportunidad pasaba por escapar de aquella prisión. Pensó bien su estrategia. Luego tomó aire profundamente, miró a los ojos a lord Palmerston y le espetó:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí. Tiene usted dos opciones: libéreme y permita que les entregue a Daphne Loveray, o reténgame aquí y espere a que ese atentado vuele por los aires el Crystal Palace.

## Capítulo 26

No hubo descanso para Rick.

Las horas que transcurrieron desde que lord Palmerston abandonó la prisión, llevado por los demonios, y el momento en el que Gruner regresó dispuesto a doblegarle, supusieron para él el peor de los suplicios.

Durante cada segundo de ese tiempo, Rick no dejó de evocar el angustioso instante en el que encontró a aquel indígena sobre su mujer, tensando con violencia el pañuelo amarillo con el que estaba estrangulándola. La escena se repitió en su cabeza una y otra vez, como una tortura. Luego, él se abalanzaba sobre el agresor y lo arrancaba de su mujer, arrojándole fuera de la cama, pero el indígena se revolvió como una fiera y le atacaba con una daga que serpenteaba frente a él buscando su yugular. Después se fajaban y rodaban por el suelo en una lucha desesperada, con el indígena intentando salvar su vida y Rick muriendo por arrebatarla. En uno de los lances, Rick volteaba el puñal hacia su agresor y lo hundía en el hueco donde éste debería haber tenido el corazón. De inmediato, corría hacia su esposa, que yacía inerte, violentada, con el pañuelo amarillo aún anudado a su garganta. Desanudaba el pañuelo y sacudía aquel cuerpo frágil y menudo en un intento impotente de devolverle el aliento, de hacer que aquel mal sueño fuera sólo una pesadilla. Pero no lo lograba. Su esposa era ya sólo un juguete roto, y con ella se marchaba la felicidad que tanto le costó encontrar y todo lo bueno que habitaba en su alma.

El empujón de Gustav Gruner extirpó a Rick de su pasado y lo devolvió a su oscuro presente. Rick se frotó los ojos en un intento de despejarse. Las cadenas le habían provocado moratones en las muñecas, pero, aun así, conservaba fuerzas para destrozar a aquel gañán si se atrevía a volver a tocarle.

—No sé qué mentiras le contarías a lord Palmerston, pero me ha encargado que organice tu liberación. Va a hablar personalmente con la reina, porque el primer ministro se opone a que un traidor nos chantajee, pero quien maneja los hilos es lord Palmerston. En cuanto obtenga la autorización de la reina, simularemos una huida. —Sacó un legajo de una cartera y se lo tendió a Rick—. Ten. La documentación que pediste a Palmerston. Y no cantes victoria. Si por mí fuera, me tomaría una cerveza mientras contemplaba tu ejecución y luego dejaría que las ratas te devoraran, de modo que dame una oportunidad y haré que mis hombres te acribillen.

Rick no dudó que Gruner cumpliría sus amenazas, e imaginó a su sicario, Daswani, encantado de ejecutarlas.

Echó un vistazo al legajo.

—Aquí sólo hay parte. Falta la documentación en la que trabajaba Daphne estos últimos meses.

—Palmerston está revisando lo que puede entregarte. Por ahora, confórmate con la sentencia.

—Necesitaré luz. Y estas cadenas me están reventando los tendones.

—A mí me revientan los traidores. Apáñatelas como puedas. —Y se marchó, dando un portazo capaz de echar abajo los barrotes de la celda.

Al poco, apareció un carcelero con un quinqué y algo de comida. El hombre le soltó una de las

cadena y le conminó a que se apresurara. Por lo visto, pronto tendría visita.

Rick no perdió un segundo. Mientras devoraba el rancho, aproximó la luz al legajo y comenzó a leer. En efecto, se trataba del expediente correspondiente a la causa abierta contra él por la Compañía de las Indias Orientales, que era quien tenía la jurisdicción en la India. Comprobó que, entre los cargos que se le imputaban, además de los de desobediencia y rebeldía, figuraba el de doble asesinato. Obvió las páginas correspondientes a la tipificación de los delitos y se detuvo en la descripción de los hechos. Acercó aún más el quinqué y leyó con atención.

En relación con los homicidios, el acusado Gabriel Leclerc, tras regresar el día de autos de un viaje por la región de Darjeeling, sorprendió en su domicilio a su esposa, Verónica Townsend, retozando en la cama con su amante, el indígena conocido como Ramesh Sidhu, a quien acuchilló en un ataque de celos para, posteriormente, estrangular a su esposa hasta la muerte.

Negó con la cabeza. Era la misma falsa acusación por la que le detuvieron en Calcuta, después de que él denunciara la muerte de su esposa.

Volvió a releer los documentos hasta llegar al apartado de las pruebas, basadas en el testimonio de varios testigos que aseguraron haber presenciado el crimen. Obviamente, todos comprados. Leyó sus nombres, uno por uno.

Anand Savarkar.  
Hari Chaturvedi.  
Narendra Biswal...

Tuvo que contener su ira cuando leyó el último:

Karum Daswani.

\* \* \*

Un grito de rabia atronó en su garganta. Por fin, tras años de pesquisas, encontraba el vínculo que había estado buscando desesperadamente: Karum Daswani.

Se dejó caer sobre las húmedas losas. Si Daswani estaba implicado, significaba que también lo estaba su jefe, Gruner.

Aún intentaba digerir el hallazgo, cuando escuchó cómo la portezuela se abría y una voz le chistaba. A través del ventanuco, creyó distinguir el rostro del Tuerto, el guarda al que había sobornado para que avisara a Memento. De inmediato se acercó lo que le permitieron las cadenas y aguzó el oído.

—Tu amigo está afuera, esperando en la calle, aunque la visita es imposible. No sé qué diablos habrá sucedido, pero han doblado la guardia —le advirtió.

Rick no se amedrentó. Conocía al Tuerto. Pagándole lo suficiente, sería capaz de meter en la celda hasta a el mismísimo arzobispo de Canterbury.

—Tú consigue que entre. Y si quieres ganar el doble, apáñatelas para avisar a lord Palmerston. Dile que necesito hablar con él en privado. Que sé quiénes son los culpables.

—Tu reloj. —El Tuerto escupió el tabaco que mascaba.

Rick no lo dudó. Desenganchó la leontina e introdujo el reloj por la ventanilla.

—Y la cadena —aprovechó.

Rick se la dio. Luego la trampilla se cerró y el Tuerto desapareció. A los diez minutos, se abrió la puerta y aparecía su amigo Memento, provisto de sus gafas oscuras.

—¿Estás bien? Ese hombre apareció por mi casa y me dijo que te habían encarcelado. Estuve por no creerle hasta que me entregó tu nota. —Memento se sentó, preocupado.

Rick le explicó cómo le detuvieron, pero antes de revelarle la identidad del asesino de Penny, hizo jurar a su amigo que no se tomaría la justicia por su mano. Memento, sin embargo, se revolvió y negó con la cabeza.

—¡Dime quién fue! ¡Le arrancaré las tripas con mis manos y se las echaré a los perros!

—¡Júrame que no lo matarás! Necesito que ese malnacido confiese quién le pagó para que testificara falsamente.

Memento blasfemó por todos los santos que conocía.

—¡Dime su nombre! ¡Joder!

—¡Júramelo!

—¡Lo juro! —bramó.

—Está bien. Su nombre es Karum Daswani. Y ahora, escucha. Quiero que acudas a Bradbury y le cuentes cuanto he averiguado. Daswani es el protegido de Gustav Gruner. Estoy convencido de que el alemán es el artífice de este complot.

—Pues cogeré a ese Gruner y haré que lamente haber nacido.

—¡Ni se te ocurra! Esos hombres son muy peligrosos. Tú solo no lograrías acercarte a ellos ni a una yarda. Pero Bradbury posee contactos y podrá atrapar a Daswani.

—¡Malditos asesinos! —aulló, fuera de control.

—¡Memento! ¡Memento, mírame! Recuerda lo que me has jurado. No intentes nada contra esos hombres o te matarán. Te necesito vivo. Necesito que me ayudes a escapar de aquí.

Por un instante, Memento pareció recuperar la cordura. Posó sus ojos en los de Rick y le preguntó qué quería que hiciera. Rick le repitió la misma consigna: que le contara a Bradbury cuanto le había relatado y esperara a que éste actuara. Memento asintió. Luego se despojó de sus gafas oscuras y extrajo una especie de alambre de la suela de su zapato.

—Ten. Siempre llevo esta ganzúa encima. Puede que te sea útil.

Rick cogió el útil y hurgó en los grilletes hasta liberarse. Luego simuló cerrarlos y se despidió de su amigo no sin antes volver a recordarle su juramento. Memento le tranquilizó, asegurándole que seguiría sus instrucciones y que, una vez lo liberaran, se encargarían juntos de Gruner y Daswani.

\* \* \*

Aunque Rick había apremiado al Tuerto, transcurrieron varias horas antes de que lord Palmerston se dignara a aparecer por Newgate. Cuando el aristócrata entró en la celda, Rick respiró aliviado al comprobar que había acudido solo. Sin perder un segundo, le enseñó el legajo donde figuraba el nombre de Daswani como uno de los testigos que confirmaron su culpabilidad en el asesinato de su esposa. Al leerlo, el noble se extrañó.

—¿Qué significa?

—Significa que esos hombres mintieron. Aunque ignoro el motivo, me acusaron de un crimen que no cometí. Escuche. Ese Daswani asesinó a Penny Ryan con un pañuelo amarillo, idéntico al empleado por los *thugs* en sus asesinatos rituales. ¡El mismo tipo de pañuelo con el que estrangulaban a mi mujer! Estoy convencido de que Daswani tuvo la oportunidad de acabar con

Gus y, seguramente, Gruner le encargó que hiciera lo propio con el matemático que resultó atropellado.

—Todo eso no son más que simples conjeturas. —Palmerston enarcó una ceja—. ¿Y pretende insinuar que Gustav Gruner está implicado?

—¿Qué otra explicación cabría? Oí cómo ambos planeaban escarmentarme. Ese alemán necesitaría a alguien con contactos en Calcuta para llevar a cabo su traición. Se haría con los servicios de Daswani y lo utilizaría para hacer llegar los mensajes descryptados a quienesquiera que fueran sus destinatarios. Creo recordar que Daphne mencionó la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Imagino que Gruner, antes de ser nombrado responsable del gabinete de comunicaciones, ya habría corrompido a algún trabajador del Foreign Office, quizá a ese analista que desapareció, Alan Sinclair, el corredor de bolsa que trabajaba para ustedes. Después de tomar posesión, Gruner haría venir a Daswani hasta Inglaterra para convertirlo en su hombre de confianza.

—Lo que dice no tiene ni pies ni cabeza —negó Palmerston.

—¿Por qué?

—¡Porque Gruner no captó a ese hindú!

—Pues entonces, encuentre al que lo hizo y tendrá al culpable.

—¡Maldita sea! No es necesario buscar a nadie. Fui yo quien contrató a Daswani.

—¿Usted? Pero no entiendo... —Rick balbuceó.

Palmerston encendió su pipa y le dio una calada.

—Daswani ya residía en Inglaterra antes de que Gruner viniera de Alemania. Yo necesitaba a alguien que conociese la idiosincrasia india. Algún nativo que hubiera trabajado para la Compañía de las Indias Orientales. Daswani cumplía los requisitos y un colega de toda confianza me lo recomendó encarecidamente.

—¿Y quién se lo recomendó?

—El mismo que le entregó a usted la misiva para que le concediera una entrevista. Lord Bradbury. Él fue quien me habló de las habilidades de Daswani. Lo conocía desde hacía años y me insistió para que le contratara.

\* \* \*

De inmediato, Rick lo comprendió. Era él. El venerable lord Bradbury, el impedido anciano, el filántropo benefactor era, sin duda, el culpable. Y todo el tiempo lo había tenido delante. Pese a advertir a Palmerston de que su amigo Memento corría un gravísimo peligro, su interlocutor se mantuvo imperturbable.

—Señor Hunter. Le confieso que, en este momento, la suerte de su amigo es la última de mis preocupaciones. Quizá, si en lugar de sobornar a un guardia, hubiese esperado al desarrollo de los acontecimientos, ahora no tendría que lamentarse.

—¿Pero es que no lo comprende? ¡Memento va a meterse en la boca del lobo! Tenemos que impedirlo.

—Mire, Rick. Aunque entiendo su inquietud, la situación nos obliga a actuar con la máxima cautela. No niego que Daswani esté implicado, pero por ahora, la principal sospechosa continúa siendo Daphne Loveray, y muy bien podría haber sucedido que fuera ella la que, con sus artes de mujer, hubiera convencido a Daswani para que la ayudara en sus planes. Ella era la única que conocía la clave del lenguaje de las flores, la única que podría modificarlo a su antojo sin que

nadie se enterara.

—Y si tanto sospechaban de Daphne, ¿por qué permitieron que continuara con sus claves?

—Por interés. En este trabajo no hay nada peor que la precipitación. Pretendíamos desarticular su red de contactos y para eso necesitábamos tiempo y cebos. En cualquier caso, comentaré su observación a Gruner y estableceremos la estrategia más adecuada.

—¡Le repito que no hay tiempo!

—Lo siento, Hunter.

Rick comprendió que aquel flemático nunca reconocería el que un aristócrata como Bradbury estuviera implicado en una traición de tal calibre. Hacía horas que Memento había partido hacia el domicilio de Bradbury. Cualquier segundo perdido podía significar su muerte. Sin dar tiempo a que Palmerston reaccionara, rodeó su cuello con las cadenas y las apretó hasta casi asfixiarle.

—Lamento llegar a estos extremos, pero no me deja más opción. Ahora, avise al guardia y ordénele que abra la puerta.

—¡Jamás!

—¡Avíselo! —gritó Rick, al tiempo que tensaba las cadenas.

Los eslabones no tardaron en hacer su trabajo. Con un hilo de voz, Palmerston golpeó la puerta y ordenó al carcelero que la abriera. En cuanto se descorrió el cerrojo, Rick pateó la puerta y salió afuera, parapetado tras su rehén.

—¡Adentro! —le ordenó al carcelero.

Tras encerrarlo, no le resultó difícil alcanzar la sala donde los guardias hacían los relevos. Uno de ellos, al advertir lo que sucedía, cogió un fusil y apuntó a Rick, que de inmediato utilizó a Palmerston como escudo.

—¡Está loco! Baje el arma inmediatamente —aulló lord Palmerston.

Rick aprovechó el desconcierto para acercarse a ese mismo guardia y arrebatarle el fusil.

—¡Abran la cancela! ¡Rápido! —les encañonó.

El oficial al mando hizo una seña a sus subordinados para que obedecieran. Rick arrastró a Palmerston al otro lado de la verja y ordenó al oficial que cerrara con llave.

—¡Vamos! ¡Deprisa! Ahora arroja las llaves fuera, a mis pies. ¡Vosotros! El resto de las armas, echadlas fuera también —dijo Rick, sin dejar de asfixiar a su rehén.

Sin ofrecerles la espalda, continuó retrocediendo con Palmerston hasta alcanzar la salida principal, donde un muchacho despistado hacía guardia con un fusil que enarbolaba como si fuera una escoba. Cuando el joven descubrió lo que se le venía encima, ya era demasiado tarde. Un culatazo en el hombro lo desarmó, quitándole las ganas de convertirse en héroe. El chaval quedó tendido en el suelo, pero, aun así, hizo por recuperar el arma para enfrentarse a Rick.

—¡Déjalo, chico! Inglaterra ya posee suficientes mártires. —Le encañonó. Luego se dirigió a lord Palmerston y lo liberó de las encadenaduras—. Lamento de veras lo ocurrido, milord —le dijo, y tras soltarlo, se dio la vuelta y salió corriendo en medio de la noche.

\* \* \*

Tomó un coche de punto y apremió al cochero, que condujo a toda velocidad a través de las fantasmagóricas calles de Londres. Tras más de una hora de carreras y latigazos, las caballerías se detuvieron exhaustas frente a la mansión de Bradbury, en Greenwich. Rick ordenó al cochero que aguardase, comprobó su fusil y corrió hacia la entrada. Golpeó el aldabón con fuerza y gritó sin aguardar a que le abriesen.

—¡Bradbury! ¡Abre, maldito cobarde! ¡Bradbury!

Al cabo de unos instantes, apareció un mayordomo al que Rick apartó sin contemplaciones. Entró en la mansión y recorrió las principales estancias, que encontró vacías, con los muebles cubiertos con sábanas. Tras inspeccionar algunas habitaciones, bajó las escaleras y se acercó al mayordomo.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —Apoyó el fusil contra su pecho. El hombre se aterrorizó.

—¡No dispare, por favor! Partió hará una hora.

—¿A dónde?

—No lo sé. Ocurrió todo de repente. Esta mañana se presentó aquí un hombre extraño, con unas gafas negras, y estuvo hablando con milord. Cuando se marchó, milord comenzó a dar gritos y dio orden de que preparara su equipaje y lo enviara a los *docks*.

—¿A qué muelle? —Apretó el fusil contra el hombre.

—¡No lo sé! Dijo que debía emprender un largo viaje y me encargó que despidiera al servicio. Fue todo muy precipitado.

—¡Haga memoria! ¡Vamos! —Hundió el cañón en su estómago.

—¡Le juro que no lo sé! El hombre de las gafas murmuró algo sobre la Isla de los Perros. Tal vez haya acudido allí.

Rick no esperó a que terminara. Se dio la vuelta, salió de la mansión y de un salto se encaramó en el carruaje. Luego ordenó al cochero que se dirigiera a la Isla de los Perros como si le llevara el diablo.

—Si es preciso, reviente a los animales.

\* \* \*

Los primeros rayos de sol se derramaban sobre la Isla de los Perros cuando Rick descendió del carruaje. Como un poseso, corrió hacia la casa de Memento, pero cuando se disponía a llamar, advirtió que la puerta estaba forzada. De inmediato enarboló el fusil. Luego empujó la puerta y penetró lentamente en la vivienda.

Las ventanas estaban cerradas y el interior permanecía a oscuras. Llamó a su amigo, pero el silencio le envolvió. Localizó un quinqué que encendió con unas cerillas. Cuando la llama iluminó la sala, lo que vio le sobrecogió. Estaba todo destruido. Las cámaras fotográficas destrozadas, los daguerrotipos machacados, los muebles volcados, las vajillas estrelladas... Parecía un erial arrasado por una estampida. Pero lo que en verdad angustió a Rick fue la sangre que empapaba el mantel de una de las mesas.

No perdió un instante. Volvió al carruaje y ordenó al cochero que le condujese a Charing Cross, pero éste se negó.

—Los animales están muertos. No aguantarán una paliza semejante —le rogó.

Rick observó las quijadas de las bestias salpicadas por la espuma. El cochero llevaba razón. Pagó con creces la tarifa y corrió a pie hacia los muelles. A mitad de camino se topó con un grupo de pescadores a los que preguntó si habían advertido la presencia de un hombre con gafas oscuras o un anciano renqueante. Uno de ellos admitió haber visto a alguien que encajaba con la descripción del viejo.

—Me extrañó que alguien tan distinguido pasara por estos andurriales. Pero no iba solo. Le acompañaba un tipo con un turbante que me preguntó si la chalupa era mía. Me ofrecieron diez libras y se la vendí. Luego, el viejo y el hombre del turbante subieron un enorme saco a la barca y



se marcharon río arriba, hará cosa de una hora.

Rick le agradeció la información y continuó su alocada carrera en busca de un medio de transporte. Cuando iba a alcanzar las inmediaciones del *dock*, advirtió la presencia de un nutrido grupo de soldados que invadía hasta el último rincón de los diques.

Se mantuvo alejado y observó cómo accedían a los buques atracados para inspeccionarlos. Al mando de uno de los grupos, creyó distinguir a un hombre de baja estatura con un monóculo sobre el rostro. Se acercó con precaución, para cerciorarse. En efecto, se trataba de Gustav Gruner. Imaginó que, tras su fuga de Newgate, le habría seguido los pasos y habría obtenido la misma información del mayordomo de Bradbury.

Retrocedió para continuar a pie por la ribera del Támesis. A aquella hora, el tráfico de barcazas comenzaba a ser incesante y no le resultó complicado convencer a un patrón para que, a cambio de unas monedas, se aviniera a trasladarle. Se acomodó sobre unos fardos e intentó tranquilizarse. Debía mantener la cabeza fría, aunque sólo fuera para planear cómo destripar a Daswani y a Bradbury. Imaginó que intentarían refugiarse en el *den* de Charing Cross. No se le ocurría otro lugar donde pudieran esconderse.

Mientras navegaban río arriba, Rick tembló por el destino de Memento. Quería mantener la esperanza de encontrarle con vida, pero los restos de sangre esparcidos por su vivienda presagiaban lo contrario. En cuanto a Daphne, cuanto más lo pensaba, más deseaba creer en ella. Las acusaciones de Palmerston y Gruner parecían sustentarse en hechos sólidos, pero, a su juicio, quedaba un cabo suelto que le venía rondando la cabeza desde que descubrió la existencia del lenguaje de las flores.

A la altura del *dock* de Canadá, Rick distinguió una hilera de chalupas del ejército que bloqueaba el tránsito de navíos. De inmediato, ordenó al patrón que pusiera rumbo a la ribera sur, que se veía más despejada. Desde allí tendría la opción de cruzar el Támesis a pie, por el túnel soterrado bajo su lecho, para coger luego un coche junto a la Torre de Londres, en la ribera contraria.

No lo pensó. Una vez en tierra, corrió hasta la entrada de Wapping y pagó el penique que franqueaba el acceso a la extraordinaria obra de ingeniería que, pese a la cuantiosa inversión, nunca se abrió al tráfico de carruajes. De hecho, la utilizaban escasos viandantes debido al temor de que su techo pudiera desplomarse. Pero a él no le atemorizó. Descendió las escaleras a trompicones y corrió por el tétrico corredor iluminado con la macilenta luz de gas, procurando apartarse de las arcadas que acogían en su interior a prostitutas y maleantes. Conforme avanzaba bajo el Támesis hacia la salida de Rotherhithe, algo le alertó. Por un instante le pareció distinguir a un grupo de desharrapados que se disputaban como hienas los restos de alguna víctima. El corazón se le aceleró. Se descolgó el fusil y lo cargó. Luego fue avanzando lentamente, ocultándose tras las arcadas. Se encontraba a unos pasos, cuando comprobó que aquella manada estaba expoliando lo que parecía un cadáver. De repente, la ropa que cubría el cuerpo le resultó vagamente familiar. A un grito suyo, los pordioseros se detuvieron, pero al instante le volvieron la espalda para proseguir con su siniestra actividad. Rick disparó. El sonido retumbó con tal fuerza en el túnel que por momentos pareció amenazar con derrumbarse. De inmediato, los ladrones dejaron a su víctima y echaron a correr como almas a las que persiguiera el diablo. Lentamente, Rick se acercó hasta el guñapo humano que yacía medio desnudo en el suelo del túnel. Cuando llegó a su amigo, no pudo contener un grito de horror. Aunque apenas si se le alcanzaba a reconocer, identificó sus ojos sin párpados, junto a unas gafas oscuras destrozadas.

Aún respiraba.

Rick intentó restañar la sangre de sus heridas, pero enseguida comprendió lo inútil de su propósito. Memento no sobreviviría. Lo acomodó lo mejor que pudo y apoyó su cabeza machacada sobre una almohada improvisada con su chaqueta. Mientras le pedía que aguantara, se juró no parar hasta acabar con sus agresores. Por momentos, con su amigo agonizando, sin nada que pudiera hacer, sintió que una parte de él moría también. Volvió a pedirle que resistiera, pero aquella masa informe apenas si respiraba. Tosió un par de veces y se sacudió. Bajo la tenebrosa luz amarilla, los ojos de Memento parecieron recobrar un hálito de lucidez. Se fijaron en los de Rick y brillaron como si recuperaran la vida.

—Rick...

—Sí, amigo. Estoy aquí. Aguanta. Todo va a salir bien. Ya está de camino la ayuda —le mintió.

—Rick... Lo siento...

Rick luchó por dominar su rabia, pero no logró contener sus lágrimas. Se culpó hasta lo insoportable por la tragedia de su amigo. Era como si cada herida de Memento le reventara por dentro a él. Lo miró con una pena indescriptible.

—No digas tonterías. Aún nos quedan pendientes toneles de cerveza por beber.

—Habla... —Tosió, y un esputo de sangre se derramó sobre su cara. Rick lo incorporó un poco para evitar que se ahogara—. Habla con la viuda...

—¿A qué te refieres?

Memento tosió otra vez con violencia. Rick, impotente, intentó sujetarle.

—La... munición... —jadeó.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—La... muni... ción... —Y tras un espasmódico estertor, Memento expiró.

## Capítulo 27

Maldijo mil veces a Bradbury y a Daswani.

Con la ayuda de un par de mendigos, trasladó los despojos de su amigo hasta la cercana iglesia de St. George in the East, donde su párroco se comprometió a velar el cadáver hasta que se consumaran las exequias.

Debía despedirse.

Frente al cuerpo de Memento, elevó una plegaria por su alma y deseó que existiera un cielo donde encontrara la felicidad junto a Penny. Luego acarició su cabello canoso, teñido de sangre y salió de la iglesia en dirección a Charing Cross, con la intención de escarmentar a los culpables.

Se disponía a tomar un ómnibus, cuando en su mente resonaron las últimas palabras de Memento: «La munición...».

¿Qué habría querido decir? Se machacó las sienes intentando encontrarle un sentido, pero, por más que se esforzó, no lo logró. Finalmente sacudió la cabeza, subió al piso superior del ómnibus, se acomodó en un banco e intentó recrear lo que podía haberle ocurrido a su amigo. Supuso que Bradbury o Daswani especularían que Memento podría serles útil y acarrearon con su cuerpo, pero al toparse con el bloqueo naval, al igual que él, habrían optado por el túnel bajo el Támesis. Luego, cuando comprendieron que Memento sólo les suponía una carga, lo abandonaron, creyéndole muerto.

«La munición...».

¿Qué significaría?

Continuó cavilando, mientras el ómnibus avanzaba en paralelo al río por Upper Thames.

Habían dejado atrás el puente de Blackfriars cuando, en la orilla opuesta del Támesis, distinguió fugazmente la estampa de la gigantesca chimenea de la Tower Shot. Se quedó mirándola petrificado, sin saber por qué. Aquella torre era tan popular en Londres que, de tanto verla, se había vuelto invisible. Mientras el carruaje avanzaba, siguió contemplando la enorme construcción y, de repente, como si un fugaz destello iluminara su mente, lo comprendió.

La Tower Shot era la chimenea de la Patent Shot Manufactory, la factoría perteneciente a Bradbury, donde se fabricaba casi toda la munición de Londres.

Sin esperar a que el ómnibus se detuviera, se descolgó por un lateral y saltó en marcha sobre el asfalto. Luego se lanzó a correr por el puente de Blackfriars en dirección a la fábrica de Bradbury.

Conforme se acercaba a la formidable torre de planta cuadrangular, su fantasmagórica silueta de ladrillo le provocó un escalofrío. Comprobó su fusil, lamentando haber empleado su único cartucho. Seguidamente, rodeó el perímetro para comprobar los accesos. El lugar parecía desierto, pero la chimenea exhalaba humo por su boca, como un gigantesco horno dormido a la espera de su alimento. En la parte trasera de las naves que rodeaban la chimenea, encontró apilado material de construcción que Rick atribuyó a las reformas que mencionó en su día Bradbury. Con la ayuda de unos tablones, escaló una de las paredes hasta alcanzar una ventana de madera que forzó con una palanca. Desde allí accedió a una galería y se deslizó por ella hasta la

barandilla que comunicaba con el cuerpo central de la nave. Acucillado, observó a su alrededor. No se veía un alma. Los utilajes aparecían almacenados en sus anaqueles, y los toneles de munición aguardaban apilados en riguroso orden. Descendió por unas escaleras y avanzó hacia la entrada de la chimenea, situada en su base. La enorme puerta estaba abierta y de su interior emergía una luz tenue. Conforme se acercaba, su corazón palpó con fuerza. Escuchó unos cuchicheos dentro. Inconscientemente, volvió a comprobar su fusil descargado. Avanzó muy despacio, casi levitando, vigilando cada rincón con el temor de que alguien le acechara. Se detuvo junto a la entrada de la chimenea y miró al interior.

La sangre se heló en sus venas, cuando, en el centro de la torre, la vio.

Era ella. Daphne Loveray. Yacía inerte, encadenada a una improvisada estructura de madera que parecía flotar en medio de una enorme alberca de agua. Advirtió, con horror, la presencia de un pañuelo amarillo anudado a su cuello. De nuevo le alertaron las voces. Dirigió la mirada hacia la parte más alejada del recinto y divisó a Bradbury y a Daswani, sentados en torno a una enorme mesa rectangular, sobre la que discutían acaloradamente.

No lo pensó. Irrumpió en la estancia y apuntó a ambos con su fusil. Bradbury dio un respingo, pero Daswani no se inmutó. Mientras avanzaba hacia ellos, percibió el insostenible calor que desprendía la chimenea. Apuntó a la cabeza de Bradbury y les ordenó que se levantaran.

—¡Malditos hijos de puta! ¿Qué le habéis hecho? —Señaló brevemente a Daphne.

—¡Caramba! ¡Pero si es Gabriel Leclerc! —respondió Bradbury, mientras obedecía con parsimonia—. Tranquilízate, muchacho. Ese fusil podría dispararse accidentalmente.

—Le aseguro que no será accidental. ¡Vamos! ¡Obedeced! ¡Y tú, Daswani! Con mucho cuidado, suelta a Daphne Loveray o...

—¿O qué? —Daswani, que había permanecido sentado, se levantó lentamente.

Rick le encañonó.

—¡No te acerques, cabrón, o te liquido antes de que parpadees!

—¡Eh! ¡Eh! —intervino Bradbury—. Tu chica está bien. Tan sólo la he atontado un poco con opio para tranquilizarla. Dime, muchacho... ¿Cómo crees que vas a hacer para llevártela? ¿Cargándola a costas, como un saco? Tendrías que soltar tu arma.

—¡Silencio! ¡Vamos, Daswani! ¡No te lo repetiré! Sácala de ahí si no quieres que te levante la tapa de los sesos y decore con ellos las paredes.

Karum Daswani obedeció. Muy despacio se fue acercando a la enorme alberca central, mientras Rick le apuntaba con el fusil. Sin embargo, cuando Daswani parecía dispuesto a liberar a Daphne, Bradbury hizo algo que le detuvo.

—Mejor tira el arma —ordenó Bradbury a Rick.

Al girarse, Rick advirtió que el anciano se había situado subrepticamente junto a un artilugio anclado a la pared y empuñaba su manivela. Al instante, dejó de apuntar a Daswani y encañonó al anciano.

—¡Apártate!

—¡Ja! ¿Sabes lo que es esto? —rió Bradbury, confiadamente—. Seguramente jamás te habrás preguntado cómo funciona una fábrica de munición, pero ahora vas a tener la ocasión de aprenderlo. —Su mirada destilaba un triunfalismo que Rick ansió arrancar—. Al accionar esta palanca, se libera el plomo fundido que aguarda en una tolva situada en lo alto de la torre. —Señaló con el dedo hacia el extremo del hueco de la chimenea—. El metal incandescente pasa a través de una rejilla provista de cientos de taladros circulares, provocando una lluvia de gotas candentes que adquieren su forma esférica mientras caen. Luego, al impactar en la bañera llena de

agua, las gotas de metal se enfrían y así se convierten en balas. Curioso, ¿verdad? La lástima es —añadió— que si soltara ahora mismo el plomo fundido, atravesaría el cuerpo de tu querida Daphne.

Rick dirigió la mirada hacia el final de la chimenea, para advertir con pavor que, en efecto, la tolva humeante que pendía de lo alto amenazaba con volcar su mortífera carga sobre el cuerpo indefenso de Daphne. Su corazón se paralizó. Aunque se abalanzara sobre Bradbury, corría el riesgo de que el anciano consumara su macabra amenaza. No tenía opción. Inspiró con fuerza y bajó los brazos. Luego dejó caer el fusil y retrocedió lentamente, sin importarle ya lo que pudiera sucederle.

—¡Daswani, recoge su arma! ¡Vamos! —ordenó Bradbury.

—Fue usted. Siempre fue usted —se lamentó Rick.

—¡Oh! Desde luego. —Sonrió el anciano—. Siempre fui yo ¿O acaso tú también esperabas lo mismo que la manada de hienas que nos gobierna? ¿Pensabas que me iba a quedar cruzado de brazos mientras Palmerston y sus mercachifles terminaban de arruinarme? No, muchacho, no. Tú no conoces a esas sanguijuelas. No me he matado a trabajar toda mi vida para que todas mis inversiones de las Indias Orientales me sean expoliadas por unos incompetentes.

Rick no entendió su argumentación, pero tampoco le importó. Lo único que realmente necesitaba era ganar tiempo mientras encontraba el modo de escapar de aquella ratonera.

—¿Y qué tenía que ver Memento? Sólo era un pobre hombre.

—¡Por todos los santos! ¿De verdad llamabas hombre a esa ruina humana? —Volvió a reír—. El tipo era feo como un demonio, pero más listo de lo que aparentaba. Se presentó en mi casa contando que te habían encarcelado y me explicó lo de tus sospechas sobre Daswani. Obviamente, disimulé e intenté contemporalizar con él, ¡pero maldita la hora! Mientras le ofrecía una copa de vino, el hombre se interesó por mi extensa colección de armas y cometí el error de mostrarle algunas. Por lo visto, entendía de artilugios. En cierto momento, advertí cómo sus ojos de bicho se clavaban en el sello que identifica todas mis modificaciones, y a partir de ese momento su afabilidad desapareció. De repente comenzó a dirigirse a mí como si yo fuera un farsante y se atrevió a retarme, asegurando que disponía de pruebas que lo demostraban. Mencionó un fusil con mi sello manipulado y no sé cuántas cosas más, y me emplazó en su vivienda para entregarme las pruebas, a cambio de dinero.

—¿Memento hizo eso? —Rick no dio crédito.

—¿Te imaginas? Un pobre cretino, ¿retándome a mí? En cuanto se fue, localicé a Daswani y acudimos a la Isla de los Perros. Cuando le reventé el cráneo a tu amigo, seguro que se arrepintió de su atrevimiento. ¿Y sabes lo mejor? Al final, todo era un farol. ¡Ja! Ni pruebas ni nada. La verdad, no sé lo que pretendía. Quizá reunirse con su querida Penny, de la que no paraba de hablar.

—¿Y a Penny la mataron también?

—Mira, Gabriel, o Rick, o como quiera que te llames. No tengo tiempo para más charlas. Quizá la próxima vez, en el infierno. ¡Daswani!

Daswani afirmó con la cabeza, como si supiera exactamente lo que debía hacer. Luego Bradbury se marchó, cojeando, de la factoría.

A solas frente a Daswani, Rick se dispuso a vender cara su piel. El hombre del turbante le apuntaba con su fusil a la frente, pero ignoraba que éste estuviera descargado. Valoró el abalanzarse sobre él, pero el hindú se hallaba situado demasiado cerca de la palanca y si le daba ocasión, podría liberar el vertido de plomo fundido sobre Daphne. Intentó hablarle, para

distraerle.

—De modo que voy a acabar a manos de un *thug*. Porque es eso lo que eres, ¿no? ¿Qué harás primero? ¿Dispararme o estrangularme como a Penny?

—Nada me impide hacer las dos cosas. —Sonrió, como si disfrutara de lo que iba a suceder.

—También podrías drogarme —ironizó, y señaló el cuerpo inconsciente de Daphne.

—Podría, sí, pero, la verdad, prefiero que sufras.

—¿Pues a qué esperas? —Se aprestó a atacarle en cuanto hiciera ademán de apretar el gatillo.

—No tengas prisa. —Sonrió—. Deja que paladee este momento. Deja que vea tu asquerosa cara retorciéndose de rabia cuando escuches que fui yo quien planeó el asesinato de tu preciosa putita de Calcuta.

Aunque Rick ya lo sospechaba, escucharlo de la boca de Daswani hizo que las entrañas se le abrieran.

—¡Maldito canalla!

—¿Yo? ¿Maldito, yo? —bramó—. No, amigo, no. No imaginas durante cuánto tiempo he soñado con este día. ¿Recuerdas a Ramesh Sidhu?

El rostro de Rick se cubrió de odio al escuchar el nombre del indígena que asesinó a su mujer.

—Jamás lo olvidaría. —Escupió al suelo.

—No se apellidaba Sidhu.

Por un instante, a la mente de Rick acudió la familiaridad que le había suscitado el rostro de Karum, el día que le conoció en el Crystal Palace.

—Él y tú... —comprendió.

—Hermanos. Sí. Pensé que nunca te encontraría, hasta el día en que un tal Joe Sanders se presentó en el Foreign Office, anunciando poseer una información importante, que cedería a cambio de una recompensa. Cosas de la vida: le atendió Ralph White, y éste se lo dijo a Bradbury. Cuando Sanders me habló de su joven socio, un cazarrecompensas extranjero que se pasaba las horas investigando los cargamentos procedentes de las Indias Orientales. Por lo visto, ese Sanders sabía más sobre ti de lo que tú creías, así que, tras atar cabos, preparé una celada en la estación de ferrocarril.

—¡Joe siempre fue una maldita rata!

—Londres está lleno. Para mi desgracia, la mañana de la emboscada me retrasé y mis subalternos decidieron empezar sin mí. Cuando llegué a la estación de ferrocarril, ya los habías liquidado, y tú, desaparecido, de forma que volví a perderte la pista. Joe exigió más dinero, pero desconocía tu paradero, así que opté por arrancarle la cabeza. Aunque mira... No hay mal que por bien no venga. Al final, tú solito has venido a ofrecerme la tuya en bandeja. —Sonrió—. Y hablando de cabezas, ¿cómo prefieres morir? ¿Decapitado, como Joe, estrangulado o enterrado bajo plomo fundido, junto a ella? —Se acercó a la palanca que controlaba el vaciado de la tolva.

—¿Por qué lo hicisteis? —aulló—. ¿Por qué la matasteis?

—¿A tu mujer? —Volvió a sonreír—. Prefiero que te mueras con la duda.

Apuntó a la cabeza de Rick y apretó el gatillo para matarle, pero para sorpresa de Karum, el fusil no disparó.

Rick no lo dudó. Aprovechó el desconcierto de Karum para abalanzarse sobre él y apartarle de la palanca. Ambos rodaron por el suelo. Rick se incorporó primero y pateó el rostro de Karum, pero éste se levantó rápidamente, como si le hubiera hecho una caricia. Rick se situó entre su oponente y la palanca, mientras advertía cómo su adversario extraía de su fajín un terrorífico *baghnakh* y blandía el afilado puñal frente a su rostro. Rick retrocedió para recoger el fusil del

suelo y empuñarlo como un garrote. El gigante rio, relamiéndose ante una presa que consideraba indefensa. Sin embargo, Rick sabía lo que se hacía. Esquivó el primer envite y fintó ante el segundo, antes de propinarle un culatazo en los dientes. El hindú perdió la sonrisa, pero no cejó en su ataque. Rick se apartó de un salto ante una nueva acometida mientras su cañón hacía diana en las costillas del gigante, que se dobló ante el impacto. Por un instante, el hindú pareció dudar sobre sus posibilidades. Por el contrario, Rick se sentía impulsado por una determinación irracional. El recuerdo de su mujer le había transformado en un depredador sediento de sangre. Karum retrocedió. De repente, el gigante se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba, en dirección hacia lo alto de la chimenea. A Rick le extrañó que se encaminara hacia un callejón sin salida, pero miró hacia la tolva de plomo fundido en el extremo superior de la chimenea y comprendió lo que Daswani pretendía. Contempló a Daphne, desmayada, encadenada a aquella estructura dentro de la alberca. Si intentaba liberarla, Karum alcanzaría antes la cima. Tras improvisar un recurso a la desesperada, se lanzó en su persecución, pero el hindú le sacaba varias zancadas de ventaja. Por fortuna, su corpulencia le lastraba. Conforme Rick ascendía, disminuía la distancia que les separaba, pero los pisos se sucedían y su adversario continuaba por delante. Cuando llegó al quinto nivel, casi había alcanzado a Karum, pero ya era demasiado tarde. El gigante, asfixiado pero desafiante, aferraba el manubrio que controlaba el volcado de la tolva. Rick contempló la dantesca escena con desesperación. El calor infernal amenazaba con abrasarlos, pero a Karum no parecía importarle.

—Tira el fusil —le ordenó el gigante.

—De acuerdo, de acuerdo, pero aparta la mano de la tolva.

—¡Que lo tires! —Comenzó a accionar el manubrio y la tolva giró hasta casi verter su mortífero contenido.

Abajo, Daphne permanecía indefensa. Rick, desesperado, obedeció.

—Y ahora, ¿qué prefieres? ¿Morir tú primero o sufrir viendo cómo se abrasa ella? —rio Daswani, y sin dar opción a que Rick contestara, tiró del manubrio hasta conseguir que la tolva volcara el plomo fundido sobre el tamiz, que empezó a filtrar las gotas de metal ardiente. El alarido de Daphne desde la alberca heló a Rick el corazón.

Sin pensarlo, se lanzó a por Daswani, que cayó hacia atrás golpeándose contra una de las calderas, pero reaccionó y hundió su terrorífico *baghnakh* en el hombro de Rick, quien dejó escapar un aullido de dolor. Con su brazo sano, Rick sujetó el garfio y lo apartó como pudo de su cuello, mientras luchaba por empujar a Daswani hacia la baranda. Un rodillazo le ayudó, pero Karum devolvió un golpe que obligó a Rick a retroceder. En ese instante, Karum aprovechó para volver a accionar la palanca y vertió el resto del plomo ardiente, provocando una nube de vapor que le abrasó la cara.

Con su último aliento, Rick se lanzó contra Karum en medio de la nube humeante. El gigante, cegado por el vapor, tropezó al recibir el impacto y se agarró como pudo a la barandilla, pero perdió el equilibrio y quedó colgado de la tolva. Rick pensó sujetarle, pero dudó lo suficiente como para que el gigante terminara de abrasarse la mano y se precipitara al vacío, estrellándose finalmente contra la base de la chimenea.

Rick quedó anonadado, petrificado ante el olor a carne quemada. De inmediato, se lanzó escaleras abajo y corrió hacia la alberca sobre la que se había precipitado el diluvio de metal ardiente. Cuando llegó a la base de la chimenea, el vapor lo invadía todo. Ningún ser humano habría soportado aquella lluvia mortífera, pero rezó para que su ardid hubiera resistido. Avanzó entre el vapor hacia la alberca hasta apartar la gigantesca mesa de madera con la que había

protegido el cuerpo de Daphne Loveray, antes de perseguir a Daswani. Tuvo que extremar el cuidado, porque algunas bolas de plomo ardiente se habían solidificado sobre el tablero que había hecho las veces de escudo. Como pudo, apartó la mesa y descubrió, bajo ella, el cuerpo de Daphne, enroscado como un ovillo. Con la ganzúa que había conservado, la liberó tan rápido como pudo y la sacó de allí. Luego, en el exterior de la chimenea, la tendió sobre el suelo. Parecía indemne, pero no reaccionaba. Apartó el pelo de su rostro y vertió un poco de agua fresca que encontró en un depósito. Al contacto con el líquido, la joven reaccionó.

Rick cerró los ojos con alivio. Por un instante creyó desfallecer, pero fue sólo un momento. Pese a la herida de su hombro, cogió en brazos a Daphne y la sacó de aquel infierno, dejando atrás el cadáver de Daswani, abrasado.

\* \* \*

Rick convenció a un rapaz para que avisara a la viuda Hartford. Mientras aguardaba su llegada en unos jardines cercanos, Rick se ocupó de Daphne. La joven había recuperado el conocimiento, pero sus frases resultaban aún inconexas, quizá por los efectos del opio. La abrazó en su regazo.

—¿Cómo te encuentras? —le susurró Rick, al advertir un hilo de razón en su mirada.

La joven parpadeó un momento y tosió. Luego, un gesto de dolor contrajo su rostro.

—Mal.

Rick examinó de nuevo las quemaduras de su vestido, pero los proyectiles habían atravesado los volantes de su falda sin llegar a rozarla. Se preocupó por el sufrimiento que cubría su cara.

—¿Qué te sucede? ¿Necesitas algo?

—Opio... —dijo en un susurro, y su mano buscó un pequeño bolsillo de su vestido.

Rick rebuscó en su interior y encontró un frasquito de vidrio con unas pastillas en su interior. Sacó una y la depositó en los labios de Daphne. La tragó sin apenas mastigarla. Pasados unos instantes, su rostro se relajó.

—Lo siento —dijo ella.

—Ya estás a salvo. Tranquila.

\* \* \*

La viuda Hartford puso el grito en el cielo cuando advirtió el estado de la joven. Enseguida se hizo cargo de ella y la acunó igual que a una niña.

—Mi pequeña, ¿qué te ha pasado? —sollozó.

Daphne sólo la miró.

Rick relató a la viuda el estado en el que la había encontrado y le mostró el frasco de pastillas. La mujer negó con la cabeza. Confesó a Rick que algo en el interior del cuerpo de Daphne la devoraba.

—Le insistí en que visitara a más médicos, pero el opio era lo único que la calmaba —se lamentó.

Rick enmudeció. Jamás habría imaginado que aquélla pudiera ser la razón por la que Daphne se drogaba. Prefirió no ahondar en el tema. Le relató a la viuda el asesinato de Memento y la lucha con Daswani.

—¡Ojalá ese hindú se pudra en el infierno! —espetó la viuda—. Dios mío... ¡Y Memento, también muerto! Pero si lo vi ayer, en la floristería... ¡Qué desgracia más grande! —Se llevó las



manos a la cabeza—. ¿Y tú? ¡También estás herido! —Reparó en la laceración de su hombro.

—Es un rasguño —le quitó importancia Rick.

—¿Pero por qué no habéis ido a la floristería?

—Gruner nos busca y tiene medio Londres vigilado. ¿Conoce algún lugar donde escondernos? Hellen Hartford lo meditó. Al final, propuso ir a casa de una vieja amiga.

—Se llama Maggie Doherty. Es viuda, como yo. La conozco desde que era niña.

\* \* \*

La amiga de la viuda Hartford alojó a Daphne en una habitación de su vivienda en Lambeth y a Rick, en una contigua. Mientras ambos descansaban, Maggie salió a hacer unos recados y la viuda Hartford se quedó por si la necesitaban. Rick no logró conciliar el sueño. Se levantó y se acercó a la sala, donde encontró a la viuda.

—¿No puedes dormir?

—El hombro me está matando. —Se lo masajé—. Verá, Hellen. He recordado que, en sus últimos instantes, Memento mencionó que hablara con usted. Murió antes de explicarme nada más.

La viuda exhaló una bocanada de aire y asintió con la cabeza. Reveló a Rick que Memento se había presentado en la floristería para hacerle partícipe de sus propósitos.

—Le encontré fuera de sí, como si ya no le importara nada de este mundo. Hablaba atropelladamente sobre su plan para cazar a Bradbury, pero sus frases me resultaron extrañas..., inconexas. Pensé que había enloquecido.

—Pero ¿qué dijo? —preguntó Rick.

—No lo recuerdo bien. Mencionó algo de una estrella de cuatro puntas que había descubierto en tu fusil. ¡Ah! Y habló de un cuarto secreto. Sí. Dijo que buscaras en su cuarto secreto.

Rick imaginó que su amigo se habría referido al trasdosado que había construido en su vivienda de la Isla de los Perros. Supuso que Memento quería recordarle el oro que había ocultado. Sin embargo, en aquellos momentos, intentar acceder a la zona de los *docks*, herido y con medio ejército pululando, resultaría una locura.

Comenzaba a atardecer. Decidió visitar a Daphne para cerciorarse de su mejoría.

La halló descansando sobre la cama, débil aún, pero con la vida retornando a sus ojos. Le preguntó cómo se encontraba.

—El dolor se fue —lo confesó como si se culpaba.

Rick la contempló.

—La viuda me contó lo de tu enfermedad... Lo del opio para tu dolor.

—Ya... —Bajó la mirada.

—Dijo que deberías acudir a otro médico.

—Fui a muchos. Ya no saben qué prescribirme —se lamentó en un susurro.

—En París conozco a los mejores.

—París debe de ser bonito —sonrió Daphne.

Rick le dio un beso y la dejó descansar. Luego se retiró a su habitación.

Mientras se desnudaba, lamentó haber sospechado de ella. Comprobó la herida de su hombro. El desgarró era profundo, pero lo había lavado bien con jabón y alcohol. Se tumbó sobre su colchón y pensó en lord Bradbury. Tras caer Daswani, él era el único que faltaba.

## Capítulo 28

Daphne y Rick permanecieron tres días en la vivienda de la señora Maggie, recuperándose de sus dolencias. Durante el encierro, la viuda Hartford acudió un par de veces a visitarles y les puso al tanto sobre la retirada del dispositivo militar que había ocupado el Támesis. Por su parte, Daphne y Rick encontraron ocasiones para conversar y conocerse.

Rick aprovechó el rato en que la señora Maggie salió a hacer unas compras para abordar a Daphne, entretenida escribiendo notas en una sala.

—¿Qué haces? —interrumpió su trabajo con un par de tazas de té, listas para ser tomadas.

Daphne sonrió. El dolor había remitido gracias a las atenciones que Rick le dispensaba. Cogió su taza y la sorbió. Le contestó que apuntaba reflexiones sobre todo lo sucedido.

—Pero son privadas —añadió.

—Ya. Todos guardamos secretos —dijo Rick. Luego bebió de su té y miró a aquella mujer de porte delicado y mirada limpia, mientras meditaba el abrirle su corazón. Al tercer sorbo, se decidió.

Le contó que, tiempo atrás, estuvo casado con una persona maravillosa a la que jamás logró olvidar. Por aquel entonces residía en Calcuta, enfrascado en su trabajo como naturalista. La Compañía le trataba bien y la India era un lugar en el que podía aprender mientras hacía fortuna. Pero todo cambió cuando la conoció.

En aquel instante, Rick miró hacia la ventana de la sala como si pudiera retroceder en el tiempo, y creyó contemplar de nuevo los cebúes y las palmeras.

—Ella era la hija de un coronel del ejército de la Compañía. Me la presentaron en una fiesta y enseguida congeniamos. Al principio me conquistó su simpatía, pero pronto conocí el maravilloso corazón que se escondía tras su belleza. Diría que ella me hizo cambiar. Que me hizo mejor persona.

Daphne dejó la libreta y contempló, absorta, a Rick.

—Continúa, por favor.

—Fue una época maravillosa. Tras la boda, nos mudamos a una modesta casa de las afueras, alejados de la disciplina castrense. A ella le entusiasmaba la libertad, las pequeñas cosas. Disfrutaba viendo a los niños chapotear en los ríos o ataviándose con un sari naranja comprado en el mercadillo... —La imaginó como si la estuviera contemplando—. En cierto modo, me abrió los ojos. Yo sólo pensaba en mí, y ella me hizo comprender la importancia de un gesto, de un sacrificio, de una caricia.

—¿Y qué sucedió?

—Murió. —Bajó la mirada—. La mató un hermano de Daswani. Aún desconozco el motivo, pero intuyo que podría estar relacionado con mi oposición a las últimas órdenes de la Compañía.

—¿A qué te refieres?

—A la guerra del Opio. La corrupción manejaba a la Compañía, asediada por las dificultades financieras, y sus dirigentes vieron en China la salida a todos sus problemas. Necesitaban

cualquier excusa para explotar sus interminables riquezas, y encontraron en el opio el vehículo perfecto.

—¿Y qué papel jugabas tú?

—Ninguno, en realidad. Yo era un simple botánico. Pero al poco de casados, la Compañía decidió enviarme a Darjeeling, en la Bengala occidental, para que me hiciera cargo de las nuevas plantaciones de té, y allí descubrí que lo que realmente pretendían era cultivar la adormidera.

—¿La amapola del opio?

—Así es. Aquél era su plan. Traficar con la adormidera, inundar China de opio y quebrantar la voluntad de millones de personas por medio de la droga.

—Pero eso... eso es terrible.

—Desde luego. —Sacudió la cabeza—. Yo ya conocía los devastadores efectos del opio en las personas y cuando advertí el verdadero propósito de la Compañía, me opuse con todas mis fuerzas.

La mirada de Daphne se entristeció. Ella, mejor que nadie, sabía de los efectos de la droga.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Al principio me trataron con displicencia, como si me consideraran un pobre cretino contagiado por los ideales de su nueva mujercita, pero cuando les aseguré que informaría a los periódicos de Londres, comenzaron las amenazas. Luego, una tarde regresé a la cabaña y los encontré. A aquel maldito indígena y a mi esposa, estrangulada.

—¡Dios mío!

—Pasado un tiempo, me acusaron de asesinarlos. Me cosieron a latigazos para que confesara, pero logré fugarme durante un traslado. Regresé a Londres, cambié de nombre y me convertí en un buscavidas. Desde entonces he vivido amargado, con el único propósito de encontrar a los que acabaron con ella. —Apuró su taza de té y volvió a mirar a la ventana.

Daphne simplemente lo abrazó.

—Pensé que mi vida era una desgracia —dijo ella.

Rick le agradeció el gesto. Luego se levantó para dirigirse a su cuarto y vivir a solas su tristeza.

\* \* \*

Al día siguiente, Daphne encontró a Rick ayudando a la señora Doherty en la cocina. La señora había concedido unos días al servicio para evitar que pudieran irse de la lengua y el trabajo le superaba. En cuanto los vio, Daphne se apropió de una cuchara de palo para encargarse de los pucheros.

—¿Cómo has dormido hoy? —le preguntó Maggie, al verla.

—Como una santa. La lana de ese colchón es una verdadera bendición. —Sonrió—. ¿Vendrá hoy la viuda Hartford? Prometió que traería noticias.

—He quedado con ella en una cafetería de Piccadilly —dijo la mujer, mientras desplumaba una gallina. Rick comprobó su poca pericia y se apresuró a auxiliarla.

—Ya me ocupo yo, señora Doherty. Usted vaya a arreglarse o llegará tarde a su cita.

La mujer agradeció el que Rick la liberara de la escabechina. Luego se lavó las manos y se retiró a sus aposentos. Cuando desapareció, Daphne felicitó a Rick por sus habilidades ocultas.

—En la India, cocinar tus propios alimentos era lo primero que aprendías si no querías pasarte las horas en las letrinas —bromeó Rick, y le robó un beso a Daphne entre risas.

Continuaron enfrascados con los fogones hasta que la señora Doherty pasó a despedirse.

Cuando la puerta se cerró, Daphne dejó el puchero y se volvió hacia Rick.

—¿Qué? —dijo él.

—Nada. Sólo te miraba.

—Imagino mi aspecto. Debo tener más plumas encima que la pobre gallina.

Ella lo miró un rato.

—Eres un buen hombre. Gracias por contarme lo de tu esposa.

—Me salió del alma.

Ella se acercó hasta el lugar donde Rick hacía lo que podía para deshuesar el ave.

—¿Me permites? —Las manos de ella se adueñaron de la pieza.

Rick se apartó un paso, para admirar la delicadeza con la que Daphne resolvía la tarea. Luego la rodeó con sus brazos y besó suavemente su cuello.

—Esto es delicioso —le susurró Rick.

—Sí que lo es. —Guardó silencio un instante—. ¿Sabes? Lo he estado pensando detenidamente y... Y creo que deberíamos ir al Foreign Office —dijo, finalmente.

—¿Al Foreign Office? —Se separó—. ¿Para qué? ¿Para que nos detengan?

—Mira, Rick, no podremos seguir escondidos por siempre. Les diremos lo que sucedió. Hablaré con el primer ministro. O con la reina Victoria si fuera preciso.

—¿Y qué les contarás? ¡Por favor, Daphne! ¡Conozco a esa clase de gente! Me buscan por asesinato. Ataqué a lord Palmerston. Me fugué de Newgate. Me acribillarán. ¿Y qué crees que harán contigo? Palmerston y Gruner te acusan de traición. De revelar el código secreto a los enemigos del país.

—Pero no fui yo. Les explicaré que fue Bradbury quien...

—¡Maldición! ¿Es que no lo comprendes? ¡No te servirá de nada! —la interrumpió—. Pensarán que estabas compinchada. Que eras su cómplice. Además, desconocemos si Bradbury está vivo o muerto. Si huyó o si se entregó. No sabemos nada. ¡Nada!

—Tengo pruebas, Rick.

—¿Qué pruebas?

—Tengo a Alain Sinclair.

—¿El analista?

—Sí. Sinclair y yo descubrimos la ruptura del código, y enseguida sospechamos de Ralph White. No sé cómo, pero Sinclair averiguó que fue Bradbury quien corrompió a Ralph White, el matemático, para que quebrantara el código y se lo cediera. Cuando Sinclair se enteró de que habían atropellado a White, temió también por su vida y desapareció sin dejar rastro.

—¿Y si lo sabías, por qué no se lo revelaste a Palmerston?

—Porque no me enteré hasta la noche en que te dejé en el hotel Mivart's. Hasta entonces, yo sospechaba de Gruner. Después de despedirme de ti, me acerqué a casa y encontré una carta de Sinclair en la que me citaba con urgencia en un domicilio de Holborn. Por lo visto, sabía que Gruner iba a acusarme y estaba dispuesto a testificar contra Bradbury. Aquella misma noche, cuando salí de casa, observé que alguien me seguía, así que me dirigí a la estación de London Bridge con la intención de despistarle. Simulé tomar un tren hacia Dover, pero descendí antes de que partiera. Desde allí me dirigí a Bayswater y me encontré con Sinclair. Me confirmó que Bradbury estaba detrás de todo y que podía demostrarlo, pero necesitaba que le garantizara su seguridad si pretendía que testificara.

—¿Y cómo iba a demostrarlo?

—Sinclair me mostró documentos sobre el *den*, que vinculaban a Bradbury con Daswani.

—No comprendo.

—Chantajes. Ninguno en el Foreign Office conocíamos la verdadera relación entre Bradbury y Daswani. Según Sinclair, Bradbury montó el *den* en secreto y le ofreció el negocio a Daswani. Un local bien situado, decorado a la última y con jóvenes bellezas dispuestas a todo, era la telaraña perfecta para que cayeran en sus redes aristócratas y políticos, a los que luego Daswani chantajeaba para obtener información altamente confidencial que trasladaba a Bradbury.

—Un *den* al que acudías tú.

—Sí, pero entonces yo ignoraba para qué lo utilizaban o que perteneciera a Bradbury. Confíe en Bradbury cuando me lo recomendó como un lugar discreto en el que podría calmar mi dolor. ¿Cómo iba a imaginar lo que sucedía entre aquellas paredes? —Negó con la cabeza—. En fin, después de mi cita con Sinclair, acordé volver a encontrarme con él, pero cuando regresaba al Mivart's para reunirme contigo y contártelo, alguien me atacó por la espalda. Lo último que recuerdo es un intenso olor a cloroformo y despertar encadenada en la chimenea, sobre aquella alberca.

—Daswani.

—Sí. Imagino que Daswani. A él no lo despistaría.

Rick dejó la gallina a un lado y se sacudió los restos de plumas. Todo aquello le superaba. Confiaba en Daphne, pero sólo y únicamente en ella. Destapó una botella de ginebra y bebió directamente del envase. Presentarse en el Foreign Office era un suicidio, por muchas pruebas que Daphne tuviera.

Se lo hizo saber a Daphne. Por nada del mundo iba a permitir que les apresaran.

—Nos iremos a París. Tengo dinero escondido. Viajaremos hasta Dover y desde allí embarcaremos en el primer mercante que zarpe.

—Pero ¿y Bradbury? ¿Y el código? Gran Bretaña necesita...

—¡Ja! ¿Gran Bretaña? —Elevó la voz—. ¿Sabes cómo me ayudó Gran Bretaña cuando murió mi esposa? Gran Bretaña no tiene amigos permanentes. Sólo intereses permanentes.

—Rick, no puedo marcharme así y desamparar a mis compatriotas. No puedo mirar hacia otro lado, sabiendo que está en nuestra mano evitar el atentado del que me hablaste. Si no lo haces por ellos, al menos, hazlo por mí.

Rick calló. En efecto, le había comentado la posibilidad de un atentado en el Crystal Palace, pero ignoraba el modo en que ellos podrían impedirlo. De todos modos, Daphne tenía razón. Y, además, estaba Billy.

Acordaron acudir al Foreign Office al día siguiente. No obstante, aquella misma tarde Rick decidió desplazarse hasta la Isla de los Perros para buscar el oro que Memento había ocultado en su trasdoso.

Regresó al anochecer, con un saco repleto de pertenencias que guardó bajo la cama.

Aquella noche, Rick la pasó junto a Daphne. Se coló en su habitación, pensando que tal vez fuera la última vez que saboreara sus besos, como si temiera que, al día siguiente, el destino les deparara la peor de sus jugadas.

\* \* \*

Londres amaneció lluvioso, pero a Rick no le pareció un simple día desapacible. Su olor le desagradó. Desayunó rápido, casi precipitadamente, cogió la nota que Daphne acababa de escribir y se la entregó a un cochero para que la hiciera llegar a la viuda Hartford. Luego comprobó la

talega en la que había introducido alguno de los objetos que encontró en el trasdosado de Memento y pidió a Daphne que se apresurara.

De camino al Foreign Office, Rick repasó el plan de Daphne.

—Veamos si lo he entendido bien: esperaremos en el lago de St. James Park a que la viuda Hartford aparezca y nos confirme el éxito de sus gestiones, que, según tú, permitirán que seamos recibidos por el mismísimo primer ministro, lord John Russell.

—Según yo, no. La clave que apunté en la nota será la que lo consiga.

—Ya. La clave... —Meneó la cabeza—. Bien. Además, la viuda Hartford se cerciorará de que seremos atendidos con total impunidad. Nos lo creeremos, nos presentaremos ante lord John Russell, que nos invitará a café y pastas, y le contaremos nuestra historia. ¿Es eso?

—Así es —asintió, confiada.

—¡Maldito plan de mierda! No sé cómo diablos me he dejado convencer.

Rick siguió jurando mientras el carruaje viraba por Piccadilly hasta Haymarket. A la altura del Pall Mall, se detuvo. Allí descendieron y continuaron a pie por el parque hasta el puentecillo donde se habían citado con la viuda Hartford. Rick apretó contra su pecho la talega, confiando más en su contenido que en las promesas de Daphne. Aguardaron bajo la llovizna mientras hacían planes de futuro que seguramente nunca se cumplirían. Por fin, al cabo de una hora, apareció entre los árboles una figura oronda con un extraño sombrero bamboleándose sobre su cabeza. Cuando llegó al puentecillo, la viuda les abrazó, alborozada.

—¡He hablado con el primer ministro en persona! —dijo.

La mujer les aseguró que lord John Russell les recibiría en una sala privada del edificio del Tesoro.

—¡No es lo que convinimos! —se revolvió Rick contra Daphne—. ¡Aseguraste que el primer ministro acudiría solo a una cafetería! ¡Es una trampa! —masculló Rick.

Daphne permaneció en silencio mientras apretaba la mandíbula. Luego miró a Rick a los ojos.

—Yo voy. —Besó a Rick en los labios a modo de despedida, bajó la mirada y echó a andar sola en dirección al edificio del Tesoro.

Rick observó cómo la figura de Daphne desaparecía entre los árboles. Se maldijo mil veces. No sabía qué hacer. Miró a la viuda Hartford como si reclamara su apoyo, pero ésta no dijo nada. Finalmente, pateó la baranda del puente y echó a correr jardín abajo, tras los pasos de Daphne.

Cuando llegaron juntos a la entrada del edificio del Tesoro, el guardia que los identificó comprobó que no portaban armas y les condujo hasta una sala cercana. Rick observó la estancia en cuyo centro descansaba una formidable mesa circular de nogal, rodeada por sillas rojas aterciopeladas. Daphne tomó asiento en una de ellas. Él guardó la talega debajo de la mesa y la imitó. Transcurrieron casi dos horas, antes de que la puerta se abriera y apareciera un hombre calvo de profusas patillas, acompañado por lord Palmerston. Rick y Daphne se levantaron para complimentarlos, pero el hombre de las patillas se dejó de formalidades y pasó directamente a ojear el informe que Palmerston sacó de una cartera.

—Bien. Esto ha sido muy apresurado —intervino, irritado, Palmerston, mientras el primer ministro continuaba leyendo—. No es fácil asistir a un encuentro con un proscrito violento y una traidora a la patria.

—Tranquilo, Palmerston —musitó el primer ministro—. Hola, Daphne.

—Me alegra volver a verle, John.

Al escuchar el trato familiar, Palmerston enarcó una ceja.

—¿Se... se conocen?

—Desde hace años —dijo Russell—. Bien. Veo que en este informe elaborado por Gustav Gruner se acusa a la señora Loveray de traidora, de espía, de drogadicta y de no sé cuántas cosas terribles más. Para colmo —miró a Daphne—, se presenta usted acompañada de un tipo que, además de estar imputado por un doble asesinato y de haberse fugado con violencia, parece ser su amante. —Dejó caer la carpeta encima de la mesa.

—Ya sabe, John... Habladurías.

—¿Habladurías? —la retó Palmerston—. Ese malnacido enroscó una cadena en mi cuello y la apretó como quien quisiera acabar con una alimaña.

—Yo te veo bien, Henry —ironizó Russell—. Bueno. Solucionemos de una vez este maldito entuerto. En cuanto recibí su nota, Daphne, mandé a buscar a lord Bradbury. —Miró su reloj—. Ya han pasado casi tres horas. Debería llegar de un momento a otro.

No había terminado de decir la frase cuando alguien llamó al otro extremo de la puerta.

—Adelante —autorizó Palmerston.

Nada más abrirse la puerta, aparecieron las figuras de lord Bradbury y Gustav Gruner, escoltadas por un oficial de la guardia. Los dos recién llegados entraron en el despacho y tomaron asiento alrededor de la mesa. Nada más ver a Bradbury, Rick evocó el cuerpo estrangulado de su esposa. Hubo de contenerse para no saltar sobre él y arrancarle su impertinente mueca de suficiencia. Cuando terminaron los saludos protocolarios, Palmerston tomó la palabra:

—Bien. Nos hemos reunido a petición de lady Ashley King, bajo la autorización expresa del primer ministro de Gran Bretaña, lord John Russell, aquí presente. Además de los ya mencionados, asisten a esta reunión lord Bradbury, el cónsul de Alemania Gustav Gruner, el señor Gabriel Leclerc y yo mismo. Si les parece, en virtud del orden acordado por nuestro primer ministro, concederé la palabra a la convocante, Daphne Loveray, para que nos explique el motivo de esta reunión.

Al instante, Daphne se levantó de su asiento y se dirigió a lord John Russell.

—Estimado primer ministro, gracias por atender mi petición. No obstante, he de señalar mi estupor por encontrarme frente al insidioso hombre que ha provocado tanta muerte y sufrimiento. —Señaló a lord Bradbury—. Había pedido una reunión privada, con la asistencia de Alain Sinclair. Yo...

—Por favor, Daphne, continúe —la interrumpió el primer ministro.

—De acuerdo. —Apretó la mandíbula—. Como bien saben todos los presentes, desde hace tiempo, los cimientos del Foreign Office han sido socavados por el terremoto de la traición. Desde el mismo instante en que se descubrió la descriptación de nuestro antiguo código de comunicaciones, me dejé la piel para implementar un nuevo sistema de codificación que garantizara la seguridad de nuestro país. Dicho código no sólo permitiría sortear a los traidores, sino que, además, contribuiría a descubrirlos.

—Todo eso ya lo conocemos. Abrevie, por favor. —El primer ministro tableteó con su pluma sobre el dossier.

—Sí, señor ministro. También está usted al corriente de mis esfuerzos por demostrar que era Gustav Gruner el traidor que buscábamos. Desde el principio me resultó sospechosa la coincidencia de su llegada y su animadversión hacia mí. Ciertamente es que la ruptura del código se descubrió antes de su toma de posesión, pero su constante persecución hacia mi trabajo me hizo llegar a conclusiones que...

—Daphne, si puede ser más concreta...

—En fin. —Suspiró—. Admito que juzgué a Gruner equivocadamente. Y sé que es así porque

poseo las pruebas que demuestran que Bradbury, la sanguijuela que se sienta frente a ustedes, con ese aspecto de viejecito inocente y esa pomposa peluca rizada, es el traidor que no solamente ha puesto en jaque a nuestro Gobierno, sino que ha corrompido, mentido, traicionado y asesinado a cuantos se han interpuesto en su camino.

—Ya. Llegados a este punto, Daphne, me veo en la obligación de advertirle que lord Bradbury sigue conservando la honorabilidad que por su título se le presupone. De hecho, hace tres días se presentó voluntariamente ante nosotros para acusarla a usted y a Karum Daswani de los mismos delitos que usted ahora le atribuye.

—¿Qué? —Rick señaló a Bradbury—. ¿Pero cómo se atreve ese maldito cabrón? ¿Acaso van a escuchar sus mentiras?

—¡Silencio! —ordenó lord Russell—. ¡Silencio u ordenaré a la guardia que le encierre inmediatamente!

Daphne sujetó el brazo de Rick y le indicó que se calmara.

—Creo, señor primer ministro —sugirió Palmerston—, que, llegados a este punto, sería oportuno escuchar las alegaciones de la parte ofendida.

—Por mi parte, no hay inconveniente —concedió lord John Russell.

—Bien —tomó la palabra Gustav Gruner—. En tal caso, si me lo permiten, plantearé ante ustedes tanto mi defensa como la de Bradbury. —Se levantó y se dirigió a Daphne Loveray—. Como podrá acreditar lord Palmerston, desde mi toma de posesión, puse todo mi empeño en descubrir al traidor que rompió la seguridad de nuestras transmisiones internacionales. Él estuvo al tanto de mis desvelos y de mis progresos, que siempre apuntaron hacia Daphne Loveray. No es nuevo para lord Palmerston, pero me permito recordar al señor primer ministro que esta mujer, llevada por su orgullo y su soberbia, quebrantó nuestro código y lo trasladó al enemigo para instaurar su absurdo código floral, con el beneplácito de usted, señor Russell.

—Lord John Russell —le corrigió el primer ministro.

—Sí. Por supuesto, milord —se disculpó Gruner—. Esta mujer, que como ella misma ha reconocido, no cejó en su empeño de culparme de su propia traición, ha dado muestras de su improbidad y su infamia, no sólo mancillando el apellido de su honorable marido, sino, además, abandonándose al consumo del opio y la indecencia. —Hizo una pausa dramática—. Debo recordar que esta señora ha mantenido relaciones lujuriosas con el aquí presente, Gabriel Leclerc, un proscrito por asesinato, en el mismísimo domicilio de lord Bradbury y que, según hemos sabido a partir de las declaraciones de este último, frecuentaba un fumadero de opio regentado por Karum Daswani.

—¿Esto último es cierto? —preguntó el primer ministro a Daphne.

Por toda respuesta, Daphne bajó la mirada.

—Bien, señor Gruner. Continúe —le apremió el primer ministro.

—Gracias, milord. Cuando Daphne sospechó que Bradbury testificaría contra ella, me apartó de su diana para colocarla sobre él, haciéndole llegar a usted esa nota difamatoria. Pero, en realidad, y gracias al testimonio de lord Bradbury, ahora sabemos que fue ella quien se valió de la colaboración de un sicario, Karum Daswani, a quien frecuentaba en el *den*, y de un asesino, Gabriel Leclerc, para sus oscuros propósitos. Y hablando de Leclerc. Nada más conocerle, me resultó sospechoso y ordené su seguimiento. Así fue como encontré, escondido en la barcaza donde vivía, un fusil de precisión, con el que imagino pretendía atentar en el Crystal Palace. Entre ambos, Daswani y Leclerc, acabaron con la vida cuantos se interpusieron en la consecución de sus objetivos: el matemático Ralph White; Gus, el jardinero, y la florista Penny Ryan.



—¡Eso es mentira! —le cortó Daphne Loveray.

—Por favor, Daphne, déjele terminar —sentenció lord John Russell.

—Señor primer ministro, todos sabemos de su predilección hacia Daphne Loveray, pero le pido, con todos mis respetos, que no se deje influir por su amistad ni por su aspecto débil e inocente. Respecto a lord Bradbury, he de señalar que están acreditados sus numerosos actos filantrópicos y su intachable patriotismo. Sin embargo, al igual que yo lo fui en su momento, esta mujer lo ha injuriado y vilipendiado sin prueba alguna, y exijo de este gabinete que proceda a su inmediata detención y a la del mercenario que la acompaña.

Bradbury asintió, satisfecho, a las conclusiones de Gustav Gruner. Por su parte, lord Palmerston se giró hacia el primer ministro en busca de un veredicto. Lord John Russell miró con gravedad a Daphne Loveray.

—Bien, Daphne. Si es cierto que posee las pruebas que ha mencionado, ha llegado el momento de que las presente.

Daphne se levantó, con su rostro tizado por la ira. Tuvo que hacer un esfuerzo para guardar la compostura.

—Gracias, milord. En la nota que la viuda Hartford le hizo llegar esta mañana, le reseñaba la predisposición de Alan Sinclair a testificar contra lord Bradbury. Como ya sabe, Sinclair trabajaba para el Foreign Office como analista de bolsa especializado en las cotizaciones de la Compañía de las Indias Orientales... hasta su repentina desaparición. Por fortuna, tuve ocasión de localizarle hace unos días y hablar con él.

—¿Cómo? ¿Que ha encontrado a Sinclair y no nos ha informado? —le recriminó Gruner.

—Como decía —continuó Daphne sin hacer aprecio—, Sinclair me mostró una serie de documentos que acreditan que Bradbury es el verdadero propietario del *den* donde las prostitutas de su sicario, Daswani, chantajea a los altos cargos que frecuentan el local, para conseguir de ellos valiosas informaciones. Fue así como Bradbury corrompió al matemático Ralph White, de quien obtuvo el antiguo código de comunicaciones. Fue Bradbury quien planificó la desaparición de cuantos se interpusieron en sus planes y Daswani quien ejecutó sus órdenes: Ralph White, Gus y Penny. Todos ellos murieron por la despiadada ambición de Bradbury. Sinclair puede probarlo todo, y por eso solicité que estuviera aquí hoy.

—¡Esto es una auténtica sarta de sandeces! —intervino Bradbury—. Yo sólo conocía a Daswani de oídas. Si lo recomendé a lord Palmerston, fue porque un antiguo socio me habló de sus contactos en la India, pero, de hecho, nunca coincidí con Daswani y, desde luego, jamás imaginé que pudiera aliarse con Daphne Loveray para traicionar a nuestra patria. Juro que es así, por la gloria de nuestro sagrado imperio.

—Ya. Y bien, Daphne. ¿Podría mostrarnos los documentos que prueban sus acusaciones? —le preguntó el primer ministro.

—Ya se lo expliqué en la nota, milord. Alan Sinclair quería mostrárselas en persona. Por esa razón le pedí que lo localizara.

—Pero entonces, esos documentos, ¿no los tiene usted?

—No. ¿Por qué?

—Lo siento, Daphne, pero Alan Sinclair fue encontrado muerto ayer. Se tiró a las vías del tren, en la estación de London Bridge.

\* \* \*

La lividez se apoderó del rostro de Daphne Loveray. Suprimido Sinclair, todas sus acusaciones se derrumbaban como un castillo de naipes. Cuando intentó argumentar sobre la repentina fuga de Bradbury, éste alegó que su traslado obedecía a un viaje largamente previsto.

—Pero cuando me enteré de que buscaban a un traidor, até cabos y corrí a presentarle mis sospechas a Gustav Gruner —se defendió Bradbury.

—Bien —repuso el primer ministro—. Siento decirlo, Daphne, pero, sin esos documentos, me veo en la obligación de detenerles a usted y a su amigo Leccerc. ¡Guardia!

—Un momento, milord —intervino Rick—. Si me lo permite, yo puedo demostrar que Bradbury es el traidor que Daphne asegura ser.

—¡Ya está bien! —le interrumpió Gruner—. ¡Señor primer ministro! ¿Hasta cuándo nos veremos obligados a soportar las infamias de estos farsantes?

—Hasta que yo lo diga —respondió Russell—. Señor Leccerc, dispone de un minuto.

—Gracias, lord Russell. —Rick se levantó y señaló directamente a Bradbury—. Señor primer ministro, este embustero que sonríe cínicamente ante sus propias narices mató a un hombre llamado Memento. Un hombre que además de tener el corazón más grande que conozco, era mi mejor amigo. Bradbury y Daswani lo asesinaron sin piedad, del mismo modo que intentaron acabar con Daphne Loveray y conmigo. Este hipócrita traidor pretende embaucarnos culpando de sus delitos a inocentes, y para ello se ha valido de la mentira y del homicidio sin que le tiemble el pulso.

—¡Ja! ¿Ésas son sus pruebas? —Sonrió Bradbury—. Señor primer ministro, hace semanas que no veía a ese Memento. ¿Qué valor va usted a atribuirle a las ofensas de un proscrito acorralado?

—Usted es un depravado —continuó Rick, sin inmutarse—. Bajo su calculada apariencia de filántropo se esconde un criminal capaz de cualquier estratagema para cumplir sus objetivos. ¡Miente! ¡Miente cuando dice que no conocía a Daswani! ¡Miente cuando dice que no vio a Memento! ¡Usted y Daswani lo mataron, igual que a todos los demás!

—¡Señor primer ministro! —Se levantó Bradbury—. ¡Reclamo su amparo! He jurado que no conocía personalmente a Daswani ni tengo nada que ver con ese Memento. ¿Hasta cuándo he de seguir soportando las infamias de este cretino?

—Señor Leccerc. —Se levantó, serio, Russell—. Si ésas son sus pruebas, lamento decirle que...

—¡No he terminado! —le interrumpió Rick, y sin dar tiempo a que lord Russell reaccionara, sacó de la talega que había escondido bajo la mesa una placa cobriza que le entregó al primer ministro.

—¿Esto qué es? —le preguntó al cogerla.

—Una imagen fotográfica. Un daguerrotipo. Si tiene a bien examinarlo, verá en él a Daswani y a Bradbury, juntos, mientras asesinan a Memento.

## Epílogo

Bastaron un par de días en las mazmorras de Newgate para que Bradbury sucumbiera a la persuasión de los carceleros. Al principio, lo negó todo. Luego intentó negociar y, finalmente, confesó hasta el último de sus crímenes. Pese a implorar clemencia, Bradbury encontró la misma que él concedió a sus desgraciadas víctimas.

Lord John Russell fue el encargado de trasladar a Daphne y a Rick el contenido de su confesión, y los motivos que guiaron al traidor a iniciar, empezando por la esposa de Gabriel Leclerc, su terrible cadena de asesinatos.

Rick escuchó al primer ministro con atención.

—Además de aristócrata, Bradbury era lo que en la jerga de la bolsa se conoce como un *nabob*, un inversor cuya fortuna se había cimentado en la explotación de los territorios de ultramar. Sin embargo, pese a la ostentación de la que siempre hizo gala, estaba en vías de arruinarse. El Acta Gubernamental de 1833 había despojado a la Compañía de su último monopolio, el del té, y Bradbury, viendo peligrar su principal fuente de recursos, hizo uso de su red de extorsión para adjudicarse la explotación de los territorios de Darjeeling. Pero en lugar de cultivar té en ellos, decidió plantar opio, destinado al tráfico con China. Cuando usted, señor Leclerc, se rebeló, advirtió al Gobierno sobre lo que sucedía en Darjeeling e insinuó que informaría a los medios, Bradbury lo sentenció a muerte.

—¿Entonces, fue él? —masculló Rick—. Yo siempre sospeché de algún miembro del Gobierno.

—Y no iba usted desencaminado. Aunque por aquellas fechas, la Compañía ya sólo era un títere en manos del Gobierno, Bradbury aún manejaba hilos poderosos. Cuando llegó a sus oídos la noticia de que, en Calcuta, un botánico escrupuloso se estaba convirtiendo en un grano en el culo, ordenó a su fiel Daswani que se encargara de extirparlo.

—Pero por aquel entonces, Daswani estaba en Londres.

—Desde luego, y por eso Daswani encomendó la tarea a un familiar cercano. Fue el hermano de Daswani quien recibió la misiva, y quien se encargó de acudir a su vivienda en Calcuta con la misión de liquidarle. Por desgracia, allí encontró a su esposa, sola. No podemos determinar lo que sucedió, pero seguramente ella se resistió y... En fin. Lo demás ya lo sabe. —Sacudió la cabeza—. Tras la muerte de su mujer, los familiares decidieron acusarle a usted y buscaron falsos testigos.

—¿Y la firma de Daswani en la denuncia?

—Según la confesión de Bradbury, nada más conocer el fracaso de la operación, Daswani viajó a la India para honrar a su difunto hermano y cobrarse venganza. Fue entonces cuando le acusó por escrito. Cuando usted se fugó, Daswani regresó a Londres y continuó su trabajo como gerente del *den*, desde el que seguía extorsionando a altos cargos del Gobierno.

—Y se olvidó de mí...

—No por su gusto. Daswani ignoraba cuál era su aspecto, al igual que su paradero. E imagino que lo último que supondría sería que usted volvería a Londres, arriesgándose a resultar

capturado.

Daphne, que hasta aquel instante había permanecido en silencio, se removió en su asiento.

—¿Entonces, el que Rick localizara a Bradbury a través del lenguaje de las flores fue una casualidad? —preguntó.

—Sí y no. Por favor, Rick, corriójame si me equivoco. Gabriel Leclerc, oculto bajo la nueva identidad de Rick, viajó a Londres con un doble objetivo. El inmediato, el de escapar a la acusación de asesinato. El segundo y principal, encontrar a los asesinos de su mujer, que él situaba dentro del Gobierno. Para ello se forjó un medio de vida que le permitió ganar dinero y frecuentar los bajos fondos de los *docks*, con la intención de averiguar cualquier movimiento extraño relacionado con el oro o el opio procedente de la India. No averiguó mucho, pero sus constantes preguntas despertaron las sospechas de su socio Joe, que no dudó en presentarse en el Foreign Office para delatar al extraño joven extranjero, educado y con la espalda plagada de cicatrices, que se interesaba por cuanto procediera de las Indias Orientales. La casualidad hizo que Joe hablara con Ralph White, quien de inmediato trasladó la información a Bradbury. Éste ordenó a Daswani una celada para matarle, pero Rick escapó y le perdieron la pista. Lo que no esperaban era que Rick encontrara la dirección de la floristería y el nombre de Daphne Loveray en el rifle que le arrebató a uno de los agresores.

—No creo que se olvide de nada —concedió Rick—. Respecto al código, ¿por qué le interesó a Bradbury?

—Como dije, las finanzas de Bradbury estaban en la cuerda floja. Su fábrica de munición acumulaba cuantiosas pérdidas debido al fin de la guerra del Opio, y el monopolio del té amenazaba con convertir sus inversiones en ceniza. Pero descifrando los mensajes que el Gobierno enviaba a la India, Bradbury podía anticiparse a nuestros movimientos. De ese modo desvió sus negocios a Darjeeling, donde adquirió terrenos a precio de saldo. Sabía todo cuanto precisaba para enriquecerse. Nuestros planes de invasión, de comercio. Todo. Y desde luego, habría conseguido su propósito de no haber mediado la astucia de Daphne Loveray.

Lord Russell miró a Daphne para cederle el testigo de la conversación. La joven asintió.

—Tiempo atrás, lord Henry Palmerston convocó al gabinete de comunicaciones para avisarnos de que, de un modo aún desconocido, nuestros mensajes estaban siendo descifrados. Eso podía obedecer a la existencia de un topo en el Gobierno o a la debilidad de los códigos empleados. Cuando Sinclair y yo descubrimos que la causa era el descifrado del código, se lo comunicamos a lord Palmerston, quien, tras consultarlo con el príncipe Alberto, contrató los servicios de Gustav Gruner para que encontrara al traidor. Desde un primer momento Gruner sospechó de mí, no sé si por envidia o por misoginia, y, a su vez, yo sospeché de él, quizá por la implacable persecución que emprendió contra mí. En definitiva, ambos nos enzarzamos en una lucha que nos cegó, en beneficio del auténtico traidor.

—No sea tan dura con usted misma, Daphne —repuso el primer ministro—. Por favor. Termine el relato.

—Ésa es la realidad, milord. Y mientras tanto, nos vimos obligados a emplear un nuevo código.

—El lenguaje de las flores —intervino Rick.

—Exacto —continuó Daphne—. Con el pretexto del envío de regalos florales, expedíamos a distintos lugares ramos absolutamente normales y ramos convenientemente cifrados a un marchante, Wilbur Floyd, un agente de Victoria Street quien, debidamente instruido, remitía telegráficamente a la India la composición exacta de dichos ramos. En Calcuta, un florista experto replicaba su composición, que posteriormente era interpretada por nuestros destinatarios.

—Ya... —dijo Rick—. Un loable intento, pero no me lo trago.

—No... no sé a qué te refieres... —intentó disimular, torpemente, Daphne.

—Verán: entiendo que pretendan ocultar la verdad a un extraño, pero hace tiempo que comprendí que el lenguaje de las flores sólo se trataba de un cebo. Desde que te conozco, Daphne, encontré numerosos motivos para desconfiar de ti. Incluso en algún momento, llegué a creer que tú y Gruner estabais confabulados. Mi suspicacia me condujo a interesarme por el lenguaje de las flores y estudié los mismos volúmenes que te interesaron a ti, en la floristería de la viuda Hartford. De su lectura, pronto deduje que un código basado en las flores no era más que una quimera. No sólo resultaba complicado reunir las distintas especies, conservarlas, conjuntarlas y disponer sus flores adecuadamente. Además, una vez enviados los ramos, se harían necesarios intérpretes capaces de describir y evaluar hasta el más mínimo detalle, como el número de pétalos, la inclinación de un tallo o el matiz de los colores. No. El lenguaje de las flores sólo resultaba útil para los juegos de coquetería. Pude comprobarlo una tarde, cuando la viuda Hartford me encargó que entregara un ramo a ese marchante, el tal Wilbur Floyd. Ella no podía ocuparse, así que me ordenó encarecidamente que no modificara ni una hoja, porque debía llegar exactamente conforme a ciertas indicaciones que tú le habías suministrado. Obviamente, no sólo no le hice caso, sino que nada más abandonar la floristería, se lo regalé a la primera anciana que vi y lo sustituí por un manojo de amapolas. ¿El resultado? Ninguno. Wilbur lo recibió y haría con él lo que con los demás: enviarlos a cualquier club para que adornaran sus salas. De modo que, si voy a seguir escuchando patrañas, lo mejor será que me vaya, para que ustedes disfruten contándose las.

Daphne miró a Rick con cierto enojo. Luego dirigió la vista a lord Russell.

—Está bien. Cuénteselo —la autorizó el primer ministro.

—Lo siento, Rick, pero sin su consentimiento, no podía revelarte la verdad en un asunto de tanta trascendencia —se disculpó.

—Soy todo oídos.

—Tienes razón. El lenguaje de las flores no era más que una quimera. Un engaño pergeñado para capturar al traidor que nos desangraba. Cuando concebí la idea, sabía que no debía contársela a Palmerston ni a Gruner, de modo que acudí directamente a la única persona de la que podía fiarme: la mismísima reina Victoria. Fue ella quien ordenó aplicar mi plan y para ello, me pidió que contara con el primer ministro.

—Así fue —confirmó Russell.

—Entre John y yo establecimos la estrategia. El lenguaje de las flores sería tan sólo una tapadera, una máscara que desviaría la atención del traidor, mientras yo trabajaba en un sistema criptográfico más complejo y avanzado que el anterior. Un auténtico código indescifrable.

—Mientras Daphne implementaba ese nuevo código, simulamos seguir empleando el anterior, pese a conocer que había sido descifrado, y para ello continuamos enviando mensajes falsos o insustanciales —continuó John Russell—. De esa forma, intentamos hacer creer al traidor que desconocíamos el que hubieran roto el cifrado. Sin embargo, y debido a la futilidad de esos mensajes, Bradbury llegó a la conclusión de que debíamos emplear otro sistema.

—Y el lenguaje de las flores fue la segunda bala en la recámara —apuntó Rick.

—Exacto —dijo Daphne—. Nadie más en el Foreign Office sabía que el lenguaje de las flores era sólo una trampa. Ni Palmerston ni Gruner. Tan sólo Sinclair, White y yo. Gracias a la traición de White, Bradbury supo de su uso y de la intervención de la viuda Hartford. Entonces se presentó ante la viuda, simulando ser un antiguo socio de su difunto marido y se congradó con ella,

entregándole una cuantiosa suma de dinero que presuntamente pertenecía a su marido, con la intención de ganarse su confianza y meter las narices en la floristería.

—¿Y a partir de ahí, Gus, Ralph White, Penny...?

—Bradbury estaba convencido de que Daphne jamás revelaría su nuevo sistema criptográfico. Además, lo que en el fondo deseaba era averiguar sus claves, sin que ella se percatara, para, así, continuar descifrando los mensajes. Cuando a White se le ocurrió chantajear a Bradbury, exigiéndole más dinero a cambio de su silencio, firmó su sentencia de muerte. Y después de liquidarle, Bradbury pensó en corromper a Gus.

—Sabía que a Gus lo asesinaron, pero nunca averigüé el motivo.

—Bradbury confesó que se les fue de las manos. Daswani citó al jardinero en el Crystal Palace para proponerle que traicionara a su patrona, pero Gus se negó airadamente, lo que desencadenó la ira de Daswani. El sicario era de cuchillo fácil. Perdió los nervios y lo apuñaló. Cuando Gruner tuvo conocimiento del asesinato, intentó disfrazarlo de un accidente para evitar murmuraciones que perjudicaran al Crystal Palace.

—Pobre hombre... ¿Y lo de Penny?

—Con Penny sucedió algo parecido. Consiguieron amedrentarla golpeándole brutalmente en la cara. Asustada, la dependienta aseguró que traicionaría a la viuda, pero después de facilitarles el acceso al despacho de la floristería, la mujer se arrepintió y también acabaron con ella.

—¡Maldita sea! Ahora entiendo lo de la herida del caballo.

—¿A qué te refieres? —se interesó Daphne.

—Al día que pernoctamos en el domicilio de Bradbury. Nuestro caballo no se hirió la pata accidentalmente. Fue una añagaza suya para obligarnos a dormir allí y mantenerme apartado de la floristería.

—En cualquier caso —intervino Russell—, hubo un momento en el que Bradbury comenzó a sentirse acorralado y cambió sus objetivos. Por un lado, planeó un atentado en el Crystal Palace para originar una carnicería entre los miembros del Gobierno asistentes, con lo que, además de eliminar de un plumazo a Gustav Gruner, causaría la suficiente conmoción como para provocar incluso un cambio de Gobierno más afín a sus intereses. Por otro, pergeñó la forma de responsabilizar de sus propios crímenes a una inocente.

—A Daphne —dijo Rick.

—En efecto. La secuestró para extraerle información y hacerla desaparecer junto a una nota en la que asumiese todos los crímenes.

—De ese modo, Daphne quedaría como culpable y Sinclair como su cómplice.

—Así es. Pero luego, tras averiguar que Daswani había muerto en la chimenea de su fábrica, Bradbury se vio acorralado y decidió cerrar cabos sueltos. Citó a Sinclair en las vías y lo mató.

—Y el atentado, ¿cómo pretendía llevarlo a cabo?

—Según averiguamos, Daswani alteró una de las máquinas que la empresa de Bradbury presentaba en la Gran Exposición para que albergara en su interior una gran cantidad de explosivos, que estallarían justo cuando la reina Victoria, el príncipe Alberto y el Gobierno al completo asistieran a su puesta en funcionamiento el día de la inauguración.

Cuando el primer ministro concluyó su explicación, Rick respiró satisfecho. Su propio futuro quizá aún estuviera por discernir, pero al menos sentía el orgullo de haber protegido el del imperio británico y el de Daphne Loveray.

\* \* \*

Durante los siguientes días, Rick y Daphne volvieron a encontrarse en las habitaciones del hotel Mivart's. Los momentos de pasión se sucedieron sin descanso hasta dejarles agotados, como si temieran que en algún momento, cuanto les unía pudiera desaparecer de la noche a la mañana. Rick aún aguardaba el sobreseimiento de las causas que pendían sobre él, y aunque el primer ministro había prometido su intercesión, él desconfiaba. Daphne le tranquilizó. A Billy, el muchacho retrasado, lo habían liberado y ya había vuelto a casa.

En uno de los interludios, Daphne se separó del cuerpo de Rick y lo miró a los ojos.

—Te quiero —le dijo ella.

Rick la besó. Había concebido planes para trasladarse juntos a París, pero aún no se los había comentado.

—¿Te concederá el divorcio?

—No lo sé, pero tampoco me importa. —Y le devolvió un beso más profundo.

Se despertaron al día siguiente, abrazados el uno al otro. Rick se separó para observarla. Daphne descansaba plácidamente, sin atisbos de dolor. Deseó poder congelar aquel instante para disfrutar de su espalda desnuda, de sus pechos, de sus labios. Poco a poco, ella se desperezó. Rick se levantó para servirle el desayuno que había encargado.

Mientras daban cuenta de la bollería, ella se rascó la barbilla.

—Y esto, ¿qué es? —Reparó en un paquete primorosamente envuelto que descansaba junto a la almohada.

—No sé. Ábrelo.

Daphne tardó un santiamén en limpiarse los dedos y abalanzarse sobre el paquete que desenvolvió con la ilusión de una colegiala. Cuando descubrió el contenido, se quedó boquiabierta. Era una fotografía de los dos. La que se hicieron juntos en los jardines de Cremorne.

—¡Oh! Rick. —La estrechó contra su pecho—. La había olvidado por completo. Es preciosa. Gracias.

—Fue una suerte que el fotógrafo aún la conservara.

—De verdad, es preciosa. —Se quedó embelesada, mirándola—. Y a propósito de fotos... ¿Cómo consiguió Memento fotografiar a sus asesinos? —Dejó el retrato sobre una mesita y clavó sus ojos en los de Rick.

—Memento... —Suspiró—. ¡No imaginas cuánto que le extraño! Lo encontré agonizando en el túnel del Támesis, con el tiempo justo para escucharle pronunciar el nombre de la viuda Hartford. Cuando hablé con ella, me contó que Memento la había visitado para revelarles que Bradbury era el culpable. Por lo visto, mi amigo advirtió que los sellos con los que éste personalizaba sus armas coincidían con los que él descubrió en el fusil de los hombres que me atacaron. Al comprender que se encontraba frente al asesino, pergeñó un plan audaz: amenazó a Bradbury con entregar las pruebas que lo incriminaban si no le pagaba una enorme suma de dinero.

—¿Y era cierto?

—Por supuesto que no. No tenía pruebas ni intención de chantajearle. Lo único que deseaba era vengar la muerte de Penny.

—¿De qué forma?

—A la viuda le aseguró que dispararía a Bradbury en cuanto apareciera por su vivienda de la Isla de los Perros, a donde le había citado. La viuda intentó persuadirle de aquella locura, pero Memento seguía ofuscado. Desatendió su consejo y le instó a que, en el caso de que le sucediera algo, me dijese que buscara en su trasdosado.

—Me estoy perdiendo...

—En cuanto termine, lo comprenderás. Después de que la viuda Hartford me contara todo esto, regresé a la vivienda de Memento para registrar el cuartucho secreto que mi amigo había construido. Cuando lo eché abajo, encontré una máquina fotográfica con un daguerrotipo usado en su interior y una nota manuscrita en la que explicaba cómo revelarlo. En aquello consistió su macabro plan. Si no lograba matar a Bradbury, sería porque Bradbury le asesinaría a él, y si eso sucedía, fotografiaría aquel instante para poder inculparle.

—Pensó en sacrificarse.

—Y fue lo que hizo. En la nota me relataba cómo lo planificó todo. El mecanismo de disparo de la máquina oculta, que hizo sincronizar con el de otra cámara que había dejado a la vista en la habitación para que la descubrieran... El lugar en el que se situaría para que la fotografía captara la escena... en fin. Luego lo entendí todo. Dos fotos. Siempre hacía dos fotos. Sacó una para que Bradbury, al advertir el fogonazo del magnesio, la descubriera y la rompiera, pero a la vez aprovechó el mismo fogonazo para tomar una segunda instantánea, la que quedaría guardada a salvo, oculta en el trasdosado.

—Pero, si le dispararon, ¿por qué se lo llevaron luego?

—Imagino que, pese a estar malherido, creerían que podrían sacarle información. Después, cuando hubieron de abandonar la barcaza, debieron considerar que era demasiado arriesgado acarrearle a pie y lo abandonaron en el túnel, quizá dándolo por muerto.

—¡Pobre hombre!

—Una gran pérdida y una gran persona.

\* \* \*

Días antes de que Bradbury fuera juzgado y ahorcado hasta la muerte, Gabriel Leclerc fue exonerado de todos los cargos. Como desagravio, y en pago a los servicios prestados, el primer ministro, lord John Russell, le ofreció rehabilitar su apellido junto a un trabajo como asesor gubernamental en Calcuta. Cuando Rick se lo dijo a Daphne Loveray, ella simuló alegrarse.

—Eso es estupendo. —Dibujó una sonrisa forzada—. ¿Y qué le has contestado?

—Pues que se lo agradecía, pero que ahora tengo otros planes.

—Y esos planes, ¿cuáles son? —Abrió sus llamativos ojos azules.

—Para empezar, vender unos lingotes de oro con los que poner en marcha un negocio. Hay mucha escoria suelta en Londres y no se me da mal el oficio de cazarrecompensas. Para empezar, aún anda libre un noble malnacido que, hace unos meses, quemó viva a su prometida.

—No es mal plan. —Le miró ella con dulzura—. ¿Y para concluir?

—Y para concluir, pasar junto a ti el resto de mis días.



FIN

## Nota del autor

Aunque esta novela está inspirada en personajes, situaciones y hechos reales, he preferido cambiar el nombre de alguno de los protagonistas para sentirme libre de utilizar ciertas licencias novelescas.

Así, el enigmático personaje de Daphne Loveray está inspirado en la experta matemática británica Augusta Ada King, condesa de Lovelace, más conocida como Ada Lovelace.

Dotada de una belleza arrebatadora y una extraordinaria inteligencia, Ada heredó de su madre la pasión por las matemáticas, y de su padre, el famoso poeta Lord Byron, su carácter libertino. Su posición social le permitió codearse con personalidades de la ciencia y la cultura, como Michael Faraday o Charles Dickens. A los dieciocho años, Ada empezó a asistir a las fiestas de la alta sociedad londinense, donde conoció a Charles Babbage, la única persona que compartiría su fascinación por las cuestiones de mecánica. Babbage tenía cuarenta y cuatro años y era conocido, entre otras cosas, por el proyecto de una calculadora mecánica que funcionaba sin la ayuda de un humano, llamada la máquina diferencial. Ada y Babbage se hicieron amigos. Su relación la estimuló intelectualmente y permitió a Ada avanzar en sus especulaciones sobre el cálculo, hasta concebir una brillante idea: construir una computadora que permitiera a las máquinas volar.

Tras recibir instrucción de los principales matemáticos de Gran Bretaña, a la edad de veintiocho años desarrolló un algoritmo codificado, considerado el primer programa informático del mundo, destinado a ser procesado por una máquina. También mostró un gran interés por la aviación, la poesía y la criptografía, pero su matrimonio con Lord William King cercenó sus inquietudes científicas, sumiéndola en una profunda frustración. La falta de ambición de su marido acabó cansándola, por lo que se refugió de nuevo en las matemáticas junto a un nuevo mentor: el famoso matemático y lógico Augustus de Morgan. Con su ayuda, progresó rápidamente, pero De Morgan advirtió que Ada no se contentaba con aprender las lecciones como cualquier dama; sus preguntas iban mucho más allá y a él le irritaba esa actitud. De Morgan creía (como casi toda la sociedad en esos tiempos) que las mujeres no estaban hechas para estudiar. Las preguntas de Ada, según él, eran impropias de una mujer. En definitiva, le inquietaba que su alumna pensase como un hombre. Pero Ada hizo caso omiso y continuó sus estudios. En la década de 1840, protagonizó algunos escándalos, debidos a sus afectuosas relaciones con otros hombres. Las notas de Ada se publicaron en la revista *Scientific Memoirs* en septiembre de 1843, con el título de «Sketch of the analytical engine invented by Charles Babbage». Ella firmó con sus iniciales, A. A. L., pero pronto se supo a quién correspondían. Su condición femenina perjudicó su trabajo y los científicos no se lo tomaron en serio.

En el verano de 1852, aparecieron en Ada los primeros síntomas de un cáncer de útero, que le provocaron frecuentes e intensísimos dolores. Para mitigarlos, utilizó, entre otros fármacos, el opio. Falleció a los treinta y seis años de edad, el [27 de noviembre de 1852](#).

En 1953, aproximadamente cien años después de su muerte, las notas de Ada sobre la máquina analítica de Babbage fueron publicadas bajo su nombre real, estando ahora reconocida dicha

máquina como un modelo temprano de ordenador, y las notas de Ada, como una descripción de su *software*. El lenguaje de programación «Ada», creado por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, fue denominado así en homenaje a Ada Lovelace. El manual de referencia del lenguaje fue aprobado el 10 de diciembre de 1980, y al Estándar de Defensa de los Estados Unidos para el lenguaje *MIL-STD-1815* se le dio el número del año de su nacimiento. Desde 1998, la British Computer Society distingue con la Lovelace Medal (medalla *Lovelace*) a personas que han hecho contribuciones sobresalientes a la comprensión o el avance de la computación.

El oficio de Rick Hunter está inspirado en el de los primeros *Bow Street Runners*, nombre por el que se conoció popularmente al cuerpo de policía existente en Londres, entre 1749 y 1838. Dicho cuerpo fue creado por el novelista Henry Fielding, tras ser nombrado magistrado del tribunal de Bow Street, momento en el que determinó reunir a un reducido grupo de ocho expertos cazaladrones con los que combatir el crimen.

No obstante, el origen de los cazaladrones se remonta a finales del siglo XVII, cuando la preocupación por los altos niveles de delincuencia en Londres condujo a sus gobernantes a ofrecer recompensas por capturar a los culpables de delitos graves. Esta práctica se amplió en el siglo XVIII, cuando se unieron al gobierno multitud de víctimas particulares, que ofrecían suculentas sumas por la devolución de sus bienes robados. Dicha actividad se vio facilitada por el desarrollo de los periódicos diarios, lo que permitió que la información sobre recompensas se difundiera ampliamente.

Pero los cazadores de ladrones no sólo usaban sus relaciones con los bajos fondos para capturar a los delincuentes. En ocasiones, mediaban entre los ladrones y las víctimas para negociar un pago, a cambio de la restitución de los bienes robados. Hubo quienes llegaron aún más lejos, chantajeando a los delincuentes con entregarles si no pagaban por la protección que ellos mismos les ofrecían, e incluso se convirtieron en instigadores de delitos, al alentar a hombres desesperados a cometer crímenes, para luego delatarlos y cobrar la recompensa.

El hombre que protagonizó los aspectos más turbios del negocio de cazaladrones, y en el que me inspiré para dibujar al personaje de Joe Sanders, fue Jonathan Wild, el autodenominado «Cazador General de ladrones de Inglaterra e Irlanda», quien dominó el submundo criminal de Londres a principios de la década de 1720. Tras un quinquenio de tropelías, Wild fue finalmente juzgado y condenado en el Old Bailey por apropiarse de bienes robados, siendo ahorcado en 1725.

Con la creación, en 1829, del Metropolitan Police Force, a instancias de Robert Peel, las dos fuerzas policiales coexistieron hasta 1838, momento en el que los *Bow Street Runners* se integraron definitivamente en el cuerpo de la Metropolitan Police.

En las fechas en que se desarrolla la novela, lord Henry Palmerston ocupaba el cargo de Secretario de Exteriores y lord John Russell el de primer ministro. Pese a que les atribuyo hechos que se corresponden con el territorio de la ficción, opté por mantener sus verdaderos nombres, debido a que los sucesos que protagonizan, dado su limitado alcance, no suponen una grave desviación histórica.

En cualquier caso, debo señalar que, al igual que el personaje de la novela, lord Palmerston siempre antepuso los intereses de Gran Bretaña a cualquier otro asunto, sin importar lo que hubiera de hacer para conseguirlo. Así, durante sus años como Secretario de Exteriores, Palmerston provocó una cruenta guerra contra China, cuando ésta prohibió a la Compañía de las

Indias Orientales el tráfico del opio que los británicos cultivaban en la India y cuyo consumo estaba diezmando a millones de chinos.

Curiosamente, Palmerston ungió este ataque de un fervoroso patriotismo, lo que le granjeó una gran popularidad entre sus conciudadanos, pero su propensión a actuar impulsado por animadversiones personales y su lenguaje acusador y vehemente le hicieron parecer un desequilibrado, a los ojos de la reina. Pese a ello, Palmerston nunca dejó de manipular a la opinión pública para afianzar el control de su departamento, incluyendo el intervenir las comunicaciones dentro de la oficina y las dirigidas hacia otros oficiales, filtrar secretos a la prensa o publicar documentos clasificados.

Por esta razón, el primer ministro, lord John Russell, tuvo con él numerosos y sonados enfrentamientos. Russell, al contrario que Palmerston, era un hombre comedido. Entre algunas de sus reformas sociales, aprobó la Ley de Fábricas de 1847, que limitaba a diez horas diarias las horas de trabajo de las mujeres y los jóvenes (de trece a dieciocho años) en las fábricas de textiles. Finalmente, Palmerston se vio obligado a dimitir cuando reconoció el golpe de Napoleón III del 2 de diciembre de 1851, sin contar con la aprobación real.

Llegados a este punto, me gustaría mencionar que el germen de esta novela se inició durante un viaje que mi mujer y yo hicimos a la ciudad de Estambul. Allí, mientras descubríamos, fascinados, el suntuoso harén del palacio de Topkapi, nuestro guía, Izmir, nos relató los entresijos de aquel laberinto de trescientas habitaciones en el que el Sultán Mehmed II disfrutaba de sus favoritas y concubinas, mientras su feroz red de eunucos vigilaba que ningún varón que franqueara las puertas del *harenlik* lo abandonara con vida. Según nos dijo, en el harén convivían unas mil mujeres bajo unas normas severísimas. Las féminas debían a su señor una sumisión absoluta y una devoción casi divina, y el Sultán podía disponer de ellas a su voluntad.

Los eunucos negros provenían de la esclavitud y se encargaban de custodiar el harén, vigilando a las mujeres noche y día. Al estar castrados, no ponían en peligro la virginidad de las mujeres. Cuando un eunuco sorprendía a algún varón intentando contactar con una mujer del harén, lo ejecutaba de inmediato y, con posterioridad, un verdugo lo decapitaba en público. La mujer era apartada y después, lapidada en un patio, en presencia del resto de las concubinas.

En ese instante, nuestro guía mencionó que, para burlar la vigilancia de los eunucos, una concubina llamada Halime ideó un lenguaje secreto con el que comunicarse con su amante masculino sin ser descubierta. Así surgió el *sélam* : el lenguaje de las flores clandestino.

Fue como un calambrazo. Nada más escucharle, mi instinto de escritor me aguijoneó y pregunté a Izmir más sobre aquel extraño lenguaje.

El guía me aseguró que el *sélam* consistía en el empleo de determinados ramos de flores que expresaban significados concretos. Y no sólo eso. El guía añadió que el éxito de aquel lenguaje fue tal que, con el paso de los siglos, traspasó las murallas de Topkapi hasta llegar a la Inglaterra del rey Jorge II.

No necesité escuchar mucho más. Nada más regresar a España, me lancé a investigar sobre el «El lenguaje de las flores», convencido de que podría encontrar entre sus entrañas una novela magnífica.

No fue una tarea fácil. Lo primero que descubrí fue la existencia de un viajero y diplomático occidental, el francés Aubry de La Mottraye, refugiado hugonote en Londres, quien, a finales de 1698, se estableció en Constantinopla para actuar varios años como agente de inteligencia. Durante su estancia en el Imperio Otomano, De La Mottraye visitó al rey Carlos XII de Suecia, a

la sazón, exiliado con su corte en la ciudad turca de Bender. Allí, De La Mottraye conoció a lady Mary Wortley Montagu, escritora y esposa del embajador británico en la Sublime Puerta, y residente en Turquía desde 1717.

Los dos mostraron un gran interés por el lenguaje secreto de las flores: De La Mottraye, por sus posibles aplicaciones de espionaje, y lady Wortley para su uso, a modo de juego, en ciertos eventos diplomáticos.

Los escritos que ambos publicaron contribuyeron a la divulgación del lenguaje de las flores en occidente. De La Mottraye publicó en Suecia, en 1727, un libro de viajes en el que relataba sus vivencias en Turquía, e inmediatamente fue traducido al inglés. Por su parte, *Las Cartas de la Embajada Turca*, escritas por lady Wortley entre 1717 y 1718, fueron editadas poco después de su muerte, en 1763, en Inglaterra, y la hicieron famosa, al describir con todo lujo de detalles el *sélam* y las costumbres de los harenes.

A partir de esa fecha, el interés por el lenguaje de las flores se dispara. En 1809 se publica el *Dictionnaire du langage des fleurs*, de Joseph Hammer-Purgstall, convirtiéndose en la primera lista de asociaciones simbólicas entre flores y su significado, y sólo un año más tarde se edita *Abecedaire de Flore ou langage des fleurs*, de B. Delachenaye. En 1819, Louise Cortambert, bajo el seudónimo de Madame Charlotte de la Tour, publica *Le langage des Fleurs*, que se convierte en un éxito internacional y del que se sucederán numerosas ediciones.

Entre los diccionarios florales editados en Gran Bretaña, antes de la Gran Exposición, cabe destacar *Floral Emblems*, de Henry Phillips, publicado en 1825; *The Language of Flowers, with illustrative poetry*, de Frederic Shoverl, en 1834, y *The Sentiment of Flowers; or, Language of Flora*, de Robert Tyas, en 1836, siendo este último una adaptación del libro de Charlotte de la Tour.

Otra copia más o menos fidedigna del original de Charlotte de la Tour fue publicada en castellano en 1870 bajo el título *El lenguaje de las flores y el de las frutas, con algunos emblemas de las piedras y los colores*, firmado por un tal Florencio Jazmín, y que se convirtió en un éxito editorial sin precedentes, como lo demuestran sus más de cuarenta años de ediciones comprendidas entre finales del siglo XIX y principios del XX.

Ni que decir tiene que, de inmediato, encargué la mayoría de estos volúmenes a mis proveedores habituales. Y mientras esperaba a que los libros llegaran, comencé a investigar los procedimientos criptográficos victorianos empleados por el Foreign Office y, sobre todo, su posible vinculación con Ada Lovelace.

Para ello, hube de empezar desde el principio, porque la historia de la criptografía es compleja y abundante.

Desde los albores de la civilización, las naciones en guerra siempre buscaron sistemas para enviar mensajes que resultaran indescifrables para el enemigo. Así, el «Escítala», surgido en el siglo V a. C., aparece como uno de los primeros métodos criptográficos de los que se tiene constancia. El segundo criptosistema, documentado por el historiador griego Polibio, usaba un método de sustitución basado en la posición de las letras en una tabla. Julio César empleó una evolución de este sistema en casi todas sus batallas.

En 1465, el italiano León Battista Alberti perfeccionó un nuevo sistema de sustitución polialfabética que supuso un gran avance. Otro de los criptógrafos más importantes del siglo XVI fue el francés Blaise de Vigenère, quien escribió un importante tratado sobre «la escritura secreta», además de un método de cifrado que, asociado a su nombre, ha pervivido hasta nuestros

días.

En España, las tropas de Felipe II emplearon durante mucho tiempo un alfabeto de más de quinientos símbolos, que los expertos reales consideraban inexpugnable. Sin embargo, el matemático francés François Viète consiguió descifrarlo para el rey de Francia, Enrique IV, quien fue acusado de magia negra y brujería ante el papa Pío V, por el conocimiento que mostró al interceptar las iniciativas bélicas españolas.

Durante los siglos XVII y XVIII, el interés de los monarcas por la criptografía creció exponencialmente, y siguió así hasta llegar a la figura más fascinante del criptoanálisis del siglo XIX: el matemático inglés Charles Babbage, quien, sorprendentemente, y como ya he señalado al principio de mis notas, fue durante años mentor, amigo y colaborador íntimo de Ada Lovelace.

De una forma increíble, se cerraba el círculo de hechos históricos que necesitaba para tejer los mimbres de mi novela.

Charles Babbage alcanzó notables resultados en criptografía, siendo el primero en romper la cifra auto llave de Vigenère, hasta entonces denominada «la cifra indescifrable», considerándose el mayor avance criptoanalítico desde que los eruditos árabes del siglo IX descifrarán la cifra monoalfabética. El criptoanálisis de la cifra Vigenère realizado por Babbage fue logrado probablemente en 1854. Gracias a los avances realizados por Babbage y Friedrich Kasiski, los criptógrafos se vieron incapaces de garantizar el secreto en la guerra de las comunicaciones.

Por aquel entonces, la férrea moral victoriana impedía a los jóvenes novios expresar sus sentimientos en público, y menos aún, mediante cartas personales que podían ser interceptadas por sus padres. Esto propició que los amantes intercambiaran mensajes, burdamente cifrados, a través de los anuncios por palabras que, por unos peniques, los periódicos publicaban en sus páginas. Dichos textos suscitaban la curiosidad de Babbage y otros criptógrafos, que encontraron un fútil entretenimiento en descifrar aquellos románticos mensajes. De hecho, dos amigos de Babbage, Charles Wheatstone, inventor, y su amigo Lyon Playfair, solían divertirse desentrañando los mensajes de los amantes. Con el tiempo, y desencantados por la facilidad con la que descubrían los textos ocultos, Wheatstone y Playfair diseñaron un método criptográfico basado en la sustitución de letras en grupos de dos. Animados por los resultados, se reunieron con el subsecretario del Foreign Office en 1854 para ofrecerle su código de encriptación, que garantizaría unas comunicaciones telegráficas seguras. Al principio, el subsecretario se mostró remiso, pero Wheatstone consiguió persuadirle y la Oficina de Guerra británica adoptó su método de cifrado, que pasó a denominarse cifrado de Playfair. Este mismo código fue utilizado por los ejércitos de varias naciones durante la Primera Guerra Mundial, y por los servicios de inteligencia británicos durante la Segunda Guerra Mundial.

Así pues, la historia real me proporcionaba los ingredientes necesarios para armar un argumento en el que tanto los personajes como los hechos históricos, conformaran una trama no sólo entretenida, sino también, en alto grado, plausible. Por un lado, tenía a los protagonistas: Daphne Loveray, inspirada en la figura de la reputada matemática Ada Lovelace, quien fue discípula y colega del afamado criptógrafo Charles Babbage; y a Rick Hunter, un héroe anónimo cuya actividad se enmarcaba en la desempeñada por los primigenios *Bow Street Runners*. Por otro, tenía al Foreign Office, inmerso en una crisis criptográfica y necesitado de un nuevo sistema de cifrado, nunca visto antes, que le garantizara el secreto de las comunicaciones con sus territorios de ultramar, en un momento delicado para la Compañía de las Indias Orientales. En resumen, podía especular sobre unos hechos aparentemente inexplicables de una forma creíble,

recreando, al tiempo, una ambientación tan fidedigna como apasionante.

Y, además, tenía a mi disposición el exótico lenguaje de las flores. Sólo tenía que encajar todas las piezas para armar una historia fascinante.

Sin embargo, no iba a resultar tan fácil.

Cuando estudié el contenido de los libros que había encargado, comprendí que me enfrentaba a un problema prácticamente irresoluble: por más que lo pretendiera, el lenguaje de las flores, pese a su complejidad y las posibilidades que ofrecía, sólo era un sofisticado juego de sociedad y nunca serviría para elaborar un verdadero lenguaje criptográfico.

Aunque me devané los sesos, los meses transcurrieron sin que encontrara una solución que me satisficiera. Finalmente, desalentado, opté por aparcar el argumento y embarcarme en otros proyectos.

Así fue hasta que, un par de años más tarde, aguijoneado por el orgullo, desencajoné los folios en los que había trazado mis primeros planteamientos para intentar resolver aquel rompecabezas.

El abordar el problema con la perspectiva de la distancia me permitió encontrar una solución. Tras varias tazas de café y una decena de páginas arrugadas, comprendí que me había estado equivocando al pretender encajar el lenguaje de las flores dentro de un código criptográfico creíble, y que la solución debería pasar por aceptar, precisamente, su inutilidad. Así fue como llegué a la misma conclusión que el protagonista de la novela, Rick Hunter, quien descubre que el empleo del lenguaje de las flores no podía ser más que un señuelo pergeñado para ocultar un verdadero código matemático.

Animado por la nueva idea, emprendí de nuevo la escritura.

Como había especulado con la posibilidad de que el Gobierno británico utilizara sus mensajes encriptados para misiones en el extranjero, enfoqué mi atención hacia el monopolio más poderoso del planeta: la Compañía de las Indias Orientales. Una gigantesca organización privada, repleta de hombres ambiciosos y corruptos, capaces de cualquier traición con tal de mantener el poder y la riqueza. Y Bradbury, un *nabob*, de los muchos que hubo, se convirtió en el candidato perfecto. Para trazar el perfil de lord Bradbury, me inspiré en algunos de los *nabobs* reales más controvertidos, como Warren Hastings, William Paxton o Charles Cockerell, altos cargos de la Compañía que se enriquecieron hasta el delirio valiéndose de sus puestos e influencias, y que acabaron siendo juzgados por ello.

Respecto a los asuntos florales, he de reconocer que, tras un estudio pormenorizado de las distintas especies presentes en Inglaterra durante los meses de invierno y primavera, y dadas sus limitaciones, en algún pasaje concreto incluí variedades que no se corresponderían con la estación, en aras de proporcionar una mayor vistosidad a la narración.

En relación con el atentado frustrado en el Crystal Palace, debo mencionar que la reina Victoria sufrió ocho intentos de asesinato, de los que se tenga constancia. Cinco de aquellos intentos se produjeron entre 1840 y 1850, lo que desencadenó una gran alarma y una profunda preocupación entre el gobierno, con motivo de su asistencia a la inauguración del Crystal Palace en 1851. De hecho, algunos diarios denunciaron la existencia de un inminente atentado para el día de la apertura de la Gran Exposición, e ilustraron los artículos con dibujos explícitos.

Mencionar también, como curiosidad, las dificultades que experimenté para determinar en qué momento exacto terminó de erigirse la famosísima torre del Big Ben, o St. Stephen's Tower, como la conocían en la época. Numerosas fuentes consultadas señalan que el reloj no fue instalado hasta 1855, si bien su construcción fue adjudicada a Edward Dent en 1852. Estos datos no especifican si, para ese año, la aguja estaba completada, con lo que se podría colegir que la torre no se

culminó hasta el momento en que se instaló el reloj en 1855. Sin embargo, el magnífico dibujo publicado el 1 de mayo de 1851 por Banks&Co, de Little Street, en Holborn, muestra una detalladísima vista aérea, dibujada desde un globo aerostático situado en Hampstead, que abarca toda la ciudad de Londres, y en la que se distingue la estructura de la torre del Big Ben prácticamente finalizada.

Creo que no me queda mucho más que añadir. Tan sólo recomendar a quienes tengan la ocasión de visitar Londres que no dejen de admirar las impresionantes colecciones que alberga el Museo Victoria and Albert y, en particular, las procedentes de las antiguas colonias en la India. La contemplación del famoso piano «Tipu's Tiger», construido en el interior de la figura de un tigre que devora a un soldado británico, me inspiró para concebir la muerte del desdichado Gus. También recomendaría la visita del Museum of London Docklands, en cuyo interior puede admirarse la recreación de un completo barrio portuario victoriano, que me sirvió de inspiración para recrear el burdel de las francesas.

Nada más que contar.

O sí.

Puede que algún lector haya echado en falta la explicación al sorprendente truco del huevo que dejó sin palabras a Rick Hunter, y que Daphne Loveray nunca le llegó a revelar. Para quienes se lo hayan preguntado, he aquí la respuesta.

Giovanni Battista della Porta fue un filósofo, alquimista, comediógrafo e investigador italiano de principios del XVII, experto en criptografía. Entre sus numerosos inventos, destacan la cámara oscura, un artefacto óptico que permitía capturar cualquier imagen tridimensional para proyectarla sobre un lienzo plano, y la linterna mágica, un precursor rudimentario del cinematógrafo. Ambos inventos estaban relacionados con la profesión de Memento. Pero no fueron esos artefactos los que explican el misterio. Della Porta también disfrutaba escribiendo y realizando espectáculos de magia. Quizá, el más llamativo consistía en la transcripción de mensajes ocultos en el interior de huevos cocidos. Para ello ideó una tinta consistente en una solución de una pinta de vinagre mezclada con una onza de alumbre. Dicha tinta tenía la capacidad de penetrar a través de la cáscara porosa del huevo y depositarse sobre la albúmina del huevo duro, de forma que cualquier palabra escrita sobre la superficie reaccionaba con la clara cocida y quedaba impresa en el interior, sin dejar rastro alguno en el exterior. De esta forma, para acceder al mensaje, la única forma consistía en romper la cáscara y leer la palabra oculta.

Así pues, nuestro mago, el doctor Fausto, se valió de su ayudante, quien, al darse la vuelta para ocultar el huevo cocido en el cofre, aprovechó para escribir la palabra «Cremorne» sobre la cáscara. La tinta penetró en el huevo y se depositó sobre la clara cocida. El calor de las llamaradas evaporó cualquier rastro de tinta en la cáscara y permitió que el doctor Fausto, cuando la rompió antes de comerse el huevo, leyera la palabra en cuestión.

Como bien dijo Daphne Loveray a Rick Hunter en la novela: «A igual que en el truco, desconfía siempre de las apariencias. Busques lo que busques, déjate llevar por tu corazón y encontrarás la verdad en el interior».



## Agradecimientos

Estoy convencido de que ciertos autores británicos fueron los culpables de mi pasión por la escritura.

Rondaría yo los nueve años de edad, cuando mis padres, para aliviar mi convalecencia durante una gripe, se presentaron a los pies de mi cama con un libro titulado *Los Cinco en el Cerro del Contrabandista*. Aunque en aquel momento no se lo confesé, sufrí una enorme decepción, porque, al abrir el libro, comprobé que todo eran letras y más letras. Pero el aburrimiento me empujó a leer y, casi sin darme cuenta, como por arte de magia, me vi paseando por un frío páramo inglés, con la niebla ocultando los escasos árboles y acompañado por otros cuatro chiquillos y un perro revoltoso, que no hacían más que meterse en líos de mayores. De repente olvidé mi fiebre y comencé a disfrutar de sus asombrosas investigaciones y de los opíparos desayunos y meriendas con los que aquellos jovencitos solían coger fuerzas para desenmascarar a los malhechores: bollos recién horneados, siempre humeantes y calientes, y cerveza de jengibre, un alimento que jamás había oído nombrar, pero que en mi imaginación se evocaba tan exótico como succulento.

De esa forma, Enid Blyton me arrastró hacia un inagotable torbellino de aventuras. Mientras leía a Los Cinco, creía ser igual que ellos y me sentía capaz de vivir sucesos que, en mi Linares natal, sólo estaban al alcance de unos privilegiados.

Cuando cumplí los doce, de la mano de Walter Scott y Robert Louis Stevenson, comencé a viajar hacia mundos salvajes y épocas extraordinarias. Ellos narraban historias inimaginables que yo ansiaba vivir, y de hecho así lo hacía, porque escribían de una forma tan vívida que era como si realmente estuviera allí. De esa forma, mi corazón padeció cuando el terrible pirata John Silver trepó por el mástil para atrapar a Jim, y me apasioné con las peripecias del leal Ivanhoe.

Daniel Defoe, Charles Dickens y Arthur Conan Doyle también ocuparon un lugar preferente. Me asombré con Robinson Crusoe y su capacidad de supervivencia, sufrí con los avatares de Oliver Twist y me sorprendí con la infinita sagacidad de Sherlock Holmes. Sin duda, todos ellos contribuyeron a forjar en mí una mente inquieta e imaginativa, siempre dispuesta a fabular y recrear las historias más inverosímiles.

Durante mi adolescencia, se sucedieron muchos otros escritores, la mayoría anglosajones, a los que siempre consideré los maestros de la narrativa. O, al menos, de la que para mí es la más auténtica. La que me recordaba los cuentos que mis padres me contaban de viva voz o las historias que me relataban mis abuelas, y en las que lo importante no era tanto lo que contaran ni el cómo lo hicieran. Lo verdaderamente importante era lo que yo sentía cuando les escuchaba. Y lo feliz que me hacían.

Por eso, esta novela va dedicada a ellos. A mis padres, a mis abuelas..., a cuantos cuentan historias. A todos esos escritores, célebres o desconocidos, que en algún momento consiguieron que niños, jóvenes y mayores descubrieran, al igual que yo, la maravillosa magia que encierran los libros.

Y, cómo no, a mi amada esposa, Maite.

*El jardín de los enigmas*  
Antonio Garrido

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, José Luis Paniagua, 2019  
© de la imagen de la portada, Trevillion

© Antonio Garrido, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5790-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

